

UNA VISIÓN DEL FANTÁSTICO INTERNACIONAL

TIEMPOS OSCUROS

ESPECIAL URUGUAY



ISSN: 2340-83334

Nosotros consideramos que el sentimiento del deber, profundamente arraigado en una naturaleza de hombre, es capaz de contener por tres horas el mar de demencia que lo está ahogando. Pero de tal heroísmo mental, la razón no se recobra.

Horacio Quiroga, *El conductor del rápido* (1921).

Procediendo, pues, con libre albedrío, entré en mi triple cuarto, destapé el frasquito de néctar que me dio el fakir, tomé su contenido y me acosté tranquilamente. Los movimientos de mi corazón fueron paralizándose gradualmente; la vida concentrada en este último baluarte, comenzó paulatinamente su marcha lenta y descendente, hasta llegar al punto indicado por los fakires, es decir, el de cinco pulsaciones por minuto, que es el momento en que se produce el sueño cataléptico, del que debía despertar dos siglos más tarde.

Francisco Piria, *El socialismo triunfante* (1898).

Agradecimientos: C. M. Federici, Ramiro Sanchiz y Roberto Bayeto Carballo.



odo llegó inesperadamente, cuando Piria, un buscador de quimeras y Quiroga, el más grande de los suicidas, en cierta forma dejaron una maldición en el fantástico uruguayo. Excelentes escritores (salvo excepciones) pasan sin pena ni gloria, cuando les buscas en la [SFE](#) a pesar de la actividad de su fandom: fanzines, novelas y antologías.

Y fue la casualidad (o quizás no) la que me llevó a conocer al amigo Federici y tras largas conversaciones, llegamos a la conclusión de realizar un especial dedicado a Uruguay.

Las obras aquí reunidas son un intento de reflejar algunas de las obsesiones que torturan la mente de un escritor uruguayo y de cierta forma romper con ese anatema que les azota.

Doy las gracias a todos los escritores que confiaron en este proyecto:

Horacio Quiroga; C. M. Federici; Pablo Dobrinin; Ramiro Sanchiz; Gabriel González Núñez; Roberto Bayeto Carballo; Pablo Daniel Rodríguez Remedios; Claudio Pastrana; Hernán Paredes; Mónica Marcesky; Rodolfo Santullo; Álvaro Bonanata; Renzo Rosello; Daniel Benítez Martínez.

Y claro está a los ilustradores que supieron insuflar vida a estas historias. Ellos fueron:

Alejandro Colucci (Uruguay); Gastón Barticevich (Argentina); Matías Bergara (Uruguay); Alex Escobar Pavón (España); Maykel Fajardo (Cuba); Alejandro Figueroa (Uruguay); Antoni Garcés Clotet (España); Donato Giancola (EE.UU.); Ángel Legna (España); Alejandro Mirabal (Cuba); Edison Montero (República Dominicana); Giorgina Pastrana (Uruguay); Paolo Pedroni (Italia); Reza Ilyasa (Indonesia)

Ahora les invitamos a disfrutar de este número.

¡Leed, leed malditos!

CONVOCATORIA SELECCIÓN DE TEXTOS

TIEMPOS OSCUROS N°7



La Revista Digital Tiempos Oscuros (Un panorama del Fantástico Internacional) tiene el placer de dar a conocer la convocatoria para confeccionar su séptima entrega, un número dedicado en su totalidad a mostrar el panorama de la literatura fantástica de México.

Es por ello que todos aquellos escritores mexicanos que deseen participar en la selección de los textos que compondrán el número siete de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

BASES

1. Podrán participar todos aquellos escritores mexicanos residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.

2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.

3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas, deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.

4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.

5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.

6. La dirección de recepción de originales es:

revistatiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS
Nº7

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se podemos llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

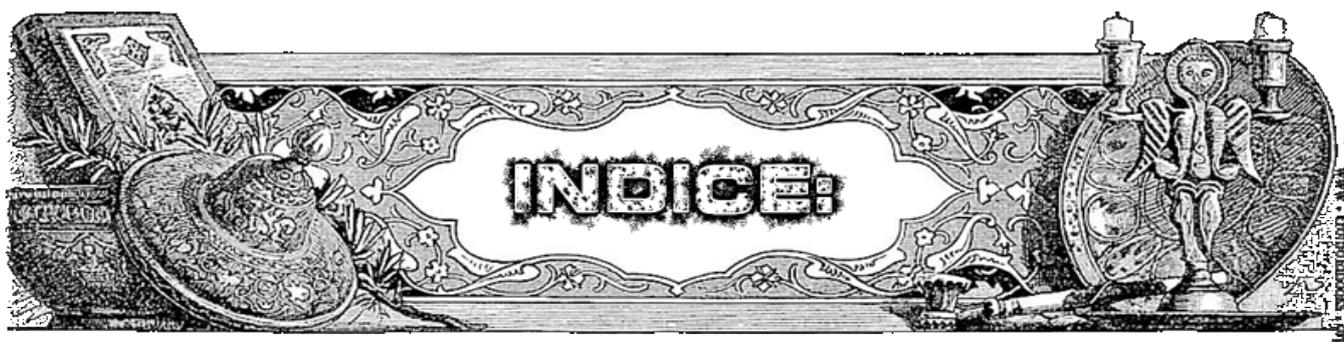
10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 1º de junio de 2016. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

Directores de la Revista Digital Tiempos Oscuros



01/ Portada: Threshold of Darkness / *Alejandro Colucci (Uruguay)*

02/ Editorial

04/ Convocatoria selección de textos Tiempos Oscuros N°7 México

07/ Índice



10/ El infierno artificial / *Horacio Quiroga*

24/ El Nexo de Maeterlinck / *C. M. Federici*

88/ Blue / *Pablo Dobrinin*

105/ La luz sobre los cerros / *Ramiro Sanchiz*

115/ Los inventos del padre Dámaso Antonio Larrañaga, Ministro de Relaciones Exteriores / *Gabriel González Núñez*

131/ Un Paseo en bicicleta / *Roberto Bayeto Carballo*

- 163/** Una Historia De Amor Como Tantas O “El Señor De Los Venenos” / *Pablo Daniel Rodríguez Remedios*
- 185/** La lámpara negra / *Claudio Pastrana*
- 197/** La muñeca / *Hernán Paredes*
- 206/** 668 / *Mónica Marcesky*
- 210/** Los predicadores / *Rodolfo Santullo*
- 235/** Bodas de sangre / *Álvaro Bonanata*
- 243/** Todos los pasados / *Renzo Rosello*
- 259/** Fredalis / *Daniel Benítez Martínez*
- 284/** Artículo: La fundación de una ciencia ficción uruguaya (y todo lo pasó después) / *Ramiro Sanchiz*
- 297/** Bestiario
- 301/** Biografías
- 317/** Sobre el copyright de las imágenes
- 318/** Contraportada: Dune boogie / *Reza Ilyasa (Indonesia)*



El infierno artificial¹

Por Horacio Quiroga

Ilustrado por Maykel Fajardo (Cuba) / Destino fatal



as noches en que hay luna, el sepulturero avanza por entre las tumbas con paso singularmente rígido. Va desnudo hasta la cintura y lleva un gran sombrero de paja. Su sonrisa, fija, da la sensación de estar pegada con cola a la cara. Si fuera descalzo, se notaría que camina con los pulgares del pie doblados hacia abajo.

No tiene esto nada de extraño, porque el sepulturero abusa del cloroformo. Incidencias del oficio lo han llevado a probar el anestésico, y cuando el cloroformo muere en un hombre, difícilmente suelta. Nuestro conocido espera la noche para destapar su frasco, y como su sensatez es grande, escoge el cementerio para inviolable teatro de sus borracheras.

¹ Cuentos de amor de locura y de muerte (1917)

El cloroformo dilata el pecho a la primera inspiración; la segunda, inunda la boca de saliva; las extremidades hormiguean, a la tercera; a la cuarta, los labios, a la par de las ideas, se hinchan, y luego pasan cosas singulares.

Es así como la fantasía de su paso ha llevado al sepulturero hasta una tumba abierta en que esa tarde ha habido remoción de huesos —inconclusa por falta de tiempo. Un ataúd ha quedado abierto tras la verja, y a su lado, sobre la arena, el esqueleto del hombre que estuvo encerrado en él.

...¿Ha oído algo, en verdad? Nuestro conocido descorre el cerrojo, entra, y luego de girar suspenso alrededor del hombre de hueso, se arrodilla y junta sus ojos a las órbitas de la calavera.

Allí, en el fondo, un poco más arriba de la base del cráneo, sostenido como en un pretil en una rugosidad del occipital, está acurrucado un hombrecillo tiritante, amarillo, el rostro cruzado de arrugas. Tiene la boca amoratada, los ojos profundamente hundidos, y la mirada enloquecida de ansia.

Es todo cuanto queda de un cocainómano.

—¡Cocaína! ¡Por favor, un poco de cocaína!

El sepulturero, sereno, sabe bien que él mismo llegaría a disolver con la saliva el vidrio de su frasco, para alcanzar el cloroformo prohibido. Es, pues, su deber ayudar al hombrecillo tiritante.

Sale y vuelve con la jeringuilla llena, que el botiquín del cementerio le ha proporcionado. ¿Pero cómo, al hombrecillo diminuto?...

—¡Por las fisuras craneanas!... ¡Pronto!

¡Cierto! ¿Cómo no se le había ocurrido a él? Y el sepulturero, de rodillas, inyecta en las fisuras el contenido entero de la jeringuilla, que filtra y desaparece entre las grietas.

Pero seguramente algo ha llegado hasta la fisura a que el hombrecillo se adhiere desesperadamente. Después de ocho años de abstinencia, ¿qué molécula de cocaína no enciende un delirio de fuerza, juventud, belleza?

El sepulturero fijó sus ojos a la órbita de la calavera, y no reconoció al hombrecillo moribundo. En el cutis, firme y terso, no había el menor rastro de arruga. Los labios, rojos y vitales, se entremordían con perezosa voluptuosidad que no tendría explicación viril, si los hipnóticos no fueran casi todos femeninos; y los ojos, sobre todo, antes vidriosos y apagados, brillaban ahora con tal pasión que el sepulturero tuvo un impulso de envidiosa sorpresa.

—Y eso, así... ¿la cocaína? —murmuró.

La voz de adentro sonó con inefable encanto.

—¡Ah! ¡Preciso es saber lo que son ocho años de agonía! ¡Ocho años, desesperado, helado, prendido a la eternidad por la sola esperanza de una gota!... Sí, es por la cocaína... ¿Y usted? Yo conozco ese olor... ¿cloroformo?

—Sí —repuso el sepulturero avergonzado de la mezquindad de su paraíso artificial. Y agregó en voz baja:— El cloroformo también... Me mataría antes que dejarlo.

La voz sonó un poco burlona.

—¡Matarse! Y concluiría seguramente; sería lo que cualquiera de esos vecinos míos... Se pudriría en tres horas, usted y sus deseos.

—Es cierto; —pensó el sepulturero— acabarían conmigo.

Pero el otro no se había rendido. Ardía aún después de ocho años aquella pasión que había resistido a la falta misma del vaso de deleite; que ultrapasaba la muerte capital del organismo que la creó, la sostuvo, y no fue capaz de aniquilarla consigo; que sobrevivía monstruosamente de sí misma, transmutando el ansia

causal en supremo goce final, manteniéndose ante la eternidad en una rugosidad del viejo cráneo.

La voz cálida y arrastrada de voluptuosidad sonaba aún burlona.

—Usted se mataría... ¡Linda cosa! Yo también me maté... ¡Ah, le interesa! ¿verdad? Pero somos de distinta pasta... Sin embargo, traiga su cloroformo, respire un poco más y óigame. Apreciará entonces lo que va de su droga a la cocaína. Vaya.

El sepulturero volvió, y echándose de pecho en el suelo, apoyado en los codos y el frasco bajo las narices, esperó.

—¡Su cloro! No es mucho, que digamos. Y aún morfina... ¿Usted conoce el amor por los perfumes? ¿No? ¿Y el Jicky de Guerlain? Oiga, entonces. A los treinta años me casé, y tuve tres hijos. Con fortuna, una mujer adorable y tres criaturas sanas, era perfectamente feliz. Sin embargo, nuestra casa era demasiado grande para nosotros. Usted ha visto. Usted no... en fin... ha visto que las salas lujosamente puestas parecen más solitarias e inútiles. Sobre todo solitarias. Todo nuestro palacio vivía así en silencio su estéril y fúnebre lujo.

Un día, en menos de diez y ocho horas, nuestro hijo mayor nos dejó por seguir tras la difteria. A la tarde siguiente el segundo se fue con su hermano, y mi mujer se echó desesperada sobre lo único que nos quedaba: nuestra hija de cuatro meses. ¿Qué nos importaba la difteria, el contagio y todo lo demás? A pesar de la

orden del médico, la madre dio de mamar a la criatura, y al rato la pequeña se retorció convulsa, para morir ocho horas después, envenenada por la leche de la madre.

Sume usted: 18, 24, 9. En 51 horas, poco más de dos días, nuestra casa quedó perfectamente silenciosa, pues no había nada que hacer. Mi mujer estaba en su cuarto, y yo me paseaba al lado. Fuera de eso nada, ni un ruido. Y dos días antes teníamos tres hijos...

Bueno. Mi mujer pasó cuatro días arañando la sábana, con un ataque cerebral, y yo acudí a la morfina.

—Deje eso —me dijo el médico— no es para usted.

—¿Qué, entonces? —le respondí. Y señalé el fúnebre lujo de mi casa que continuaba encendiendo lentamente catástrofes, como rubíes.

El hombre se compadeció.

—Prueba sulfonal, cualquier cosa... Pero sus nervios no darán.

Sulfonal, brional, estramonio...¡bah! ¡Ah, la cocaína! Cuánto de infinito va de la dicha desparramada en cenizas al pie de cada cama vacía, al radiante rescate de esa misma felicidad quemada, cabe en una sola gota de cocaína! Asombro de

haber sufrido un dolor inmenso, momentos antes; súbita y llana confianza en la vida, ahora; instantáneo rebrote de ilusiones que acercan el porvenir a diez centímetros del alma abierta, todo esto se precipita en las venas por entre la aguja de platino. ¡Y su cloroformo!... Mi mujer murió. Durante dos años gasté en cocaína muchísimo más de lo que usted puede imaginarse. ¿Sabe usted algo de tolerancias? Cinco centigramos de morfina acaban fatalmente con un individuo robusto. Quincey llegó a tomar durante quince años dos gramos por día; vale decir, cuarenta veces más que la dosis mortal.

Pero eso se paga. En mí, la verdad de las cosas lúgubres, contenida, emborrachada día tras día, comenzó a vengarse, y ya no tuve más nervios retorcidos que echar por delante a las horribles alucinaciones que me asediaban. Hice entonces esfuerzos inauditos para arrojar fuera el demonio, sin resultado. Por tres veces resistí un mes a la cocaína, un mes entero. Y caía otra vez. Y usted no sabe, pero sabrá un día, qué sufrimiento, qué angustia, qué sudor de agonía se siente cuando se pretende suprimir un solo día la droga!

Al fin, envenenado hasta lo más íntimo de mi ser, preñado de torturas y fantasmas, convertido en un tembloroso despojo humano; sin sangre, sin vida—miseria a que la cocaína prestaba diez veces por día radiante disfraz, para hundirme en seguida en un estupor cada vez más hondo, al fin un resto de dignidad me lanzó a un sanatorio, me entregué atado de pies y manos para la curación.

Allí, bajo el imperio de una voluntad ajena, vigilado constantemente para que no pudiera procurarme el veneno, llegaría forzosamente a descocainizarme.

¿Sabe usted lo que pasó? Que yo, conjuntamente con el heroísmo para entregarme a la tortura, llevaba bien escondido en el bolsillo un frasquito con cocaína... Ahora calcule usted lo que es pasión.

Durante un año entero, después de ese fracaso, proseguí inyectándome. Un largo viaje emprendido diome no sé qué misteriosas fuerzas de reacción, y me enamoré entonces.

La voz calló. El sepulturero, que escuchaba con la babeante sonrisa fija siempre en su cara, acercó su ojo y creyó notar un velo ligeramente opaco y vidrioso en los de su interlocutor. El cutis, a su vez, se resquebrajaba visiblemente.

—Sí —prosiguió la voz— es el principio... Concluiré de una vez. A usted, un colega, le debo toda esta historia.

Los padres hicieron cuanto es posible para resistir: ¡un morfinómano, o cosa así! Para la fatalidad mía, de ella, de todos, había puesto en mi camino a una supernerviosa. ¡Oh, admirablemente bella! No tenía sino diez y ocho años. El lujo era para ella lo que el cristal tallado para una esencia: su envase natural.

La primera vez que, habiéndome yo olvidado de darme una nueva inyección antes de entrar, me vio decaer bruscamente en su presencia, idiotizarme, arrugarme, fijó en mí sus ojos inmensamente grandes, bellos y espantados. ¡Curiosamente espantados! Me vio, pálida y sin moverse, darme la inyección. No

cesó un instante en el resto de la noche de mirarme. Y tras aquellos ojos dilatados que me habían visto así, yo veía a mi vez la tara neurótica, al tío internado, y a su hermano menor epiléptico...

Al día siguiente la hallé respirando Jicky, su perfume favorito; había leído en veinticuatro horas cuanto es posible sobre hipnóticos.

Ahora bien: basta que dos personas sorban los deleites de la vida de un modo anormal, para que se comprendan tanto más íntimamente, cuanto más extraña es la obtención del goce. Se unirán en seguida, excluyendo toda otra pasión, para aislarse en la dicha alucinada de un paraíso artificial.

En veinte días, aquel encanto de cuerpo, belleza, juventud y elegancia, quedó suspenso del aliento embriagador de los perfumes. Comenzó a vivir, como yo con la cocaína, en el cielo delirante de su Jicky.

Al fin nos pareció peligroso el mutuo sonambulismo en su casa, por fugaz que fuera, y decidimos crear nuestro paraíso. Ninguno mejor que mi propia casa, de la que nada había tocado, y a la que no había vuelto más. Se llevaron anchos y bajos divanes a la sala; y allí, en el mismo silencio y la misma suntuosidad fúnebre que había incubado la muerte de mis hijos; en la profunda quietud de la sala, con lámpara encendida a la una de la tarde; bajo la atmósfera pesada de perfumes, vivimos horas y horas nuestro fraternal y taciturno idilio, yo tendido inmóvil con los ojos abiertos, pálido como la muerte; ella echada sobre el diván, manteniendo bajo las narices, con su mano helada, el frasco de Jicky.

Porque no había en nosotros el menor rastro de deseo —¡y cuán hermosa estaba con sus profundas ojeras, su peinado descompuesto, y, el ardiente lujo de su falda immaculada!

Durante tres meses consecutivos raras veces faltó, sin llegar yo jamás a explicarme qué combinaciones de visitas, casamientos y *garden party* debió hacer para no ser sospechada. En aquellas raras ocasiones llegaba al día siguiente ansiosa, entraba sin mirarme, tiraba su sombrero con un ademán brusco, para tenderse en seguida, la cabeza echada atrás y los ojos entornados, al sonambulismo de su Jicky.

Abrevio: una tarde, y por una de esas reacciones inexplicables con que los organismos envenenados lanzan en explosión sus reservas de defensa —los morfinómanos las conocen bien!— sentí todo el profundo goce que había, no en mi cocaína, sino en aquel cuerpo de diez y ocho años, admirablemente hecho para ser deseado. Esa tarde, como nunca, su belleza surgía pálida y sensual, de la suntuosa quietud de la sala iluminada. Tan brusca fue la sacudida, que me hallé sentado en el diván, mirándola. ¡Diez y ocho años... y con esa hermosura!

Ella me vio llegar sin hacer un movimiento, y al inclinarme me miró con fría extrañeza.

—Sí... —murmuré.

—No, no... —repuso ella con la voz blanca, esquivando la boca en pesados movimiento de su cabellera.

Al fin, al fin echó la cabeza atrás y cedió cerrando los ojos.

¡Ah! ¡Para qué haber resucitado un instante, si mi potencia viril, si mi orgullo de varón no revivía más! ¡Estaba muerto para siempre, ahogado, disuelto en el mar de cocaína! Caí a su lado, sentado en el suelo, y hundí la cabeza entre sus faldas, permaneciendo así una hora entera en hondo silencio, mientras ella, muy pálida, se mantenía también inmóvil, los ojos abiertos fijos en el techo.

Pero ese fustazo de reacción que había encendido un efímero relámpago de ruina sensorial, traía también a flor de conciencia cuanto de honor masculino y vergüenza viril agonizaba en mí. El fracaso de un día en el sanatorio, y el diario ante mi propia dignidad, no eran nada en comparación del de ese momento, ¿comprende usted? ¡Para qué vivir, si el infierno artificial en que me había precipitado y del que no podía salir, era incapaz de absorberme del todo! ¡Y me había soltado un instante, para hundirme en ese final!

Me levanté y fui adentro, a las piezas bien conocidas, donde aún estaba mi revólver. Cuando volví, ella tenía los párpados cerrados.

—Matémonos —le dije.

Entreabrió los ojos, y durante un minuto no apartó la mirada de mí. Su frente límpida volvió a tener el mismo movimiento de cansado éxtasis:

—Matémonos —murmuró.

Recorrió en seguida con la vista el fúnebre lujo de la sala, en que la lámpara ardía con alta luz, y contrajo ligeramente el ceño.

—Aquí no —agregó.

Salimos juntos, pesados aún de alucinación, y atravesamos la casa resonante, pieza tras pieza. Al fin ella se apoyó contra una puerta y cerró los ojos. Cayó a lo largo de la pared. Volví el arma contra mí mismo, y me maté a mi vez.

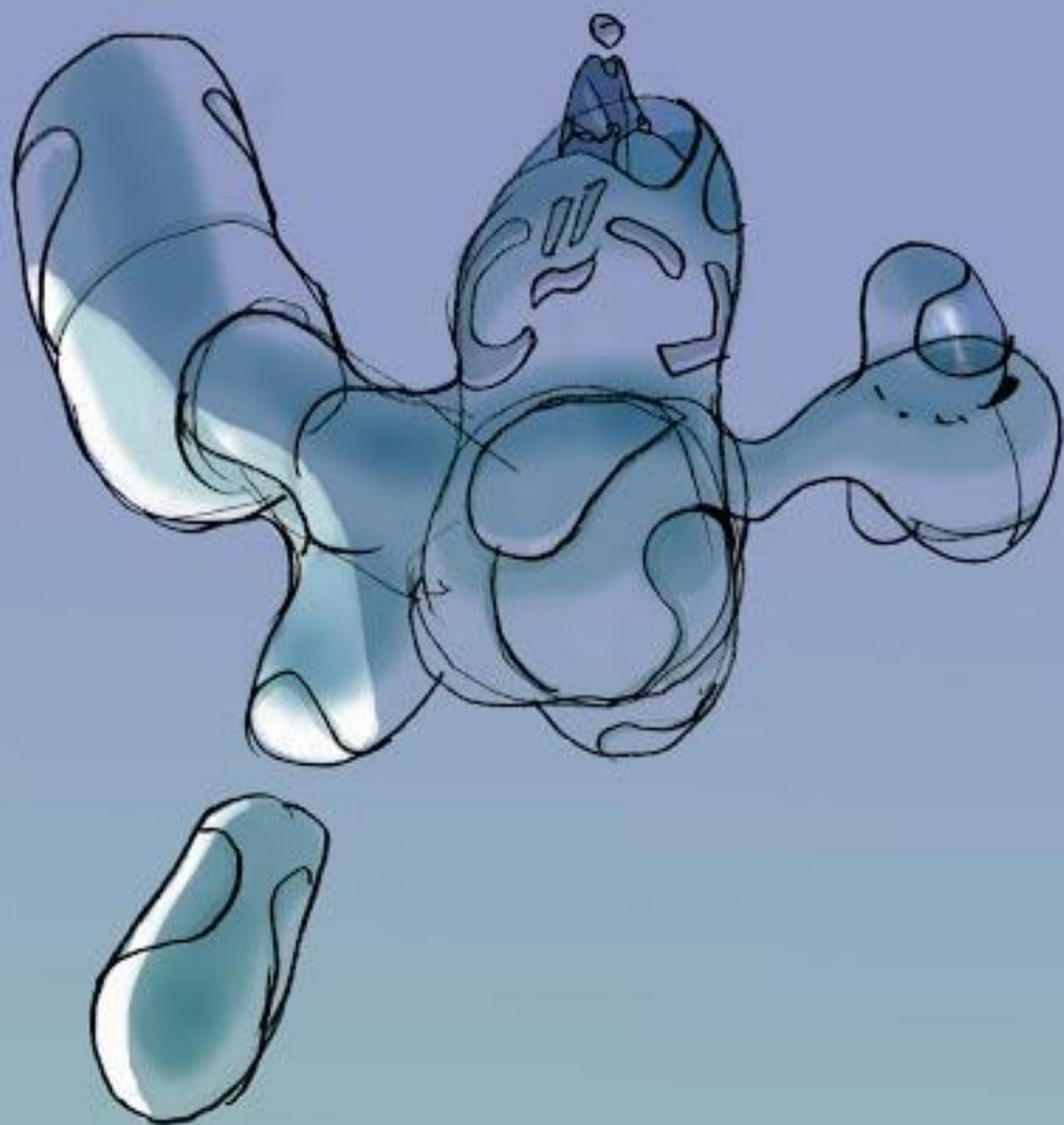
Entonces, cuando a la explosión mi mandíbula se descolgó bruscamente, y sentí un inmenso hormigueo en la cabeza; cuando el corazón tuvo dos o tres sobresaltos, y se detuvo paralizado; cuando en mi cerebro y en mis nervios y en mi sangre no hubo la más remota probabilidad de que la vida volviera a ellos, sentí que mi deuda con la cocaína estaba cumplida. ¡Me había matado, pero yo la había muerto a mi vez!

¡Y me equivoqué! Porque un instante después pude ver, entrando vacilantes y de la mano, por la puerta de la sala, a nuestros cuerpos muertos, que volvían obstinados...

La voz se quebró de golpe.

—¡Cocaína, por favor! ¡Un poco de cocaína!





624C3F
12.12

El Nexo de Maeterlinck²

Por C. M. Federici

Ilustrado por Antoni Garcés (España) / Nau poliforme



erwood resopló.

Sentía la tela de la camisa pegada a la espalda y las axilas viscosas. Con seguridad el sudor se estaría extendiendo en húmedos manchones, uno a cada costado...

La húmeda enseña del exilio, pensó con sarcasmo. Su nerviosidad le impedía cesar de pasearse.

—Calorcito, ¿eh? —comentó Saldaña.

Kerwood no contestó enseguida. Ya había prescindido de la camiseta e incluso de los calcetines. ¿Qué más podía hacer, sin desmedro de la jerarquía con que se había visto inopinadamente agraviado en los últimos días?

² Lo publicó por primera vez la revista sueca “Jules Verne Magasinet” (de mi buen amigo, creo que hoy lamentablemente ausente, Sam J. Lundwall) en su N° 360, de setiembre de 1976.

Dos años después, el referido relato integró la antología “Trasplante del Cerebro” (Distar, Buenos Aires, 1978), en la que el suscrito y mi otro amigo Mario Levrero (también ausente, por desgracia) éramos los representantes del pabellón “oriental”, entre un seleccionado que reunía a maestros como Brian W. Aldiss, André Carneiro, Damon Knight, Fritz Leiber, Robert Silverberg y Theodore Sturgeon. No muy difundida en Uruguay.

Una tercera aparición se verificó en 1994, ahora sí en Montevideo, dentro de mi antología “Llegar a Khordoora”, editada por Arca. [Nota del Autor]

—Ya es la tercera vez que reclamo el arreglo de la Termo —se sintió obligado a explicar al cabo—. Pero... —y levantó un hombro.

Saldaña esbozó un gesto casual, de relativa comprensión. Se mantenía prolijamente sentado, y tan solo se le notaban unas gotitas globulosas, en hilera sobre el labio superior. Para Kerwood, el pelinegro latinoamericano representaba un enigma, casi tan impenetrable como los mismos nativos de Kamohatti... Con estos, al menos, había venido conviviendo —en el sentido restringido que cabe entre razas extrañas, desde luego— durante los siete últimos años.

—Para serle franco, estoy decepcionado —sonrió Saldaña—. Me había ilusionado con el ambiente Refri del Consulado de los EDXA.

Kerwood correspondió a la sonrisa, aunque se dio cuenta de que por su parte el gesto resultaba un poco forzado. Dio unos paseos más por el despacho y al fin se resignó a ocupar su sitio tras el escritorio de Dubois.

El cojín silbó bajo sus asentaderas, y no fue por cumplido, ciertamente. Kerwood recordó una vez más, a pesar suyo, su constante propósito de ponerse a dieta. (Gracias al cielo, se autoconsoló, que en aquel clima infernal el setenta por ciento de las calorías se escurría poros afuera...)

Se inclinó por encima del escritorio, entrelazó los gruesos dedos y le sonrió al latinoamericano con franqueza bonachonamente agresiva.

—¿Se da cuenta de que me carga con un maldito problema, no es verdad?

Saldaña ladeó la cabeza, en son de excusa y de admisión a la vez. Propio de ellos, pensó Kerwood; igual que eso de estar acostumbrados a soportar impávidos temperaturas más que tropicales. Se colocaban en una actitud “x” y ahí se plantaban contra viento y marea, objetos impertérritos e inamovibles que, no obstante, jamás dejaban de observar las fórmulas de una exquisita cortesía.

¿Qué enseñaba la Historia de los últimos cincuenta y siete años? La integración de la Surfederación había interpuesto un bloque de aristas bastante resistentes en medio del curso proceloso de la expansión de los Estados democráticos Norte Americanos.

Se había intentado forzar al bloque en cuestión a que derivase como iceberg sobre las olas del oportunismo internacional; pero se descubrió que la Surfe podía anclarse con firmeza, utilizando los garfios de su rara dignidad nativa y de su ancestral tozudez común. Sin embargo, sus diplomáticos se contaban entre los más melosos de la Vieja Madre...

En el espacio, claro, el panorama variaba. Ahí Afuera, los escasos sudamericanos eran *rarae aves*, último exponente de un individualismo aventurero y romántico en que las aficiones paleobibliográficas de Kerwood se empeñaban en discernir resabios de Hemingway y de los *pulps*... Este Saldaña parecía un ejemplar característico.

—*No sé* qué hacer con usted..., con ustedes —confesó Kerwood. Frotó una palma contra el cepillo rojizo que le abrigaba el cráneo—. La situación es sumamente delicada, como podrá comprender; y, para serle sincero, temo que mi experiencia...

Maldita situación, se dijo. Maldito Bacilo de Boll, que postró en cama al Director de Xenoscontactos. Maldito Di Trazzi, ¡escogiendo tan luego esa semana para su séptimo casamiento, que debía realizarse en la Vieja Madre (como era de buen tono) y en su terraciudad natal! ¡Y maldito escalafón, que con Dubois en goce de licencia lo dejaba a él, Kerwood, un mero subjefe, a cargo de todo! Como si no bastase con aquella temperatura del diablo y la humedad constante... ¡Y la termocélula sin arreglar, porque el rubro “Reparaciones” del semestre estaba agotado!... Plurimaldición.

Pero, después de todo, reconoció, Saldaña no tenía la culpa de esa parte de sus problemas.

Le tendió su estuche de fumar, y el latinoamericano aceptó.

—Sintet—informó Kerwood—; pero pasables. ¡Por lo menos no huelen a barbas de terrachoclo quemadas!

—No tendrán mari, ¿eh? —bromeó Saldaña.

El norteamericano rió entre dientes. No le disgustaba el hombre.

—¡Ya no estoy para fiestas de esas! —respondió—. Combustible, nada más, y un poco pestífero; pero no alucinógeno.

Echaron humo, nubes espesas en la atmósfera saturada de agua. Pero ningún humo podía ocultar la realidad, le escoció a Kerwood. Era como soportar una basura bajo el párpado: uno se engaña girando el globo ocular y se persuade de que la molestia desapareció. Pero tarde o temprano hay que mirar de frente, y el iris lastimado nos devuelve de un empujón a nuestras miserias reales.

Había que encararlo, de acuerdo. Pero, ¿cómo se empezaba?

—Usted es surfederense, ¿verdad? —contemporizó.

Saldaña sacudió la cabeza y tosió un poco.

—No. Yo nací en Maraguay... Y no se moleste en tratar de ubicarlo —añadió—. Me defraudaría si supiera nuestra situación geográfica... ¡Creo que la insignificancia de nuestro país es la única credencial que posee!

—Exagera, mi amigo—aseguró Kerwood—. Oí hablar de su país: es uno de los dos únicos que resistieron la anexión a la Surfe. ¡Eso me parece bastante llamativo!

Saldaña alzó los hombros.

—¡Otra forma de morir de hambre! En la Surfe habríamos sido una provincia de tercera. Con el “Gobierno Fuerte” de Carlevaro se engaña a los jugos gástricos a base de chauvinismo y un poco de pan con queso Sintet... En fin...

Kerwood le apuntó con el cigarrillo a medio consumir.

—Eso no es para gente como usted... ¿Qué tal le ha ido Afuera, eh?

—Estuve rondando un tiempo por los Sats...

—¿Equipo de Construcciones? ¡Debe de haber estado en Rueda—2!

—Aja. Pero me aburrí enseguida.

—¿Y?

—Fui al Cinturón. Ahí se gana bastante bien.

—¿En las minas? —preguntó Kerwood—. ¡Pero no es ningún juguete! Las jornadas...

—Cuestión de lomo... Pero en la repartija se sale mal parado. Preferí ponerme a trabajar por cuenta propia... Conocí a unos agentes de “Astrosafari”y..., bueno, para abreviar, ¡acá me tiene!

—¿Trabaja de guía?

—¿Para atender los caprichos de un montón de millonarios melindrosos? Lo probé, pero me hartó en un par de días. Soy cazador profesional. Surto a varios jardines exobiológicos y a un par de museos de la Madre.

Un aventurero, se dijo Kerwood, aunque no estimó correcto expresarlo en la cara del otro. De haber conservado aquella inquietud juvenil por estudiar tipos extraños... Pero la curiosidad de Kerwood se había evaporado al marcársele los primeros surcos profundos a ambos lados de la boca. Ahora le bastaba con sus manoseados *pulps* de más de un siglo atrás. Ahí terminaba su capacidad de emocionarse, admitió, un tanto amargado.

—¿Qué va a pasar con... ella?

La pregunta de Saldaña lo sobresaltó. (*Había* que encararlo.)

—Ese es un problema todavía más delicado que el de usted —dijo.

—¡Despreocúpese de mí! —exigió Saldaña—. ¡Lo único que me importa es Hájeba!

Kerwood se enjugó la pecosa frente con un manojito de arrugas húmedas, ex pañuelo. Era igual que si estuviera leyendo un viejo *thriller*, se admiró en silencio.

Una miríada de pequeños tirones obró sobre los músculos que le gobernaban los labios. Las palabras se formaron solas, con más sorpresa suya que de su interlocutor:

—¿Está... muy *enamorado* de ella? —indagó.

[...] *La exploración espacial, cuyo desarrollo progresivo se había visto trabado por sucesivas digresiones de la atención humana, dirigida a objetivos aparentemente más urgentes —como hallar soluciones para la polución ambiental y la crisis alimentaria que continuaba aquejando a una población mundial siempre creciente—, recibió un oportuno y definitivo impulso con el advenimiento de la famosa pila Torr—33. El invento redujo de manera drástica los presupuestos y colocó la astronavegación virtualmente al alcance de cualquier corporación provista de un capital medianamente sólido (2010).*

[...] *Así, de forma torrencial, el Homo Terrestris rasgó su cárcel atmosférica y mutó en Homo Spatii..., como podría enunciarse en términos dramáticamente eufemísticos. O bien —para utilizar el rudo verismo de la Historia—, el quince por ciento de la humanidad se aventuró en el nuevo medio, en tanto el lastre restante se quedaba en Tierra, hundido hasta las tetillas en un légame común de alucinogenomanía, de aberraciones sexuales varias, de simple abulia mental, de revoluciones...*

—J. Banajak, “Tiempo de Transición”.

Los recuerdos de la primera parte son negros y grises:

Sucias peleas en el sucio callejón, navajazos, patadas en los testículos. Sucio y brutal apareamiento, ahí donde se conseguía o se arrancaba a viva fuerza; tufo de sudor rancio y roce de muslos mal afeitados. El viejo, atiborrado de mari o de quién sabe qué otra basura, grita: “¡Voy a volaaaar!” y se larga por la ventana para reventar como un terrahuevo diez pisos más abajo.

Yo quería salir de ahí.

Se formaban tumultos casi a razón de uno por hora; venían las Fuerzas Públicas y repartían gas y garrote a granel. Había quien se la pasaba ensuciando paredes (¡MUERA CARLEVARO! ¡UNIDOS VENCEREMOS!, y toda esa cháchara de bleque y aerosol ozonocida); otros se rompían los cuernos contra la roca sólida: “intelectuales” de la zurda... ¡Idiotas!... Yo me iba a abrir un boquete individual para largarme, aunque me gastase las uñas hasta los codos (metáfora).

Para la segunda parte, ya los recuerdos toman colores, aunque resultan todavía medio oscuros:

Trabajos riesgosos (que son los únicos que pagan bien): a quinientos metros de altura, vadeando entre nubes bajas, ametrallando vigas con remaches al rojo blanco, mientras una docena de roñosos Ejecs de Construrbanas calientan sillas y se embolsan jugosos dividendos, y la ciudad crece hasta hincharse como un absceso...

En el fondo del mar, dejando a veces uno que otro miembro para postre de los tiburones, llenándose la piel de erupciones gracias a las sales y los líquidos venenosos de pulpos y medusas...

Bajo tierra, en minas “de seguridad” que a pesar de eso estallaban de vez en cuando y dejaban un revoltijo de tripas y carne sanguinolenta donde minutos antes hubo una diligente cuadrilla de obreros... La sangre resulta siempre más barata que los derivados del petróleo. *Había* máquinas y robots aptos para todas esas labores..., pero no para todos los presupuestos.

El color de la tercera parte es más vivo:

Una salida: Afuera. Vete al Espacio, joven. Ahora todo se simplificaba. Con la Torr—33, hasta un mocosito imberbe podía hacer andar un trasto de esos. ¡Cualquiera era piloto! Y había mucho que hacer Afuera.

La cosa estaba en pleno auge por aquella época: Sats para construir —estaciones transmisoras, bases de reabastecimiento, Vigs (para acechar los movimientos de la URCAE y países satélites)—; asteroides, un Cinturón entero, para extraerles todo el mineral aprovechable, como pasas de un pan dulce; planetas, lunas y astronaves que absorbían hombres, hombres, hombres.

Y para ahí me fui.

Hay tonos desvaídos en la cuarta parte:

Me acostumbré a tomar, Sintet casi siempre; o ron o whisky Leg cada vez que los conseguía.

No me hice adicto; pero me aficioné a todo lo fuerte y descubrí que podía absorber una buena cantidad. Jamás me emborraché, sin embargo. Eso es para piltrafas, ratas de los asteroides. También fumaba mucho, y con placer.

Todo me lo pedía el cuerpo. Alcohol, tabaco, mujeres...; pero nada me tocaba la médula, si me entiende lo que quiero decirle... Supongo que me endurecí con el tiempo.

Aprendí a cazar bestialienas. Entré al oficio en forma casual, una vez que estaba sin trabajo, y de repente le tomé gusto a la cosa. Me hice todo un experto en cápsulas somníferas —la caza cruenta se prohibió fuera de la Madre casi desde el comienzo, como sabe—, en especies extrañas, en astrosafaris de emoción prefabricada...

Pero muy pronto me intoxicó aquella gente afeminada y blanducha que apenas podía sostener un rifle lanzadardos sin que le temblase la grasa del vientre. Sufrí un

par de accidentes, por obra y gracia de la imprudencia de algún imbécil en busca de “sensaciones”, y aquello sobrecargó la pila.

Decidí iniciar mi propia empresa. Patrón: señor Líber Saldaña (ciudadano del Sistema). Nómina del personal: Saldaña, Líber. Punto. Lema de la empresa: con—fia—bi—li—dad. Me fue pasablemente bien.

Y la quinta parte se tiñe con matices casi violentos:

Excitación permanente, aventura, riesgos bastante bien calculados como para que no fuesen suicidas, sin dejar por eso de lanzarles un reto constante a mis reflejos.

Me aficioné a esa vida. Ambientes extraños, criaturas desconocidas, junglas fantásticas de árboles negros, rojos, púrpuras y amarillos. Soles enanos, azulosos y fríos; o inmensas bolas tórridas que extraían el sudor por hectolitros... Cielos verdes y anaranjados; mares hirvientes. Y casi nada de aglomeración, ¿sabe? Algún terraconsulado (casi siempre de los EDNA o de las Repúblicas Colectivistas de Asia & Europa); algún hordel —ya sabe, mitad alojamiento, mitad esparcimiento erótico—; algunas tabernas.

Pero no fue sino en esta (quinta) parte de mi vida, ahora, que hizo su aparición el Recuerdo Dorado:

Estaba siguiéndole el rastro a un Articop (el nombre científico no lo sé decir bien) y lo suponía cerca, porque en un par de ocasiones había creído captar su resuello: *juff, juffjuff*.

El Arti respira por la nariz, igual que nosotros; pero cuando huye expele aire por un orificio que tiene..., bueno, abajo de la cola. Eso produce un sonido como el de un fuelle gigante y, con la práctica, uno llega a poder determinar con relativa precisión, y guiándose por el oído solamente, la dirección de donde proviene el resoplido.

Andaba a pie. Esas regiones, mezcla de selva y pantano, impiden la marcha de cualquier vehículo, al menos de la clase de que yo podría disponer, sin neumoruga... De manera que, vuelta a lo antiguo: un par de botas plásticas de la mejor calidad. Y reflejos a toda prueba, claro; porque la parte movediza del terreno es muy traicionera en Kamohatti.

Era ese momento previo al anochecer, cuando casi no se oyen ruidos. Aún se veía con cierta claridad, pues el manto de nubes perenne difunde bastante bien las últimas luces del sol.

Únicos sonidos: el chapaleo de mis suelas en el barro, el roce pegajoso de mi camisa empapada y los repetidos golpeteos sordos de las cabezas de plantáspides estrellándose inútilmente contra las botas reforzadas. Me felicité de su excelente factura: los aguijones que esos vegetales diabólicos esconden dentro de los capullos (o como se llamen) pueden inyectar un veneno capaz de pudrirle a uno la pierna hasta la cadera en cosa de media hora.

De repente me paré en seco.

—¿Qué fue eso?

(Tengo la costumbre de hablar solo. Ya sé que es un defecto; pero, por otro lado, se corre menos riesgo de entrar en discusiones, creo.)

Había sonado como el grito del Articop. Pero no del Articop asustado (a pesar de su mole, estos bichos son más bien tímidos, y éste se sabía perseguido), sino del Articop eufórico.

El grito venía desde atrás de una masa de arbustos rori, enredados como tallarines.

Con toda la precaución del caso, usé el Microlas para abrirme camino. Los tallos más finos del rori alcanzan el grosor de un tubo *snorkel* y la consistencia de un

caño de acero. Solo el rayo láser resulta eficaz, y por eso yo jamás ando sin mi lápiz Microlas.

Cuando hube obtenido un hueco del tamaño de un huevo de Licax, pude ver lo que había detrás.

Por regla general, los rori crecen en el límite exacto de jungla y desierto rocoso. Según parece, al menos por lo que creí digerir de un vídeodoc que cierta vez miré, algunas de sus raíces absorben elementos nutritivos del suelo pantanoso y las otras los extraen del mineral rocoso, transformándolos en sustancia asimilable mediante una función de nombre enrevesado, que aparentemente los Sabihondos hallan de sumo interés... Para mí, lo único significativo es una cosa: el rori suele demarcar el fin de un ambiente natural y el comienzo (abrupto) de otro.

Así que me encontré, a bocajarro, mirando a través del hoyo hacia una dilatada llanura, seca y vacía, con una cadena montañosa en lontananza y, hacia un costado de mi campo visual, nuevos matorrales rori indicando más jungla.

En medio del proscenio, el primer actor.

Un encanto, sin duda.

La cabezota parece una terrapera gigantesca, adornada por dos semiesferas negras y heladas (y no llamarse a engaño: esos ojos lo ven todo), aparte de un agujero repugnante, en lo que constituiría el vértice de la terrapera, el cual se contrae y se dilata intermitentemente. Dicen que le sirve a la vez de boca y de nariz. No lo discuto. A mí me interesa únicamente en función de blanco: por ahí les encajo el dardo Sop.

El cuerpo, que mide unos siete u ocho terrametros de largo, está tan bien dotado como la cabeza. Cuentan con seis patas, aunque las del medio están atrofiadas y cuelgan en forma ridícula a cada costado, justo encima del lugar donde el

torso se les adelgaza de manera inverosímil, como una absurda *vita di vespa* (que decían las tatarabuelitas).

Todo lo que esos apéndices—chorizo tienen de inútil, los dos delanteros lo tienen de peligroso. El “brazo” derecho termina en una formidable pinza dentada, que te puede decapitar con la misma facilidad con que se corta un pelo. El izquierdo no se queda atrás: consiste, en su terminación, en una especie de “mano” de tres “dedos”, cada uno de los cuales posee una uña de cuarenta y dos terracentímetros de largo, afilada como bayoneta.

Por último, los miembros poste/inferiores (el Articop suele adoptar la posición erguida) están favorecidos con una tremenda articulación y un poderoso juego de músculos y tendones, que los capacita para dar saltos de seis veces su tamaño. Pero —es un consuelo—, curiosamente, ellos saltan tan sólo en casos extremos. Si se ven acorralados, por ejemplo; o bien en épocas de celo, al perseguirse para aparearse. Como norma, caminan sobre la mitad inferior de las patas traseras, del tamaño de pies de Módulo de Aterrizaje, apoyándose también en las delanteras cuando se fatigan. Teniendo en cuenta su peso de dos terratoneladas y media, no resulta nada sorprendente que se fatiguen a menudo. Cuando el cansancio es mucho, reposan sobre el vientre, los “pies” y la cola, ancha y chata como las de los terracastores (esos animalitos extinguidos, ¿los recuerda?).

En aquel momento en particular, la tal cola comenzó a azotar la tierra, y el grito de euforia (combinación infernal de berrido, ulular y chirridos de estática) se repitió por dos veces.

Se me aflojaron las rodillas.

Pero la culpa no la tuvo el Artí ni su escándalo.

Acababa de *verla*.

Y así es que ahora guardo mi único Recuerdo de Oro:

Casi caída de espaldas, una torneada pierna doblada en dos, un brazo color terramiel apoyándose sobre el codo; el otro, un poco levantado delante de la cara. No daba muestras de pánico; sin embargo, el resuello fétido del monstruo le agitaba los blancos cabellos como un océano de leche en la tormenta...

Le di el máximo poder al Microlas: los rori se fundieron como hielo bajo retrocohetes.

Me lancé a través del agujero.

Los tacos de mis botas redoblaron contra el suelo rocoso; mi respiración se convirtió en jadeo, y ríos de sudor me surcaron pecho y espalda. Forzando los pulmones, emití un aullido terrorífico.

Los oídos alerta del Articop lo recibieron. Giró la cabezota, y por su fuelle trasero escapó una bocanada de aire maloliente.

Ella también se volvió a mirarme. Una vez más, ahora en plena carrera, desconfié de la firmeza de mis piernas. Supe que tenía toda la piel erizada, desde la coronilla hasta los talones.

A la luz ya morada del último crepúsculo, los ojos de ella, anchos, ovals, dorados, me encandilaron. Fue como mirar de frente un filamento Hill—06: demoraría en borraréme de las retinas.

Otro bramido —abreviémoslo así— me volvió en mí. Ya estaba a distancia de tiro; en fracción de segundo tuve apuntado el lanzadardos.

Y entonces casi llegué a convencerme de que soñaba.

¡El Arti *saltó!*

—¡No lo creo! —resollé, entre dientes inconscientemente apretados.

No estaba acorralado; tampoco había ninguna hembra de la especie a la vista. Y, no obstante, los potentes miembros traseros lo proyectaron a las alturas y se cernió directamente sobre mi cabeza, como un Módulo en caída libre.

Corrí.

Zigzagueé desesperado, confiando en ganarle por agilidad, como una terramosca al periódico convertido en arma letal.

Me olvidé del calor. Se me había congelado la sangre... Lo anormal de la situación me asaeteaba con ramalazos de puro miedo.

Durante un momento no fui capaz ni de pensar con coherencia: el animal aterrado violó su cárcel civilizada y se apoderó de nervios, músculos e incluso de reflejos. Fue poco más de un segundo; pero espantoso de veras.

Y, sin embargo, la imagen de ella no llegó a borrarse nunca. Ni aun en la crisis..., cuando mi vida misma oscilaba al filo del abismo.

[...] *La vida inteligente no se ha dado por cierto en la Galaxia con aquella profusión que los autores de ficción científica de otros siglos se complacían en prodigar. En realidad, las exorrazas propiamente humanoides hasta hoy registradas oficialmente se reducen a tres: los Lincos de Aura, los Alliterios de lo y los Malal del hemisferio occidental de Kamobatti. (Respecto a este último planeta, cuyo estudio exoetnológico se halla todavía en período poco menos que embrionario, se ha debatido la existencia de una variante racial con características también humanoides, los Etei, cuya integración —o no— en el grupo Malae como una subespecie del mismo ha venido constituyéndose en la causa de vehementes disputas en cuanto Congreso Anual de Exoetnología se celebra desde los últimos doce años. En opinión de este autor, la controversia carece de validez científica, dado que ninguna de las partes en litigio puede jactarse de contar con los suficientes elementos de juicio como para fundamentar una posición debidamente construida a partir de hechos conocidos.)*

[...]Por razones de índole similar, quizá, mi afirmación de más arriba podría con toda probabilidad partir de un enfoque también falso... Sería para valerme del (ingenuo) vigor de un símil, como el caso de aquel intrépido terracaracol niorquino que, en tempranas décadas del 20° siglo abandonó el jardín donde vivía y se lanzó a la empresa de explorar el mundo del asfalto que aguardaba “allí cerca”... Exhausto, nuestro terracaracol se detuvo a unos doscientos metros a contar desde su hábitat, y es muy posible que no considerase ya ni cuerdo ni interesante continuar su avance, cuando menos durante los próximos dos tercios restantes de su vida. Pero, en cambio, pudo dejar anotado, para su posteridad de terramolusco, que tan sólo “gigantescos bípedos de piel rosada” habitaban el Mundo Exterior... El tal terracaracol del cuento había salido de entre unas matas situadas al sur del Centralpark. Lo mejor de sus energías y de su audacia combinadas le permitió lanzarse a una aventura quimérica; y, en su odisea, él sólo había encontrado gigantes de epidermis clara. ¿Cómo hubiese podido, con su restringido intelecto, concebir a Harlem? [...]

—G. Koll Koyannis, “Exoetnología: el mito de los BEMS”.

Por encima del vaso, envuelto en un grato vaho helado, Kerwood dejó que su mirada y sus pensamientos se extraviasen en los vericuetos personales de Saldaña, Liber.

El latinoamericano era enjuto, de nariz corta, y no muy corpulento; pero, por debajo de la precaria vestimenta, y a través también de la displicencia de su actitud, se advertían una fuerza y una determinación que trascendían lo puramente muscular. Llevaba el cabello bastante bien recortado, aunque el trabajo era evidentemente de su propia factura. La barba estaba crecida, tras los días pasados en la selva —Kerwood se tocó, sin darse cuenta, las lisas mejillas—; por lo visto, Saldaña no se la depilaba a la crema, una vez al mes, como era uso en los EDNA.

—¡Tiene mucha habilidad con esas manos! —cumplimentó el del terraconsulado, al tiempo que volvía a llenarle el vaso al otro, por cierto un bebedor rápido—. ¡No sé cómo agradecerle este bendito fresco!

Saldaña hizo un ademán casi despectivo hacia sí mismo. Después dibujó una sonrisa difícil de interpretar.

—¡Cosa de nada!... Por otro lado, siendo un huésped forzoso, tengo la obligación de hacerme útil y agradable, ¿no?

La destreza del maruguayo había devuelto la vida a un pequeño ventilador a batería que durante meses Kerwood tuvo arrumbado en carácter de inservible. Un oasis en la planicie mercuriana, o casi, pensó el forzado Director Interino de Xenoscontactos; pero tan solo en cuanto al calor se refería.

Los *problemas* seguían vigentes... Colgaban ahí, igual que la lámpara de terracrílico. ¡Si al menos se hubiese tratado de un norteamericano!...

Cuando le preguntó a Saldaña si estaba “enamorado”, él había evadido la cuestión, en primera instancia, mediante una exclamación enérgica pero poco comprometida:

—¡Por nada del mundo la devuelvo!

“¿De *qué* mundo?”, había pensado Kerwood. Se imaginó al pueblo Malae en pleno, amontonado frente a la puerta del terraconsulado, desechada por una vez, como traje viejo, esa característica apatía suya...

Y le sobrecogió asimismo la visión, hartó más inquietante, de los enormes Ñecos, con los negros colmillos al descubierto, y los puños colosales abriéndose y cerrándose...

—¡Oh, *Gosh!* —y había sido entonces que se acordó de la botella de *rye* 50% Leg que guardaba para emergencias.

[...] *En virtud de lo cual queda solemnemente instaurado el Derecho de Asilo para todo aquel ciudadano de la Tierra que lo solicite, en cualquiera de los terraconsulados de cualquiera de los*

planetas, satélites o asteroides en que los mismos se hayan instalado, sobre la base de las formalidades prescritas por el Derecho Internacional del Espacio [...] +

—Fragmento del discurso del Excelentísimo Señor Lumba N'Gabi, Secretario General de la ORDENATI (Organización Democrática de Naciones de la Tierra, el 3/12/29.

Lo pude eludir bastante bien en los tres primeros saltos; pero pasar a la ofensiva ya era otro cantar.

Los dardos Sop no le penetrarían por ningún lado: el Arti tiene un revestimiento más duro que el de una astronave, y los ojos están recubiertos por una membrana transparente que no la perfora ni una broca Nuc. En pleno ataque de locura, como el que estaba sufriendo —no había otra explicación para su conducta—, se movía de tal modo que no me dejaba hacer bien la puntería para meterle el dardo por la bocanariz.

—¡Al demonio las reglas!

Busqué en el cinturón, para cargar el rifle con cápsulas Nuo—5. Una pildorita de ésas bastaba para abrirle un buen boquete al bicho..., coraza o no.

Oí un chasquido seco ¡y me encontré mirando con ojos alelados una ridícula culata sin cañón! En un parpadeo, la mortífera pinza de la bestia lo había segado a ras de gatillo, como si de un vulgar tallo de terramargarita se tratase.

—¡*Abh!* ¡Mald...!

Al apretarme el muslo sentí la mano bañada en sangre hirviente. ¡Aquello *corroía!*... No tenía que haber perdido de vista la otra pata..., la de las bayonetas.

Ahora pagaba el descuido, con el hándicap de una pierna inútil. La cosa se había puesto peliaguda en serio... ¿Y ella? ¡Dios! ¿Y ella?

La pude ver. Sentada en el suelo, se abrazaba las rodillas con fuerza; sus ojos...

El Articop bramó. ¡Me tenía acorralado!

Largó su hálito hediondo, cargó, cortando el aire con imponentes zarpazos..., y un par de segundos después volaban por el aire sus despojos.

—Vos o yo, viejo —dije, y volví a enfundar el pistonuc, pequeño arsenal de reserva (clandestino) que ya otras veces me sacara de atolladeros similares.

Cayó una extraña calma. Todo era violáceo, pues ya hacía rato que el sol se había puesto.

Por detrás del espeso celaje gris brillaban los seis satélites, cuya nubosa atmósfera los hacía tan luminosos como para permitir que su resplandor se abriese paso a través de la cerrazón del cielo kamohattiano.

Era urgente atenderme la pierna. Esas lastimaduras se infectan enseguida. Sentándome sobre una roca, saqué lo necesario del estuche Primaux que llevo al cinto.

Pronto desapareció el ardor, y la herida quedó limpia y prolijamente vendada. Los colgajos del pantalón pendían laxos, pero eso no importaba.

Ella no había cambiado de actitud durante todo aquel lapso. Le hice señas de que se acercara.

—¡Vamos, venga! ¡Ya pasó el peligro!

Para mi sorpresa, se paró y vino hacia mí. No había esperado que me entendiese al primer intento; pero mejor así, al fin y al cabo.

¡Y de veras que era un manjar del cielo para los ojos! Menuda, de exquisitas proporciones, llevaba encima poco más que un par de velos traslúcidos. Le puedo asegurar, doctor, que no velaban nada importante...

—Ayúdeme a pararme, ¿eh? —le pedí.

No fue más que el contacto de los dedos y de la palma, y la leve insinuación de las uñas, y tuve que tragar saliva, créame. ¡Dios! ¡Y yo era el que pensaba estar de vuelta de todo en cuanto a hembras!...

Me preguntó si me dolía.

No me pregunte ahora *usted* cómo fue que le entendí... No empleaba palabras; nada más que ademanes y gestos. Pero no hubo problema. O yo soy un genio, o lo es ella. Saque usted la conclusión.

Tuve que rodearle los hombros con un brazo. Hay que ver que, con la pierna en el estado en que la tenía, sentida, me costaba caminar... Los blancos cabellos se agitaron junto a mi cara, y me sentí embriagado.

—Gracias —dije, y por cierto que no me estaba refiriendo únicamente al apoyo.

Ella sonrió. (¿Dije que tenía una sonrisa que...? ¡Pero no! Sería inútil: cosas así hay que verlas con los ojos de uno mismo.)

—¿Vive lejos? ¡Fue una imprudencia venirse sola por aquí!

Señaló hacia la selva. Mediante una serie de ademanes (a cual más encantador) me dio a entender que su pueblo estaba a medio camino, en un claro (¿artificial?) que se abría entre la espesura.

Asentí. Yo había estado ahí una vez.

Le apunté con el dedo entre los dos pechos.

—¿Es Malae?

Sacudió la cabeza, de forma sorprendentemente humana.

—Ete —dijo—. ¡Ete!

Me encogí de hombros. No entiendo de esas cosas. Cuando llegué a Kamohatti me enteré de que la raza inteligente del planeta se llamaba “los Malal”.

No sé quién les puso el mote, si es una corrupción de alguna palabra del idioma de ellos, o si alguien interpretó como raza lo que a lo mejor no era otra cosa que el nombre que le daban al lugar donde vivían... Nada de eso revestía interés práctico, como comprenderá. El nombre era “Malal”; les cuadraba a los afectados (o al menos nunca los oí protestar); los del consulado de los EDNA tampoco tenían nada que objetar..., así que O. K. para este servidor.

Pero cierta vez, en no sé qué taberna, había oído a un tipo (un viejo beodo de enormes patillas cenicientas y cráneo liso como casquete polar) que habló de otra raza, los “Etei” (plural en “i”, no en “s”, insistió), quienes, según sostenía él, no tenían nada que ver con el tronco racial de los “Malal” (singular en “e”, aclaró), de manera que resultaba inconcebible, dijo, la desatención de los eruditos..., la *incompetencia*, más bien (recalcó), que demostraban al ignorar un hecho evidente... En aquel punto perdí interés en su cháchara y me fui a terminar mi Semileg “on the rocks” con una de las fulanas de la casa.

...No obstante, ahora me arrepentía de no haberle pedido más detalles al decrepito borrachín. ¡El ejemplar de Ete que tenía al lado era sensacional de veras!

—¿Se llama “Ete”? —La toqué con el índice, lo más suave que pude, un par de veces—. ¿Su nombre..., *suyo* solamente?

De nuevo meneó la cabeza, y cosa de doscientos mil aromas flotaron lánguidos en torno a mi nariz embelesada. Su mano perfecta descansó sobre su pecho.

—Hájeba. Solo Hájeba.

Me golpeé el tórax con la punta del dedo.

—Líber —le informé—. ¿Y Etes...? —quise saber—. ¿Todos?

—*Etei* —corrigió ella; y asintió—: Todos. Pocos.

—¿Malal?

—Otros.

—¿Pocos? —indagué.

—No; muchos —repuso.

Era impresionante lo rápido que había asimilado mi lenguaje. Yo del de ella ni idea tenía; pero igual nos entendíamos. Y, de cualquier modo, aunque hubiese farfullado una mezclanza de terrarruso y terrachino, habría podido quedarme escuchándola durante semanas, mecido por la música de aquella voz.

Oí el graznido de un Fif.

Era noche cerrada, y yo, ¡como un idiota!, plantificado ahí, a la descubierta..., rodeándole los hombros con un brazo a una preciosidad, con la misma negligencia con que me conduciría en la seguridad de mi “terrabulín”...

—No se puede atravesar la selva de noche —le dije a ella—. ¡Habrá que buscar un lugar donde quedarnos!

Bajo el fulgor difuso de las lunas sextillizas, que al traslucirse a través del velo de nubes confería una iluminación fantasmagórica al ambiente, ella se volvió a mirarme. Sus recias pestañas ondularon sobre las pupilas, anchas, doradas, ovaes... Se me sacudió hasta el tuétano. Tosí.

—¡Conviene que nos apuremos! —dispuse.

Enseguida empezamos a movernos. Menos mal que el dolor de la pierna había cedido casi del todo (aunque eso no significaba que iba a despreñar el sostén que ella me brindaba, claro). Dio un poco de trabajo, pero llegamos hasta los rori.

Tuvimos la fortuna de hallar un claro entre la maraña, y por ahí nos colamos... Yo hedía a varias capas de sudor acumuladas durante el día; pero Hájeba conservaba invariablemente la frescura de una flor. Creo que ha de despedir perfume por los poros, doctor; al menos, no se me ocurre otra explicación. Creo...

Pero volvamos a lo nuestro. Pronto hallé lo que buscaba. Un colosal ejemplar de garlota espinosa, cuyo tronco podría contener un edificio entero. Usé el Microlas

para ahuecarlo (con lo que, al mismo tiempo, eliminaba todo tipo de alimañas que pudieran habitar por allí) y, ya dentro del nicho así obtenido, desplegué la Minitent inflable.

(No se imagina, doctor, lo útiles que resultan estas carpitas... El plástico ultraextensible de que están hechas puede dilatarse hasta dejar sitio para tres personas con sus respectivos enseres, amén de un margen de comodidad; en tanto, que, plegadas, caben en un bolsillo, incluidos los sacos de dormir.)

Cuando terminé, ya encendido el tubito Autolite, que nos procuraba una buena fuente de luz, me volví, totalmente convencido de que iba a recibir de lleno una expresión de total maravilla de parte de mi compañera de campamento, quien seguramente jamás habría visto nada igual... Pero la serenidad de sus pupilas de oro no se había alterado. Y continuaba mirándome a mí, no al decorado.

Me acuclillé para inflar los sacos de dormir.

Dejé listo el primero, destornillé la boquilla del Microbom para darle aire al segundo..., y justo entonces el aliento de menta y terrajazmín de Hájeba me cosquilleó en la oreja.

Supe que no iba a tener que molestarme en hinchar el otro saco.

Aquella noche, doctor, no la olvidaré en mi vida. Fue algo así como si me hubiese estado alimentando solamente de terrapapas crudas desde la edad más tierna, hasta que una noche inolvidable, de improviso, alguien me hubiera puesto en la boca un terradurazno maduro, jugoso, chorreante de almíbar.

[...]El documento que se incluye en el presente informe —transcripción fiel de una cassette que ha recogido la declaración jurada del involucrado— se agrega a los elementos de juicio ya presentados con anterioridad.

Por todo lo cual es muy probable que la balanza se incline por fin, y los partidarios de la tesis de Sardis se vean favorecidos con un testimonio de verdadero peso.

[...]En la última Convención local de Exobiología se aprobó un proyecto —con vistas a su presentación en oportunidad ante la Asamblea General de la ORDENATI— que propende a destinar fondos de respetable entidad a la Fundación Sardis, con el objeto de honrar póstumamente a esta luminaria de la ciencia, cumpliendo asimismo con su propósito de abondar en el estudio (y eventual verificación) de su teoría del “Nexo de Maeterlinck”, trabajando en el propio terreno, sin las precariedades que el exiguo presupuesto actual ha venido imponiendo.

— Del artículo publicado en la “Revista de Exobiología”, que edita la Universidad de Ciencias Cósmicas de Vladivostok (Número correspondiente al segundo semestre de 2138).

—*Todavía descansa* —informó la voz.

—Gracias —respondió Kerwood—. Avíseme si hay cambios, ¿eh?

De un papirotazo cortó la comunicación.

—¿Sigue bien? —preguntó Saldaña.

Pese a lo grave de la situación, Kerwood debió esforzarse por contener una sonrisa... El latinoamericano había hecho lo humanamente posible por hablar en tono casual; pero no consiguió disimular del todo cierto temblor en la voz.

—No se preocupe —aseguró el del consulado—. Está muy bien atendida.

Saldaña suspiró, empeñado en una obstinada reticencia en cuanto a revelar sus emociones.

¿*Emociones?*, se preguntó Kerwood. Saldaña poseía unos ojos engañosamente cálidos y tiernos..., hasta que uno se daba cuenta de que la impresión se debía al tamaño anormalmente grande de los iris en comparación con el blanco; igual que pasa con los terracervatillos y los terrachihuahas, como también con algunos tipos

terrahumanos de Polinesia... Obviadas las apariencias, no obstante, el velo continuaba tendido, con la impenetrabilidad de costumbre.

El dichoso latinoamericano había arrasado con sus reservas de alcohol y de cigarrillos, se lamentó Kerwood. El vaporizador del escritorio se tragó varias decenas de colillas, y los pulmones de ambos hombres sucumbieron al pernicioso influjo de la nicotina (bueno, quizás no tanto, ya que los Sintet en rigor quemaban un sucedáneo bastante inocuo del tabaco); en cuanto a la botella..., en fin, había vuelto a ser nada más que un recipiente plástico vacío..., sin *espíritu*, ironizó Kerwood con un dejo de amargura. Preveía una abstinencia (forzada) de un par de meses. ¡Paciencia!... Gajes de su impuesto interinato.

—¿Ya decidió algo? —lanzó Saldaña, de repente.

Lo miraba a través del humo del último cigarrillo, que Kerwood le cediera en aras de la hospitalidad. El anfitrión carraspeó.

—Ya le expliqué lo delicado de la situación —redundó—. ¡Y, sin consultarlo con...!

—Usted no lo puede consultar con nadie —interrumpió Saldaña, sin aspereza, aunque con tono firme—. Sabe bien que depende de usted.

—¿Cómo lo dice con tanta seguridad? —Kerwood enrojeció.

—De otra manera, ya le habría endilgado la responsabilidad a quien fuera, en menos que canta un Pif—sonrió Saldaña—. ¡No le dé vergüenza! Yo en su lugar habría hecho exactamente lo mismo.

—Le agradezco su comprensión. Ahora expándala un poquito, ¿sí?

Saldaña asintió, sombrío.

—Créame que no *disfruto* metiéndolo en este lío.

—Le creo..., le creo. Pero, aun así...

—¡Me metí en su consulado porque no tenía por dónde escaparme!... ¿Vio bien a esos Ñecos, Kerwood?

—Los vi. ¡Inmensos!

—Arrancan árboles de raíz. ¡Solo por broma!... ¿Se imagina lo que harían con mis brazos y piernas..., estando enojados? Y esos colmillos negros... ¡Uff!

—¿No andaba con una pistonuc, usted?

—Se me perdió en la selva... Tuve un traspies, se me escurrió (creo que el Arti me había cortado el cinto) y se la tragó el cieno movedizo.

—¿Y el Microlas?

—No sirve. ¡Esos Ñecos son rápidos de veras!

Saldaña meneó la cabeza, absorto. De pronto advirtió que se le había terminado el cigarrillo. Se levantó del sillón que ocupaba y fue a introducir la colilla por el orificio del vaporizador. Una explosión pigmea, y ya no hubo colilla.

Se quedaron sin hablar por un rato. El zumbido monocorde del ventilador parecía acelerarse en determinados momentos; pero ambos sabían que no se trataba sino de una ilusión auditiva.

—¿Opina que respetarán el Consulado? —preguntó por fin Saldaña.

—Los vi ahí afuera —fue la concisa respuesta—. No parecen haberse reunido para ningún picnic.

—¿Y si por esas pretendiesen...?

—Ruegue a sus dioses que no —cortó Kerwood—, o rodarán cabezas.

Saldaña se dejó caer en el sillón.

—¿Nunca habían intentado nada por el estilo? —quiso saber.

—¡Jamás! Justamente por eso, Kamohatti fue declarado “ocupable”... El Derecho Espacial Internacional considera suficiente la no—oposición para conceder el permiso... Estos se la pasan sentados a la puerta de las casas, hora tras hora..., como aquellos santones de la India, ¿se ubica? Sin mostrar interés por nada, sin cambiar de expresión, respirando apenas...

Saldaña hizo un gesto de asentimiento.

—Así mismo los vi.

Kerwood trató de imaginarse la escena:

...El atezado maraguayo, cojeando, con un brazo pasado alrededor de los hombros de una pequeña Ete, entra en la aldea, justo bajo el gris cegador del mediodía...

Las hileras de casas —una especie de iglús tropicales, en forma de cónicos carapachos de terracaracoles marinos—, blancas como terraporcelana... Los Malal, pálidos, mustios, rígidos en sus posturas de Budas macilentos, con ojos vacuos y expresiones ausentes.

El calor. El silencio, en cuyo seno se registra hasta el roce de las ropas fétidas contra la piel, el húmedo crujir de la hierba bajo las suelas, el acezar del hombre de la Tierra tras una penosa caminata.

Y —de pronto— los ojos que cobran vida y se inflaman de cólera, los brazos que se alzan, las manos que se crispan, ávidas de sangre, las lenguas que se mueven airadas, para ordenar a los Ñecos que salgan a matar...

Aventó sus pensamientos. ¡Eso pertenecía a las páginas de algún *pulp*!

—¿Lo agredieron apenas llegó? —le preguntó a Saldaña.

El latinoamericano negó con la cabeza.

—Fue durante la noche —dijo—. Después que le rompí el pescuezo a uno de ellos.

[...] *La primera sensación que asalta al viajero resulta paradójica. Se ve liberado —tras meses de confinamiento— de la cárcel de aséptico hermetismo que lo transportó a través del semivacío intergaláctico. Un pensamiento superficial llevaría a suponer en el viajero una cuasi-euforia, un júbilo a nivel celular y fisiológico, al sentirse exonerado de mecanismos intermediarios entre sus sentidos y el medio.*

Sin embargo —¡sorpresivamente!—, uno puede constatar que la impresión dominante es de abogo, de angustiada sofocación. Las nubes se apelotonan alrededor de uno como un puño ciclópeo... Los pulmones se rebelan; su esfuerzo por saturarse al máximo hincha las venas y empurpura la cara; pero al cabo es inútil. Entonces sobreviene el pánico. Uno siente ponerse la carne de gallina; las ventanas de la nariz se le dilatan, se lleva la mano a la garganta... y suda.

En lo que dure su estadía en Kamohatti, ya no dejará de sudar.

—Boris Kerchoff, “El Mundo Tropical”.

Me desperté sudando.

Sudar acá no es nada extraordinario; uno jamás se seca del todo en Kamohatti, pese a chorrear litros enteros sin parar.

Pero este sudor era *frío*. Lo insólito de la circunstancia me hizo saltar en el saco de dormir como la hoja de una navaja de resorte.

—¡Hájeba!

Sólo quedaba una depresión en la colchoneta, junto a mí.

Sentí el roce de la piedra caliente contra la planta de los pies. Sin ruido, me moví en la oscuridad hacia la puerta de la choza. Las paredes fulgían tenuemente,

con una especie de fosforescencia que me permitía ver a mi alrededor con cierta claridad.

No sé si ha conocido las viviendas de esta gente, doctor. En realidad, no tienen nada más que un solo ambiente, desnudo por completo, a excepción de una especie de fosa central, donde probablemente harán fuego para cocinar, supongo... Duermen, comen y se sientan en el propio suelo, según creo. No me parece que sepan lo que es un mueble.

Salí.

Todo estaba en silencio, aunque de cuando en cuando se escuchaba algún graznido de ave, o crujidos de ramas. Una de las cosas positivas que se pueden decir de Kamo—hatti es que acá no hay insectos, ni equivalentes; y uno se libra de aguantar ese chirrido infernal que se oye en los bosques de la Madre. Tampoco se sufren picaduras... Bueno, ¡algo a favor *tenía* que haber!...

Las casas se destacaban sobre el cielo oscuro como inmensos caparazones. Extrañas siluetas se traslucían a través de las torneadas paredes..., siluetas enfrascadas en misteriosas actividades. (Esa parece ser la norma: solo de noche se mueven un poco.)

Ni rastros de Hájeba.

Aparentemente... Porque yo gozo de un olfato de primera, y en la perra vida podré confundir el perfume de ella... Pegué la nariz al suelo, junto a la entrada de la casa que habíamos ocupado —¡igual que un sabueso!— y no tardé gran cosa en encontrar la pista.

Ahora supongo que debí haber reflexionado... Pero en aquel momento lo vi todo a través de un velo de sangre.

Ella estaba tendida, ahí, en medio de aquella casa—caracol ajena..., ¡toda desnuda! Y el otro...

¡Solo a unos cuantos metros de la otra choza, donde habíamos estado juntos!

—¡Aléjate de ella, hijoé...!

El tipo se volvió hacia mí y, créame, doctor: ¡aquello era... indecente! Yo he vivido lo mío, y pensaba haberlo visto todo; pero una cosa *así*... ¡Y tan luego uno de esos males..., con esa pinta de infelices!

Nunca fui mojigato. Pero, no sé..., ver *eso* al lado de ella me...

...Cuando se disipó la niebla roja, el individuo estaba de cara al suelo, y no parecía que tuviese huesos en el cuerpo. Los brazos se retorcían en ángulos imposibles y el pescuezo era como una media vacía.

—¡Hájeba!

No se movía. Tenía los ojos tan abiertos que me asusté, doctor...; pero no pestañeaba. Por la comisura de la boca fluía un hilo de saliva.

Me arrodillé junto a ella y apreté una oreja contra su pecho.

—Menos mal...

Le pasé un brazo por abajo de las rodillas, y con el otro la sostuve por la espalda. ¡Una pluma! Mejor así.

—Pobrecita... Está en shock... —monologué, angustiado—. ¡Tenemos que irnos! ¡Quién sabe cómo van a...!

Se me secó la boca. Tenía el cuerpo impregnado en sudor rancio, y de pronto todo se enfrió. No pude sacudir un párpado.

Ante mí, bloqueando la salida, había una muralla de músculo, pelo hirsuto y afilados colmillos babeantes.

—¡Los Ñecos! —barboté, mientras seguía sudando.

[...] *La cualidad prácticamente única del clima de Kamohatti, que registra tan sólo ínfimas variaciones entre las diversas latitudes, se ha explicado en razón de las complejidades de su órbita,*

donde el movimiento de traslación del planeta se combina con el de rotación, para resultar en una “espiral de elipsoides continuadas”, cuyo efecto consistiría en la uniformidad de la inclinación de los rayos de su astro sobre un 85% de la superficie planetaria, durante la totalidad del año solar.

Asimismo, las masas de nubes —cuya densidad de concentración es muy superior a la normal—contribuyen a producir esa especie de “telliç climático” que envuelve al mundo en un asfíxiante efecto de invernadero.

[...]Excepcional resulta, también, la variedad de razas animales en Kamohatti, donde no existen insectos, arácnidos ni miriápodos, en tanto que los mamíferos presentan características de otras especies combinadas con las propias. La raza pensante es decididamente humanoide, con mínima diferenciación (sangre oligocrómica, pupila oval o elíptica, cabellos de sección triangular y pigmentación albina); se debate en la actualidad una subdivisión en dos razas, Ete y Malae (Etei y Malal en plural), cuyas características no están aún suficientemente documentadas como para autorizar una definición terminante de la controversia. [...]

[...] Se ha podido observar vastas zonas deshabitadas, en las cuales se aprecian vestigios de antiguas “construcciones”, cuya disposición y estructura revelarían llamativas semejanzas con nuestros propios emplazamientos urbanos... Teóricos audaces se han permitido formular alguna que otra hipótesis en exceso aventurada, pretendiendo justificar dichas “ruinas”, las anomalías climáticas, el especial comportamiento de los Malal, amén de ciertas características físicas de la especie, así como también los “vacíos”lógicamente inexplicables dentro de la escala zoológica de Kamohatti, todo en un solo paquete, atribuyéndolo a causas no naturales.

Concretamente: consecuencias de una pretendida conflagración bélica a escala planetaria, llevada hasta los últimos extremos, con el empleo de armas nucleares. [...]

—Boris Kerchoff, “El Mundo Tropical”.

Kerwood se había parado, dándole la espalda al maraguayo. Su vista se abstraía en un gran planisferio de las dos masas continentales de Kamohatti, que colgaba de la pared.

—¿Me permitiría que le hiciera una pregunta... delicada? —inquirió.

Saldaña sonrió con media boca.

—¿“Personal”, como dicen ustedes?

—Bastante personal, sí.

—¿Como la que me hizo hace un rato?

—¡Y que usted me contestó con otra!

—Que usted, a su vez, no supo responder —concluyó Saldaña.

—Yo pregunté: “¿Está muy enamorado de la chica?”, y usted se me escurrió con un: “¡Jamás la entregaré!”... Y cuando yo insistí, usted volvió a eludirme con su “¿Y qué es estar enamorado?”... ¿Qué diablos quería que le contestara a *eso*?

El maruguayo se encogió de hombros. Kerwood, íntimamente sorprendido de su propio acaloramiento, se sentó de nuevo y se puso a mirarse una mancha de tinta que tenía en el índice de la mano derecha.

La voz salió un poco ahogada cuando se decidió.

—¿No tuvo... escrúpulos, Saldaña?

Los ojos extraños del latinoamericano lo enfrentaron.

—¿Por acostarme con ella? ¡Para nada!

Kerwood carraspeó.

—Lo digo por el hecho de que, en rigor, ella no es... Digo, yo no podría considerarla...

Saldaña abanicó el aire.

—¡Macanas!

—¿Eh? —Kerwood parpadeó.

—¡Idioteces! —aclaró el otro—. Anduve con bastantes hembras en mis años, como para no reconocer el producto genuino en cuanto le echo el ojo encima. ¡Le doy mi palabra de que es toda una *mujer*! ¿Qué importa en qué mundo haya nacido?

El norteamericano meneó la cabeza, sin alzar la vista.

—No me vaya a interpretar mal —dijo, por fin—. No tengo nada de... morboso, ¿sabe?

—No creo haberlo acusado de nada por el estilo.

—Pero podría dar la impresión... ¡Le juro que no me guía ningún afán voyeurista! Solamente...

—Está bien —cortó Saldaña—. ¡No me debe explicaciones!

—Pero quiero dárselas... No hago más que recabar todos los datos posibles, para ver si encuentro una manera de salir del embrollo en que estamos metidos. Y si pudiera interpretar el concepto que... ¡Oiga!

Saldaña alzó la cara.

—¿Qué pasa?

—¡Eureka! —exclamó Kerwood. Dio una palmada sobre el brazo del otro—. ¡No sé cómo no pensé antes en el doctor!...

—¿Doctor...? —Saldaña arrugó la frente.

—¡Una eminencia transplanetaria! Lo tengo acá hace unos tres meses, estudiando... ¡Pero qué imbécil fui, no ocurrírseme antes! ¡Si alguien nos puede ayudar, es Guimaraes! —Kerwood conectó el intercomunicador del escritorio—. ¡Señorita! ¡Mándeme enseguida al doctor Guimaraes! ¡Dígale que es superurgente!

—Perdón —interpuso Saldaña—, ¿me puede explicar qué es todo esto?

Kerwood levantó una mano abierta.

—¡Un minuto! Situaciones críticas requieren expertos, ¿no es así?

—Así dicen, sí.

—¡Pues este es conocido en diecisiete mundos! —Los ojos de Kerwood brillaron por primera vez en el día—. Amigo Saldaña... ¡creo que la cosa va a empezar a encarrilarse!

[...]Se ha podido comprobar, en recientes investigaciones llevadas a cabo por el doctor Camilo Guimaraes, Premio Nobel—Xardis 2130 de Exoetnología, que muchas de las necesidades materiales de los Malal de Kamobatti son paliadas por la acción de los Ñecos —una curiosa especie, híbrida de dos subramificaciones (?) de Primatoide, que presenta características antropoidales, como la del pulgar oponible, unidas a otras que normalmente no cabría esperar en una especie tan evolucionada, como la constituyen los ojos facetados—, la cual parecería haber sido fruto de un adiestramiento centrado en objetivos claramente establecidos.

[...]Los Ñecos —transcripción fonética de la voz indígena utilizada para nombrarlos— ostentan una naturaleza servil, mansa en extremo, al par que notables aptitudes para la comprensión de las órdenes que se les imparten. Seres formidablemente dotados en lo que a lo somático concierne, sólo emplean su tremendo vigor muscular en los juegos y retozos a que suelen entregarse en horas de la mañana, cuando sus amos (?) Malal no requieren de sus servicios. (El doctor Guimaraes afirma haber obtenido abundante— evidencia documental de que los Malal se sirven de los Ñecos para efectuar las labores más bastas —como el cultivo de bulbos alimenticios, por ejemplo—, y también, en casos excepcionales, los usan como cabalgaduras, siendo este su único medio de transporte conocido.)

A los Ñecos se los ha sorprendido —y videograbado— en momentos de desarraigar masas enormes de arbustos rori, una proeza que solo habría podido emularse mediante el empleo de potente maquinaria terrestre... Resulta indudable que tales criaturas —de una talla media de dos metros

setenta, y un peso promedio de ochocientos noventa kilos—serían terribles adversarios, de ponerseles en plan agresivo. [...]

—Boris Kerchoff, “El Mundo Tropical”.

Reconozco que tuve miedo. Mie—do.

Hájeba me pesaba entre los brazos; su piel satinada enfriaba la mía. De sólo pensar en lo que podrían hacerle esas bestias...

Pero hasta el momento no habían hecho ningún amago de atacar. Quizás eran unos animalotes estúpidos que ni conciencia tenían de su poder para matar. Tal vez (me dije, a fin de darme ánimos) los mismos Malal habían extinguido en ellos la voluntad de agredir, porque de otro modo habrían representado un peligro difícil de controlar...

Oí un gruñido, bajo y profundo. El pelo de la nuca se me puso de punta. Me mordí los labios. ¿Qué cuernos se había hecho de mi *saliva*?

—¡Atrás! —grité.

(Alguien había asegurado, alguna vez, que a las fieras hay que hablarles fuerte y mirarlas directo a los ojos para dominarlas... Yo no había tenido aún ninguna ocasión de probar el truquito, ya que nunca me había visto acorralado y sin arma alguna, pero...)

—¡Abran paso, bestias! —e hice furiosos movimientos con la cabeza.

Abrieron calle.

El corazón me golpeaba como una Torr descentrada. Estaba vadeando en mi propio miedo, hecho sudor.

Un paso. Otro. Otro más.

Era como tener una batería Fullbright—90 apuntada a la espina dorsal. No me atrevía a mirar atrás.

Un golpe en la punta de la nariz. Húmedo.

—¡Lo que faltaba!

Casi enseguida luchaba por respirar entre furibundos latigazos de agua. ¿No lo agarró todavía ninguna lluvia de acá en campo abierto, doctor? ¡Igual a martillazos líquidos!

Sacudí la cabeza para tratar de expulsar el agua que me inundaba los ojos y las narices. Las gotazas chasqueaban contra mi cráneo, mi ropa, el suelo, la carne de Háje—ba... Empecé a correr.

En determinado momento, retorcí el pescuezo para volverme a mirar a mis espaldas. Se me congeló la sangre en el mismo corazón.

¡Venían!

A través de la densa cortina pluvial, sus siluetas me recordaban los engendros de alguno de mis peores “viajes” de extatina (que consumí en mis años mozos, lo confieso).

Mi aliento se convirtió en jadeo. El chapotear de las gotas, el chapaleo y el ruido succionante de mis suelas al adherirse al barro, con cada brinco que daba, sumando una tonelada de peso cada vez... Y ellos, siempre detrás, acosándome, escuálidos homúnculos jinetes en gorilas—monstruos...

La selva.

Su malla protectora se cerró sobre mi cabeza; mis pies revelaron una vez más su poder de visión extrasensorial, al esquivar por sí solos traidoras raíces y hoyos disimulados entre la manigua. Bajo aquel techo vegetal reinaba una seminoche, enfundada en el sordo mugir de la tormenta.

Hallé un sitio conveniente. La descomunal raíz de un zamplo se curvaba caprichosamente, en un arco que se elevaría cosa de metro y medio por encima del suelo. Con el Microlas profundicé la cavidad, limpiándola de bichos (como había

hecho la vez anterior, ¿recuerda?), y me refugié ahí con Hájeba. Pero ahora no disponíamos de tienda ni nada parecido...

Luego de acomodarla lo mejor que pude —no había vuelto en sí, pero no me pareció que su vida peligrase— me dediqué a camuflar el nicho con trozos de raíz y pasta de fango. El Portalite, puesto en “1”, nos daba la luz indispensable sin delatarnos, según pensé.

Chorreábamos por todos lados. No sentía frío —eso en Kamohattí es una noción inconcebible—, pero no convenía que la ropa se me secara encima.

Me saqué la camisa y los pantalones (lo que quedaba de ellos, luego de las últimas peripecias) y me libré de las botas embarradas.

La vista de la herida de mi pierna, sucia y con trozos de venda adhesiva colgando, me hizo torcer la boca; pero al menos no descubrí señales de infección.

—¡Habría sido un lindo postre!... —mascullé.

Por suerte había podido salvar el estuche Primaux... Me pasé las manos por el pelo, a ver si podía enjugarlo un poco, pero renuncié. Demasiado empapado.

Era urgente atenderla a ella. Respiraba apenas, y la carne ya no le brillaba con aquel matiz de terramiel; se le había aclarado hasta recordar la pulpa del terralimón. Hilillos líquidos resbalaban por las curvas de su cuerpo tendido. La masa pastosa del cabello se le pegaba a la cara y los hombros en blancos arabescos.

Comencé a frotarla con las palmas; pero era trabajo inútil con tanta humedad; aparte de que tenía temor de dañarle la piel con mis callosidades. La palidez iba en aumento. Comenzó a traslucírsele una red de venillas verdosas: me di cuenta de que tenía que usar medios más drásticos sin perder más tiempo.

Extraje el Microlas y le destornillé el extremo trasero. Quité dos de las tres minúsculas baterías y repuse el cabo. Hice un par de ensayos sobre el dorso de mi mano izquierda, bajando la graduación al mínimo. Unos cuantos vellos se

consumieron, retorciéndose; y me quemé un poco la piel, también, las dos primeras veces. Pero finalmente salió un haz lo bastante atenuado como para decidirme a correr el riesgo.

Desde un ángulo oblicuo fui irradiando a Hájeba con el mayor cuidado posible, desde la frente hasta las uñas de los pies.

Nubecitas de vapor ondulaban fugazmente sobre su cuerpo, que poco a poco iba recobrando la tonalidad normal. No me atreví con los cabellos. Sentí miedo de estropeárselos irremediablemente. Se los aparté de la cara y los fui extendiendo con toda la suavidad de que soy capaz... Aun mojados como estaban eran magníficos de veras.

De inmediato apliqué el Microlas a mi ropa y no tardé en dejarla bien seca. Usé la camisa para cubrir a Hájeba y yo me puse el pantalón. El solo mirar las botas, con su costra fangosa, me causaba escalofríos: más adelante me iba a ocupar de dejarlas en forma. Por el momento me dediqué a cuidar la herida. Con el Microlas en graduación más alta recorté en forma más prolija los harapos que la circundaban; luego me la vendé con tela adhesiva limpia.

Sólo entonces obedecí a los aullidos de mis músculos y me tiré a descansar.

Tenía que planear bien mis próximos movimientos; pero, antes que nada, la prioridad era dormir. Me aseguré de que ella estuviera todo lo cómoda que cabía esperar. No podía hacer más: era inútil que velase sosteniéndole la mano. Íbamos a necesitar de todas mis energías.

Cerré los ojos y empecé a soñar que los Ñecos, entre gruñidos de deleite, me hacían tiras.

[...] *Las diferencias entre Malal y Etei parecen ubicarse tanto en los dominios de la estética como en los de las ciencias biológicas y filogenéticas. En efecto, unos y otros (?) son bípedos humanoides de reproducción sexual, idéntica en su modalidad y mecanismos a la del homo*

sapiens. *Sus anatomías obedecen a leyes de simetría bilateral, su fisiología —por lo que se sabe— no difiere de la humana, excepto por detalles de menor entidad, como ser lo reducido de su secreción sudorípara —equivaldría aproximadamente a un 0,6 % de los niveles normales para nuestra especie—, etcétera.*

El aspecto general del pueblo (¿raza?) Malaie exhibe todas las características de la decadencia filogenética: oligohemia, oligocitemia y oligocromia; necatoriasis; enfisema pulmonar; frecuentes cardiomalacias, amén de cierta propensión a las cardiorexias; atrofia del folículo piloso, con calvicie ultraprecoz, etcétera. Son seres de desarrollo muscular prácticamente nulo, anemia en proceso muy avanzado, acusadas deficiencias de visión, pronunciada anosfresia y, en lo que se alcanzó a observar, de actividad física inexistente durante las horas diurnas. Estos caracteres parecen ser comunes a ambos sexos, que, incidentalmente, no presentan diferencias apreciables al examen superficial. Siendo la cualidad general un apatismo extremo, que los inhibiría inclusive de expresar sus emociones (?) mediante gestos faciales, se abre un atractivo interrogante en lo que concierne al capítulo de los reclamos afrodisíacos y sus correspondientes respuestas, fase inevitable de la reproducción sexuada tal como la concebimos.

[...] *Los silenciosos grupos de gente Malaie, sentados al modo de los lamas terratibetanos, junto a las entradas de sus viviendas —fantásticas torrecillas en forma de terramoluscos Turritellae—, que apuntan los espiralados ápices en dirección del siempre cubierto firmamento, parecen tan alejados de los escasos Eteie que han sido observados —mezcla de rusalkas y silvanos con movie stars del siglo romántico— como un terragusano común confrontado a una vistosa terracoral... Sin embargo —asombrosamente—, el instinto nos avisa, aparte de toda lógica racional, de una extraña suerte de relación inexplicada..., incomprendida aún, y acaso incomprensible...*

—Fun—Hwan—Soo, “Ensayos de Exofilogenia”.

Mientras aguardaban por el doctor Guimaraes, Kerwood tuvo tiempo para continuar reflexionando acerca de la paradójica personalidad del maraguayo, sentado delante de él.

En su manera de expresarse, por ejemplo, donde tan pronto recurría al vigor de los vulgarismos como, por momentos, parecía servirse inconscientemente de cierta rústica poesía del instinto, se reflejaba la confusión de culturas que influyeran en su modelaje psíquico, así como la diversidad de ambientes en que se había movido..., en el curso de una existencia tan pictórica en avatares cual Kerwood, desde la modorra de su apoltronamiento yanqui—siglo—22, a duras penas lograba concebir.

No obstante —se encaprichaba en creer—, él podía distinguir las diversas capas que revestían al individuo con la misma claridad que si se tratase de un diagrama estratigráfico).

Existía una costra dura, superficial, era indudable; y bastante resistente también. Pero Kerwood casi habría asegurado que había sitio para la blandura y el calor en niveles más profundos... Aunque, por supuesto, este capítulo ya entraba en el terreno de la conjetura: el núcleo se obstinaba en mantener su hermetismo y opacidad primigenios.

Golpearon.

—¡Adelante! —invitó el norteamericano; y el doctor Guimaraes hizo irrupción.

—¡Con su permiso!... —El inglés ultraoxfordiano del científico cosquilleó las comisuras de la boca de Kerwood, como de costumbre.

—Pase, doctor. Le presento al amigo Líber Saldaña..., nuestro huésped inesperado de las últimas horas.

El maruguayo hizo un movimiento de cabeza, a guisa de saludo. Era obvio que no interpretaba el visible entusiasmo de su anfitrión por este hombrecito de cabeza aovada y pecho hundido.

—Gusto en conocerlo —Guimaraes se dirigió al sudamericano en castizo español—. Me imagino que usted estará relacionado con toda esa barahúnda de allá afuera, ¿cierto?

—Soy el más sorprendido con este resultado —repuso Saldaña—; pero, sí: debo reconocer que por esta vez me tocó ser protagonista... Pero puede hablarme en inglés, si quiere, en obsequio del dueño de casa —añadió.

Guimaraes se volvió hacia Kerwood, en tanto, a su invitación, ocupaba un raído sillón negro.

—Oí algo de un refugiado... no terrestre —comentó.

—Tenemos una Ete en la habitación contigua —le informó Kerwood—, ¡en mala hora!... Y, por favor, disculpe la rudeza, amigo Saldaña, pero...

Los ojuelos del portugués, hundidos en sus cuencas, despidieron chispas. Casi saltó del sillón.

—¡Una Ete! ¡En la pieza contigua! Pero... —le empezaron a temblar los dedos y los labios.

Saldaña arrugó el entrecejo, observándolo de soslayo. Kerwood estiró un corto brazo, de enulado vello, y, con firme gentileza, obligó a Guimaraes a sentarse de nuevo.

—¡Ya la verá, doctor!... Pero, si me permite, antes que nada es imprescindible que se entere de todos los antecedentes del caso.

El esfuerzo del portugués por reasumir una actitud serena fue casi tan evidente como el aire fresco que expelía el ventilador. Guimaraes tosió un par de veces, se pasó un pañuelo desechable por la boca, lo hizo una pelotilla, lo lanzó al vaporizador y luego se aferró a los brazos de su sillón.

—Lamento mi grosería, señores —se excusó—. Pero debo explicarles, en mi descargo, que la posibilidad de estudiar en vivo y de cerca a un ejemplar de esa raza,

representaría el mayor logro científico de los últimos quince terraciclos... Hasta ahora no se sabía de ningún contacto verificado entre nuestra gente y los Etei, y...

—Pues sí que hubo *contacto* —se le escapó a Kerwood; y de inmediato se mordió la lengua, deseando que su murmullo no hubiese llegado a oídos del maraguayo.

—¡No creo que ella se preste a que la estudien! —interrumpió Saldaña. Había un fulgor irritado en el fondo de los anchos iris oscuros.

—¡Caballero! Veo que no he sido correctamente interpretado —expresó Guimaraes—. Usted no capta...

—¡Cómo no!... ¡Seguro que capté su idea, viejo!—El tono de Saldaña arañaba la ferocidad—. ¡Piensa que acaba de agenciarse un cobayito vivo y coleando!

—¡No! —intercaló Kerwood—. Oiga, Saldaña...

—¡Oigan ustedes! ¡Ella es una *mujer*! ¿Me oyen? ¡Yo lo sé muy bien! ¡Lo garantizo! ¡Y no le permito a nadie que la examine bajo un microscopio! ¿Quedó bien claro..., señor *doctor*?

La tabla del escritorio sonó con fuerza bajo la ancha palma de Kerwood.

—¡Basta!

Saldaña se volvió hacia el norteamericano. De golpe, era la encarnación misma de la salvaje agresividad, presto al ataque sin aviso previo.

—¡No pienso dejar que la traten como a un animal! —advirtió.

Kerwood se puso de pie con lentitud. Sus ojos pálidos enfrentaron la combatividad de los del maraguayo; su rechoncho físico desafió a la fibrosa estructura del otro.

Dijo:

—Antes que nada, vamos a dejar en claro un punto. Usted y esa mujer se asilaron en este consulado, de acuerdo a las disposiciones del Derecho Interplanetario en vigor. En base a esas mismas disposiciones, es deber mío tomar las providencias que juzgue más convenientes, según mi leal saber y entender..., como el funcionario de mayor categoría en el momento actual.

”Yo no busqué esta situación; y créame que no se la desearía ni a mi peor enemigo. ¡Pero estamos en el baile, y por el Infierno que voy a ser yo el que dirija la orquesta! ¡Y si usted no está de acuerdo, puede abrir la maldita puerta y salir a echarse en el regazo de esas bestias sedientas de sangre que lo están esperando ahí afuera!...

Los párpados de Saldaña dejaron al descubierto dos hendiduras de peligrosa luz oscura.

—¿Y si me... resisto a aceptar esos términos? —preguntó suavemente.

Kerwood aferró los bordes del escritorio hasta que los nudillos le blanquearon, y unas medialunas lívidas le orlaron las uñas.

—Si es así, tendré que sacarlo yo mismo —repuso—. Y tenga la completa seguridad de que lo haré..., ¡aunque maldito si sé cómo voy a arreglármelas!

La última sílaba desembocó inconscientemente en el ridículo; y Kerwood sintió que su aguda percepción del humor casi lo orillaba a sonreírse. Vio el inicio de una mueca irónica en los ojos de Saldaña y agradeció al Cielo, porque supo que el témpano se resquebrajaba. La presa de sus dedos aflojó poco a poco.

—¡Caramba! —murmuró, ya riéndose entre dientes—. A veces me olvido de que soy un cincuentón mantecoso... ¡Este tipo de situaciones me altera la presión!

Los músculos de Saldaña, alrededor de los hombros y de los bíceps, se relajaron casi audiblemente. Dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

—¡Este geniecito que me legó la vieja!... Discúlpeme, por favor, amigo Kerwood. Comprendo que me salí de tono.

—Si me permiten —intervino el doctor Guimaraes, exhibiendo un exquisito sentido de la oportunidad—, creo que el culpable del malentendido es un servidor... Tendría que haber comenzado por recordarles que hablaban con un *científico*; o sea un integrante de una rara especie que no entiende gran cosa del mundo, fuera de hechos concretos y tests de laboratorio...

La atmósfera se aquietó, como un gallardete al amainar el vendaval. Por los caminos impalpables del aire empezaron a cruzarse miradas más cordiales. La blandura de los cojines recibió con soplidos satisfechos a una reasumida urbanidad.

—No quise ofenderlo, doctor Guimaraes —dijo Saldaña—. ¡Es que estoy hecho un manojo de nervios con todo esto que está pasando, y...!

—Todos estamos bajo tensiones... ¡Mucho menos ánimo de ofensa tuve yo! — La chispa jocunda de los sumidos ojillos del portugués era contagiosa—. ¡Tenga en cuenta que, en nuestro gremio, el mayor elogio que le podemos otorgar a algo o a alguien es considerarlo material digno de estudiarse!... Porque el estudio es nuestra misma esencia, amigo Saldaña..., ¿se da cuenta? ¡No deseo otra cosa que serle útil!

Saldaña se inclinó hacia adelante. Su curtida diestra salió al encuentro de la garrita pecosa del científico.

—Se lo agradezco sinceramente.

—Me lo puede demostrar contándomelo todo —dijo Guimaraes, con extraordinaria vivacidad—. ¡Espere! —añadió, y sacó del bolsillo un lápiz grabador—. Nos resultará de suma utilidad el registrar todo cuanto se diga...

Kerwood tocó el selector del intercom.

—¡Que no se nos interrumpa! —ordenó, e hizo una señal a Guimaraes.

Durante los cincuenta y siete minutos siguientes, el portugués se las ingenió para extraer del naturalmente reticente Saldaña un relato lo más preciso y expurgado posible de sus andanzas de última data en Kamohatti.

El resplandor entusiasmado de sus ojos crecía y se agigantaba a medida que progresaba el relato, advirtió Kerwood. El subjefe de Xenoscontactos volvió a felicitarle por su inspiración al inmiscuir a Guimaraes en el caso.

“Probablemente”, se dijo, “sea lo único más o menos atinado que decidí en las últimas tres horas... ¿De dónde más podría esperar auxilio?”

Kamohatti no era un mundo rico; no escondía oro ni gemas, ni combustibles sólidos o líquidos..., de manera que la única razón de existir de ese consulado era puramente formal. Y con el Cónsul en trámite de traslado..., ¿qué? ¿Pedir instrucciones a Ednacap (ex Washington D.C.)? ¡No iban a perder el sueño por los problemas *de* un oscuro funcionario *de* un insignificante puesto *de* fronteras! (Kerwood no gastaba eufemismos con respecto a su propia situación. Más bien veía los hechos en todo su descarnado realismo. Porque, en lo que a su persona concernía, no era sino un escéptico.)

Guimaraes detuvo la grabación.

—Creo que tengo los datos que me faltaban.

—¿Y qué opina de todo esto? —urgió Kerwood.

—Considero factible hallar una salida...

—¡Gracias al Cielo!

—...pero, antes que nada, tengo que conversar un poco más con el señor Saldaña. Es hora —manifestó, y el sudamericano arqueó las cejas— de que le haga el cuento de las terraflores y las terrabejas...

[...] *“Es un honor y un privilegio para mí otorgar al doctor Camilo Guimaraes Da Souza, de Terraiberia, el máximo galardón anual dispensado por la Academia de Ciencias Cósmicas, en*

merecido reconocimiento por la invaluable labor de investigación, complementaria de los estudios del extinto profesor Theotopoulos Sardis, a cuyo inspirado intelecto debe la Humanidad una de las concepciones más audaces del siglo: la Tesis del Nexo de Maeterlinck, ahora totalmente refrendada en los hechos y justamente celebrada en todos los ámbitos científicos del Universo alcanzado por el Homo Sapiens...”[...]

—Fragmento del discurso pronunciado por el Presidente de la Academia de Ciencias Cómicas, en oportunidad de hacer entrega de su Medalla de Oro Anual al doctor Guimaraes da Souza, el 28 de diciembre de 2039.

Recuerdos negros, recuerdos grises, dije; recuerdos en tonos desvaídos y recuerdos en matices inflamados de rojo subido y amarillo cegador o escandaloso azul... Toda clase de recuerdos: lentos y morosos, como envueltos en gelatina; o en flash—back, sólo destellos. Sumergidos en bruma o relucientes como un puñado de soles. Mi vida.

Pero no estaba completa, mi vida. Yo lo sabía; siempre lo supe. Tampoco había terminado con todas las sorpresas (esto acabo de descubrirlo).

Traté de fingir calma..., incluso indiferencia; pero estoy seguro de que me traicioné. ¡Debo haberles parecido un colegial baboso!

Casi me llevé por delante a Kerwood y al doctor para entrar en la pieza antes que nadie. Ahora comprendo por qué Guimaraes trató de contenerme... Pero en el momento de los hechos no tenía en la cabeza otra cosa que no fuese el ansia de verla de nuevo.

—¡Hájeba!

—¡Shh!

Haría mucho que no me ponía así, como un terratomate; pero por suerte la habitación estaba a media luz. La mujer que la estaba cuidando, alta y flacucha, no era ninguna enfermera.

Debía de ser una de las empleadas de Kerwood, y se encrespó bastante cuando irrumpí llamando a Hájeba en voz alta... Las “h” del chistido que me largó parecieron prolongarse durante horas, tensándome los nervios peor que todo lo demás.

—¡Está descansando! —susurró la *nurse* postiza—. ¡No sea inconsciente!

Guimaraes se acercó al lecho y estiró un brazo para agarrar la muñeca de Hájeba.

Miré por encima del hombro del doctor.

La vi tranquila, los ojos cerrados y respirando suavemente bajo la manta que la cubría desde la base del cuello hasta más allá de los pies.

—¿Habrá pasado el shock, doctor? —musité.

El médico movió la cabeza, sin contestarme. Me di cuenta de que estaba contándole las pulsaciones; no insistí con mis preguntas.

Fuera del área amarillenta que demarcaba la luz de una lámpara atérmica, englobando la carita de Hájeba, parte de la espléndida cabellera y algo de la manta, no existía nada más para mí, excepto la presencia del doctor y el runrún de la termocélula, que mantenía confortable el ambiente.

Guimaraes le soltó el pulso.

—Va muy bien —dijo.

Sentí la presión de los pequeños dedos huesudos en ambos hombros. Algo me atenazó el corazón y bregué por saliva para humedecerme los labios resecos.

—Le esperan momentos difíciles, amigo mío —me avisó el doctor.

Una multitud de diminutos pellizcos corriéndome por la cara me indicó que había palidecido como muy pocas veces en mi vida.

—¡Cómo! —exclamé, aunque siempre en murmullo—. ¿No me había dicho que...?

—No es eso, no se preocupe. ¡Va recuperándose bien!

—¡Entonces no hay peligro!... ¿No va a...?

—El shock ya pasó. Le inyecté una droga para hacerla olvidarse de todo lo sucedido.

Parpadeé.

—¿Olvi...? No... entiendo, doctor.

—Solo así la pude sacar de su estado.

—¡Ah!... Entonces, quiere decir que se va a poner bien, ¿eh?

Asintió, sin soltarme los hombros.

—Y todo se va a arreglar —afirmó.

—¡Si es cierto eso, se merece un monumento! —intervino Kerwood, entusiasmado.

—¡Shh! ¡Más bajo, por favor! —reprendió la pseudoenfermera.

Me abandoné a una sensación de relajamiento. Por primera vez me daba cuenta de lo cansado que estaba.

—¡Gracias, doctor!... —suspiré.

El médico apartó los dedos de mis hombros y meneó la cabeza.

—No se apure a agradecerme nada.

—¡Se despierta, doctor! —avisó la cuidadora.

Vi una sombra apenada en los ojos de Guimaraes, al mirarme; pero en seguida se volvió hacia Hájeba, y ya no me acordé de mi fugaz impresión. Se inclinó sobre la figura yacente, dándome la espalda, y echó a un lado la manta..., y de repente noté algo que me enfrió la sangre.

Un sacudimiento súbito de aquella espalda, como si una violenta conmoción hubiese hecho presa del doctor.

—¡Apártese! —ordenó a su auxiliar, en tono ahogado.

—¡Dios del...! —la mujer se llevó una mano a la boca.

—¡Salga si no lo soporta! —exigió Guimaraes, tenso.

—¿Qué pasa? ¿Qué es...? —y me lancé hacia adelante.

Pero el menudo científico se interpuso resueltamente:

—¡Un momento!

—¡Pero dígame qué pasa! —Forcejeé contra unos brazos asombrosamente obstinados—. ¿Por qué me impide verla?

Alguna cosa sombría alteró la cara del hombrecito...; algo que no pude llegar a descifrar, y que por eso mismo me aterró aún más.

—Está bien, voy a dejar que vea —me dijo, en aquel inglés nasal suyo, que casi prefería a su afectado castellano—. ¡Pero acuérdesse luego de que fue usted mismo el que se buscó esto! Yo quise explicárselo todo antes; pero usted se negó a esperar.

—¡De acuerdo, de acuerdo; lo que quiera!... Ahora, quítese del paso.

Se apartó, y me abalancé hacia el círculo de luz amarilla.

—¡Hájeba, Hájeba!...

Un puño rudísimo me pegó de lleno en mitad del pecho. Ella ya no *estaba* allí.

—¡Dios... mío! —susurró detrás de mí la cuidadora improvisada.

Con la misma suave celeridad con que se evapora el agua en la canícula estival de Iris, se estaba produciendo la más fantástica *transformación...*

¡Ante mis ojos dilatados, la belleza femenina de Hájeba se licuaba, se disolvía; y en su lugar, paulatinamente, iba sustituyéndola la forma de un hombre..., tan inhumanamente perfecto en su virilidad, como lo fuera Hájeba en su ser de semidiosa!

—Yo tenía intenciones de prepararlo para esto, pero... —oí murmurar a Guimaraes, antes de que la náusea me sacudiera con toda su violencia.

[...] Y tan solo cuando os aventuréis en los inmensos golfos de gélida negrura, y holléis con plantas imprudentes suelos de ajena e inhumana naturaleza, comprenderéis que Afuera os aguardan cosas tales como jamás habíais soñado en vuestras exiguas y rastreras filosofías.[...]

—Del “Libro Total”, texto sacro de la religión Universalista del Anteúltimo Siglo, fundada en 2108 por Trixie Graziani, La Elegida.

Ahora Kerwood añoraba el licor despilfarrado. Algo bien fuertecito le habría sentado a las mil maravillas... Se sentía como uno de los alucinados personajes de Love—craft, de vuelta de un infierno personal.

Luego de la tempestad, la calma, se dijo.

Los Malal, llevándose consigo lo que vinieron a reclamar, retornaron a sus apáticas meditaciones. Los Ñecos readquirieron su amable cualidad de titanes inocuos... Una vez más, la pringosa Rutina asumió el sitio de preeminencia que parecía corresponderle por derecho en aquel aburrido puesto fronterizo.

Kerwood miró a Líber Saldaña. El maragayo no exteriorizaba la conmoción que debió haberlo sacudido; pero aquello sin duda obedecía a lo denso de sus estratos superiores.

¡Qué demonios!, razonó el jefe de Xenoscontactos: el hombre *tenía* que ser un poco humano, aunque lo disimulase.

Saldaña adelantó la barbilla hacia Guimaraes.

—Lo escucho, doctor.

El hombrecito suspiró.

Se oía el heroico zumbido del ventiladorcito a batería y —Kerwood se sintió Conf.so— el bufido de su propia respiración, más agitada de lo que podría esperarse. Los tres hombres conformaban los vértices de un triángulo isósceles, con el norteamericano al centro, ocupando la raída butaca del escritorio, y los otros dos dándole la cara, en sendas sillas de brazos.

—Es un poco largo —advirtió el portugués—. Habría que comenzar por considerar una teoría (bastante controvertida allá en la Madre), la cual se refiere a los habitantes de Kamohatti, al clima que aquí reina, y también a las pretendidas ruinas urbanas que algunos han asegurado haber detectado en zonas actualmente despobladas del planeta... —Volvió la vista al maruguayo—. ¿Le dice algo todo esto?

—Oí hablar de una antigua guerra atómica —dijo Saldaña—. ¡Es la leyenda local de la colonia terrestre!... Pero siempre lo consideré tan solo eso: simples habladurías. ¡No tenía idea de que se estudiase a nivel universitario!

—En cierto modo—repuso Guimaraes—, *toda* la ciencia se podría considerar compuesta de habladurías varias... Pero admitamos por un momento, a manera de hipótesis de trabajo, que la leyenda de Kamohatti responde a la realidad. Demos por hecho que, en algún momento, perdido en la Historia del Universo, en Kamohatti *hubo* bombardeo nuclear... a escala total.

—Muy bien —aceptó Saldaña—. ¿Y...?

—Vayamos un poco más lejos, y supongamos que las llamadas ruinas son realmente restos de ciudades arrasadas por misiles o bombas nucleares. Sumemos a

ello una atmósfera envenenada por la radiación —concedamos, para nuestra hipótesis, la existencia de una o varias especies desconocidas de radiación maligna—, y concluiremos en una civilización paraterráquea (llamémosla así), al borde de la extinción.

”Sabido es que, obedeciendo a leyes eternas y difícilmente inteligibles para nuestro presente nivel intelectual, la naturaleza brega siempre, mediante todos los recursos, por defender a cualquier precio los fueros de la vida. Y, ¿qué camino pudo tomar, en este caso, para llevar a cabo ese eterno propósito? ¡Quizás optaría por una o varias mutaciones de las especies vivientes!

—¿Mutaciones? —Saldaña se mordió el labio inferior.

—Imaginémonos, por ejemplo, un *enquistamiento* de las facultades vitales..., en lo físico tanto como en lo mental. Un entumecimiento general de las funciones. Un *ralenti* de la vida..., en tanto la casi totalidad de las energías del impulso genético se emplea en defender al ser contra la acción deletérea del tóxico radiactivo...

”Pasemos por alto las etapas de un proceso que resultaría excesivamente pretencioso intentar reconstruir, y esforcémonos por concebir, como el colofón de ese proceso, a una raza de seres *lavados* de todo aliciente para la vida y su propagación... Esto hace surgir de inmediato un nuevo problema de supervivencia: ¿cómo evitar que esta modificada especie, aparentemente en franca decadencia, se dejase resbalar sin remedio por la pendiente de la extinción final?...

Kerwood acusó los efectos del silencio subsiguiente al brusco cese de la educada voz de Guimaraes con la misma consistencia con que habría advertido un súbito apagón. Se movió en su asiento, sin atreverse a mirar abiertamente al maraguayo, que tampoco hacía ademán de querer hablar.

El doctor Guimaraes dejó escapar una simpática risa de excusa.

—No desconozco el porcentaje de pedantería que suele viciar mis discursos, caballeros... ¡Les suplico su indulgencia! Aunque está comprobado, por otra parte, que la pedantería es un defecto indisolublemente ligado a la naturaleza humana.

”Ahora bien, cuando se trata, además, de humanos científicos..., bueno, al parecer el pecado se quintuplica, inclusive por definición...

”Pero tengo que comentarles, todavía, que, como reza el slogan de los Universalistas, es únicamente aquí Afuera, en el Espacio Exterior, donde estos pedantes de que estamos hablando vendrán a tomar conciencia, por fin, de cuántas “imposibilidades” demuestran una molesta tendencia a convertirse en “posibilidades” irrefutables, ante la visión más amplia del Ojo Cósmico...

Saldaña carraspeó, con la mayor cortesía de que fue capaz.

—Me imagino —le sonrió el doctor— que usted, en los años que lleva Afuera, habrá coleccionado unas cuantas experiencias lo suficientemente conturbadoras como para tornar fútil el preámbulo. ¡Pero, a fuer de hombre de ciencia, es mi privilegio presentar mis argumentos en la forma que prescribe el método científico: en su debido orden!

”En fin, ya voy al grano. Escuchando su grabación, amigo Saldaña, de inmediato he podido constatar un primer punto discordante y fuera de la norma en que usted había venido basando sus presunciones a lo largo de su estadía en Kamohatti...

La mentalidad de Saldaña, en constante estado de alerta, captó en forma automática la intención del otro.

—Ya veo —observó—. El Articop, ¿verdad?

Guimaraes asintió, con un movimiento de cabeza similar a un picoteo.

—No se comportó como *debía*, el Articop —dijo—. Saltó..., cuando debió limitarse a acelerar la marcha.

—¡Loco! —afirmó Saldaña—. Lo he visto otras veces; en animales igual que en la gente. ¿Qué hay con eso?

El portugués sacudió la cabeza ovoide.

—En este caso no fue así. —Levantó una mano, para bloquear eventuales objeciones—. ¡Espere! permítame seguir un orden sistemático, según convinimos; luego, si aún lo desea, me refutaré.

”Ahora me tiene que contestar sobre otro punto..., un poco más subjetivo.

—¡Diga!

—¿No hubo algo fuera de la norma... en usted mismo también?

Kerwod percibió, en un plano que frisaba con lo extrasensorio, el retraimiento de Saldaña sobre sí mismo, en un instintivo conato de defensa de su intimidad emocional. Acto seguido, mediante idéntica clarividencia, creyó advertir el gradual relajamiento de la coraza.

—Antes, nunca había tolerado que una mujer me... atara demasiado. —Saldaña tenía las mejillas más coloreadas que de ordinario. Tal muestra de pudor, en un hombre así, no dejó de admirar a Kerwood—. Mi consigna, en estos asuntos, es limitarlo todo a nivel de piel, nada más. Pero, con Hájeba...

Miró al norteamericano, como si se acordase de su presencia en la habitación.

—Por lo general no acostumbro a meterme con nativas —se creyó obligado a explicarle—. Creo que fue por eso, por tratarse de algo insólito en mí, que le contesté sin mucha educación cuando usted se interesó por... lo nuestro. ¡El disgusto era más bien conmigo mismo que con usted!

—No piense más en eso —contestó el yanqui—. Fueron momentos de crisis; y me imagino que sin precedentes para ninguno de nosotros.

(Esta vez, pensó, creo que de verdad perdí unos cuantos kilos...)

—Y aún hubo algo más en lo que concierne a este caso en particular —siguió Guimaraes—: usted llegó a *matar*. ¿Eso le suena lógico..., ahora, al repensarlo?

Saldaña hinchó el pecho bajo la gastada camisa caqui; luego expelió el aire con lentitud y meneó la cabeza. Conservaba una sombra en lo profundo de la mirada.

—Ahora, en frío... ¡No debí haber estado en mis cabales yo tampoco! —musitó.

—¡Igual que le sucedió al Articop! —exclamó con viveza el menudo lusitano, inclinándose hacia adelante—. Y el origen del trastorno es el mismo en ambos casos... Pero eso vendrá más adelante. Continuemos razonando paso a paso, como aquellos deliciosos Poirots o Philo Vances de la mitología policíaca...

”¿Se acuerda usted de que, en determinado momento, previo a su careo con la evidencia directa, yo le mencioné las terraflores y las terrabejas?

Saldaña asintió. Sus labios, en línea horizontal, no se separaron.

—¿Y sabe usted para qué sirven esos terrainsectos, aparte de saciar nuestra rapaz avidez de miel?

—No me conciernen mucho las terraespecies —dijo Saldaña—, y menos las de invertebrados. Mi especialidad es la caza mayor..., alienígena.

A Kerwood acababa de ocurrírsele algo, pero se le antojó tan difícil de creer que vaciló en tender un puente racional hacia aquella fantástica concepción. Algún sexto sentido debió permitir a Guimaraes captar el poco ortodoxo pensamiento del norteamericano, porque el pequeño doctor volvió en su dirección sus chispeantes ojillos y lo alentó mediante una sucesión de movimientos de cabeza afirmativos.

—¿Polinización? —aventuró Kerwood.

—¡Exacto!

—¿Y eso...? —indagó Saldaña.

Guimaraes le explicó:

—Se trata de una función importantísima que cumplen las terrabejas —además de ciertos terrapájaros y también incluso determinados terramoluscos—, aun cuando, desde luego, ninguno de ellos es consciente de cumplirla... —Sonrió ligeramente al maraguayo—. ¿Tuvo oportunidad de ver volar a las terrabejas, en la Vieja Madre, en épocas de verano?

—No nací en ningún asteroide —replicó Saldaña, en tono seco—. ¡Claro que las vi! Incluso recuerdo que existieron variedades mutantes, asesinas, que fueron responsables de...

—Dejemos de lado a las asesinas —sonrió el doctor—, y concentrémonos en las comunes... ¿Se fijó en cómo van revoloteando de flor en flor, llenándose las patitas de polen?

—¡Claro! ¿No ponían las maestras el ejemplo de esa laboriosidad para avergonzar a los alumnos “atorrantes”?

—Pues esa laboriosidad, amigo mío —prosiguió el doctor—, constituye la única finalidad de su existencia, al menos hasta donde ellas pueden saber... Sin embargo, al mismo tiempo que trabajan en beneficio de su propia especie, están haciéndolo también para la nuestra, sin que nadie se lo advierta...

—¡La ley de prepotencia universal!... —comentó Saldaña, irónico.

—Y además —continuó Guimaraes—, y esto es lo principal, le están prestando un servicio inapreciable a la vida *vegetal*... ¿Sabe cómo se reproducen las terraplantas..., cuando menos la generalidad de ellas?

—Algo se me quedó de los vídeos didácticos —rememoró Saldaña—. Estambres y pistilos..., gimnospermas y angiospermas, y todas esas palabrejas que se me harían un lío.

Guimaraes picoteó el aire.

—Los estambres producen el polen, y este debe depositarse en el pistilo, donde germinará. Pero es muy raro que la función ocurra dentro de una misma flor. Esto sucede nada más que en las cleistógamas, un tipo de terraflores cuyas corolas no se abren..., como las terravioletas o ciertas terraortigas, por ejemplo.

”En la gran mayoría de los casos, en cambio, la polinización es indirecta. Se hace imprescindible la intervención de un *agente* que transporte el polen de una flor a otra.

—Y eso les toca a las terrabejas, ¿no?

—Frecuentemente. En ocasiones es el viento el que cumple el cometido, como en los casos del terracastaño y la terraencina —peroró Guimaraes—. Otras veces, los terrapájaros. Ustedes habrán observado a los preciosos terracolibríes, ¡una especie lamentablemente tan amenazada en estos días!...

Kerwood dibujaba sin darse cuenta con un marcador azul sobre una hoja de papel membretado. Rayas y cuadrículas, espirales, cilindros y flores. Al sorprenderse trazando el bosquejo de un pico afilado lo tachó apresuradamente.

—En algunas flores —proseguía Guimaraes—, la colaboración de los insectos es forzosa. En las terraorquídeas, por ejemplo, que no subsistirían sin esa cooperación, existen mecanismos que la favorecen. Ciertos colores y ciertos olores resultan especialmente atractivos para...

Liber Saldaña se puso de pie. Dio media vuelta, paseó la vista por el planisferio de Kamohatti que pendía del muro y después, sin subterfugios, encaró al doctor.

—Puede terminar con los preliminares —advirtió—. Estoy listo para el *match* de fondo, doctor.

Guimaraes rió silenciosamente.

—¡Discúlpeme! —rogó—. Es raro que encuentre un grupo dispuesto a escucharme un rato; por eso me aprovecho cada vez que se me presenta la ocasión... Y

además —sus hundidos ojuelos miraron gravemente los atezados rasgos de Saldaña—, lo que tengo que decirle no es nada fácil de expresar.

El maruguayo se sentó de nuevo. Inclinandose hacia adelante, dijo con dureza:

—Voy a allanarle el camino, amigo. ¿Qué tiene que ver... Hájeba con toda esa perorata suya? ¡Porque supongo que habrá una relación!

—Así es. ¡Ella constituye la prueba viviente de la tesis del profesor Sardis! *¡Ella demuestra que el Nexo de Maeterlinck es una realidad!*

Saldaña frunció las cejas.

—Todo eso es lengua extragaláctica para mí —gruñó.

—¡Perdón! —musitó una vez más el portugués, acomodándose el cuello de la fina camisa que llevaba—. El profesor Theotopoulos Sardis fue uno de los hombres de ciencia más avanzados de su generación. Póstumamente, legó a la humanidad una tesis que solo en este día se viene a confirmar en toda su gloriosa genialidad.

”El la bautizó *Tesis del Nexo de Maeterlinck*, llevado por esa mezcla de ingenua liviandad y, si se puede decir, solemne humorismo, que a veces brota en los claustros como flor entre ladrillos... Maeterlinck fue un escritor belga de la primera mitad del siglo 20, que dejó una famosísima obra llamada *La Vida de las Abejas*... Se trata, en definitiva, de una especie de analogía un poco irreverente, hay que confesarlo.

—¿Y qué —Kerwood se aclaró la garganta—, qué es lo que dice esa teoría del “nexo”?

—Intenta deducir el medio de que se valió la naturaleza para impedir la extinción de los Malal de Kamohatti —dijo Guimaraes—. En verdad, para poder aceptar su concepción, es preciso abrir la mente a realidades que trascienden todos nuestros prejuicios de hombres monoculturizados..., o bien enfrentarse cara a cara con la prueba.

—¿La... prueba?—silabeó Saldaña, con alguna dificultad.

—¡La prueba de que los Etei son una segunda mutación de los Malal! Y constituyen el único medio por el cual se puede llevar a cabo la primera fase de la reproducción: el contacto sexual.

”En el presente estadio de degeneración de la especie Malae —al cual la naturaleza debió acudir para que fuese posible preservar al menos un atisbo de vida, tras la contaminación global por radiación maligna—, las memorias del instinto más antiguo y primario se habían disuelto en una apatía total... Ya no *podía* existir atracción sexual directa. Así que la naturaleza optó por crear un intermediario.

”Los Etei —sublimación de la belleza humanoide tal cual la concibe la Conciencia Cósmica— son el resultado de una segunda mutación de la raza; una mutación *parcial*, ya que parece producirse un nacimiento Ete por cada diez mil Malal ordinarios.

”Los Etei, aparte de una inusual longevidad, aunada a una inmunidad casi absoluta a los agentes patógenos externos (sin duda usted, amigo Saldaña, habrá visto caminar a su Ete con las piernas desnudas por entre los capullos venenosos de plantáspides sin sufrir el menor daño), están dotados de otra facultad bastante más difícil de concebir por nuestro raciocinio: son *monoicos...*, alternadamente.

—¡Mi Dios! —susurró Kerwood—. ¡Bisexuados en forma intermitente!

—En uno y otro carácter —varón o hembra—, cumplen su función afrodisíaca con uno y otro sexo, mediante estímulos físicos además de psíquicos. Representan, en una palabra, el medio natural que permite que la cópula se produzca.

—¡Ahora me explico...! —el rostro de Saldaña sucumbió a una palidez espectral—. ¡Y yo maté a ese infeliz, sólo porque obedecía a...!

Guimaraes asintió.

—Él reaccionaba al estímulo, naturalmente. Como el Articop (que lo hizo según las coordenadas de sus rudimentarios procesos neurocrinos y saltó, para

atacarlo, como en épocas de celo)..., y como usted mismo..., que por cierto ignoraba que una irresistible atracción subliminal estaba obrando sobre su voluntad.

—Ya veo —Saldaña endureció la mandíbula.

—Resulta un tanto insólito el que... Hájeba anduviese sola y alejada de su gente; y más aún que hubiese intimado con alguien que le era por completo extraño. Aunque cabe en lo posible que Hájeba configure un ejemplar de Ete muy particular..., mentalmente anómalo. Así se explicaría su afición a apartarse esporádicamente de los suyos para vagar por la jungla. Posiblemente una propensión (¡disculpe!) a la... curiosidad morbosa, haya favorecido su contacto con usted. Es dable suponer que acaso le hiciese falta un tipo de experiencia absolutamente *nuevo*.

—Ya veo —repitió Saldaña, con faz opaca.

—Pero al regresar con su pueblo, a la vida cotidiana, naturalmente se impuso el instinto primordial. Fue por eso que abandonó la choza durante su sueño: para acudir al reclamo de su especie.

”El proceso normal y corriente, hasta donde he podido verificarlo, supone, en primera instancia, el contacto con el individuo masculino. Luego sigue un período paralarval —como la terraoruga en su capullo, si cabe el símil—, para cambiar las características sexuales primarias y secundarias por las opuestas; por fin, el contacto con el individuo de condición femenina.

—*Polinización...* —murmuró Kerwood.

—Transportan el germen de la vida —siguió Guimaraes—, en uno de los milagros más admirables de la Naturaleza Universal... Solo que, en el presente caso, existió un elemento... perturbador.

—Entiendo —dijo Saldaña.

Guimaraes asintió, grave.

—Su acto de violencia trastornó el proceso natural y provocó un estado de shock catatónico en Hájeba, paralizando la función y prolongándola sensiblemente. Solo al inyectarle la droga amnesiógena eliminé las causas del coma psicossomático, y el proceso se reanudó..., del modo impresionante que tuvimos ocasión de presenciar.

Se apagó la cultivada voz del doctor, y Kerwood se sintió abrumado una vez más por el súbito fardo de silencio. La fibra de su marcador silbó contra la hoja de papel, cubierta de diseños estafalarios.

Por fin habló Saldaña:

—¿Volverá..., volverá a ser algún día la Hájeba que conocí?

—Cumplida su función andrógina de transmitir la simiente a una hembra, reasumirá desde luego las características femeninas que constituyen, por así decirlo, su otra mitad.

Saldaña se paró, respirando con violencia.

—¡Entonces puede ser que...!

—No —Guimaraes sacudió la cabeza—. No puede ser.

—¿Cómo está tan seguro? ¡Ni siquiera sabe...!

—Es que no depende de ninguno de nosotros. No está en su *naturaleza*, ¿comprende, amigo mío? ¡No volverá con usted, créame!

Saldaña se golpeó la palma izquierda con el puño derecho, con un sonido como de latigazo.

—Sé que su gente vino a llevársela, pero...

—¡Cálmese! —intervino Kerwood—. No se precipite, y piense...

—¡Al demonio! No tengo nada que pensar —La voz era baja, aunque brutal—. La necesito. ¿Puede entenderlo, diablos?

Guimaraes posó una de sus huesudas garritas en el brazo trémulo del maraguayo.

—Pero ella no lo necesita a usted, Saldaña. —Sus ojuelos reflejaban algo que se emparentaba con la piedad—. Usted dejó de existir para esa criatura.

Saldaña retorció el labio superior, descubriendo los dientes.

—¿Por su... droga? —preguntó, en tono amenazante.

Los ojillos del doctor lo observaron desde el fondo de las órbitas sombrías.

—En parte. Pero ese efecto va a disiparse muy pronto.

—¡Entonces no veo por qué no...!

Guimaraes meneó de nuevo la cabeza.

—No están constituidos así.

—¿Así, cómo?

—Su única finalidad existencial consiste en transferir el germen de la vida. No están concebidos para ser un fin, sino tan sólo un *medio*... Ninguno de esos seres puede encajar en nuestra concepción humana de valores absolutos. Usted pretende una posesión completa; y a ninguno de ellos se lo puede poseer completamente.

—¡Todo eso no es más que conjetura! —se obstinó Saldaña—. ¡Usted no puede estar seguro!

Se dejó caer en una silla, resoplando irritado. Kerwood suspiró. Con gusto habría celebrado a palmoteos el coraje del maraguayo; pero no podía desconocer lo fútil de su pelea. Y descubrió que aquella certeza le dolía.

Guimaraes habló con calculada firmeza, buscando cauterizar la herida sin ahondarla.

—Sería una crueldad de mi parte dejarlo que se convenciera por sí mismo. Por eso le ruego que acepte mi palabra de hombre de ciencia..., cuando menos en gracia a

esa relativa autoridad que parecería que el mundo nos concede. *Ella les pertenece*. Es parte de los Malal, como sus pulmones son parte de usted. Si pretende extirparla, se morirá..., y ellos, lastimados, se defenderán a muerte.

—De manera que por eso fue... —musitó Kerwood, jugando con el marcador—, y no por el Malae que mató Saldaña en el pueblo...

Guimaraes arrojó vivos signos de asentimiento.

—Desde luego. No están... emocionalmente equipados para reaccionar contra la violencia infligida al individuo. Pero sus aletargados mecanismos defensivos vuelven a funcionar cuando la amenazada es la *especie*... Y la especie depende de los Etei. Y los Etei son pocos..., demasiado pocos.

El latinoamericano permaneció en silencio. Ahora, se dijo Kerwood, el combate estaba librándose en lo profundo..., quizá en la misma médula, recóndita e inaccesible. La costra externa no traslucía gran cosa de aquella lucha sorda; pero el tinte oscuro que contenían las anchas pupilas se intensificó.

—Lo siento mucho —dijo por fin el portugués, con gran delicadeza.

...Fue bastante más tarde, ya con el sofocante anochecer sobre sus hombros, cuando no soplaban ni el más ligero aliento refrescante, que Saldaña se despidió.

—Adiós, Kerwood —y le tendió la mano—. Muchas gracias por todo.

El norteamericano se la estrechó tan fuerte como pudo. Sus ojos descoloridos se fijaron con cierto cansancio en los del otro.

—¿Tiene planes?

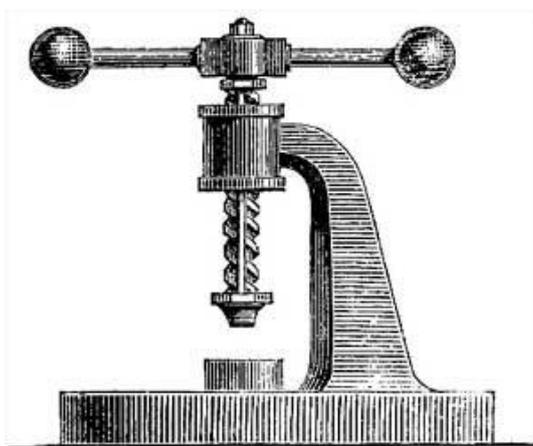
Saldaña desvió la vista hacia el cielo asfixiante, sin orificio alguno entre el espesor plomizo de los nubarrones.

—Atrás de eso hay millones de estrellas —dijo, con sencillez—. Y miles de millones de caminos. Ya antes trabajé en el servicio astronáutico. Volveré ahí... No

creo que haya hecho bien quedándome tanto tiempo en un mismo sitio. ¡Es mejor mantenerse en movimiento!

Palmeó brevemente la espalda de Kerwood y comenzó a alejarse, rumbo a la jungla, hinchada de sombras, de graznidos, de quejidos, chillidos, susurros y crujidos que al del consulado le sugerían un mundo de extrañas aventuras.

Kerwood lo contempló hasta perderlo de vista. Pensaba en la otra etapa del ciclo — la era de *La Sombra*, de *El Vengador*, de *Doc Savage* y de la Gran Depresión—, cuando todos los héroes y todos los desesperados habían sido infaliblemente yanquis.





Blue

Por Pablo Dobrinin

Ilustrado por Paolo Pedroni (Italia) / Boo



Las leyendas afirmaban que Blue se comía crudos a sus amantes. Los seducía, los hacía disfrutar grandes placeres, y finalmente, cuando creían haber alcanzado las cumbres del éxtasis, los devoraba con delectación. Sin embargo, raramente alguien podía resistirse a su llamado.

Ella era la mujer más obesa y hermosa del mundo. Los hombres anhelaban ir a su encuentro, y las mujeres, para complacer a sus esposos, querían imitar su gordura. El problema era que nadie sabía cuánto pesaba Blue. Algunos estimaban mil o dos mil kilos, y otros hasta seis mil. No había acuerdo en este punto.

Los Sacerdotes de las Montañas Pensantes decían que su cuerpo era un desierto blanco e infinito, en el que los hombres no se perdían, sino que lograban encontrarse por primera y única vez consigo mismos. Comparaban a su negro cabello con el viento de la noche, a sus ojos con enormes zafiros, y a sus labios con el sangriento ocaso.

Blue era el principio y el fin. La felicidad y el sufrimiento. La vida y la muerte. La superación de todas las contradicciones.

Las Sagradas Escrituras enseñaban que la multiplicación de las carnes era proporcional a la multiplicación de la dicha. Esto obviamente era cierto, y cualquiera

que hubiese estado con diferentes mujeres lo habría podido comprobar. Pero había un punto en el que los preceptos religiosos se mostraban excesivamente ingenuos: cuando puntualizaban que sólo los más virtuosos podrían acceder a las amantes más obesas. En el mundo las cosas no sucedían de ese modo. Las mejores jóvenes siempre se casaban con los hombres más ricos, aunque éstos hubiesen obtenido su fortuna por medios viles. Los pobres nunca encontraban cónyuges que pesaran más de cien o a lo sumo ciento veinte kilos. Por otra parte, las mujeres públicas no excedían los ciento cincuenta kilos, pues aquellas que pasaban esta medida no tardaban en conseguir un esposo adinerado, o en ser reclutadas para el Palacio de Blue.

Mucho antes de alcanzar la evolución espiritual que me permitiera recordar mis vidas anteriores, el enigma de Blue ejerció sobre mí una verdadera fascinación. Quise conocer todo lo que las personas sabían o pensaban de la Diosa. Eso me llevó a una peregrinación por el mundo, y en todas partes comprobé que era adorada por la gente. Día y noche se rogaba por su bienestar.

Lo más curioso lo presencié en un pueblito, situado al norte de los Bosques Negros. Allí las mujeres se habían encarnizado en una competencia para ver quién lograba pesar más kilos. Con el objeto de engordar a sus esposas, los maridos trabajaban largas horas en el campo, y al llegar al hogar también se encargaban de las tareas domésticas, para que ellas no desperdiciaran energía. En ese lugar vivía la criatura más rolliza y hermosa que había puesto sus pies sobre la faz de la tierra, a excepción de la propia Blue, naturalmente. Estaba tan gorda que no se la pudo pesar en una balanza corriente, y fue necesario traer una desde un poblado vecino. Como a la participante le costaba desplazarse por sus propios medios, debió ser ayudada por un grupo de robustos campesinos. Pesó la imbatida marca de cuatrocientos cuarenta y ocho kilos con seiscientos veintitrés gramos. Por desgracia falleció pocos días

después, seguramente a consecuencia de tantas emociones. Nunca podré olvidar la tristeza que vi en aquel entierro. Sobre todo la que se reflejaba en los rostros de las cuatro gordas huerfanitas, mientras trataban de cubrir la tumba de su madre con pétalos de rosa.

Había niñas que nacían flacas y, pese a los denodados esfuerzos de la comunidad, no podían engordar. Cuando cumplían una determinada edad en que se hacía evidente que no iban a mejorar, sus padres, con una mezcla de vergüenza y desconsuelo, las enviaban a las Montañas del Olvido. Allí vivían hacinadas en apestosas cuevas, hasta que se marchitaban y morían. Sin embargo, existían individuos que, desafiando todas las prohibiciones, convivían durante un tiempo con algunas mujeres y las dejaban embarazadas. Esto había provocado que la población de las Montañas del Olvido se multiplicara hasta extremos peligrosos. Por temor a un degeneramiento irreversible de la raza, periódicamente se organizaban incursiones armadas a los efectos de mantener en un estricto control el número de habitantes. Aunque yo no presencié ninguno de estos operativos, me consta que eran bastante frecuentes.

Una tarde, en los Bosques Negros, me encontré con un viejo que dormía bajo un árbol retorcido. Sabía, por comentarios, que ese hombre había estado cerca de Blue, y traté de hablar con él. Al principio se mostró reticente, pero cuando le ofrecí pan y vino comenzó a soltar la lengua. Hablaba de forma pausada y con frases inconexas. Pese a ello, conseguí enterarme que años atrás había estado en el Palacio de Blue, sólo para huir aterrorizado al ver lo que allí sucedía. Por más que insistí, no conseguí que me diera detalles. Apenas agregó que en ese sitio vivían todos los horrores del Universo, y, sin más dilación, tomó los víveres, lanzó una risotada

demente y salió corriendo. Lo perseguí a través de la espesura, pero él conocía el lugar mejor que yo y no tardó en despistarme.

Luego de varias reencarnaciones, en las que mi espíritu se fue perfeccionando, me llegó la oportunidad de conocer personalmente a Blue.

Como a todos los elegidos, la Diosa me habló en sueños, durante una noche de calor, y me ordenó ir con ella. Por aquel entonces yo era sólo un campesino, pero comprendía perfectamente el honor que significaba para mí. Así que al otro día me despedí de mi esposa y mis hijos, y fui a su encuentro.

Crucé el vasto desierto, y tras un fatigoso viaje llegué a las Montañas del Destino. Después me interné por una de las cavernas que atraviesan el macizo, recorrí un oscuro y largo silencio, y salí a una llanura. Caminé varias leguas y divisé la silueta del Palacio de Blue.

A medida que me acercaba, me fui contagiando de la algarabía que se respiraba en la entrada. Había un gran gentío, entre curiosos, mujeres públicas, vendedores de baratijas, músicos, malabaristas, soldados, funcionarios, y aquellos que pretendían haber sido elegidos por la Diosa y reclamaban su derecho a reunirse con ella.

El Palacio, que estaba precedido de un foso, había sido construido en piedra incontables años atrás, y seguía tan fuerte como el primer día. Era un cono escalonado, de siete pisos, rematado por un puñado de torres. En las almenas se apostaban diestros arqueros y músicos que se complacían en hacer sonar largos y ruidosos cuernos. Muchas jóvenes, magníficamente gordas, se asomaban desnudas por cualquiera de los centenares de ventanas que había en todos los pisos, para permitir que los hombres se deleitaran con la contemplación de sus encantos. Las más atrevidas salían a los balcones, y tras dar unos pasos y un candoroso giro, con el que lograban exhibir la opulencia de sus formas, regresaban a sus aposentos. En

ocasiones, los vítores de los observadores eran tan entusiastas que consentían en mostrarse de nuevo. Otras veces, sin embargo, eran arrebatadas del balcón por los brazos de algún músico o soldado que pretendía sus favores, aumentando así la excitación de los mirones, que soñaban con las delicias del Palacio. La puerta de entrada estaba finamente esculpida con muchachas rollizas envueltas en guirnaldas de rosas, en la parte baja del edificio se apreciaban escenas de orgías talladas en bajorrelieve, y cerca de la entrada había no menos de doce esculturas que representaban a enormes mujeres copulando con hombres felices. No existía, desde luego, ninguna imagen de Blue.

A pocos metros del foso se hallaba un funcionario custodiado por no menos de veinte fornidos soldados armados con afiladas espadas. Su misión era determinar la autenticidad de los elegidos. Entre sus manos sostenía una esfera de cristal transparente, del tamaño de un puño. Los que decían haber sido convocados por la Diosa debían posar su mano derecha sobre la reliquia. Si ésta se iluminaba y adquiría un tono azul, se le franqueaba el acceso.

Ese día, yo era el último de cuatro candidatos. Los dos primeros pasaron sin problema, lo que desató una gran explosión de júbilo. El tercero apoyó su mano sobre la esfera, pero no ocurrió nada. El hombre insistió tercamente, e incluso se atrevió a considerar que la reliquia no estaba funcionando bien y que sería conveniente sustituirla por una más moderna. Los soldados, que ya estaban hartos de este tipo de bribones, no vacilaron ni un segundo. Con celeridad lo sujetaron de las extremidades, y sin más preámbulos lo arrojaron al foso, donde una sanguinaria bestia marina rápidamente le dio caza.

Cuando llegó mi oportunidad tenía mucho miedo, pero al apoyar la mano sobre la esfera, ésta se iluminó de un azul brillantísimo que arrancó una exclamación de asombro a los presentes. El funcionario que sostenía la reliquia debió admitir que, en todos sus años de servicio, nunca había visto que la esfera se iluminara con una

fuerza tan extraordinaria. Las personas me palmearon la espalda con sincera alegría, y me llevaron un trecho en andas. Todo el mundo parecía muy feliz, menos un anciano ciego que vestía con harapos y olía a muerte. Alzando un dedo esquelético, gritaba a voz en cuello que aquella fiesta era un error, y que pronto sobrevendría una gran catástrofe de la que nadie se salvaría. Sus palabras desataron primero la burla y luego la ira del populacho. Iba a ser linchado, pero justo apareció una niñita de rosadas mejillas que, haciendo las veces de lazarillo, lo tomó de un brazo y lo sacó del tumulto. Después lo llevó hasta la margen del foso y, con un empujoncito, lo precipitó a las fauces de la criatura marina, que se alegró mucho de recibir un segundo plato.

Más tarde, el puente levadizo fue bajado, y entre los gritos y las risas de los observadores, los chillidos potentes y sensuales de los cuernos, los alaridos de las gordas que se asomaban por las ventanas, y el eructo huracanado de la bestia marina, los elegidos ingresamos al Palacio de Blue.

Desde el primer momento, las personas a cargo hicieron cuanto les fue posible para que tuviésemos una gran recepción. Incansables cocineros nos agasajaron con manjares afrodisíacos; temperamentales músicos nos deleitaron con melodías arrobadoras que fluían de originales instrumentos; y obesas mujeres, expertas en las artes de la seducción, nos brindaron su amor.

La estructura interna del Palacio a menudo resultaba imprevisible. Si bien era sencillo acceder a los salones principales y a las piletas de recreo, uno también podía encontrarse con puertas condenadas, y escaleras que, después de ascender varios pisos, finalizaban abruptamente en oscuros y malolientes precipicios. Tampoco había muchas certezas respecto al sitio en que Blue recibía a sus amantes. Algunas sirvientas me dijeron que tenía la forma de una rosa, otras me sugirieron que debía ser un laberinto. En todo caso, parecía haber acuerdo en que la inmensa estancia se hallaba en el centro. Allí no había techo, decían, para que su prodigioso organismo

podiera absorber la energía de los astros y de esa manera conservarse eternamente joven.

Al cabo de nueve días de festejos, los tres elegidos fuimos realojados en habitaciones separadas. Me llevaron a un cuarto pequeño, donde quedé solo con mis pensamientos. Tenía un baño, una cama, una mesa y una silla. Fui alimentado con generosidad, pero no se me permitió tener contactos carnales, porque debía reservarme para Blue.

Una semana después, la sirvienta que me acercaba la comida me contó que el primer elegido ya había sido llamado por la Diosa. Pregunté a los funcionarios del Palacio si volvería a verlo y me contestaron con el silencio. Tampoco me dijeron nada cuando, a la semana siguiente, el segundo elegido fue convocado. Durante siete largos días me dediqué a esperar. En todo ese tiempo no había escuchado la voz de los dos hombres que habían ingresado conmigo, y todo me hacía suponer que ya nunca más lo haría.

Tras una angustiante espera, una oficiante anunció que había llegado mi turno. Me llevó hasta una tina, me bañó, y me puso una túnica nueva y blanca. Acto seguido, señaló un corredor y, con tono ceremonial, dijo que para llegar hasta la Diosa yo sólo tenía que avanzar.

Apenas podía creer que estaba a punto de realizar el sueño de todos los hombres.

Caminé despacio, sin escuchar otros sonidos que los de mis pasos y mi respiración.

Sentía el pulso acelerado y un sudor pegajoso en la espalda, pero no retrocedí.

Al dar la vuelta en un recodo, comprendí que había ingresado a la estancia de Blue. Aspiré hondo y me entregué a la brisa y la luz lechosa que provenían desde arriba. Mientras le dedicaba una mirada al cielo, algo como una mano o un mechón

de cabellos ciñó mi cintura y me arrastró hacia adentro. Giré el rostro, pero no pude evitar que un perfume intenso y primordial envolviera mi cuerpo. Y entonces me encontré con esa blancura de dientes entrevistos en sueños, de relámpagos de conocimiento, de furia lunar. Quería gritar, pero no podía, mientras era arrastrado hacia aquel vientre de arena de tiempo, de abismo y de silencio.

No vi sus ojos, no lo hubiese soportado, pero sí su sonrisa de enormes labios carmesí, dilatándose de un modo que me pareció incomprendible.

Escuché un sonido violento, como un chasquido de mandíbulas. Luego, un aire caliente, con olor a sangre, me abofeteó el rostro. Cerré los ojos y traté de pensar en el cielo de mi tierra, en los campos de trigo, en mi hogar y mi familia... pero sólo alcancé a recordar el abrazo de mi madre.

En mi larga lista de reencarnaciones fui llamado varias veces al Palacio de Blue. En uno de esos viajes realicé un descubrimiento muy interesante. Cuando nadie me vigilaba, logré escurrirme por un pasadizo, y observé a dos sirvientes que transportaban los despojos de un individuo que había recibido el abrazo amoroso de la Diosa. Sin dejar que me vieran, los seguí hasta una habitación secreta. Una vez en ella, los hombres cortaron el cadáver en pequeñas piezas y las sazonaron con aromáticas especias. A las pocas horas, presencié a unas mujeres que emplearon la sangre para usos cosméticos, y a un artesano que utilizó los huesos para fabricar un instrumento musical.

En la última de mis reencarnaciones, fui un Sacerdote de las Montañas Pensantes, y no uno cualquiera, por cierto. Muchos me consideraban un ser extraño, debido a una suma de habilidades que me distinguían de mis congéneres. Yo podía anticipar la llegada de cualquier visitante al Templo, encontrar objetos perdidos con

facilidad, y hasta entenderme de forma amistosa con animales salvajes. Pero lo que más llamaba la atención de las personas, incluso de mis colegas, era mi capacidad para levitar. Lograba elevarme a un metro del suelo, y generalmente lo hacía sin proponérmelo, mientras oraba. Por otra parte, justo es decirlo, mi conducta tampoco encajaba mucho en el santuario. Aunque me gustaban las mujeres y los banquetes, disfrutaba de estos placeres con moderación. Más que atiborrarme de comida y sumergirme en tumultuosas orgías como el resto de mis hermanos, yo prefería dedicarme a tareas más espirituales.

Cuando, una mañana, le conté al Sacerdote Mayor del Templo que la noche anterior Blue me había llamado en sueños, supuse que él experimentaría cierto alivio al saber que debía marcharme. Sin embargo, para mi sorpresa, se mostró preocupado, y me advirtió que aquel no iba a ser un encuentro más con la Diosa. Señaló que esa unión, prefijada por el Gran Reloj de las Estrellas, marcaría el comienzo de algo que ni siquiera él podía prever.

Aunque dichoso por el honor que se me concedía, partí con incertidumbre hacia el Palacio de Blue. Había hecho ese camino varias veces, pero nunca me acostumbraba, porque cada viaje coincidía con distintas etapas de mi desarrollo espiritual.

El rigor del desierto me enseñó, como en las otras vidas, a alejar la soberbia. En el silencio de la caverna que atravesaba las Montañas del Destino volví a escuchar las voces de mi interior, y luché con mis miedos hasta hacerlos retroceder. El recuerdo de mis vidas anteriores me hacía ver claramente que yo tenía un propósito. Sin embargo, como había señalado el Sacerdote Mayor, era algo tan trascendente que no me sería revelado hasta último momento.

Mientras caminaba por la llanura, supe, aun antes de que me lo dijeran, que en esa oportunidad yo era el único elegido.

Al llegar a la entrada del Palacio, rodeado por el habitual gentío, me presenté a la prueba de admisión. Cuando posé mi mano sobre la esfera, una luz intensa creció en su interior y se proyectó hacia arriba, hasta quedar por encima de las cabezas de los presentes. Viboreó en el aire, desplegando su azul belleza, y desapareció poco después. La multitud se sorprendió como nunca. En lugar de lanzar gritos de júbilo, sólo atinó a emitir una exclamación de asombro, a la que siguió una ola de murmuraciones. Entre aquellas personas se encontraba un viejo roto. Alzando un dedo esquelético, gritaba a voz en cuello que pronto sobrevendría una gran catástrofe de la que nadie se salvaría. Era la reencarnación exacta de aquel que había visto en mi primera visita. Esta vez nadie se tomó la molestia de arrojarlo al foso, y tuve que soportar sus berridos hasta el momento en que ingresé a la arcaica construcción.

El Palacio estaba igual que siempre, pero yo había cambiado. Debido al grado de perfección alcanzado por mi espíritu, podía no sólo recordar mis encuentros con Blue, sino también lo que había visto atrás de cada puerta y en cada rincón. Sabía de antemano la hora y el lugar de los banquetes y las orgías. Las personas que vivían en el Palacio no tardaron en darse cuenta de esto, y comenzaron a tratarme con un respeto que en cierto momento llegó a parecerme excesivo.

Pronto me aburrí de las comilonas y de las hermosas mujeres, y comencé a pasar cada vez más tiempo en el agua de la pileta, o en mi propio cuarto. Tres días después de haber entrado al Palacio, me recliné en mi habitación, y decidí que no saldría hasta que me llegara el momento de ir con la Diosa. Me pasaba horas orando, y comía muy poco. Paulatinamente fui disminuyendo la cantidad de alimentos, y los últimos días los pasé en un ayuno absoluto. Al prestarle más atención a mi espíritu que a mi cuerpo, durante las oraciones levitaba con una facilidad nunca antes alcanzada. Me sentía tan ligero y tan en paz conmigo mismo, que la inminencia del encuentro con la Diosa no me despertaba temor. El sentido de esa unión seguía

siendo un enigma para mí, pero confiaba plenamente en ella. La noche en que la oficiante vino a buscarme para ir con Blue, yo ya la estaba esperando, sentado en la cama.

Aunque conocía el camino, dejé que la mujer me guiara hasta la pileta destinada a los elegidos. Mientras ella me bañaba, noté un gesto de preocupación en su rostro. Me confesó que mi comportamiento en el Palacio le había resultado muy inusual, y que eso la llenaba de temor. Le respondí que todo estaba saliendo según el plan de Blue, y le sonreí amablemente. Después me puse la blanca túnica, y avancé por el corredor que conducía hacia la Diosa.

Sabía que cada paso dado sobre la tierra ya había sido previsto por el Gran Reloj de las Estrellas.

Traté de no pensar en nada, simplemente dejé que el destino se cumpliera.

Caminé en silencio hasta que, casi sin darme cuenta, entré a la estancia de Blue.

Aspiré el aire cálido, y vi la luna llena que flotaba en el cielo.

Admiré la belleza de la noche, como si comprendiera que esa dicha ya no volvería a repetirse.

Y después, la voz de la Diosa habló en mi mente:

—He esperado este momento... durante mucho tiempo.

No dije nada y me detuve. Ella agregó:

—Ven. Sabes que no debes tener miedo.

Avancé y me enfrenté a su imagen.

Paseé la vista por las sedosas y blancas colinas de Blue, y sentí que su hermosura era una luz que podía tocar mi alma.

Me quedé nuevamente inmóvil, como si la contemplación de aquella belleza me hiciera un bien infinito. Y entonces, sin saber cómo ni por qué, comprendí algo

que nadie jamás había sido capaz de comprender. Supe que Blue, más allá de la vitalidad que mostraban sus brazos y sus piernas, y más allá de aquella promesa siempre vigente de placer sublime, se sentía terriblemente cansada. No era un cansancio físico, ni mental, sino algo mucho más profundo. A Blue le dolían los años, le dolía el miedo de los amantes que habían pasado por su cuerpo, le dolían los oscuros placeres, le dolía la sangre derramada, le dolía la soledad, y hasta los lentos pasos de los astros le dolían. Durante siglos había sido una meta para los hombres y una inspiración para las mujeres, pero ya no más. Estaba en el final de un largo, largo camino, y ahora sólo deseaba la paz.

Sin embargo, aún restaba un último encuentro.

—Ven —insistió Blue.

La voz que sonaba en mi mente era casi una súplica.

Me necesita, pensé, y ese pensamiento me provocó un escalofrío.

Tuve un instante de indecisión, pero el perfume de su cuerpo fue un llamado inexcusable.

Me quité la túnica y avancé. Todas mis vidas cobraban sentido en ese momento.

Deje que ella me estrechara entre sus brazos, me envolviera en sus cabellos, y comenzamos a hacer el amor. Nos acoplamos en un vaivén cada vez más húmedo y delicioso. Hasta ese momento no había recibido ningún rasguño, pero no estaba seguro lo que podría ocurrir cuando ella se acercara al paroxismo del placer. En mi mente relampagueaban las imágenes de mis encuentros anteriores con la Diosa; sus manos apretando mis costillas, sus ojos desorbitados, y la carne ensangrentada de mis miembros colgando de sus fauces insaciables. Recordaba sin esfuerzo el grito desgarrado que escapaba de mi boca y se fundía con el grito de ella, más fuerte que el mío, lacerante y triunfal.

Pero ahora será distinto, me repetía, al tiempo que acariciaba las colinas esponjosas de Blue, me hundía en los valles, y me adentraba en los misterios de la existencia.

La sangre bullía dentro de mis venas y un inefable sentimiento comenzaba a embotar mi cabeza. Era feliz. Los labios mojados de Blue se arrastraron sobre mi rostro, y sentí el roce de sus dientes en mi cuello. Un quejido animal brotó de su garganta, y al tiempo que sus cabellos se enroscaban en mi carne y la apretaban, supe que el final estaba cerca.

La Diosa y yo llegamos juntos al clímax, y escapó un grito que rasgó como una uña afilada la piel de la noche.

Pero el placer no se terminó. Lentamente se fue transformando en un éxtasis sostenido y espiritualizado, como si toda la energía del Universo estuviese siendo llamada en ese momento.

Luego me di cuenta de que ya no me era tan sencillo aferrarme a las carnes de mi amante, y al estirar un poco el cuello, comprendí el por qué. Blue estaba creciendo. Se inflaba incesantemente. Su vientre, sus piernas, sus pechos, sus brazos, su cabeza, y hasta sus cabellos, no cesaban de aumentar de tamaño. Poco después alcé mi tórax para intentar ver hasta donde llegaba el cuerpo de la Diosa, pero aun así no logré alcanzar los límites. Creí reconocer en una cordillera lejana el contorno de su rostro, pero no podría afirmarlo con seguridad.

Al girar la vista atrás, advertí que Blue y yo estábamos levitando. Calculo que debíamos hallarnos a mucha distancia, porque podía ver el Palacio en su totalidad, y distinguir su centro con forma de rosa. Al tiempo que la Diosa seguía hinchándose, nos elevábamos más y más. Observaba la llanura, las Montañas del Destino, el Desierto, las Montañas Pensantes, los Bosques Negros, las Montañas del Olvido, e inclusive zonas del planeta que no recorría desde mis primeras reencarnaciones. El mundo se veía tan pequeño, que todo lo que alguna vez me había parecido

importante, ahora era una bagatela. No sólo los aspectos físicos quedaban reducidos a su verdadera dimensión, sino que todos los problemas, los odios y los afanes de los habitantes, eran apenas una mota de polvo en el gran proyecto del Cosmos.

Cuando volví a mirar a la Diosa, advertí que su piel, que desde tiempos inmemoriales había sido blanca, ahora se estaba volviendo azul. Un azul oceánico, que se difuminaba resaltando las curvas de su cuerpo. Aunque el cambio era notorio, me resultó agradable verla de ese color.

Luego, como si hubiese alcanzado la altura conveniente para un propósito que se me escapaba, ella dejó de subir. Sin embargo, continuó creciendo, hasta el punto de que resbalé por su cuerpo, y tuve que aferrarme de un vello, por entonces tan grueso como el tronco de un árbol, para no precipitarme al vacío.

Me quedé quieto, arrollado sobre mí mismo, abrazado a esa fibra natural, y esperé lo que el destino me tuviera reservado. Un rumor sordo y creciente parecía provenir del interior del cuerpo de Blue, que no dejaba de inflarse, tendiendo a alcanzar una forma esférica.

Escuché un crujido: era la piel de mi amante, que ya no podía resistir la presión que venía de su propio interior. Luego otro ruido, pero más fuerte, me recordó a un trueno. A este sonido se fueron sumando varios similares, como si cada parte del cuerpo de la Diosa estuviese a punto de romperse. Y finalmente, un nudo de truenos fuertísimos, que me hizo imaginar a una cáscara gigante que se parte, resonó en mis oídos. Pensé que el mundo se acabaría.

Lo siguiente fue una explosión silenciosa y abrumadora, algo difícil de imaginar o hasta de explicar, ya que nadie había vivido una experiencia semejante. El impacto fue extraño. Sentí que un fuego azul se enseñoreaba del mundo, como si una gigantesca rosa esculpida en zafiro hubiese estallado. Sólo después de un largo rato, este resplandor se fue suavizando, hasta convertirse en una luz acogedora.

Noté que mis manos eran azules. Todo mi cuerpo tenía el mismo color que el aire. Era una luz transparente y definitiva. Piadosa y triunfal. Nueva y eterna. Tan hermosa y contradictoria como la propia Diosa.

Yo continuaba suspendido en las alturas, y desde allí contemplaba el planeta. Miré abajo, y comprobé que el Palacio, la llanura, el desierto, las montañas, los campos, los árboles, las casas, e inclusive todos los seres vivos, ahora eran de color azul. Aunque, debido a la distancia, veía todo muy pequeño, mi percepción era increíblemente aguda, hasta el punto de que lograba apreciar los mínimos detalles y me sentía parte de una armonía superior.

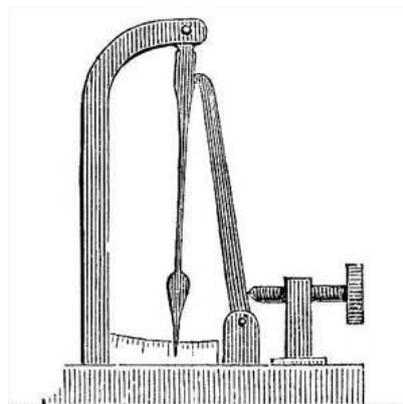
Blue nos había dejado, pero sólo en su forma anterior, ya que ahora estaba presente en toda la realidad del mundo. Hasta el cielo había perdido el brillo de los astros, para teñirse exclusivamente con el color de la Diosa. Supe, sin necesidad de que nadie me lo explicara, que el Universo entero participaba de la misma transformación. Blue vivía eternamente en nosotros, y nosotros en ella.

Sentía una paz extraordinaria, apenas comparable al tipo de éxtasis que había experimentado durante algunas oraciones. Pero con una diferencia muy importante, ahora no necesitaba concentrarme en nada. No importaba donde fijara la vista o los pensamientos, porque esa paz estaba en mí y en todas las cosas.

Comencé a ver que los hombres, las mujeres y los niños se quitaban sus ropas ya inútiles, y con sus cuerpos maravillosamente azules y traslúcidos, ascendían hasta el cielo. Hasta las mujeres de las Montañas del Olvido se sumaban a la fiesta, y ellas no eran menos hermosas. Todos los seres tenían sus necesidades satisfechas, y ya no había diferencias.

Volaban con movimientos blandos, en filas, interpretando en el aire una sinfonía arcana que acababan de redescubrir. Una corriente invisible parecía guiar sus movimientos. Subían, se desplazaban horizontalmente, describían unas curvas, bajaban y volvían a subir.

Al verlos moverse en grupo con tanta destreza, pensé que eran como ciegas larvas, nadando en el agua tibia de un estanque. Esta imagen me provocó un sentimiento ambiguo, que me paralizó. Sin embargo, tan sólo un instante después, sentí el llamado de mis congéneres y, despojándome de todo temor, me uní a la danza eterna y azul.





La Tierra y su tierra son todas

Los que que quemad el libro más oportuno

Ala y comenidos final

En el libro

Los que que quemad el libro más oportuno

La luz sobre los cerros³

Por Ramiro Sanchiz

Ilustrado por Edison Montero (República Dominicana) / El recital poético del fuego



Empezamos a tomarnos en serio la bajante cuando un barco pesquero reportó haber encallado en el Banco de las Gaviotas, ahora convertido en una isla de unos doscientos metros cuadrados. Todo esto pasó de la noche a la mañana, lo cual nos pareció inverosímil al principio; las excursiones a la nueva isla, sin embargo –bajaron pescadores de los barrios del norte cargando chalupas e incluso un velero– despejaron todas las dudas. La arena estaba húmeda en algunas partes (recuerdo haberme hundido hasta la mitad de las pantorrillas) y las aves marinas daban cuenta de una buena cantidad de peces muertos, como si la emergencia de la nueva isla se hubiese producido en cuestión de segundos.

El primero en encontrar un fósil fue Rex. Lo habíamos visto escarbando en lo que parecía el centro de la isla y hacia el mediodía nos mostró una caracola del tamaño de un melón. Cuando la tuve en mis manos me maravilló su textura; si era movida bajo cierto ángulo de la luz solar se producía un bello juego de destellos que hacía pensar en un diamante pulverizado y mezclado con arena, cocido todo al sol unos cuantos

³ Una versión mucho más larga (el doble, casi) apareció en *Próxima*, n°12, Buenos Aires, 2012; y en *Fabricantes de sueños 2012-2013*, Barcelona, Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror. Pero esta versión es inédita [Nota del Autor]

millones de años para que tomara la forma de un ammonites o alguna criatura de los mares primitivos. Quise quedármela, pero supuse que si buscaba encontraría otras parecidas y que aquella, ante todo, pertenecía a Rex. Al menos porque hasta que a él se le ocurrió escarbar a nadie se le había pasado por la cabeza la idea de que aquella isla pudiese ser algo más que una superficie.

Esa misma tarde ya se podía volver caminando. Era fácil pensar que para la noche la nueva isla se habría convertido en una península; dije que el agua parecía una metáfora de la extinción de una especie, como si fuera la última manada de pandas incapaces de reproducirse. Los rayos del crepúsculo generaban una sensación de vaho, de vapores amarrados que cubrían aquella nueva prolongación de la tierra, y todos asintieron como si mis palabras acabasen de enunciar una ley fundamental del nuevo universo.

Para el otro día (amaneció con un calor insólito para esa época del año) la línea de la costa había retrocedido casi un quilómetro, y la isla del día anterior era una especie de loma o cerro. Como no teníamos nada mejor que hacer se nos ocurrió buscar los viejos naufragios, aunque alguien dijo que el agua no había retrocedido tanto como para descubrir los más importantes. No hicimos caso, por suerte, y tras una buena caminata nos topamos con los primeros restos. Era un velero relativamente moderno, bastante deteriorado y derrumbado sobre un costado, con el mástil partido en tres. Pensamos que los huesos de sus tripulantes quizá seguían allí, pero no encontramos nada aparte del instrumental herrumbrado y cubierto de moluscos muertos. No fue un hallazgo interesante, acaso porque al pensar en naufragios lo que teníamos en mente eran galeones o fragatas; por mi parte, me hubiese encantado la paradoja aparente de encontrar un avión, en lo posible un Spitfire o un Hurricane, reducido a la osamenta, al cristal de la carlinga y a la hélice. Buscamos un poco más en los alrededores –empezaba a aburrirnos recorrer aquel desierto cóncavo de poca profundidad, que se hundía de a poco desde las alturas de la rambla y los primeros edificios de la ciudad– y regresamos.

Unos días después el mar había retrocedido tanto que se había perdido más allá del horizonte. El cerro de las gaviotas dominaba la bahía como un gigante adormecido o un capullo enorme. Esa idea –una criatura enterrada en proceso de metamorfosis– me gustó y se la comenté a Valeria mientras avanzábamos por la playa. Ella me besó con un deseo que sentí como producto de un añejamiento o fermentación que abarcaba universos e historias paralelas, y me sugirió que si nos poníamos a coger ahí mismo a nadie le parecería fuera de lugar. Pero no quise; tenía entendido, además, que todo el mundo estaba garchando en la playa, como si revivieran viejas orgías paganas celebradas con la creciente de los bosques (ese fue el término que usé), y la sensación de que no comprendía lo que estaba pasando (o por qué nos importaba tanto la bajante, a nosotros y a toda la ciudad), le aclaré a Valeria, iba a impedir que pudiera relajarme y disfrutar la situación. Pero eran excusas, nada más. También me resultaba desagradable imaginar el contacto de aquella arena recién expuesta, que me parecía arcaica y antinatural, y la mera idea de la humedad de la concha de Valeria impregnada de esa gravilla calcárea me arrancaba de cualquier cachondeo posible. Seguimos caminando, entonces, a riesgo de que ella se ofendiera conmigo, no volviese al día siguiente y se rompiera ese grupito de cuatro que sentía tan unido a la bajante y a todo lo que había despertado en mi mente.

Hacia las cinco de la mañana lo encontramos. No fue muy lejos del cerro de las gaviotas, porque era imposible caminar en línea recta por aquellos territorios. Al principio lo confundimos con otro pecio, y por eso nos entusiasmo explorarlo, ya que se adivinaba múltiple en mástiles y estructuras parecidas a las costillas de madera de los barcos antiguos. Pero al acercarnos más –la fosforescencia de la arena y de los bancos de algas se unía a la luz de las estrellas para crear un resplandor difuso– pudimos ver que se trataba del esqueleto de una ballena o algún mamífero marino gigantesco. Me adelanté corriendo, invadido de repente por una avalancha de alegría, y toqué aquellos huesos o tirantes para encontrar el tacto de la piedra y un frío que parecía haber

encapsulado demasiados inviernos. Algo me dijo que sí eran huesos, que aquella criatura había vivido en tiempos remotos y visto un mundo del que no sabíamos o podíamos saber absolutamente nada.

Tuvimos que esperar a la salida del sol para armarnos una imagen más adecuada del fósil. En la oscuridad caminamos entre los huesos, que parecían un costillar enorme clavado en la arena a modo de bóveda, con el equivalente del esternón apuntando a las estrellas, y entramos y salimos de aquel recinto como si nos hubiese sido posible saltar del hipotético mundo de aquella criatura al nuestro, que en rigor y gracias a la bajante tampoco era del todo el nuestro. Aquel lugar, después de todo, pertenecía –había pertenecido, es decir– a las aguas y no a la tierra, y desde él podía verse la ciudad desde una perspectiva hasta entonces imposible y, por lo tanto, irreal: la ciudad elevada, como una reliquia de cristal opaco en hombros de un talud de lodo firme.

No recuerdo cuánto tiempo aguardamos la luz, pero los primeros resplandores nos paralizaron. Aquella cosa no podía ser una ballena, o quizá –si lo había sido– el proceso de deterioro había alterado sus formas originales de un modo terrible. De hecho, ninguna criatura conocida podía haber tenido esa estructura, o al menos eso creímos apenas la luz me permitió una visión más completa. Y poco después volvimos a dudar. Rex creyó haber encontrado indicios de aletas y, excavando un poco, lo ayudé a desenterrar lo que bien podía ser parte del cráneo. Pasamos horas contemplando aquellos restos desde todas las perspectivas imaginables; tirados en la arena, desde adentro de la osamenta, desde lejos, de frente, de costado, y por momentos nos parecía que la forma cambiaba, que a veces surgía, por ejemplo, un automóvil o un barco mientras que desde otro ángulo aparecía una catedral o una esfinge.

Entrada la mañana ya no estábamos solos. Los curiosos se apelotonaban alrededor de los huesos y se formaban en un óvalo amplio que dejaba una buena distancia entre la punta de sus pies y el fósil, como guiados por una suerte de respeto intrascendente. Nosotros nos fuimos, aunque Valeria quiso quedarse un rato más. Como había pasado los días anteriores, no nos gustaba la vulgaridad de compartir ese

hallazgo con tantos seres humanos, así que regresamos a la rambla, o más cerca de la rambla, para tratar de desenterrar otros fósiles. Tampoco éramos los únicos que lo hacían, pero cabía pensar que cada buscador encontraría algo singular, de modo que esa individualidad o individualismo a ultranza que nos había despertado la bajante se veía satisfecho si yo encontraba un viejo set de Playmobil y Jon un Walkman Sony de la década del ochenta, o, también, un viejo jarrón idéntico a los que coleccionaba mi tía abuela.

Esa tarde la playa recibió todavía más personas. Aparecieron comitivas de la universidad determinadas a desentrañar a qué criatura, viviente o extinta, pertenecían aquellos restos. A eso de las ocho, ya en la casa de Rex, vimos en un noticiero de T.V. a un científico que decía que la cosa no era una ballena y que estaban tratando de extraer muestras que permitiesen un análisis genético, lo cual, admitía, era bastante difícil dada la evidente antigüedad de los restos. Nos miramos y no dijimos nada; esa noche bajamos a la rambla pero la encontramos casi tan llena de gente como al mediodía o en la tarde, así que optamos por quedarnos en una plaza cercana desde la que podía verse la gran extensión de arena y las lucecitas de la gente caminando, como en un festival gratuito al comienzo de una década ucrónica.

Después otro canal de televisión puso en el aire un especial de dos horas sobre la criatura. Iban a construir una máquina para desenterrarla, explicaron, y después pudimos ver reconstrucciones 3D de los restos, sobre los cuales un científico con acento extranjero explicó una serie de pautas morfológicas completamente diferentes a cualquier forma de vida menos basal que las esponjas y las medusas. “Es posible”, dijo, “que estemos ante una criatura surgida de una evolución paralela a la que podríamos entender como el tronco principal del árbol de la vida en nuestro planeta, una línea evolutiva que permaneció oculta hasta hora y que desapareció hace miles de años, salvo que criaturas como la que hemos encontrado en lo que fue el estuario permanezcan con vida en las profundidades del océano”. Jon y Rex se entusiasmaron con la posibilidad

(“el alien intraterrestre”, inventó Rex), y Valeria me preguntó por qué me había sentido tan contento la noche en que encontramos el fósil.

–Te lo vengo queriendo preguntar hace tiempo, y recién ahora me vengo a acordar –dijo.

Le conté que a mí también me había asombrado aquella sensación de alegría y que, tratando de indagar sus causas, había dado con un recuerdo de infancia. Yo tendría siete u ocho años y mi abuelo había prometido llevarme a conocer el Museo Oceanográfico. Por aquel entonces yo estaba muy entusiasmado con las aventuras de Cousteau, y había logrado convencer a mis padres de que me compraran una colección de fascículos que incluían tanto las narraciones de sus viajes alrededor del mundo como una enciclopedia –La enciclopedia del mar– redactada por él y varios miembros de su equipo. Recuerdo que entre los múltiples mapas que presentaba la obra había uno, muy detallado, del fondo oceánico. Creo que por aquel entonces ese tipo de mapas no eran tan frecuentes como ahora, cuando cualquier atlas liceal incorpora imágenes de buena resolución de los diversos niveles de profundidad del mar, con las cordilleras submarinas representadas a la perfección además de las fosas o trincheras más profundas. En cualquier caso, aquel mapa me disparó la imaginación, como si estuviera contemplando un secreto que había sido mantenido oculto demasiado tiempo y finalmente arrojado a la luz por la enciclopedia. Es decir, una forma de bajante representada en mis recuerdos –lo cual me hizo empezar a entender que la bajante era un fenómeno mucho más complejo que lo que sucedía “literalmente” en nuestras vidas.

Ahora bien, más allá del fondo oceánico mi curiosidad infantil se había enfocado en las diversas especies de ballenas y delfines, y un día, conversando al respecto, asombré a mi abuelo con todo lo que había aprendido. Supongo que lo habré llevado a creer que a su nieto lo aguardaba un futuro brillante como zoólogo o biólogo marino, y ese mismo día me prometió la visita al Museo Oceanográfico. “¿Pero qué hay ahí?”, le pregunté. “Una ballena. Ahí está colgado el esqueleto de una ballena, yo lo vi hace años, Fefito, pero todavía tiene que estar”.

A partir de ese momento “ir a ver a la ballena” se convirtió en un paseo que yo aguardaba cada domingo y jamás llegaba; años después, ya muerto mi abuelo, en una de tantas sesiones de recuerdos de infancia con mis padres, me detuve un buen rato a recordar aquella excursión eternamente postergada. Mis padres, sin embargo, no lo recordaban, ni tampoco mi abuela. Insistí y traté de armarles cronologías: esto fue antes de tal cosa y después de tal otra, como si pudiera despertarles el recuerdo aludiendo a la compra semanal de aquellos fascículos de Cousteau, al resto de la obra, ya en formato libro, que encontré años después en varias librerías y adquirí casi completa, a mis conocimientos infantiles sobre los cetáceos, a mi obsesión con el proyecto de convertirme en biólogo marino y vivir sobre un barco oceanográfico recorriendo todos los mares del mundo. Todo esto lo recordaban, pero la excursión de “ir a ver a la ballena”, no. La frustración de ver desvanecido el posible correlato externo a uno de mis recuerdos más preciados terminó por despertarme un aire de sospecha en relación a aquel diálogo con mi abuelo y a tantos domingos de impaciencia, como si no hubiese sucedido más que en mis sueños o en una línea cronológica alternativa a la que tuve acceso quién sabe de qué manera. El efecto de rechazo fue tan grande que jamás llegué a indagar por mi cuenta la existencia de aquella ballena, de modo que nunca entré al Museo Oceanográfico, por miedo a descubrir que allí no había ningún esqueleto suspendido del techo. Porque quizá, en última instancia, todo había sido una mentira pintoresca de mi abuelo; el caso es que mi mente permitió la proliferación de tantos elementos alrededor de ese núcleo que llegó el tiempo en que poco tuvo que ver la comprobación de la existencia de la ballena con mis dudas sobre el pasado, los recuerdos y el miedo ante la locura de realmente imaginar que un mundo alternativo había intersectado mi historia —cosa que muy bien podía tolerar en mi ficción, pero no en mi llamémosla “realidad”.

La bajante llevaba ya casi una semana, días de sol, días sin lluvia, días de calor creciente. Desde la ventana de mi living podía verse la gran extensión dorada que había

reemplazado al estuario y, un poco cubierta por algunos de los edificios más altos de la rambla, los perfiles angulosos, como enorme confusión de andamios y esqueletos metálicos, de la máquina casi terminada. Había sido decretado un feriado nacional, de modo que se esperaba que todo el mundo bajara a la playa para asistir a la puesta en marcha, al momento en que aquella extraña catedral tecnológica desenterrase al fósil. No quise llamar a Valeria, pero estaba seguro de que se las había arreglado para ubicarse en primera fila; Jon y Rex estaban por completo inubicables desde hace días, y un amigo suyo, que me encontré por casualidad, me contó algo de un viaje a no sé qué ciudad del interior, de la que mencionó no sé qué cosa sobre la vista de los cerros o desde los cerros.

Era la una de la tarde cuando salí. Sobre el antiguo estuario se levantaba una niebla tenue que parecía enroscarse alrededor de los perfiles de la maquinaria. Un zumbido grave había tomado la playa llena de gente, como si fuera el pulso de afinación de un mundo que estaba por comenzar; pantallas gigantes dispuestas por todas partes indicaban gráficas y símbolos que fueron interrumpidos por una cuenta regresiva.

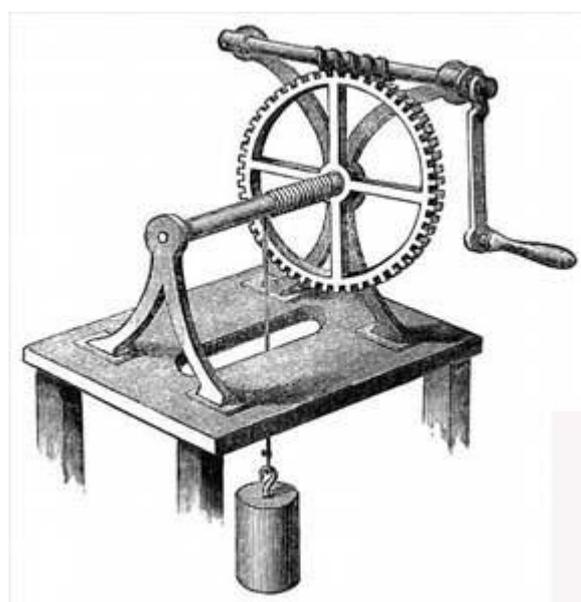
El calor era insoportable. La bruma se había elevado y ahora cubría el cielo como una capa mínima de nubes. Por todas partes rebotaban destellos, resplandores de plomo o de zinc. La cuenta había bajado a dos cifras. Traté de acercarme a la máquina pero todos aquellos cuerpos encimados lo hicieron imposible. Me pareció ver a Valeria, y después a Jon y a Rex. Seguramente me equivocaba; segundos después creí ver a mi abuelo, cuando la máquina emitió un chirrido desolador coreado por cuatro sirenas. Creí que aquel pulso había estado convocando más cosas a este mundo y que el chirrido vino a paralizarlas; ahora la cuenta había llegado a cero y los otros mecanismos empezaron a moverse. Todo el mundo contuvo la respiración mientras yo sentía que la ciudad entera temblaba y apretaba las manos en el asiento del dentista, mientras la muela empezaba a ceder. Y lo hacía con un crujido interno, un desmoronamiento que hacía vibrar la arena seca bajo los pies y terminó de despejar la niebla, como si alguien,

un demonio minúsculo por ejemplo, hubiese clavado los dedos en la trama de la realidad y estuviese haciendo fuerza para abrirla, para separarla.

Entonces alguien gritó y todos miramos más allá de la máquina, al horizonte.

Una gota de lluvia golpeó mi frente. Una bocanada de aire fresco y, a lo lejos, una pared de agua que se acercaba a toda velocidad. Era exactamente igual a entender que se nos había dado un tiempo específico, limitado, y que ahora había llegado a su fin, mientras nosotros –que habíamos pasado el tiempo en tonterías, durmiendo la siesta o charlando sobre cualquier cosa– no hacíamos más que recién ahora juntar todo para empezar, a toda prisa. Me alegré. Pensé en Jon y Rex, en los cerros remotos, donde nada de lo que estaba pasando tenía importancia, y en la luz que encendía sus cumbres.

Nadie atinó a correr, pero sentí un movimiento a mi izquierda. Abriéndose camino entre la gente (entre la gente paralizada que miraba el horizonte) Valeria me alargó una mano. La tomé. Cerré los ojos cuando la ola golpeó la máquina; Valeria me apretó la mano y sonreí.





Los inventos del padre Dámaso Antonio Larrañaga, Ministro de Relaciones Exteriores

Por Gabriel González Núñez

Ilustrado por Gastón Barticevic (Argentina) / S.t.



irme y adusto, el capitán blandengue miraba hacia adelante, enfundado en su inconfundible casaquilla azul de botones blancos, con la espada desenvainada, pegada al cuerpo y empuñada en una mano callosa y férrea. Tenía las botas empolvadas, y donde el sombrero chambergo le tocaba la frente se le formaban gotas de sudor que se precipitaban inconscientes por el rostro del soldado. Dos semanas antes, el padre Dámaso Antonio Larrañaga le había encomendado hacerle llegar cualquier novedad sobre la navegación de los ríos, y la noticia que acababa de darle al cura no era menor: una fragata de bandera argentina había zarpado del puerto de Buenos Ayres y se encontraba anclada cerca de la Isla del Portugués. Para dar la noticia, el militar había galopado toda la noche, suponiendo que encontraría al padre Antonio en las barracas o en la Iglesia de la Inmaculada Concepción.

En este último lugar lo encontró, de sotana negra y con un solideo de seda acomodado en la coronilla. Era un eclesiástico que a pesar de tener ya diez lustros

y tres años aparentaba tener poco más de cuarenta años, sobre todo por su tez lisa y pelo bien enrulado. Quienes sabían su verdadera edad sospechaban que era el favor de Dios, cosa que él no dudaba. Los años lo habían convencido de que nada le hacía tan bien al cutis como la dieta omnívora que llevaba desde su regreso de la universidad. Tenía las cejas oscuras y la mirada inquieta. Cuando el blandengue lo encontró, apoyaba las dos manos sobre una tabla que improvisada sobre dos caballetes hacía de mesa. Entre las manos observaba un plano de arquitectura poscolonial, y fruncía el ceño. A su lado, un bohán de pantalón negro y camisa blanca gritaba unas órdenes en charrúa. Estas iban dirigidas a otros indígenas, quienes armaban un andamio sobre la pared donde se levantaría la torre sur.

Cuando el cura Larrañaga escuchó la noticia, enrolló el plano, se lo entregó al bohán y le pidió que siguieran adelante sin demora: la capital precisaba que su primer templo fuera hermoso y colosal, sí, pero también lo necesitaba cuanto antes.

—Es una fragata de hélice, Padre —agregó el militar sin desviar la mirada. El padre se estremeció. Si había hélice, había coraza.

—Acompáñeme afuera —dijo el cura al militar, y el blandengue envainó la espada. Los dos cruzaron el marco sin puerta de la entrada a la nave principal de la iglesia. La voluntad del párroco era colocar allí una puerta maciza, serruchada y labrada de los exquisitos cedros del Líbano, si es que se podía reestablecer el comercio con el Mediterráneo.

Una vez afuera el padre le hizo a su feligrés y conciudadano tanta pregunta cómo se le ocurría: ¿en qué fecha había zarpado el navío?, ¿cuánto tiempo creía que iba a estar anclado en la desembocadura del Uruguay?, ¿sabían qué tipo de motor movía la hélice?, ¿de cuántos cañones era el barco?, ¿venían en camino

otras fragatas?, ¿cuántos navíos de línea había en Santa María de los Buenos Ayres?

Sobre el empedrado de la calle transitaban carros empujados por caballo. Algún vecino patricio saludaba desde su coche al cura, quien con toda naturalidad hacía treguas en sus bombardeos inquisidores para devolver los saludos con bendiciones. El capitán contestaba cada pregunta con el escaso conocimiento que tenía, sobre todo en cuestiones referentes al puerto de Buenos Ayres, y con frecuencia la respuesta era un mesurado: «Lo ignoramos, Padre».

Tras varios minutos de preguntas y respuestas, saludos y bendiciones, el padre Antonio hizo silencio. A lo lejos se escuchaba la risa de unos niños que seguramente jugaban a la rayuela. Un pensamiento intruso desvió la atención del maduro párroco a su niñez despreocupada en la plaza fuerte de Montevideo, antes de que comenzaran a hervir las aguas del fervor revolucionario, antes de su formación universitaria, antes del campamento de la Purificación de la Bienaventurada Virgen María y de todo lo que desde entonces se había desencadenado. Pero ahora, con tantos años vividos y a pesar de llevar una caravana de logros a cuestas, había días en que sentía como que flotaba en una nostalgia tibia y serena, una marea difusa que le mojaba la sotana con cierto desencanto. En esos momentos añoraba tener nueve años y jugar otra vez en la calle.

Pero hoy no podía premiarse con añoranzas. Despachó al capitán y se dirigió pensativo al cabildo. A paso seguro atravesó el centro de una plaza bordeada de árboles jóvenes, en la cual habría que poner en algún momento una fuente. El Presidente de la República le decía que debía ser de serpentina, más el presbítero prefería que fuese de mármol. Había recibido su formación universitaria en la Serenísima República de Venecia y Lombardía. Allí cursó clases

sobre el misterio de la Santísima Trinidad, la aleación de los metales, la clasificación de las plantas y la combustión de los carbones. En ese entonces dedicaba las tardes interminables de sus lunes sin faena a rezar bajo las cúpulas bizantinas de la catedral, contemplando la pasión y muerte de Jesús, si es que la Plaza de San Marcos no estaba inundada, claro. Si lo estaba, prefería no mojarse ni las sandalias y ni el borde de la sotana, así que en los días de acqua alta rendía sus devociones en la Iglesia de Santa María de los Milagros, un pituco templo de mármol blanco y rosado. En aquellas épocas empezó a tener unos sueños en los que parado sobre una meseta veía todo género de innovaciones salir de un río de aguas marrones. La más bella de todas era también la más simple: una fuente de mármol como el de la Chiesa di Santa Maria dei Miracoli. La había dibujado en su cuaderno de viajes, donde también trazaba los otros objetos que soñaba. La fuente había quedado relegada a una larga lista de proyectos, pero se proponía hacerla realidad después de terminar la Iglesia Matriz y antes de armar la máquina analítica.

Cruzó el umbral del cabildo, donde el único blandengue que estaba de guardia lo saludó sin mayor protocolo. El cura subió por las escaleras de piedra hasta el segundo piso. Allí un largo pasillo lo llevó hasta la puerta de dos hojas del Presidente. Dio tres golpes certeros y esperó. De afuera llegaba el trino de las aves de setiembre.

—¡Adelante! —se escuchó la voz del viejo jefe.

El párroco empuñó el picaporte de bronce y abrió la puerta. Adentro encontró el largo y ancho escritorio del Presidente cubierto de sobres con sellos de cera, cartas a medio leer, un par de libros nuevos y sin abrir y, en una esquina, un tubo de metal que evitaba que se enfriara el agua. Se trataba del primer invento del cura, al cual había puesto por nombre recipiens, aunque todo el mundo lo

llamaba «pavita». El Presidente estaba sentado en un sillón frailerero con asiento de terciopelo rojo. Vestía de traje azul, como siempre, y en ese preciso momento depositaba el mate junto a la pavita.

Nada más distante de lo que presencié el padre Dámaso Antonio Larrañaga aquella tarde de casi una década antes cuando posó los ojos por primera vez en el general José Gervasio Artigas. El padre Antonio estaba entonces afuera de la casa del caudillo, conversando con algunos varones del campamento mientras esperaba que llegara Artigas. Cuando llegó el General, el cura lo reconoció únicamente por su presencia magnética en torno a la cual los gauchos, negros e indios del lugar gravitaban como los planetas en sus órbitas alrededor del sol. El Protector, como le llamaban entonces al que posteriormente sería su presidente, llegó flotando en el centro de un séquito feroz, unos seres poco refinados, un hato de cabellos largos, barbas tupidas, pellejos oscuros, miradas penetrantes, ropas de campaña, lanzas, sables, carabinas. Se movía entre ellos, y a ellos los movía sin esfuerzo. Parecía un paisano más, vestido de azul y sin galas, con harapos casi. Todo esto al párroco de inmediato le provocó algo de desconfianza. El General se presentó sin mayores rodeos, excusándose que venía de almorzar con unos diputados de Buenos Ayres. Sin formulismos invitó al cura y sus acompañantes a entrar en la casa. Tras ellos entró Artigas acompañado con un ayudante, un guaraní misionero de escasa estatura. Se repartieron todos entre en un banco, tres sillas y unos catres, y empezaron a conversar del viaje que el cura y sus acompañantes habían hecho. El padre Dámaso reparó en la ropa gastada del anfitrión, la cual no parecía encajar con el rostro bien afeitado y los modales de persona ilustrada que este exhibía. Ante todo al presbítero le resultó imposible conversar con él sin que la cadencia de su hablar quedo y preciso le abrazase el corazón en una especie de calidez maternal que lo hizo sentir como que volvía a la primera infancia y veía el mundo

con ojos de niño. En pocas horas entendió por qué la gente de la campaña lo seguía como lo seguía.

Después de la entrevista, que terminó con una cena de vino en tasa de losa y carne en plato de madera, el padre Dámaso y sus acompañantes se retiraron a dormir en el cuarto de Artigas. El caudillo se los cedió, a pesar de la insistencia por lo contrario que con firme cordialidad exhibían los visitantes. Cuando finalmente aceptaron la dádiva, el Protector se retiró. Ya hacía rato que estaban encendidas las lámparas.

Los viajeros se acomodaron en los catres sin colchones. El cansancio acumulado de trece días de llevar el trasero pegado a un caballo, de cruzar ríos a pie y a veces a nado, de dormir en casas ajenas y comer lo que Dios santo les pusiera en el camino hizo que casi todos pronto se durmieran.

El cura demoró un poco más que sus compañeros en conciliar el sueño. Hacía meses que pensaba en el sistema que proponía Artigas, y ante el vacío que dejaba la corona al retirarse, todo aquello tenía cierta lógica. No obstante, no era la fuerza de estas razones lo que le aplazaba el sueño: era esa voz grave de sonidos que se prendían del aire y demoraban en irse, como el humo de una pipa bien usada. Al final, la oscuridad absoluta y el agotamiento del cuerpo y le terminaron cerrando los ojos.

A la mañana siguiente, no bien rompió el alba, el General golpeó la puerta despertando a los viajantes. El cura, estando más próximo de la puerta, la entreabrió y asomó la cabeza, cabello alborotado y ojos más cerrados que abiertos. Los dos hombres se disculparon lo incómodo de la situación empleando las cortesías propias de dos extraños, y el lugareño explicó que ya estaban para desayunar. El cura Larrañaga y sus compañeros se vistieron con algo de prisa y emergieron a una luminosa mañana.

El desayuno se sirvió en el fondo de la casa, en torno a un fogón en el que un negro de bombachas marrones y camisa blanca cuidaba de unas brasas que calentaban agua en una olla tiznada. Allí, sentados en troncos, piedras o el suelo directamente, se habían congregado varios oficiales que conversaban todos a la vez. Otro gaucho se arrimó al fogón y trajo en un cuenco dos huevos batidos, explicando que hubiese querido hacer más pero que aquello era lo único que había logrado recoger en más de una hora de búsqueda entre los matorrales del lugar. El Protector estaba también allí, acomodadas sus nalgas de campaña sobre el cráneo de una vaca. Mientras todos saludaban con apretones de mano a la delegación, el moreno de cuclillas vertió los huevos en el agua que ya empezaba a hervir. El cura percibió que no había más desayuno que eso y un nudo que llevaba en el estómago se le tensionó más.

—Sabrán disculpar ustedes la falta de mate. Anoche mismo mandé un chasque a Misiones. Andresito ya nos hará llegar yerba.

—Fíjese vuestra merced que en los equipajes traigo un utensilio que sirve para que el agua no se enfríe. Lo venimos usando para tomar mate— dijo el párroco con una sonrisa protocolar, refiriéndose a la pavita, invento que los gauchos quisieron ver.

El padre se puso de pie y se metió otra vez en la casa. Salió unos minutos después cargando en una mano un cilindro de bronce. Era casi tan largo como su antebrazo y en la parte superior se afinaba apenas un poco para formar un cuello que terminaba en un corcho. Al llegar al fogón, el cura se lo dio a Artigas para que lo examinase. Lo fueron pasando por la ronda, cada uno sopesándolo como quien observa una curiosidad ultramarina, hasta que llegó nuevamente a las manos de su inventor.

El padre Antonio descorchó la pavita, que tenía el corcho agarrado del cuello con una especie de arnés de alambre, y explicó:

—El agua se deposita en el interior, y si el recipiente queda tapado, no se enfría.

Alguna sonrisa socarrona le hicieron los lugareños y no se habló más ni del agua ni de la pavita. Desayunaron esa mezcla de agua caliente con huevo, turnándose para tomarla todos de una misma vasija de barro cocido, lo cual dejó al sacerdote y su delegación sintiendo más hambre que si no hubiesen ingerido nada. Antes de salir a dar misa, pidió que le calentaran un poco de agua y que la guardaran en la pavita, dejándola bien cerrada, por favor, que la necesitaba para la tarde. Después de la misa el cura Larrañaga y sus acompañantes cabalgaron por un camino ancho hasta llegar al río, donde vieron el bergantín de Buenos Ayres anclado cerca de unos ranchos. En explorar la costa pasaron toda la tarde, con el estómago crujiente y el anhelo de comerse un buen pollo asado o por lo menos una fritada de tortilla.

Cuando regresaron, un indio que quién sabe cómo tenía pantalón de gamuza, se acercó al cura y le dijo que el General lo mandaba a llamar. El párroco se dirigió al fogón, donde el jefe del campamento estaba sentado conversando afablemente y a toda voz con unos chasques que recién llegaban de quién sabe dónde. Cuando Artigas vio que se acercaba el padre Antonio se puso de pie y recogió de su lado la pavita. Se la devolvió al cura y, con su característica expresión de quien no tiene jamás apuro alguno, saludó al recién llegado y agregó:

—El agua sigue caliente.

Larrañaga sonrió e inclino levemente la cabeza. Artigas le preguntó si tenía otros, a lo que el párroco contestó que no. El General preguntó si podía fabricar más, y el cura frunció el ceño:

—¿Para qué?

—Mire, aquí nunca se sabe de dónde vendrá el próximo ingreso. Si usted nos hiciese el favor de producir algunos más, los podríamos vender por los pueblos. Busco activar el comercio y, bueno, así ir armando el tesoro.

—Verá que a mí no me interesa el vil metal —replicó el sacerdote, pensando más que nada en que a esa altura lo que le interesaba era comer.

—La plata no, eso lo sé. Pero el sistema sí —sentenció José Artigas con tal convicción que el Dámaso Antonio Larrañaga nunca más abandonó su lado.

De aquello habían pasado ya nueve años, nueve años desde que los chasques partieron a caballo cargando bolsas de arpillera repletas de pavitas rumbo a las provincias, comerciando primero ese invento y después el hornillo, un quemador de queroseno a presión que el cura había diseñado en Montevideo pero que hizo recién en Purificación.

El resto se sucedió con el silencio y la pujanza de un río crecido, un río de monedas que empezaban a llenar el cofre viejo que guardaba Artigas en Purificación. Fueron los años en que el padre Antonio veía partir carretas rebosantes de fusiles con bayonetas, barriles de pólvora y cajones de cartuchos rumbo a Misiones. Después le llegarían las noticias de que Andresito había asegurado el Paraná como frontera norte y finalmente reconquistado las Misiones Orientales, aquel territorio de indios visionarios allá en el noreste que tantos desvelos causaba por aquellos días.

Esta última noticia la recibió el cura con la misma alegría que cuando Artigas le comunicó que iban a levantar un astillero en Purificación. Todo aquello iba de la mano. El comercio fluía desde las Misiones —de donde llegaban maderas y tabaco, algodones y yerba—, y el Jefe de los Orientales ya pensaba en asegurar el río con buques armados que protegieran las mercancías. Aquella mañana en que

Artigas le dijo al padre Dámaso que iban a construir el astillero, el caudillo estrenaba una oficina con un escritorio grande como mesa. Por aquel entonces ya la gente había dado por llamarle Protector de los Pueblos Libres, título que el eclesiástico nunca usó, porque decía él para sus adentros: Protector hay uno solo y colgó de una cruz.

Los años que siguieron a la reconquista de las Misiones Orientales hallaron al padre Antonio alternando entre dar misa en una iglesia de barro, dirigir la construcción de los nuevos barcos en el astillero y enclaustrarse en sus barracas. Allí se sentía verdaderamente a gusto. La madera olía a nueva, y él iba dando dimensión a las figuras de su cuaderno con serruchos, martillos, yunques y forjas, siempre entre coñac, pólvora, viruta y hollín. Hacía ya un par de años que había desistido de seguir añadiendo entradas a su enorme catálogo de plantas.

Para el cura Larrañaga la mañana más memorable de los últimos años fue aquella en que estuvo de pie en el muelle de Purificación junto al general Artigas. El militar pasaba revista a los marineros que iban abordando las dos acorazadas crujientes que estaban por zarpar en sus primeras misiones. Eran unas fragatas de tres palos y casco de madera blindado en un hierro plateado y opaco. Estos navíos llevaban enganchados a las cubiertas como escorpiones gigantes dieciocho cañones rayados. Todo aquello sería impulsado por unas enormes máquinas a vapor. El vaivén apenas perceptible de los navíos en las aguas dulces del Uruguay relajaba al padre Antonio, que vio sus creaciones partir hacia el Sur. La misión de la primera era custodiar Colonia, Montevideo y Maldonado en el Plata, y la de la otra, subir por el Paraná y pintar fronteras indisputables. Al otro día empezaría a sesionar la Asamblea General Constituyente, y los diputados enviados por los cabildos de los pueblos de las seis provincias se encontraban de pie en la playa, observando zarpar las acorazadas. Los varones, tanto blancos como indios, saludaban al pasar a los marineros meciendo sombreros y pañuelos blancos.

Artigas abrazó al párroco, le dijo: «Se acabaron las patentes de corso» y montó su caballo para regresar al pueblo. En pocos meses sería elegido presidente por la Asamblea, y cuatro años después, reelegido por los vecinos de los pueblos en elecciones libres.

Y ahora, cuando el padre Antonio entró al despacho presidencial, vio al jefe de Estado igual que siempre, enterrado en quehaceres. A sus espaldas, un enorme mapa de la República adornaba la pared. En un rincón el tricolor patrio se asía de un asta negra. En el rincón que quedaba en diagonal, el presidente Artigas había hecho poner una hamaca paraguaya para las siestas, y frente al escritorio había cuatro sillas casi tan grandes como las del Presidente en torno a una mesa ratona, para las visitas. Del techo colgaba una larrañaga apagada, redonda y transparente.

—Buenos días, señor presidente —dijo el padre Antonio al acercarse al escritorio.

El presidente Artigas se puso de pie y estirando el brazo derecho por encima del escritorio le dio un fuerte apretón de manos.

—Buenos días, padre —dijo el Presidente, un hombre cuya frente empezaba a extenderse ante la retirada de la cabellera. Tal vez por esa expansión frontal se había dejado largas las canosas patillas. El párroco observó que su amigo tenía las patas de gallo cada vez más profundas.

El estadista apuntó a la pavita y el porongo disculpándose por la informalidad, y enseguida ofreció unos mates. El presbítero entendía que la ocasión no daba para infusiones amargas. Había desayunado una buena fritada de huevos y chorizo, y pensó en excusarse que estaba satisfecho, pero hacía años que no tomaba mate con don José Gervasio, así que por qué no. El Presidente tomó el mate y la pavita, y los dos se dirigieron a las sillas rojas ubicadas en frente del escritorio. Allí tomaron asiento. El presidente Artigas le alcanzó el mate a al padre

Antonio. Ya estaba lavado y tibio. Tras un intercambio de cordialidades, el Presidente le dijo al sacerdote: «Lo veo preocupado».

El cura devolvió el porongo y explicó que había una fragata argentina en la Isla del Portugués. El Presidente vertió agua al mate, le dio un sorbo meditabundo a la bombilla y se encogió de hombros. Le pasó el mate al cura. El eclesiástico aguantó el recipiente en la mano, explicó que los espías en el Imperio del Brasil habían hecho llegar noticias de que en el norte del Uruguay habían botado tres corbetas a vapor. El padre Antonio devolvió el mate. Sí, a vapor. El Presidente agarró el porongo con las dos manos, cruzó la pierna derecha y se quedó mirando la yerba. Finalmente levantó la mirada y afirmó:

—La fragata argentina también es a hélice, ¿no cierto? Por eso me lo dice.

—Así es —contestó el cura estirando la mano para recibir la calabaza que ahora le devolvían—. No sabemos por qué espera allí, pero seguramente viene en dirección nuestra.

El presidente Artigas se puso de pie mientras el cura le daba una chupada al mate.

—Hay que poner sobre aviso al gobernador Rivera. Justo ayer estuvo aquí.

El presbítero asintió con un leve movimiento de cabeza y devolvió la calabacilla. Como Ministro de Relaciones Exteriores entendía bien lo que había en juego. Ante todo era menester proteger los puertos. Sin Colonia, Montevideo y Maldonado, las mercancías que llegaban del Tahuantinsuyo buscarían su salida atlántica por vía de Buenos Ayres. Sería el volver a los días del virreinato. Sería el desbaratarse del sistema.

El Presidente tomó otro mate, sin sentarse, y dijo:

—Está lavado... —mirando el porongo como sorprendido—. ¿Gusta más?

—No, gracias —se sonrió el cura, que se quedó observando al jefe de Estado que allí de pie junto a él se mordía el labio inferior. Al padre Antonio le dio la impresión que el viejo presidente bien preferiría estar cincuenta años atrás jugando a la rayuela.

—Tres y una.

—Que sepamos. La de Buenos Ayres nos tomó por sorpresa. Quizá haya más.

—Tres y una... tres y una... —balbuceó el Presidente—. En todo caso, tenemos más que ellos.

—Que sepamos —insistió el párroco—. El problema además es que si los paraguayos forman alianza con Río de Janeiro, como sospechamos, cualquier defensa tendría que hacerse en tres frentes.

El Presidente apoyó las dos manos en el respaldo de uno de los asientos y se quedó pensativo.

—¡No dejan de molestar! —espetó finalmente y cacheteó el respaldo con las palmas abiertas—. En fin... hay que avisarle también al gobernador de las Misiones. Y a Ramírez. ¿Ya lo habló con el ministro Ramírez?

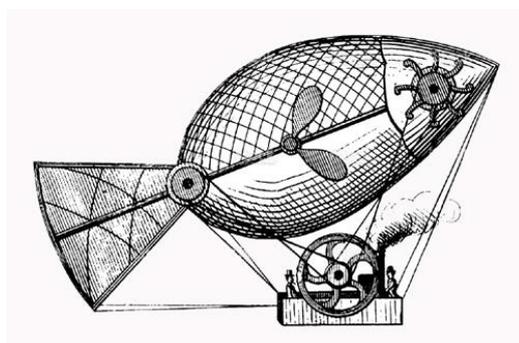
El cura indicó que no con la cabeza. Francisco Ramírez era el Ministro de Guerra, y si el Presidente anticipaba la necesidad de hablar con él, era porque sospechaba lo mismo que el padre Antonio. El sacerdote enderezó la espalda, se frotó las rodillas por encima de la sotana, y se puso de pie. Lo hizo sintiendo el peso de los huesos. «Esta es la última», pensó, y dijo en voz alta:

—Ya lo voy a buscar, pero, mire, tengo una idea desde hace tiempo que me gustaría conversar con usted...

«La breve Guerra de la Triple Alianza fue un conflicto militar que se desencadenó en diciembre de 1824. La Triple Alianza fue una coalición formada en secreto por el Imperio del Brasil, la República Argentina y la República del Paraguay. Dicha Alianza enfrentó militarmente a la República del Paraná que se inició con una acción coordinada: unas 7.000 tropas paraguayas invadieron Corrientes, tres navíos brasileños sitiaron Purificación y nueve buques argentinos libraron la Batalla de Montevideo contra los ocho navíos paranaenses. Las tropas paraguayas en el norte inicialmente gozaron de victorias rotundas, pero su avance se vio frenado al enfrentar a las tropas misioneras que cerraron filas al sur de la ciudad de Corrientes. En el Río de la Plata las batallas por control de los puertos orientales, siempre lejos del puerto de Buenos Aires, se prolongaron inesperadamente. Todo ello le dio especial importancia al sitio de la capital, en el Uruguay. Esta se vio asediada durante las tres semanas que duró el conflicto. Finalmente fue la intervención de los globos dirigibles del bando paranaense lo que llevó abruptamente a la Paz de Colonia. Este tratado estableció el 23 de diciembre de 1824 los límites actuales entre los cuatro Estados.

Existe una escasez documental en cuanto a la decisión de emplear dirigibles, pero una misiva del ministro Ramírez al gobernador Rivera da a entender que fue el ministro Larrañaga quien propuso adaptar globos aerostáticos, dándoles forma ovalada y disponiéndolos de una barquilla alargada en la que se instalasen motores de vapor. Los historiadores coinciden en que el uso de los dirigibles para bombardear Buenos Aires no sólo aseguró el fin del conflicto armado sino que irónicamente escandalizó a Larrañaga, tal vez por su vocación espiritual. Se cree que por eso renunció al gobierno para trasladarse a Montevideo, donde asumió la parroquia de la Ciudadela hasta 1848, año en que falleció, aparentemente de un derrame cerebral.

... Al concluir su segundo mandato, el presidente Artigas se retiró de la vida pública para instalarse en unos terrenos que había escriturado décadas antes en Arerunguá. Allí murió de viejo en el año 1854, recibiendo sus restos mortales todos los honores de Estado propios del primer presidente constitucional de la nación.»





Un Paseo en bicicleta⁴

Por Roberto Bayeto Carballo

Ilustrado por Alejandro Figueroa (Uruguay) / S.t.



Los romanos le llamaron Câlîgâtum —algo así como “*lleno de tinieblas*”— y después de intentar asentar una avanzada militar para contener los contrataques galos, abandonaron esas tierras sombrías sin razón. Siglos más tarde, los exploradores que envió el Maese de la Orden del Temple, Jacques de Molay en busca de un objeto mítico que potenciaría su poder, se sorprendieron al encontrar cuerpos, armas y joyería de valor entre las ruinas de los fuertes, producto de lo que parecía ser una huida desorganizada. Los hombres de Napoleón pisaron esa zona e incluso se dice que el mismo Champollion estudió pictogramas antiquísimos tallados sobre menhires, donde se narraba la existencia de un ritual llamado *Trampa*, un juego cósmico y más antiguo aún que el propio planeta, en el que un grupo de jóvenes en la etapa en la que se transformaban en hombres y mujeres, eran probados para ver si su sangre era *buena* para seguir siendo parte de algo indiscernible. Este antiquísimo ritual se manifestaba después de la *regulación*, una época en que el propio bosque era golpeado por tormentas, vientos y lluvias torrenciales que *purificaban* los árboles para que los dioses volvieran a tirar los dados y jugaran nuevamente.

⁴ Galaxies N° 31, septiembre, 2014, en Francia.

Napoleón envió un pequeño destacamento de tropas que, con sus familias, se establecieron en el lugar y hasta el *Fin del Mundo* se estuvieron perpetuando, ocupando los territorios agrestes, cultivando las ricas tierras y enviando parte de lo que producían para alimentar los ejércitos franceses de varias generaciones.

Antes de retirarse en el último ferrocarril que partiera de la zona, en medio de las tormentas y las anomalías de *El Fin del Mundo*, los sobrevivientes del destacamento se taparon los ojos y oídos para no sentir los alaridos de sus compañeros rezagados y los aullidos que se recortaban entre las ráfagas de viento y el crujido de los árboles que se partían en pedazos en medio de los tornados.

Después de un mes completo de temporales y tormentas eléctricas, finalizó el período de tinieblas que invadiera la comarca cuyo epílogo se manifestó como un fuerte olor a plástico quemado mezclado con aroma a flores que duró todo un día, hasta que el sol se puso por detrás de los frondosos sicomoros. Como a las siete de la tarde, en el momento en que la luna asomaba entre los picos de los montes Saint—Nazaire, los niños de la residencia Moranne salieron a observar las estrellas. El olor del aire cambió y ahora se manifestaba como una confusión de incienso con pinos frescos y tulipanes blancos con violeta.

Peter señaló una constelación y dijo extrañado:

—No reconozco esas estrellas. Quizás, después de tanta oscuridad algunas ya se han extinguido. Puede ser que todo lo que nos rodee haya cambiado o muerto y nacieran cosas nuevas...

José, miró a los bosques silenciosos, enigmáticos, murmurando una antigua canción que les enseñara su padre antes de *partir* en el último tren militar.

*Y llegará el día, en que el mundo gire sobre sí mismo,
la noche sea noche, y el día también lo sea.*

*Y llegará el día, en que Padre cante
en la quietud de las tinieblas,
y nos llame para cantar junto a él...*

—¡Cállate, por favor! — interrumpió Sarah. — Eso es horrible...

Peter le sacó la lengua, mientras José, aturdido, la miraba como si recién hubiera salido de un huevo.

—Eres una miedosa que gimotea con cualquier ruidito... ¿No tengo razón, José?
— preguntó, buscando apoyo a sus afirmaciones donde los dos varones de la casa se alineaban siempre contra su única hermana.

José negó con la cabeza. Desde esa mañana, era otro niño. De por sí quedaban pocos como él, nacidos fuera de la comarca... pero Peter lo notaba aún más alejado de él y su hermana e incluso de su madre.

—No hay que ser tan extremista... — musitó —... las niñas son diferentes... todos somos diferentes. No hay dos personas iguales en todo el universo... — se interrumpió, mientras su mirada se perdía en los bosques de copas verdeazuladas, tan ricos en vida vegetal, pero pobres en vida animal.

«*El paraíso de las dríadas*», ilustrara el único maestro que tenían y cuya edad ya era imposible de calcular.

La luna se elevó un poco más en el horizonte y el sol dejó como huella un resplandor lila detrás de los cuerpos acechantes de los árboles. Por lo demás, nadie podía asegurar que hubiera existido alguna vez. Los niños, recostados en los bancos de madera que hiciera su abuelo materno en los primeros días de su llegada a la comarca desde Ginebra, observaron todo con un sentido de la maravilla que no pudo adormecer un mes de aislamiento. Casi al unísono y sin que ninguno de ellos lo supiera conscientemente, utilizaban los sentidos para actualizarse de toda la naturaleza que

exultaba su mundo cerrado. Lo primero, fue la visión de los bosques rodeando la mansión de madera blanca. Verdes, azules y ocres que se agitaban con ráfagas lentas. El cielo negro, violeta y lila hacia el crepúsculo comenzó a cubrirse de pequeños puntos de luz: las estrellas eran ojos que los observaban con curiosidad; un juego de dimensiones astronómicas en el que participaban sin saberlo. El viento les llevó los olores del agua de lluvia que aún se deslizaba entre las hojas y las plantas, convirtiéndose en un perfume que los espíritus del bosque podrían embotellar para obsequiárselo a niñas perdidas, pretendidas por sus mentes incomprensibles. Las yemas de sus dedos rozaron la superficie del pasto verde y los panaderos que volaban impulsados por brisas ascendentes y por último, sus oídos escucharon música que era producida por las hojas que cortaban las ráfagas rítmicas con un siseo que hacía erizar la piel, mientras sus bocas degustaban el sabor de la humedad que se iba retirando después de un mes de dominio absoluto.

Un largo aullido—balido surgió de la noche, mientras las copas de los árboles parecían inclinarse ante su embate. La brisa cobró un olor dulzón y picante. Un búho con su pico chirriando alzó vuelo y cortó con sus enormes alas el cordón umbilical que aún retenía a la luna. Esta se desprendió de los picos retorcidos y vagó libre por el cielo. Los últimos ecos del aullido se perdieron entre los escalones de la casa y el centro de la cabeza de los chicos.

Sarah sonreía inexplicablemente.

A pesar de que su madre les advirtió que tuvieran cuidado en los montes—*aunque como Peter notara, el comentario parecía más formal que otra cosa*—, los muchachos tomaron las bicicletas a primera hora de la mañana, partiendo hacia la encrucijada que estaba dos kilómetros al norte de su casa. Sobre sus cabezas, unos tonos rojizos y aroma a menta y azahares de naranjo recién cortados, se deslizaban como cometas en una tarde de primavera. En el claro de *Abeona*, lugar casi ritual para planear las travesuras diarias, se encontrarían con sus amigos para llevar a cabo un designio más

fuerte y antiguo que los habitantes de esa comarca practicaran milenios antes de la llegada de la primera avanzada romana.

La angosta carretera por la que pedaleaban estaba hecha de alquitrán negro. A sus flancos se deslizaba la interminable escolta de troncos, con copas pletóricas de hojas de un verde muy oscuro. Si se observaba detenidamente hacia el interior del monte se descubriría que lo máximo que los ojos podían captar eran unos diez metros. Más allá de esa distancia, sólo se percibía una maraña de vegetales amorfos y tinieblas brumosas.

Peter iba primero, con el entusiasmo pintado en su rostro pecoso. Su hermana lo seguía de cerca y José cerraba la marcha, como un guardaespaldas excesivamente celoso de su trabajo.

Es extraño... — pensó Peter— ... Desde que salimos de casa, José se preocupa demasiado por Sarah. No entiendo, ¿si él nunca se interesó por ella? — Dudó — El período de Oscuridad dejó a los más adultos con los nervios torcidos... Debe ser eso. Alguna energía desconocida que afecta a los “viejos”.

—¡Eh, viejo! — le gritó a su hermano. — ¡Momia!...

Sarah lo sorprendió al pasarlo con su bicicleta.

— ¡Cómo hiciste para pasarme! — exclamó el niño, redoblando sus esfuerzos por recuperar su posición a la vanguardia. Por más que lo intentó, no lo consiguió.

Cuando llegaron al claro, el sol ya estaba sobre los picos apenas nevados y serían las nueve de la mañana. Ocho de la pandilla se presentaron, aunque faltaban algunos, como Tom Hass, por ejemplo, que fuera elegido jefe la temporada pasada y siempre era el primero en pisar el claro cada mañana de reunión.

Helena comentó que algunas de las Casas de sus amigos estaban en ruinas, como si hubieran pasado *miles de años sobre ellas*. Nadie se atrevió a profundizar demasiado en el asunto, ya que era su primera experiencia después de un *período de oscuridad* y el tema se dejó de lado automáticamente.

—¿Adónde vamos a correr? — preguntó Niko, mientras comprobaba los piñones de su Marlene de quince velocidades y tiraba para atrás su pelo rubio y largo con la otra mano.

—¿Qué les parece a *Las ruinas*? — preguntó Shirley, con su pícaro rostro ensombrecido por una leve mueca de terror largamente ensayada en el espejo.

—¿Por qué a ese lugar? — interrogó duramente José, saliéndose del libreto que ellos cumplían conscientemente cada vez que se encontraban. Su improvisación los asustó, pero fue solamente unos segundos.

—Es algo que atrae, ¿no? — defendió Anna, e hizo un gesto muy femenino como para tratar de retener la atención de los varones.

Todos asintieron unificando sus opiniones ante la subversión del mayor del grupo.

José dudó unos momentos. Parecía que fuera otro muchacho y se encontrara al margen de sus compañeros de juegos.

—¿Sabían que ese lugar es más antiguo que los mismos romanos? Se cuenta que ellos intentaron construir un fuerte y aprovechar las construcciones extrañas, pero comenzaron a desaparecer primero esclavos y legionarios después...

—Mi madre trata de asustarme con cuentos similares para que no vaya a los lugares que ella considera peligrosos... —rió Iván y los demás lo acompañaron, haciendo que José se rascara la cabeza dudando.

—*Él ya es adulto...*—, pensó Peter de su hermano sintiendo tristeza... —*pronto nos abandonará para cultivar la tierra y hacer las cosas de los viejos...*

—Está bien— concluyó José—, si es decisión de la mayoría, no tengo nada que hacer. Vayamos hasta allí, pero les advertí que era peligroso...

Los demás chicos lo ignoraron, subiendo a las bicicletas y pedaleando rápidamente.

Los neumáticos giraban veloces, zumbando sobre el asfalto gris como el cielo encapotado previo a las fiestas al dios astado *Cernunnos* que las *madres* hacían junto al bosque antes del período de oscuridad, época en la que se pescan anfibios roncadores sobre las piedras cubiertas de musgo. En esa parte del camino predominaba el asfalto, aunque en otras lo hacía el hormigón, pedregullo o simplemente tierra roja. Todo dependía de la proximidad de los poblados coloniales, bosques salvajes o aeropuertos abandonados.

El avance se hacía a una velocidad constante, unos treinta kilómetros por hora, aunque en algunas bajadas muy pronunciadas, oscilaba entre los cuarenta y cincuenta. Restos de pasto amarillo comenzaron a enseñorearse de la ruta, asomando por pequeñas grietas de formas abstractas. Los árboles formaban una inmutable muralla ocre coronada por pelambre verde, azul o rojiza. Estaban ahí, observándolo todo, sin actuar, sin casi existir; milenarios y enigmáticos, concedores de secretos que ninguna mente, por compleja que fuera, podría desentrañar. Los chicos eran conscientes de ello, pero jamás lo comentaban entre sí. En la foresta residían cosas prohibidas que estaban más allá de la lógica o la audacia, y nombrarlas en voz alta sería como invocarlas desde el olvido.

— Cuando se camina entre serpientes, te debes mover con los latidos del corazón de la tierra — decía una antigua frase celta.

Una curva se torció ante ellos; la caravana viró a una velocidad casi peligrosa, dejando pequeñas nubes de humo de goma friccionada que se desintegraron digeridas por las largas ramas de los Abuelos Purificadores.

El cielo estaba claro y un viento espeso arrastró hojas doradas a lo ancho de la ruta. Las ruedas de las bicicletas hicieron un ruido crocante cuando pasaron sobre ellas, mientras sus aurigas se afanaban en pisar las más posibles.

Peter señaló sin voz las ruinas desmoronadas de la casa de los François, cuyo hijo Pierre los acompañaba siempre en sus fechorías. Ahora quizás toda la familia yacía bajo los escombros de cemento, madera y metal corroído.

Se detuvieron ante una señal de José. Las miradas de todos se perdían más allá del derrumbe.

— ¿Qué habrá pasado? — preguntó Shirley. Su curiosidad parecía fuera de lugar ante la situación.

— Quizás les cayese un rayo... — murmuró Peter, quien no estaba para nada convencido con su teoría.

— Ridículo. Debe haber sido el viento de aquel temporal que arrancó árboles y los hizo bailar en el aire como títeres... ¿se acuerdan? — especuló Anna.

— ¿Vamos a acercarnos? — aventuró Helena. Los demás asintieron y dejaron los frágiles vehículos contra los árboles negros de ramas retorcidas que rozaban sus raíces entre sí. Se separaron algunos metros unos de otros. De esa forma cubrirían más superficie y si había algo que descubrir, sus probabilidades de éxito eran mayores. Avanzaron casi al unísono y pudieron ver ropa despedazada, algunos deshechos de comida y fragmentos de metal irreconocible y retorcido, probablemente originarios de la cocina. Al menos en uno de ellos todavía quedaban manchas de un esmalte similar al que decoraba las ollas donde la madre de Pierre hacía aquellos guisos deliciosos.

— ¡Aquí! — gritó Anna. Todos corrieron hacia ella, que estaba inclinada sobre algo voluminoso, de un color amarillento.

Cuando estuvieron juntos, pudieron apreciar lo que impresionara a la niña. Algunos dejaron escapar sonidos de exclamación. José se agachó y levantó el objeto.

— Es un oso... es el de Isabelle...

José lo giró entre sus manos y lo puso a contraluz. Estaba completamente perforado por limpios agujeros de dos milímetros de diámetro. Cientos de ellos. Era

como si un enjambre de avispas de acero de menos de un milímetro cada una lo hubiera atravesado a la velocidad de la luz.

El muchacho arrojó lejos el gigantesco peluche y observó sombríamente los alrededores.

— Terminemos esto de una vez... — gruñó.

Caminaron hasta la casa y se detuvieron a un par de metros; más consternados aún que con el descubrimiento del juguete.

Era extraña la forma en que estaban caídas las paredes. Generalmente, en caso de ser empujadas por un viento muy fuerte — eran casas construidas con bloques de granito que resistían mucha más violencia que la de cualquier viento — estarían todas desparramadas hacia un mismo lado. Pero aquí no sucedía eso. Se orientaban hacia el centro mismo del edificio. Hasta los más simplistas del grupo se dieron cuenta de que algo muy poco usual había pasado.

— Es como si cuatro grandes máquinas las empujaran desde diferentes puntos a la vez — murmuró Niko, que últimamente estaba más callado que de costumbre.

— Podría ser... — asintió José. En sus facciones se dibujaba una sombra de duda y miedo.

El sonido de algo que golpeaba contra la superficie del pasto, los sacó de sus reflexiones. Parecía como si un caballo trotara por una pradera cercana.

— Parece un caballo... — murmuró Iván. El garfio que ocupaba el lugar de su mano derecha lanzó un reflejo dorado, como apoyando a su amo.

— Parecen muchos caballos... muchos cascos... — susurró Sarah, con voz temblorosa.

— No hay tropillas de caballos... — aseguró Shirley — los pocos cientos que trajeron nuestros abuelos enloquecieron y desaparecieron en pocos meses. Eso me lo dijo mi padre antes de morir.

— Cómo sabes que murió? Él debe haber ido a replegarse para regresar con más fuerzas, como el nuestro... — dijo Peter, tratando de no pensar que su padre debía estar muerto también.

—El murió, lo sé... Muchos murieron.

—¿Cómo puedes asegurar eso? — preguntó José. Él creía fervientemente que su padre regresaría con ayuda a sacarlos de ese infierno verde.

—Hace dos años, tomé mi bicicleta y me escapé hacia la estación del ferrocarril. Ustedes sabrán, como yo, que nuestras madres cada vez que sienten hablar de ese lugar se ponen como locas y nos amenazan con castigos terribles... Bueno, a mí no me importó porque yo quería saber que le sucedió a mi padre. Era mi derecho. Así que tomé por el *Camino del Aborcado* y después por una calle de pedregullo color naranja. A las dos horas, más o menos, desemboqué en una carretera enorme, de asfalto no como las que tenemos acá. Cuando comencé a deslizarme por ella, ustedes ni se imaginan la sensación de placer que daba la falta total de vibración... estaba construida sin ningún tipo de relieves ni grietas; algo fabuloso... Bueno, veo que no les importa demasiado — hizo un gesto de suficiencia—. No habré andado más de una hora cuando divisé la estación del ferrocarril. Yo la había visto en fotografías, mi padre estaba en una foto con sus compañeros de batallón después que volvieron de la guerra, él era sargento, como recordarán. Así que pedaleé lo más rápido que pude y llegué a las instalaciones...

— ¿Qué encontraste...? — preguntó Peter; estaba fascinado con el relato y nervioso. En ese momento solo pensaba en su padre.

—Para empezar, la torre de agua estaba volcada sobre la vía, como si una explosión hubiera aflojado sus cimientos y se cayera. Ya desde doscientos metros, se podían ver los boquetes en los muros y las locomotoras volcadas; cuando estaba a menos de cien metros, empezaron a aparecer los esqueletos...

—¿Esqueletos? — inquirió Iván. Su gancho parecía estar tan asustado como él.

—Muchos esqueletos. En algunas partes formaban montañas. Además, junto a los muros los había de todas formas, como si animales les comieran partes, con ropa, de frente, de espalda, con todos los huesos astillados... pero lo que noté, es que ninguno era de niño. Todos eran de adultos y por la ropa, todos hombres.

— ¿Cómo si a los niños se los hubiera llevado algo? — interrogó Anna.

— Más bien como si hubieran abandonado a sus hijos... — afirmó Shirley cruelmente.

— ¿Pero por qué nos abandonarían nuestros propios padres? Al menos nuestras madres están con nosotros... — comentó Helena, con un dejo de esperanza en la voz.

— Entre los cascotes de los muros caídos, encontré el esqueleto de mi padre. Todavía tenía el uniforme, y de su cuello colgaba esto... — se levantó la remera. Debajo, entre sus pequeños pechos sin sostén, pendía una cadena con dos placas de identificación de la Infantería; en ellas se podía leer el nombre del padre de Shirley: Patrick Suskie.

Peter notó como José y Niko observaban con un pobre disimulo las manzanas de la niña, cuyos pezones rosados estaban erectos.

Idiotas...; pensó. No sé qué le ven de bueno a mirar esas cosas...

— ¿Qué les parece si nos vamos? — preguntó Jules. Sus ojos estaban puestos en la carretera que llevaba a *Las ruinas*. — Este lugar no es divertido...

Sin brindar respuestas audibles y casi maquinalmente todos subieron a sus vehículos y partieron tomando una de las Vías romanas que atravesaba toda la comarca.

Rezagándose una docena de metros, Shirley observó hacia el bosque. Parecía en una especie de éxtasis. Se descalzó lentamente y mientras cuidaba que los demás no la miraran, comenzó a bailar moviendo los brazos y la cadera en círculos suaves, murmurando una letanía en voz baja. Una ráfaga de viento le contestó y sacudió su vestido, entrando por debajo de la larga falda y acariciando su pubis. Ella se ruborizó y sonrió. No les contó toda la verdad de lo que viera en el aeropuerto, ni del pacto que

hiciera con el *monstruo* de los dioses, cuando sus gigantescas manos amenazaran su casa en medio de la tormenta. A medida que se acercara el crepúsculo, ya se irían enterando y ella tendría todo el poder que pudiera imaginar.

Y quizás mucho más...; pensó.

Mientras hacían zumbir las ruedas de colores chillones, divisaron más escombros, que como extraños animales arcaicos acechaban desde los campos de pasto violáceo y retamas de flores amarillas.

A casi ninguno le pasaba por la cabeza qué o quién destruyera tantas casas, borrando del mapa a más de diez familias— al menos eran las que contaron —. Sinceramente, tampoco les interesaba demasiado. Sólo les bastaba saber que, hasta el momento, ellos vivían y todavía les quedaban muchos paseos en bicicleta por delante.

José fue el único que cuestionó el impulso irracional por el que se alejaban de la seguridad de sus hogares y se lanzaban a la aventura en una región de la que huyeran todos los hombres adultos con sus armas y uniformes. En ese momento, comprendió el motivo por el que las fuerzas armadas humanas no barrieron del mapa toda la comarca.

Rehenes...

¿Eran rehenes, o algo peor? ¿Se quedarían allí para siempre, serían rescatados o un día cualquiera los bosques se desintegrarían bajo el impacto de una docena de misiles? No lo sabía y por el momento no quería saberlo.

Algo me arrancó de mi padre, pero no me mató. ¿Pero por qué mi padre me llevaba solo a mí? Dice mamá que yo no nací en este lugar, que lo hice en Ginebra porque nosotros no somos autóctonos como la mayoría de los habitantes ¿Sería por eso?; meditó unos segundos y a su mente llegó una respuesta. *Papá está muerto...;* la sombra de su razonamiento lo cubrió como la tierra lo hace con un cuerpo abandonado en la espesura. *Él debe haber luchado cuando lo que sea, me arrancó de sus brazos. ¿Y qué fue lo que me robó y lo mató a él? ¿De qué huyeron los soldados? ¿De alguna cosa que despertó después del “Fin del Mundo” o de una epidemia incontrolable?*

La voz de Anna lo interrumpió, haciéndole perder el hilo de su razonamiento.

—¿Ustedes creen en hechiceros? — preguntó la muchacha, mientras aventajaba a Niko en una curva.

— Una vez escuché que mi madre le contaba a mi padre sobre el *Hechicero Que Acecha en los Bosques* — comentó Iván, sonándose la nariz con su única mano y haciendo equilibrio para no caerse de su *Morroni Deluxe* color amarillo.

—Esos son cuentos de vieja — afirmó José. — No hay hechiceros; sólo algunos animales peligrosos que pueden atacarte si dices idioteces...

—Pero fuera de los cuentos de brujas y magos, existe algo que hace persignarse a nuestros padres — defendió Shirley, mirando de soslayo hacia la parte más tupida del bosque.

¿Quién le habrá dado cuerda?; meditó José. Antes de la Regulación era tan callada que había que sacarle las palabras con anzuelo y carnada. Ahora es la reina de las extrovertidas...

A su cabeza le vino la imagen de una muñeca abandonada en un baúl y a la que se le daba cuerda de pronto, y comenzaba a repetir palabras sin cesar.

—¿Qué? — preguntó Helena, con un asomo de curiosidad.

—El susurro... —el rostro de la chica se cubrió tras velos de misterio.

—¿El... el susurro...? —gimió Peter, con el temor adueñándose de todo su cuerpo.

—Paremos un momento... —pidió Shirley.

Todos la secundaron, menos José, que gruñó algo ininteligible.

Gabriela hizo un acting, intentando provocar un efecto de misterio y dijo:

— Hace tiempo, visité a la vieja Hutchinson sólo por curiosidad —sonrió—. Mientras ella bebía como una esponja, me contó que en el bosque habitaba algo extraño al que todo ser viviente llama *Padre*. Ese ser era el que engendró toda la vida en este lugar y a su vez se alimentaba de ella. Era como un círculo cerrado al que los colonos

que llegaron de todas partes buscando antiguos artefactos de una cultura anterior a los mismos cazadores prehistóricos que emigraron aquí, no pudieron combatir, por lo que la mayoría decidieron regresar a sus ciudades contaminadas de antes del Fin del Mundo...

—¡Báh, chismes de viejas locas! — cortó José. — Sólo logras asustar a los niños con eso...

—¡Déjala en paz! — cortó Sarah. En sus ojos se distinguía un brillo perverso. — Es interesante... y ya no somos *niños*.

Nadie se opuso, ni aún Peter, que parecía sorprendido por la reacción de su hermana.

Te lo mereces por defenderla..., se dijo interiormente. Esperaba que eso le sirviera de lección a su hermano.

Shirley sonrió hasta que su rostro se pareció al de una gata indecisa que acechara varias presas y comenzó a caminar de derecha a izquierda, mientras movía sus brazos como serpientes y dejaba que su pollera larga y colorida se sacudiera con ráfagas de viento.

—Hay una manera de escuchar ese *susurro*... Hay una palabra que llama su Voz... pero para lograrlo, todas las mujeres presentes deben pronunciarla a la vez...

—¿Es como la Ouija? — preguntó Helena, excitada.

— Algo así... ¿Quiénes ya son mujeres? ¿A quiénes ha visitado el *amanecer rojo*? — preguntó.

Sarah y Helena levantaron la mano.

—Entonces repitan conmigo... ¡Ajná Mahabará!

—¡Ajná Mahabará! — corearon Sarah y Helena al unísono entre risas nerviosas.

Un silencio sepulcral los cubrió como un sudario de jazmines blancos. Las ramas de los árboles se detuvieron de pronto, lo mismo que el viento que las sacudía. Una

húmeda opresión se alojó sobre la piel de todos. La pollera de Shirley dejó de agitarse y bajó lentamente, como un paracaídas.

—¡Basta! — amenazó José, enfadado. —¡Se terminaron las estupideces morbosas! Vamos a continuar hacia las malditas ruinas, o de lo contrario damos la vuelta y volvemos a casa.

—Eres todo un tirano — le disparó Shirley, mientras subía a la bicicleta... — ¿eres también así en la *intimidad*?

José tragó saliva y pedaleó con fuerza, sacándole varios metros a todos. Los demás lo imitaron, aunque hubieran querido quedarse quietos para pasar inadvertidos ante cosas que nunca debían haber existido.

Suerte que todo era una broma... — meditó Peter, no muy seguro, girando su cabeza hacia atrás y observando el bosque con temor.

El ruido de las gomas rodando sobre el alquitrán pareció un murmullo saliendo de una tumba milenaria.

Faltaba poco para llegar a *las ruinas*. A medida que avanzaban, la carretera y sus contornos se iban haciendo más salvajes y descuidados. La amortiguación de las bicicletas gemía por la proliferación de baches, piedras y lomos de burro, formados sobre el camino de tierra y pedregullo con lo que quedaba de la antigua Vía Romana. Algunas columnas de granito se presentaron de improviso, como preámbulo de lo que venía más adelante. Sus estructuras eran cilíndricas, surcadas por líneas profundas y jeroglíficos intraducibles. La mayoría estaban volcadas unas sobre otras: un gigantesco Micado arrojado por un cíclope aburrido.

— Casi llegamos — dijo Peter, aliviado. En *las ruinas* veía una luz protectora contra algo indiscernible.

Doblaron en una curva retorcida, marcada por decenas de cicatrices creadas por los vehículos que tanto llegaron a ese lugar en los comienzos de los primeros

asentamientos. Las ruinas se abrieron ante ellos como un ramo de flores resacas puestas en alguna urna de cementerio. Un edificio gigantesco — de mil metros de altura o más — los miró con sus ojos derruidos, sus paredes grises y sus cimientos que arañaban el centro de la tierra. Centenares de columnas más rechonchas que las vistas alrededor del camino se agolpaban agrietadas y caídas a lo largo de la calle central, mientras docenas de pirámides y estatuas deformes de lo que parecían ser lobos, corderos y una mezcla de ambos, eran acariciadas por vientos que salían de oscuras grutas subterráneas.

—Hacia *Las Esferas*— anunció José, haciendo una cabriola y saltando encima de una piedra sacrificial de color amarillento con sospechosas manchas púrpuras.

Todos hicieron lo mismo, menos Iván, que picó mal y cayó hacia la derecha, rodando como un trompo. Se detuvieron inmediatamente, a unos veinte metros del accidentado.

—¿Estás bien?— interrogó José, amagando pedalear en su dirección.

—No te preocupes; por aquí todo bien... — se agachó para conectar la cadena que saltara, con el garfio y su mano izquierda. — Ustedes vayan, que yo los alcanzo dentro de un rato.

José asintió, consciente de que Iván era muy especial en lo que se refería a ayuda, estando siempre a la defensiva por su condición.

Se apoyaron en los pedales y continuaron por el camino norte, mientras el rezagado comprobaba la resistencia de los amortiguadores.

Eran diez indiecitos...; canturreó Shirley, mientras le hacía una caída de ojos a Niko que lo hizo tragar saliva cinco o seis veces.

Existía una parte dentro de *las ruinas* que difería radicalmente de toda la arquitectura del intraducible lugar. La característica de casi todas las construcciones, era la antigüedad y el abandono, mientras que, en *Las Esferas*, el verdor y la funcionalidad

de cada una de sus partes la hacían parecer un Paraíso en medio de los dominios de la muerte. Al lugar se le llamaba así, gracias a diez enormes esferas que eran sostenidas por columnas de piedra y que lo cercaban como casamatas protectoras, proporcionándole una luz amarilla y gratificante y estaban protegidas por muros cubiertos de musgo. Al este se ubicaba una especie de plaza de piedra gris, cargada de flores, césped verde y bancos de mármol. En medio, una fuente escupía agua hacia todos lados desde una cabeza de unicornio, o algo que se le parecía. Más al norte, un pequeño lago circundado por un monte, se mecía cargado de botes de remos y pequeños veleros para dos personas. En el sur, el parque de diversiones esperaba inmóvil, hasta que alguien pisara una alfombra de acceso que lo volvía a la vida por un mecanismo de poleas de bronce y máquinas de vapor que chirriaban lanzando chorros de humo blanco en diferentes direcciones. Las épocas se entremezclaban ordenadamente, mostrando un pasado remoto e indiscernible, con restos de construcciones de los conquistadores romanos que se establecieron temporalmente y posteriormente se retiraron borrando el lugar de sus crónicas y continuando hacia las islas británicas y más cercano en el tiempo, los juegos, muros y jardines creados por los primeros leñadores, cazadores y granjeros que llegaron hacía más de trescientos años para quedarse definitivamente.

Hacia allí se dirigieron los chicos, a los juegos que nadie supo si fueron erigidos hacía un siglo, o cinco mil años.

—¡Yo voy al Gusano Loco! — gritó Peter, desviándose como un tornado. Helena lo siguió, haciendo rechinar sus neumáticos sobre el asfalto limpio. Sarah, José, Anna, Jules y la sordomuda Gabriela, se aventuraron en el tren del horror, mientras Shirley se quedaba inmóvil, observando a Niko con una expresión de deseo en sus ojos.

—Niko... — susurró —... ¿no me acompañas hasta la calesita?

El chico clavó los frenos y miró hacia atrás como un búho, girando la cabeza ciento ochenta grados.

—¿A qué?... —; preguntó, con un temblor en la voz.

—Tengo algo muy personal que mostrarte... Algo sólo para ti.

Dudó unos segundos, mientras avanzaba hacia ella como un insecto atraído por la luz de una vela.

—Está bien— respondió, viendo alejarse a los demás.

Shirley sonrió extrañamente.

La Calesita era lo único que los chicos no frecuentaban. Podía ser por lo neogótico de su decorado, haciéndola parecer un pedazo de la pared de la *Sagrada Familia*; por la velocidad de giro que no permitía bajarse de ella hasta que no se detuviera por sí misma; o por lo inquietante de los vehículos y animales, completamente ajenos a lo conocido y por conocer... cosas que manifestaban una actitud sugestiva y burlona hacia los seres inteligentes del universo.

Shirley y Niko llegaron junto al enorme artefacto romboidal. El niño lo observó con un sentimiento de temor. Estaba construido en madera, mármol vetado, piedra y un metal dorado parecido al bronce. Algunas de las cabalgaduras semejaban depredadores que inmóviles, acechaban a su presa. Los hábiles — y morbosos— artesanos que crearon ese carrusel, las cubrieron de piel artificial, pelo o escamas de pez y reptil, para darle un realismo que consiguieron sin dificultad. El techo se hallaba adornado con unos espirales que, si tuvieran que catalogarse de alguna forma se definirían como *rococó*, aunque esa sería solamente una porción de su estilo global que comenzaba en la particular estética y culminaba en algo inclasificable, especialmente porque nunca se pudo conocer nada de sus creadores ya que no existían ni imágenes de ellos ni un cementerio donde estuvieran enterrados sus restos. Cuando la calesita comenzaba a girar, si uno fijaba la vista en el techo, podía observar formas en el bronce, la madera y el hueso tallado que se adentraban en un universo donde todas las obsesiones del observador se manifestaban. Los únicos del grupo que subieron al juego fueron José y Peter; todo iba bien hasta que José creyó ver a su padre, despedazado por

algo oscuro y rápido como un rayo, mientras que su hermano menor gritaba y huía, casi matándose al saltar desesperadamente de su morbosa montura, cuando pudo observar un rostro negro que le sonreía desde sus cientos de dentaduras y bocas. A partir de ese traumático momento nadie del grupo se acercó, hasta ahora.

—¿Subes tú primero? — invitó la adolescente, con una sensualidad salvaje que hipnotizó a su compañero de rutas: una viuda negra que se aparea antes de alimentarse.

—Sí... murmuró Niko, sorprendido y nervioso a la vez.

Apenas pisaron la plataforma cuya superficie se agitaba como un mar acariciado por el viento, ésta comenzó a girar sobre varios ejes, haciendo movimientos oscilantes hacia arriba, abajo, los flancos y dentro de sí misma: una transgresión del espacio y las dimensiones; una burla sobre todas las leyes de la física que los padres de los pocos niños que la frecuentaban, percibían como falta a la fe en el racionalismo que dominaba sus vidas. Niko se tomó de uno de los tubos pintados con franjas de colores lavanda, que parecían caramelos viejos, abandonados en una dulcería ruinosa. Las cosas que estaban empotradas sobre el piso cuya textura cambiaba de color y forma, en ese preciso instante lloraron o rieron, aullaron o susurraron palabras guturales e incomprensibles, mientras los mecanismos chirriantes las hacían sacar y esconder apéndices y lenguas, sonreír, elevarse o caminar en círculos.

Shirley se acercó y lo miró a los ojos.

—¿Te gusta ver bailar a una mujer? — preguntó sin dejar de observarlo.

—Eh...Sí... — tartamudeó el chico. Sus manos se aferraban al cilindro y su rostro cambiaba de color, como los animales del carrusel.

—Entonces vas a ver bailar a una mujer...

Tomó su pollera larga de seda colorida y desprendiéndola de su espalda, la dejó caer, lo mismo hizo con su blusa. Sus manos comenzaron a retorcerse suavemente, como serpientes, mientras se quitaba la sandalia derecha con su pie izquierdo y repetía el mismo procedimiento con el otro. Cuando estuvo desnuda, Niko, tembloroso y casi

atragantado con su propia saliva pudo observar que Shirley ya no era la niña que conociera pocos años atrás. Sus caderas se habían redondeado, sus pechos eran pequeñas manzanas, pero ya estaban maduras. Su pubis estaba cubierto con una pequeña mata de pelo rojo, aunque increíblemente era más abundante que un par de horas atrás, cuando con Jules la miraran mientras el viento jugaba con su pollera. Lentamente, ella comenzó a ondular su cadera y a elevar los brazos en espirales sinuosas que parecían querer perderse en los fractales del techo. Sus pies, blancos y finos con las uñas pintadas de verde, se apoyaron en la punta de los dedos y describieron una figura que podía haber sido un símbolo cabalístico.

— Déjame verte... — suspiró ella y se hincó ante él, un mudo testigo del placer, un simple peón en el juego cósmico de la perpetuación de la especie.

—¿Qué vas a ...? — intentó preguntar él, pero la sensación que lo invadió lo hizo callar y entregarse.

Una música morbosa, de carrusel sí, pero magnificada hacia lo obscuro, cubrió con una sábana de pudor los sonidos y gemidos.

—*Me trago un millón de seres... me trago un mundo entero... ¿Creían que iban a ser dioses, tontos? Los dioses los han emboscado y arrojado al infierno* — se burló ella, mientras un susurro ondulante le respondía desde ninguna parte y todas a la vez.

Shirley se levantó y se vistió lentamente. En todo ese lapso, no dejó de mirar al chico con una sonrisa torcida que él aceptó como lo más bello que presenciara en su corta vida.

— Creo que me estoy enamorando...

Ella rio y lo tomó de la mano. — ¿Vamos a ese corcel? — dijo, empujándolo suavemente. Niko, obediente y mareado por los aromas a flores que salían del cuerpo de ella, caminó hasta una cosa negra que agitaba apéndices y chasqueaba cientos de bocas y ojos.

—Eso no es un corcel... — atinó a decir, reaccionando levemente.

—¿Cómo no va a ser un corcel? ¿No le ves los cascos? —respondió la muchacha, enfadada. — Sube tú primero y después me ayudas a subir a mí, ya eres un hombre así que actúa como un caballero.

—Está bien— sucumbió, trepando sobre una grupa de pelo, carne y huesos a flor de piel que pulsaba constantemente y crecía más y más.

Shirley se apartó un paso, mientras decenas de voces salían del techo, el suelo y los animales que los rodeaban.

—¿No subes? — preguntó él, preocupado. Los susurros se estaban haciendo más consistentes y creyó captar algunas palabras aisladas, mientras el aroma a flores que salía de ella se hacía más intenso e identificable.

Flores de cementerio...; pensó Niko, inquieto.

La muchacha sonrió aún más, mientras la cabalgadura en la que su compañero trepara, comenzaba a agitarse y a ondular. Más susurros se dejaron escuchar y el adolescente se dio cuenta de que estaba sentado sobre ellos.

— ¿Qué es *Padre...*? — alcanzó a murmurar.

El grito fue ahogado por un crescendo de la música de la Calesita que dejó de girar y se detuvo lentamente, como queriendo con su repentino silencio, esconderse de algo tan horrendo que los demonios del infierno desviaron la mirada sin disimulo.

Atardecía cuando los muchachos se reunieron en la plaza. Faltaba Niko y aún no llegaba Iván.

—Tenemos que irnos; el bosque es muy peligroso a esta hora y mucho más lo será después — advirtió José; una nota de preocupación quedó bailando en los ecos de su voz.

—¿Ya? Si nos estábamos divirtiendo muchísimo — aseguró Shirley.

—Se terminó la fiesta. Como el mayor del grupo decidiré cuándo y por qué nos vamos. Ya perdimos dos de nuestros amigos en quién sabe qué — trepó a su bicicleta —y no quiero que nos pase lo mismo a nosotros. ¡Nos vamos y basta!

—¡Siegh, Heil! — le acusó Sarah. —Por culpa de tu paranoia no nos vas a amargar a nosotros la fiesta. Estamos bien aquí y estoy segura de que Iván y Niko se escondieron, planeando una broma... — sonrió al grupo — ... ¿no es así, muchachos?

—Sí... — respondió solamente Shirley, dándose cuenta de que los demás las miraban con un aire de hostilidad.

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué esa discrepancia continua de Shirley y Sarah con todo lo que digo y especialmente por qué accedí a venir a este lugar a pesar de los presentimientos que tuve durante todo el día...?, pensó José. Lo que más lo preocupaba y hacía enojar, era esa sensación ominosa de fatalidad y el sentimiento de que algo o alguien, digitaba cada uno de sus movimientos desde que volviera a salir el sol hasta ese preciso instante.

Aunque ahora me siento libre... Pero quizás ya sea tarde y fallé en algo que no tengo idea que es... pero siento haber fallado...

—¡Vamos! — cortó sustrayéndose de los pensamientos irracionales y todos lo siguieron en fila india. Sarah y Shirley cerraron la marcha a regañadientes.

El sol ya estaba rozando la copa de los árboles cuando llegaron a la carretera. Los rayos púrpuras atravesaron los recovecos de las ramas como fragmentos de un cometa desintegrado por la atmósfera. Una leve niebla salió de los bañados que abundaban dentro del monte y formó alfombras rosadas sobre anchas porciones de los prados e incluso sobre la carretera misma.

—Hay que llegar antes que anochezca; ¡aceleren! — gritó José, mientras pedaleaba dejando surcos en la bruma.

El sol lentamente descendía, augurando un final trágico.

—¿Por qué tanta preocupación? — jadeó Sarah. — Ni que fuésemos niños para temer a cosas que ni sabemos si están allí.

Un balido—aullido se desprendió del monte.

—¿Eso contesta a tu pregunta, querida hermanita? — gruñó José.

Peter percibió el aire de hostilidad que crecía entre ambos.

—No sé por qué, pero tengo miedo — comentó Anna, tratando de no quedar más atrás que el resto.

—Que el miedo te ayude a correr más rápido — le murmuró Helena, sintiendo un terror helado que corría por su columna hasta morir en su coxis.

La niebla iba haciéndose cada vez más sólida y los árboles dejaban escapar un susurro desde sus hojas verdes y húmedas. Las ruedas de rayos de acero giraban y parecía que, de un momento a otro, las volutas de humo se enredarían entre ellos haciéndolos caer a todos en un abismo de millones de kilómetros de profundidad.

Peter se preguntó sobre el sentido de todo lo que pasaba; de la ida al parque, de la huida y por primera vez, de qué le sucedió a Niko e Iván.

Los dejamos abandonados... Hicimos lo mismo que nuestros mayores cuando subieron al ferrocarril y corrieron hacia las grandes ciudades para escapar de las cosas que dejó libres el Fin del Mundo. Los humanos somos una raza de cobardes traidores...

Doblaron en una curva y se adentraron en una zona donde los árboles estaban plantados más cerca uno del otro. Anna, más asustada aún que Peter y Helena, creyó descubrir que los troncos marrones se agitaban y dejaban entrever rostros ancianos que miraban desde hacía eones un ritual inagotable, mientras el Universo siguiera en movimiento.

Pero escaparemos... No sé de qué, pero lo que sea, no podrá con nosotros. No puede ser más rápido que mi bicicleta de diez cambios...— pensó José, aunque ya no tenía fe en sus propias esperanzas.

El mismo balido—aullido que sintieran unos minutos antes, emergió a su flanco derecho y una masa negra llena de protuberancias, los embistió desde la bruma cada vez más escarlata.

—¿Qué es esto...? — atinó a decir Anna antes de caer y desaparecer en la niebla.

—¡Anna! — gritaron desesperadamente Helena, Jules y Peter.

—¡Sigan, no se detengan por nada! — aulló José.

A pesar de la orden, la valiente Gabriela clavó los frenos y descendió, corriendo hacia el punto donde estuviera Anna hacía unos momentos. Cuando llegó, se agachó, tanteando bajo el espeso colchón que hacía invisible todo hasta cincuenta centímetros de altura, y surgió de la invisibilidad con algo frío y espeso en la mano derecha.

—*¡Encontré algo!* — dijo con sus dedos.

Bajaron de los vehículos y caminaron sigilosamente hasta la chica.

Un grito ahogado los inmovilizó. Gabriela había descubierto que el objeto era nada menos que lo que quedaba del garfio de Iván, empapado en sangre y taladrado por cientos de pequeñas perforaciones.

—No hagas más ruido... — le dijo José con rápidos movimientos de sus manos. — Camina lentamente hacia aquí y cuando te diga, sube a tu bicicleta y pedalea lo más rápido que puedas.

—*Está bien* — respondió ella, de la misma forma. Con las rodillas temblando por el miedo, comenzó a regresar junto a sus amigos.

Es como si estuviéramos en el agua y un gran reptil nos acechara...; pensó José, mirando la niebla que se agitaba con pequeñas olas de viento.

Gabriela comenzó a caminar tan lentamente, que parecía que se deslizaba entre la bruma sin mover los pies. La bicicleta se hallaba a diez metros de donde estaba ahora y el espacio se iba acortando de a poco. Peter tragó saliva; Helena subió al asiento y puso el pie en un pedal; Sarah sonrió; Shirley susurró algo; Jules extendió su mano y Gabriela desapareció sin un sonido bajo la bruma, como si hubiera pisado un cráter de dimensiones monstruosas y cayera hacia el vacío.

—¡Corran! — ordenó José, mientras saltaba sobre su bicicleta.

El aullido—balido los escoltó, hasta transformarse en una carcajada.

—*Padre, llévate a tus hijos imperfectos...*—susurró Shirley e hizo un signo con su mano derecha antes de seguir a los demás.

Sube, baja, sube, baja, sube, baja; pedalear, respirar, pedalear, respirar, pedalear, respirar; tratar de existir un momento más, una hora más, un día más... trece años más...

Existir era la consigna ya que la perpetuación de su especie no dependía de ellos, que eran solamente piezas en un juego prehistórico que se desarrollaba con diez mil especies que pisaban y seguirían pisando el planeta hasta que la última estrella se apagara.

El ritual estaba por concluir, y el *defensor* perdía por varios puntos frente al pérfido *traidor*.

El sol casi se ocultaba, y el olor a monte verde, humo de pino quemado y aguas estancadas, se colgaba del resplandor carmesí que aún iluminaba el camino.

Seis aurigas se deslizaban como el viento, sobre sus monturas de metal brillante y resistente. Seis, de los cuales algunos ya no serían bienvenidos a los paseos del futuro y otros no existirían para serlo.

José estaba al borde de la desesperación. Había perdido demasiados amigos como para pensar en llegar a salvo, porque sus genes fueron programados para esta situación,

para este momento. Miles de millones de años atrás, en un tiempo tan remoto que enloquecería al ser racional que intentara imaginarlo, alguien reprogramó la base arquitectónica de la vida en el Universo y creó la *Trampa*; quizás lo hiciera una entidad por aburrimiento o siguiendo un diseño mucho más complejo e impenetrable. Un *Juego*, el *Gran Juego de la Muerte* con Ellos y *Padre* como actor estelar, el monstruo arquetípico que proveía y quitaba en un ciclo interminable.

Un susurro comenzó a escucharse desde una zona sombría del monte, a su izquierda.

—¡Apuren, hay que dejarlo atrás! — aulló Peter, girando la cabeza. Alcanzó a ver a Helena, que bajaba de su vehículo y se dirigía hacia los árboles.

—¡No, Helena! — gritó otra vez, abatido ya por lo antinatural de la situación. A pesar de todo trató de hacer un viraje y detenerse. En ese momento, José lo tomó de un brazo y le hizo un gesto negativo. Helena caminó hasta la boca abierta que le ofrecía la enorme y umbría maraña vegetal. Se detuvo, se quitó el vestido blanco con flores lilas, se desprendió las sandalias de cuero y se sacó las medias blancas con volados también en lila. Su pequeño trasero se puso como la piel de una gallina cuando una ráfaga salió de los árboles, girando entre sus piernas y acariciándola como si se tratara de unos labios susurrantes. Con los dedos de sus pies, rozó las hojas ocres y húmedas que se apilaban como un manto junto a la carretera y después de aspirar la fragancia que surgió de ellas, atravesó la puerta de marrones y verdes, con aromas a rituales de octubre, incienso y flores silvestres. Con mucha lentitud extendió su mano. Sus ojos se cubrieron de lágrimas de felicidad.

— ¿*Padre*? — murmuró, mientras el viento la acariciaba con manos frescas, arrancándole gemidos de placer inconscientes.

— Si... Tu Padre Soy...

Viento.

— Tu Padre Soy...

Susurros cabalgando entre las volutas de aire frío. Ciudades cayendo una y otra vez, mientras las canciones de los muertos se elevan al cielo, contando sus leyendas, desdichas y alegrías.

— Ven a Mí...

Fragmentos corales que se enredan en las hojas de los árboles.

Helena comenzó a danzar. Un fuego fatuo se agitó bajo sus plantas, mientras desde las raíces y restos de piedras y cristales olvidados, surgía una melodía entonada por voces de mujeres ya muertas antes de que la Tierra se cubriera de animales.

Ella baila descalza, sobre negras pavesas;

su cuerpo desnudo se retuerce bajo morbosos acordes,

tocados con timbales de piel de dioses muertos.

Sus ojos refulgen en la oscuridad, teñidos de noche, porque Padre está llegando, para hacer más terribles las Tinieblas...

— Ven a Mí...

Aromas surgidos de los cuerpos de dríades, verde, ocre y bailes sobre la niebla que brota de las lagunas en amaneceres otoñales.

— Ábrete a Mí...

Sensaciones oníricas engendradas en el subconsciente y cargadas de dulce amenaza.

— Déjame Amarte...

Perfumes de flores quemadas; extraños olores de colores sólidos, de remotos fragmentos de esfinges aberrantes.

— Voy a ti... — se entregó Helena, perdiéndose entre los árboles.

Después de subir y bajar por la carretera que atravesaba un cerro de forma piramidal, José comenzó a ralentizar el ritmo de su avance.

—¿Qué haces? — preguntó el asustado Peter.

Su hermano mayor hizo chirriar los frenos y se detuvo junto a una curva. En esa parte, el aire estaba casi violeta ante la huida del sol, y los árboles entrelazaban sus copas sobre ellos, como en una cópula vegetal. Las raíces salían de la tierra y rozaban la calle que se agrietaba lentamente: sus amos se habían perdido entre las tinieblas del Fin del Mundo y seguramente nunca volverían para mimarla y rejuvenecerla con sus máquinas rojas y amarillas.

La niebla formó dos murallas algunos metros detrás de los árboles: un telón que oculta al actor principal que, en la última escena de la sugestiva e inveterada obra, espera arrancar los aplausos de aquellos que observan detrás del espacio y el tiempo.

— Ya es tarde... Todo ha terminado... — lloró José.

— No te preocupes. Aún falta algo más; la última escena... — dijo Shirley, aunque en los últimos metros su rostro cobró un tinte grisáceo de preocupación.

El muchacho la miró detrás de sus lágrimas y le sonrió por primera vez desde que iniciaran el enajenante paseo. Una revelación le acababa de llegar desde algún insondable arquetipo de su mente.

—El *Traidor* nunca sabe que será el postre; así lo indican las reglas del juego.

—¿El postre? — alcanzó a preguntar, antes de que una oscura masa protoplasmática que cambiaba de forma, saliera de la bruma y la hiciera desaparecer en sus entrañas.

En ese momento, el telón del caos se derrumbó sobre ellos.

Sarah, cayó de la bicicleta inmóvil y golpeó la cabeza contra el suelo; José elevó los brazos hacia el cielo, implorando misericordia para los sobrevivientes y gritándole a su padre humano que regresara por él; Jules y Peter se abrazaron, aullando por el terror arquetípico que metía su dedo de hielo en los cerebros colapsados y el mundo entero pareció doblarse sobre sus cabezas, para convertirlos en una masa informe.

La Parodia había concluido una vez más.

Una fina línea de humo blanco salía de la chimenea de la casona de madera y ladrillos. Atardecía y refrescaba aceleradamente. Desde el interior del edificio, el olor a pan casero recién horneado llegaba entremezclado con vainillas y café con canela. Unos susurros se desprendieron del bosque y fueron escoltados por un grave e inquietante balido—aullido.

— *Tú no eres mi padre...* — murmuró José, sentado en una silla de madera. A su alrededor, todavía existían montañas de hojas húmedas dejadas allí por la reciente *regulación*. El cielo tenía unas manchas fucsias y ya comenzaba a sentirse esa fragancia y esa textura del viento que se adueña de la situación cuando el sol es arrastrado hasta su morada provisoria del bosque.

—¿Qué dijo el tío? — preguntó Gene a Peter, su padre.

—No dijo nada — respondió Peter. — El tío está mal, pero tú no debes burlarte de él. Su dolencia es sagrada, como los árboles más viejos que hay pasando los cerros. Su locura proviene de un Juego muy antiguo del que hablaremos mañana de noche y tu tío interpretó un rol en ese juego, fue el *Defensor*.

—¿Así que el *Defensor* se vuelve loco?

Y los traidores son el postre... — pensó Peter para sus adentros.

— Así es... Pero ya hablaremos de ello.

Sintió un dolor terrible de que su hijo se batiera entre los montes contra cosas indestructibles y monstruosas y el no pudiera acompañarlo. Le hubiera gustado luchar, oponerse, pero sería como pararse ante el océano y decirle que no destruyera su castillo de arena. Existían cosas en el universo que era imposible detener. ¿Cómo apagar una estrella con el gesto de su mano? ¿Cómo iluminar la negrura que existe entre los mundos, con el simple hecho de desearlo?

Las hojas caen porque tienen que hacerlo alguna vez...

Helena, su esposa, salió de la casa y los llamó a comer.

Otra vez estaba embarazada; otra vez había sido llamada desde los bosques.

El Crea la Vida, Él se la Come... El eterno círculo que se abre y cierra. Pero existe un secreto que descubrí entre los escritos que dejó el progenitor de José... Existe un secreto que solamente yo sé y es que Padre se come a los que son imperfectos. Es el gran juego de la selección natural y Gene es perfecto. Él volverá, de otra forma es probable que Padre y yo nos enfrentáramos en el crepúsculo de este mundo

abominable; él no es mío, pero lo quiero como mío porque muy dentro de mi carne, existe una parte de humano y los humanos, aunque digan lo contrario, luchamos, luchamos siempre por lo que queremos...

— *Padre... ¿por qué nos haces esto?* — les susurró a los silenciosos árboles levantándose de su silla y parándose frente al bosque antiguo y hermético.

Nadie le respondió.

Gene levantó del suelo la bicicleta heredada de Peter y revisó la cadena. Mañana partiría con sus amigos, hacia *Las Ruinas*.

Peter tomó a su hermano del brazo y lo llevó lentamente hacia el interior de la casa. Desde el bosque, un aullido—balido lo acompañó hasta el comedor mientras cerraba los ojos y trataba de olvidar que había nacido en el infierno.





Una Historia De Amor Como Tantas O "El Señor De Los Venenos"⁵

Por Pablo Daniel Rodríguez Remedios

Ilustrado por Alex Escobar Pavón (España) / S.t.

Este relato está inspirado en el libro de texto mágico "Venenos, venenos y más venenos" de Ereginalda Mosakán.



ey! ¡Maddanak, despierta!

—¿Qué sucede, princesa de ojos fríos?

—¿Escuchas ese ruido? ¿Se terminará ahora el mundo?

—¡Bah! No te preocupes... Solo ha comenzado la persecución.

—¿Y a quién persiguen?

—A Ellos, a los que van contra la costumbre, los que rompen contratos que no

deben romperse, al marido que se va y a la extranjera que vino sin ver y se lo lleva.

—¿Por eso los cazarán?

—Por eso y un poco más, pero que es suficiente.

⁵Trantor, 1986

—¿Y lograrán atraparlos?

—Preguntas serias, respuestas cortas, sí o no...¿Quién sabe?

Putas, putas, putas... ¡Ah, sí! ¡Aquí está! “Putas, servicio de”, ¡y en qué número extraño las fueron a meter!, veamos, veamos, las palabras de ubicación son fáciles. Los pechos más bien grandecitos, un culo levantado, cadera fina y flexible, sí, sí, pueden ser ¿piernas largas? Está bien, pero no demasiado largas, pues puede ahorcarme ¿Rostro? No importa, pues jamás prendo la luz ¿Ciega? Bueno, no tengo el menor inconveniente, en cuanto sepa lo qué chupar ¿El tamaño de qué?¿De su vagina? Y justo, claro, que no sea muy apretada pero que tampoco nade en ella ¿no?¡Dimensiones desconocidas! Tantas complicaciones porque Mirinser, mi esposa, me dejó una tarde libre. ¡Con tantos requisitos y datos y qué sé yo se le van las ganas de tirar una cana al aire a uno!

Había pedido que apareciera en el exacto centro de mi cama portátil; allí supuse que estaba, pues con la luz apagada se vé poco y nada —más bien nada—. Pero sentí su respiración, por lo tanto allí estaba. Me acerqué a la cama, tropecé en un libro de fórmulas para hacer llover que había olvidado el milenio pasado y caí de bruces entre sus piernas. Saqué la lengua y despegué mi cabeza de tan apetitoso apoya narices. — ¿Bebes algo?— pregunté, aunque en ese momento algo me decía que no era el momento para beber.

—¡No gracias, no bebo mientras trabajo!— exclamó airadamente.

—Qué extraño, la mayoría de tus amigas sí beben mientras trabajan...— dije, conciliador.

—No son mis amigas y no bebo— contestó secamente.

—Pareces una chica demasiado seria para estar soportando orgasmos no deseados—

—Necesito el dinero— dijo impaciente, tenso interrogatorio no del todo agradable.

Levanté mi cabeza definitivamente, ya más interesado en ella que en su vulva; me acodé en sus muslos y apoyé mi pera en su ombligo.

—¿Para qué necesitas el dinero?

—¿Para torturarme me llamaste?— dijo

—¿Te pago, no?

—¡Me pagas por servicios sexuales, por mi culo y mi vagina y mi boca y mis tetas y mi ombligo si estás cómodo, pero no por mis oídos!

—¿Estás ofuscada? Eres injusta, creo ¡Te pagaré el doble por poder hablar contigo! ¿Está bien?

—Ahora nos entendemos ¿Qué quieres saber, pierdedinero?

—¿Por qué te prostituyes? ¿Tienes hijos? ¿Madre enferma?

—¡Soy ciega, idiota! ¡Y quiero ver!

—¡Séptimo Cuerno! ¡Es cierto! ¡Como siempre o casi todo el tiempo vivo en penumbras –tinieblas más bien— no me doy cuenta de quién vé y quién no! ¡Pero no es tan difícil ver!

—¿Ah, no? ¡Dímelo a mí, que llevo abriéndome de piernas veinte y siete veces y todavía no los pago!

—¿Y cuánto dinero te falta?

—¡Oye, qué te importa!

—Quizás pueda ayudarte—

—¡Ja, Ja! ¿Y cómo habrías de hacerlo? ¿Me prestarás el dinero?

—Creo que tengo por ahí la llave de la Biblioteca 52 que es donde creo, creo dije, no estoy seguro, puede encontrarse un antiguo tratado con fórmulas para ojos ¿De qué color los quieres?

—¿Fórmulas para ojos? ¿Pero de qué hablas?

—De conjuros, de citas mágicas, de relaciones biosintéticas y ecuaciones poco comprendidas. De esa manera tendrás tu par de ojos ¿Sólo un par quieres?

—Pero...¿Dónde estoy?

—En mi casa, claro.

—Sí, pero ¿dónde?

—En las afueras de Nahkramon, en la casa situada bajo coordenadas azul violeta 17, 18, 23 y rojas 21 y 20...¿Más datos? Mi nombre es ...

—¡No me interesa tu nombre! Sólo sé que vine al lugar equivocado. Me equivoqué de planeta...

—Y quizás hasta de dimensión. Esta es una oblicuidad de la 94 ava dimensión, el segundo planeta del cuarto sistema del cuadrante que todos llamamos El Escondido.

—¡Nunca había estado aquí!

—Es que este es un cuadrante un tanto evitado, más evitado que el 13 y el 33 y el 75, que son los clásicos cuadrantes evitados. Aquí, en El Escondido, encontrarás todos los que están hastiados de la popularidad de otros lugares. Imagínate, la temporada pasada en el cuadrante 75 hubo 68.000 millones de turistas ¿Te das cuenta? ¡Es asqueroso! Por eso aquí, a menos que sea imprescindible, no permitimos forasteros.

—¿Por qué si son tan evitados esos cuadrantes que dices reciben tantos turistas?

—Porque la gente es irreverente y si bien sienten temor por lo desconocido y por lo que no pueden explicar también se sienten atraída por lo mágico y lo prodigioso y te aclaro que en este lugar del pluriuniverso, como en los cuadrantes 13, 33 y 75 son lugares donde tales cosas son corrientes.

—No entiendo como llegué aquí si este no era mi destino... ¿Qué sucedió?

—Bueno, fuiste capturada por alguna palabra engañaviajeros que andaba por ahí. Es la única manera de que nos visiten sin ser visitados ¿Comprendes?

—Apenas un poco. Entonces ¿Puedes darme ojos?

—Claro. ¿Ojos para ver o para no seguir viendo? Hay de todos los tamaños y tipos y colores ¿Con pestañas o sin ellas? ¿Dos, tres, cinco, mil? Los que quieras, siempre y cuando encuentre el libro ¡Je, Je! ¡Si no lo encuentro voy a quedar en ridículo! Enciendo la luz ¡Ya! ¡Eres hermosa!

—¡Gracias!

—¡Voy por el libro! ¡Ten cuidado con el recetario para hacer llover!

—¿Con queeeeeeé... PAFF!— El tal libraco cobró la segunda víctima de la tarde, pero ella no tenía muslos donde caer, sino que lo hizo en una cómoda butaca: Anasetan.

—¡Bruta! ¡Violenta! ¡Mujer ciega!—le dijo ésta.

—¡Hablas!—dijo asombrada, pero se repuso rápidamente —¡Claro que soy ciega! ¡Gritona!

—Disculpa, no sabía que no veías ...

—Disculpa tú también.

—Siéntate si quieres..., si lo haces suavemente.

Mientras ellas cruzaban esas cordiales palabras, yo buscaba desesperadamente la llave de la biblioteca y tras larga búsqueda logré hallarla.

Cuando pude llegar hasta ella, lugar bastante alejado de los caminos más transitados de la casa y abrí la puerta, varios libros me estaban esperando... es que hacía mucho tiempo que no visitaba la 52.

—¡Mira lo que he encontrado para ti!—dijo uno.

—¡Y lo que encontré yo!— dijo otro y todos se acercaron a mostrarme sus descubrimientos y novedades.

Entonces dije en voz alta —¡Por favor, escuchen! ¡Necesito...!

—Fórmulas para guisar diamantes y rubíes —me interrumpieron—

—¡No, no, para elevar el metabolismo de los pinos del frente de la casa!

—¡Bah, tonterías! ¡Lo que necesita realmente es la teoría que combina futurones y campos dimensionales, evocable por solo cinco palabras! ¿No?

—¡No! ¡Déjenme hablar!

—¡Ya sé! ¡La cantidad exacta de puñados de estrellas que pueden renovarse luego de una nada!

—¡Vamos, como querría eso! ¡Con seguridad son las 120 palabras con runas de poder que transmutan la tristeza en alegría contagiable, cualquiera sea la circunstancia!

—¡No! ¡Déjenme hablar si no me marcharé ya!— y logré que hicieran silencio— Quiero fórmulas para hacer ojos humanos. Solo eso necesito, solo eso llevaré.

—¿Sólo eso? ¿No estarás interesado en cirugías de incalculables e inmejorables resultados en circuitos de novas?

—¿Y en bebidas refrescantes de ciento siete mil sabores y colores y eructos y burbujitas distintas?

—¿Y en una nave que te transporte hasta irrealidad pero que aún siga siendo y luego te transformes en NO, pero siempre en procesos reversibles?

—¡No! ¡Sólo eso necesito, solo eso llevaré! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, aquí! ¡Es que me piden autógrafos! ¡Nunca había pensado que llegara este momento! ¡Soy tan feliz!

Y se marchó como un héroe. Muchos de sus compañeros hacían esfuerzos por evitar las lágrimas.

Cerré cuidadosamente la puerta y nos encaminamos a mi morada.

—¡Aquí está! ¡El héroe de la jornada!

Ella hizo el intento de mirarme —¿Lo encontraste?— luego —¿Quién viene contigo?—. No ve, pero oye.

—Tú salvación ¿Quién más?— Su salvación venía despidiendo polvo de todas sus páginas, avanzando a trompicones sobre sus delgadas patas de metal plateado, murmurando para sí sus teorías e invenciones, buscándole fallas de última hora o alguna ventaja que hubiera pasado desapercibida.

El héroe de la jornada, ahora con anteojos y guardapolvo blanco, dijo con firmeza, ya pasado el nerviosismo inicial —¿Quién necesita ojos?—

Todo fue cuestión de tomar una ínfima cantidad de líquido vital, analizarlo, comparar biocoordenadas en su catálogo, modificarlas si era necesario y mediante una acertada mezcla, energía del aire y un recipiente especialmente concebido para tal fin, sintetizar los órganos visuales.

Reemplazo y conexión nerviosa. Rápido, sencillo, indoloro, operaciones rigurosamente practicadas a conciencia.

Luego de cinco minutos de cicatrización acelerada y otros cinco minutos de terapia visual, abrió los ojos y ... ¡Vio!

—¡Veo!

La despedida fue tan emocionante y rápida como la llegada, pues hay cosas que deben interrumpirse lo menos posible. Cada uno de los libros de cada una de las bibliotecas eran investigadores y científicos calificados. Su tiempo era valioso. El mismo decidió que su labor estaba ya cumplida y pidió permiso para retirarse.

Combinaciones mecanorgánicas para contestar tus preguntas, satisfacer tus deseos y a la vez auto—ilustrarse, satisfaciendo sus propias curiosidades. Metal y nervio, alta tecnología, alta magia ¿Qué hay que ellos no puedan resolver?

—¡Por favor, avísenme si les soy otra vez necesario! Mis trabajos son garantidos hasta el infinito, no lo olvides —le dijo a ella—, quien acercándose y rozando con sus dedos la cubierta de cuero del libro, se despidió diciéndole —¡Gracias! ¡No te olvidaré jamás!

—Cuando quieras otros ojos, solo avísame. Gracias por la oportunidad de practicar mis conocimientos ¡Me voy!— Y se fue.

Quedamos solos, pues Anasetan suspiró profundamente y se hundió en su ciclo diario de meditación. Muda, ciega, sorda. Un sillón.

Nos miramos largamente.

—¿Crées en coincidencias?

—Un poco ¿Y tú?

—Casi siempre.

—¿Crées en el amor?

—¡Eso sí que no!

—Nunca es tarde, nunca, no para eso ...

Y se acercó, todo un universo para descubrir, pestañas regadas sobre trozos de mar, que sin embargo quemaban, y labios que hacía daño mirar, pezones que hubieran destruido en un instante mi fidelidad si alguna vez hubiera pensado en cuidarla, caderas que contagiaron mi cintura de ritmos ancestrales, viejos como la vida. Nos tumbamos en la cama, que apareció allí como por encanto.

—¿Habías dejado algo a medio camino, no?— me dijo—

—Tienes razón— y entreabrí sus piernas.

Fue una tarde larga, inolvidable, terrible. Terrible porque siempre estaba presente el momento de la despedida, el adiós, el no verse más. Si uno cree que el amor no existe, siempre hay algo que lo hace dudar. Dudaba.

Tirados en la cama. Un tanto abstraídos.

—¿Tengo que irme?

—¿Tienes que irte? Mi esposa es peligrosa... mortal.

—Estás casado, tienes compromisos...

—Pero me gustaría conocerte más y siento algo..., no es fácil hablar de eso.

—Yo hubiera dicho lo mismo.

Huir. Evitar cierto encuentro que puede ser especialmente insoportable luego de ciertos sucesos ocurridos en la tarde de hoy. Huir. Escapar, marcharse a otro lugar, lejos. ¿Dónde?

—¿Dónde podemos huir?

—¿Huir? ¡Estás loco!

—Te propongo huir juntos ¿Aceptas?

—¡Claro! ¡Me agradan las huidas!— mirada desconcertante—

—Huir contigo debe ser más agradable que todas las demás huidas, que también me agradaron— dijo aclarando.

—¿Dónde?

—A un lugar sin magia.

—¡A mi mundo!

—¡No! Eso es muy obvio. A un lugar parecido, pero que no cueste poco encontrarlo.

—¿Cuándo nos vamos?

—Elijo, a ver., ya está. Marchémonos ahora. ¡Tómame de las manos!

Hacía mucho tiempo que vivíamos en un hermoso planeta, cuando comenzaron a llegar indicios. Indicios de persecución, indicios de búsqueda. Problemas. Nervios. Amenazas de muerte.

Habíamos elegido un mundo sin magia, al margen de todo contacto excesivo, evitando llamar la atención de viajeros interdimensionales. Todo había sido paz hasta ahora. Logramos disfrutar de meses para recordar por siempre, pero ahora... comenzaba el final, que llegaría lenta pero inexorablemente. Hubo un lugar en que no soporté más y me senté a beber. El alcohol me torna olvidadizo, me tranquiliza, me adormece. Ella lo sabe. ¡Adivinó!

—¿Vienen a buscarte?

—¡Ah! ¿Sí?— digo, a la vez que saboreo mi licor— Vienen ...

El vino derramaba su aliento típico por todo el entorno, sembrando sensaciones de náuseas cuando aún no las había y retirando elucubradas plegarias de pronta mejoría, pues un tropezón, una caída, y te rompes un brazo, la crisma y literalmente, por qué no, el alma, sobre todo si es frágil —No golpear—.

—¿Y por eso bebes? ¿No lucharás?

—¿Luchar? ¿Contra ellos? ¿Tienes idea de quienes vienen por nosotros?

—No sé ¿Por qué dices nosotros?

—También vienen por ti. Si no resistimos nos matarán rápidamente.

—¡Nos matarán! ¡Ahora que puedo ver! ¡Ahora que estamos juntos! ¡No! ¡Tienes que hacer algo! ¿Por qué matarnos?

—Así son las reglas. No debí llevarte a nuestro mundo, ni a mi dormitorio, ni debí darte ojos, ni debí haber fugado de allí, rompiendo mi matrimonio con Mirinser.

—¡Escucha! No puedes quedarte tranquilo mientras vienen y nos matan. ¿Es que no me amas? Ya que no quieres defenderte... ¿No piensas defenderme a mí?

—Los que vienen son matadores calificados, cobradores de deudas con mucha experiencia...

—¿Pero estás seguro de que nada puedes hacer?

—¿No entiendes mi incapacidad? ¡No soy un cobarde! Sé cuándo tengo alguna posibilidad y sé también cuando estas son nulas, tendientes a cero. Podré saber cuándo estén cerca, pues tengo detectores por todas partes, pero no más. ¿Qué puedo hacer contra el Multiasesino de Manos Limpias, que siembra trampas selectivas que pueden matarte siglos después de colocadas, o contra el Maestro de Las Muertes Rápidas, que no permite un pestañeo más del último? ¿Y contra el Destrozador Sin Remordimientos Nocturnos? Esa bestia súper fuerte, destructora sin par, que llena de sangre y vísceras todo el escenario de la muerte. ¿Qué puedo hacer?

—¿Y le temes solo a tres?

—No les temería si estuvieran lejos, pero se acercan, nos están buscando y casi han logrado encontrarnos.

Queda mirándome, muda. Me levanté de mi sillón, casi tambaleante y besé suavemente sus sin par hermosos labios.

—Bonita, ve a dormir mientras pienso algo, tiene que haber alguna salida, alguna forma de resistirse; por lo menos por ti haré un último esfuerzo. Te mereces algo más que una muerte rápida —sonreí—.

La dureza del mármol remachado con platino estriado, el temblor de las viñas llenas de frutos cuando se estremecen con el frío matutino, las mil y cuatrocientas mil caras facetadas del vaso de cristal azul de Sus Sueños Eficaces, la novedosa sangría recetada por el Vocabulario Binario, la increíble celeridad de la fuga de Ella ante El si por algo le teme, el extrañísimo licor que brotaría de la noche si ésta fuera un barril enorme y redondo, y otras muchas rariálcoholizadas sugerencias.

Pensaba y pensaba. Para todo hay solución. El inconveniente es que a veces, cegados por la lucha, no la vemos. ¿Habría solución?

Reflexiones de última hora.

En la zona conflictual usted se debe de sentir mal.

Ensalada de burbujitas multicolores implacables en tu pelo, que despiadadamente salpican mi camisa; cadavérica fotografía de la vida que cierta tarde de otoño, aburrida, se murió.

Alimento de plástico para estómagos de cerámica. Vestidos nuevos pero que parecen viejos. Agua reciclada con metálico sabor, gotitas de aceite resbalando por un frío vaso. Rodeando y rodeando un punto o queda determinado perfectamente o por la confusión lo perdemos para siempre.

Hay una posibilidad.

Vayamos tras ella.

¿Linak duerme? No, me observa.

—¿Por qué no duermes?

—¿Mientras tú bebes pretendes que yo duerma? Mientras bebes no puedo dormir.

—Hay una posibilidad —le digo—, un pequeño punto de partida para una mínima esperanza. Pero tengo que ausentarme por ... cuatrocientos tres de tus hermosos suspiros.

—¿Te vas? Puedo suspirar muy rápidamente...

—O muy lentamente, supongo. Suspira como quieras hacerlo, por lo menos lo suficiente... y espérame.

—Es seguro que estaré aquí, esperándote...

Vayamos tras ella. Los datos para ubicar dimensionalmente la oportunidad no eran muy claros, pero haciendo acopio de memoria... eran números aprendidos desde pequeño.

El santuario familiar me esperaba con sus tumbas abiertas. ¿Saqueadores? Lo dudo, digamos ventilación, mantenimiento de estas últimas moradas y cierto cerciorarse de que ningún muerto escapó. No es un lugar muy divertido, pues allí no hay pájaros, ni música, solo gigantescos hongos y helechos y tristes pinos y olor a moho y a soles luchando contra la humedad. Coloqué una moneda de oro en un gran plato flotante y marché por el sendero hacia la enorme puerta de madera que guardaba la cripta que me interesaba.

—¡Déjame pasar!—dije.

—No te conozco.

—Hace mucho que no nos vemos. ¡Soy Rahanaran!

—¡Hum! ¡Ahora te recuerdo! ¿Qué deseas?

—¡Consultar al Libro Testamento de mi familia!

—¡A El!

—¡Y espero que pueda ayudarme!

—Está bien, pasa Rahanaran y me alegro de verte nuevamente ¿No estás un poco delgado?

—He estado preocupado por algunas cosas últimamente, pero espero salir de aquí con soluciones para mis problemas.

—Seguramente saldrás mejor de lo que entras...

Inmediatamente después de la puerta comenzaba una escalinata casi invisible. Luego un pasillo, un largo pasillo, y libros, muchos libros, quietos, cansados o aburridos hasta el sueño. Él ocupaba un lugar especial, pues era un libro especial. Estaba, de todas formas, tan opaco como todos.

Lo tomé entre mis manos. Estaba húmedo, pegajoso, resbaloso. Le grité al oído que era el momento de despertar. El estiró sus patas de oro mugriento y salpicado de manchas goteantes y bostezó un olor a óxido y vejentud.

—Te estaba esperando—dijo, con una voz cascada y añosa. No tenía ni idea de cuando llegarías, pero sabía que quizás alguna vez. ¿Viniste por tu nombre?

—Ya tengo nombre. Rahanaran es mi nombre.

Su risa polvorienta llenó de rotos acordes el lugar —¡Hablo de tu verdadero nombre! Pero dime, si no vienes por eso ¿a qué vienes?

—Necesito tu consejo.

—¿Mi consejo? Me agasaja saber que luego de cientos de años alguien requiere mi consejo. ¿Sobre qué necesitas consejo?

—Es que le di ojos a una chica que no veía, la amé estando casado con una geniosa mujer, Mirinser ¿la conoces?. Esta chica no es de donde yo vivía, es una extranjera, y lo peor de todo es que quiero seguirla amando.

—¿Y?

—Que hay leyes que no están para ser violadas. Que hay tres hombres buscándome –buscándonos— para poner fin a nuestros días en este ciclo y además seguro que Mirinser con su parentela, empuñando su mazo para aplastar carbonados, también me busca. Mi preocupación no es que me busquen, pues soy de sueño pesado, sino que me encuentren.

—¿Y?

—¡Por la Ultrapuerta del Ahoral! Poco has entendido de lo que te he dicho! Que si me encuentran no podré hacer nada! Mis conjuros son inofensivos, meramente experimentales, clásicamente domésticos. Nunca practiqué la magia oscura. No sé matar, ni amedrentar, apenas hacer estornudar. Mi saber no es destrucción, mi saber es

belleza. Pero la belleza no me salvará. En este caso lo único bello que tengo ante mí es un bello descuartizamiento.

—¿Y esas son todas tus preocupaciones?

—No necesito más. Tengo solo una vida, las otras gastadas están —o hipotecadas, no recuerdo—.

—Quizás puedas solucionar ambas cosas.

—¿Ambas?

—Tu verdadero nombre y encarar tu persecución.

—¿Por qué insistes con mi verdadero nombre?

—Creo que sé por qué estás tan desesperado: por ignorante de las costumbres de tu familia. En ella, se forjó un nombre para cada uno de sus miembros. Tu abuelo, que fue un gran magiquímico, deseó que tú tuvieras un nombre y lo he preparado durante cientos de años, esperándote, esperando este momento.

—¿Y mejorará eso las cosas? ¿Es un arma?

—Quizás. Será lo que tú quieras que sea. Tú serás él y él formará parte de ti. Serán inseparables ¿Aceptas?

—¿Qué opciones tengo? Ninguna, creo... acepto. Difícil que pueda empeorar mi situación.

Me mostró una planchuela estrellada, delgada y de un color vino brillante.

—Esto es.

—¿La tengo que tragar, masticar o qué?

—Va dentro de tu cabeza.

—¡No! ¡Me arrepiento, retiro lo dicho!

—No dolerá absolutamente nada y luego no te molestará. Solo tienes que quedarte quieto. Yo haré todo.

—¿Seguro de lo que haces?

—La verdad que el valor en ti no es una cosa que abunde...Cierra los ojos y cuenta hasta cincuenta.

Conté lentamente, la falta de dolor me hizo respirar más despreocupadamente.

—Ahora tienes que esperar que el aparato se conecte con las terminales de tu cerebro a las que debe ser conectado. Él sabe mucho de eso.... ¡Ya! ¡Finalmente tienes nombre!

—¿Ah sí? ¿Y cuál es?

—Te llamarás Señor de los Venenos.

—¿Es mucho mi poder?

—Demasiado para alguien tan inseguro, para alguien tan impulsivo...Pero ya tienes quien te controle ¿Cómo se llama ella?

—Linak, y me está esperando.

—Cuídala.

—Gracias por tu ayuda ¿Me puedo marchar?

—¡Claro que sí! Pero prométeme que si logras salir con bien de tus líos vendrás a verme. También puedes traerla a ella.

—Está bien—

Y me marché.

Cuando regresé le faltaban tres suspiros.

Sonrió, aliviada. Sonreí.

—Tengo nombre— le dije.

—¡Yo también!— contestó.

—Verdadero nombre—

—El mío no es falso—

—Pero es tuyo, no mío.

—Tienes razón ¿Y cómo te llamas ahora?

—Señor de los Venenos.

—¡Huy! ¡Asustas! ¡No creo que te deje cocinar más!

—Para cada veneno hay un antídoto. Mira, para mi ex—esposa tú eras el contraveneno.

—¡Qué literal, eh! ¿Tu nuevo nombre te ayudará a defenderte?

—Podré defenderme y atacar. Espera y verás.

Ella llamó a la puerta en medio de un estrepitoso chaparrón. Estaba empapada.

—¿Dónde estabas?

—Fuera, en la noche, contando gotas y asustando paraguas que andaban. ¡Vamos a correr!—dijo, cuando las gotas de lluvia se le escurrían por sus cabellos. Se apartó un mechón de pelo mojado de la nariz y miró hacia adentro, donde todo estaba seco, tranquilo y a mi parecer más acogedor que afuera.

—¡Si no sales, yo entro!— exclamó y me hizo a un lado. Empapó las alfombras y mojó gran parte de mi colección de jades —pues los palpó antes de ir a secarse—, tomó de mi vaso de jerez —casi lo terminó— y llegó finalmente al baño. Me pidió ropa.

—¿De qué talle?— le pregunté.

—¡Del tuyo!

Mientras se vestía me preguntó —¿Hay noticias de tus amigos?

—¿Amigos? ¡Enemigos, dirás!

—Claro ¿Tardarán mucho en encontrarnos?

—Eso es difícil de saber. Puede ser que no nos encuentren nunca.

—¿Has hecho algo para merecer tal cosa? Antes temblabas constantemente y decías que nos encontrarían en los próximos cinco segundos.

Sonreí.—Sembré hermosos venenos—filtro en sesenta y otros tantos planetas que pueden ser revisados por ellos, incluyendo éste. Esos venenos los matarán cuando apenas los perciban.

—¿Y basta con eso?

—Basta con que mueran ¿Para qué más?

—¿Confías en tus venenos?

—¡Tanto como en mis manos!

—¿Tus manos sobre mis senos o cuando recortas las hojitas de más del rosal?

—Mis manos de siempre, las de tijeras, las de bellas curvas...

Ella seguía en el baño, seguramente frente al espejo, quizás maquillándose, quizás mirándose a los ojos. Hablábamos en un tono de voz bastante alto, casi gritando, pues seguía lloviendo. De pronto ella dejó de hablar, y en ese momento mis detectores detectaron, tarde, demasiado tarde. Fui rápidamente a donde estaba el intruso. Esperaba. Ella estaba temblando de furia, pero no lo estaba pasando muy bien, pues una enorme mano semi—metálica aferraba su cuello, apretando lo suficiente para ser una amenaza. Me acerqué más cautelosamente... Era el Asesino de Manos Limpias.

—¡Quiero un antídoto!— gritó.

—¿Un antídoto?

—El Destrozador Sin Remordimientos Nocturnos yace al borde de la muerte en Siannar. Yo soporto algo el veneno, pero él es muy vulnerable.

—No te daré el antídoto.

—El Destrozador y yo nos amamos profundamente. Conozco mi deber pero sin él mi vida nada vale. ¡La mataré a ella y después a ti! A menos que... ¿Entiendes?—dijo presionando más el cuello de Linak.

—¿Dices que nos perdonarás la vida por el antídoto?

—¡Eso digo! ¡Pero decídete rápido!

—Ya está resuelto. ¡No quiero que ella sufra por mí ni por tu amor herido!— Recordé— Ustedes eran tres...¿Dónde está ...?

Me interrumpió abruptamente —¡El Maestro de Las Muertes Rápidas murió envenenado en Calinix 11!

—Espera aquí. Te traeré tu antiveneno rápidamente.

Pronto regresé. —Este es... ¿Cómo sé que no volverán a matarnos?

—Tengo ciertos códigos de honor, cosa que tú seguramente desconoces. Te deberé una vida, por lo que no te quitaré ni tu vida ni la de ella.

Tomó entonces el frasco y dijo —Pero lo analizaré antes...; en diez segundos anunció —Parece ser lo que necesito— y soltando a Linak desapareció como si nunca hubiera existido.

—¿Confías en él? ¿No volverá a matarnos?

—El recipiente contiene un veneno, con todas las características mutables de un antídoto..., un veneno tan potente que llegado junto a su amigo y al intentar curarlo, morirá él también.

—¡Resultó ser un ingenuo!

—¿Ingenuo? Colocó un poderoso explosivo que estallará dentro de pocos minutos. Tendremos que mudarnos otra vez, pues él le habrá avisado a las autoridades, incluida mi ex—esposa sobre nuestra ubicación.

—¡Otra vez huir!

—En cierta ocasión dijiste que te agradaba huir.

—¡Pero termina cansándote!

La llanura infinita me trae recuerdos gratos. Pero también cansa mis ojos.

—Sembraremos árboles y rosas y claveles.

—Y un lago estaría bien... para nadar y tener aves acuáticas y peces ... ¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—Hasta que nos encuentren. Pero tardarán. He diseñado trampas que son cada vez más eficaces, aprenden por sí mismas, evolucionan independientemente en planetas que esperan visitas no queridas. Esas visitas conocerán el fin de sus aventuras y persecuciones y molestias vanas. ¡Dejarán sus huesos en algún lugar del espacio, lejos de su hogar! ¡Y todo por buscarnos!

Pero siempre tenemos que estar preparados para huir, pues ellos también evolucionan y piensan y nos odian.

—Me agradaría mucho quedarme en un lugar por siempre. Podría ser aquí.

—¡Es imposible! Bueno, quizás no tanto... ¿Quién puede decirlo? Pero mejor pensar que no será así, pues de otra forma algún día o noche nos sorprenderán y eso no puede suceder. No debe pasar.

—¿No te arrepientes de haber huído?

—¿De haber escogido entre Mirinser y tú? ¿De haber abandonado mis pertenencias y a ese sinomundo por ti? ¡Jamás!

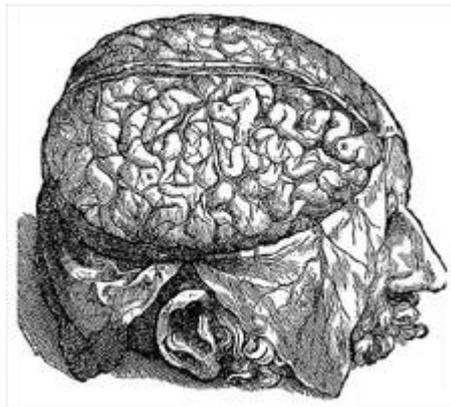
—¡Maddanak! ¿No duermes todavía?

—No, no puedo conciliar el sueño.

—Dime... ¿los atraparán finalmente?

—Las respuestas cortas engañan, pues pueden extenderse hasta el infinito. Sí o no... ¿Quién sabe? Todavía no han logrado atraparlos. Pero continuarán buscándolos por siempre...hasta el infinito...

—¿Sabes? Envidio a los perseguidores, pues ¿qué sentido tiene el existir si no hay algo que buscar? Y saber que cada vez se está más cerca... más cerca.





La lámpara negra

Por Claudio Pastrana

Ilustrado por Giorgina Pastrana (Uruguay) / S.t.



usmeando en los rincones de la casa perteneciente a los Mc. Adams que está ubicada a la altura de Yí y Valparaíso encontré de pronto un interruptor de luz encendido.

Había sido una de las familias más antiguas de Montevideo, con una vieja tradición de ocultismo y masonería, que se retrotraía a los orígenes de su inserción en la sociedad del Montevideo colonial, cuando llegaron escapados de los juicios de brujería en Salem.

La luz encendida era un hecho sorprendente, porque la casa estaba aguardando la demolición, y yo me encontraba precisamente inspeccionando que no hubiera ningún extraño dormido o borracho.

Decidí dar una mirada en el piso superior.

Entonces la vi.

Había una separación entre los tabiques de madera que dejaba el yeso al descubierto.

Semiempotrada había una caja negra de forma piramidal, con una de sus caras de un cristal blanco pulido y rodeada de una correílla de gastado cuero.

Me llamó la atención el hecho de no haberla visto antes, pero en esa habitación había caído una de las vigas produciéndose el desgarró en la pared que dejó al descubierto el artefacto.

Con una mano me afiancé a las tablas del tabique roto, y con la otra desencajé la lámpara de la pared.

Todo salió mal y fue una tragedia, porque impresionado por mi hallazgo, no me decidí a subir al otro piso para inspeccionarlo.

La intrusa, una indigente supusimos en un primer momento, murió sepultada por el edificio cuando explotaron las cargas en serie de sus cimientos.

Los documentos de la pobre mujer la identificaban como norteamericana, de profesión periodista. Trabajaba para el Arkham Times News y no pensé, en ese momento que pudiera tener relación con la lámpara. Parecía que su búsqueda había terminado con la fractura de la estructura de la mampostería y seguramente había quedado inconsciente.

En un primer momento la lámpara quedó relegada a un segundo término.

Declaré por mi negligencia varias veces ante un juez aburrido y estuve casi todo el tiempo obsesionado por averiguar algo más de Brenda Pandora Arsten. La culpa me estaba obsesionando más de lo que podía tolerar y las fotos del cadáver de la infortunada me impedían conciliar el sueño a toda hora.

Había algo más, pero no lograba vislumbrar a través de la nebulosa que me producía el alcohol con que intentaba dormir.

Intenté ponerme en contacto con familiares a través de la embajada pero no fue posible.

Traté de llamar al número que figuraba en el carné de trabajo de la infortunada pero no existía; ya no el número sino siquiera la característica de la localidad.

En la embajada comenzaron a investigarme porque, al parecer, el pasaporte era una falsificación excelente y la numeración correspondía a otra persona.

Mi jefe me suspendió por tiempo indeterminado y todo parecía ir de mal en peor cuando mi ex esposa consiguió que otro juez adormilado me impidiera visitar a mi hijo pequeño.

Estaba dispuesto a olvidar todo eso y tratar de rehacerme de mi desgracia simplemente esperando que al esconder mi cabeza bajo tierra todo desapareciera.

Sólo había un problema.

La lámpara.

Era... "autré", no se me ocurría otro adjetivo.

Encendí la computadora y googleé diversas entradas.

Estaba seguro de que tenía razón, pero no había ninguna coincidencia con mi búsqueda.

Empecé a probar en otros idiomas.

Nada. Absolutamente nada.

Soy un hombre viejo y mi historia intelectual abarca muchas lecturas y muchos lugares.

La biblioteca nacional es un edificio majestuoso para la arquitectura montevideana.

Está en 18 de Julio y Tristán Narvaja, a la izquierda de la estatua del Dante.

Después de entregar mis documentos pedí un libro que tenía la seguridad de haber leído allí: "Tales of The Cthulhu Mythos".

Increíble, pero el libro no existía; pregunté por el autor,... nadie lo conocía.

Howard Phillips Lovecraft, nacido en Providence, etc, etc.

Uno de los más conocidos autores fantásticos...

Recorrí librerías, llamé amigos, profesores, todo inútil, nadie había oído nada de él, no existía. No había existido nunca.

Era absurdo, yo tengo algún libro suyo, estoy seguro.

Volví a mi casa y comencé a sacar libros de la pequeña biblioteca.

Nada, ni un libro de Lovecraft.

Era demencial y comenzaba a estar realmente asustado.

La lámpara parecía reírse, u observarme, a través de la cara blanca de cristal triangular.

Busqué hasta que parecía que alguien había asaltado la vivienda.

Nada. Nada de nada.

Cada vez más intrigado y alterado decidí intentar algo en forma desesperada. Había pasado mucho tiempo, quizás una década o más, pero siempre he tenido buena memoria.

Traté de reproducir de memoria el último cuento que había leído: "El sello de R'Lieh" de August Derleth. (Otro autor que no había existido nunca al parecer).

Llegué a la conclusión, de que con todas las fallas que mi memoria hubiera podido cometer, era una pieza esclarecedora, o de la verdad que estaba buscando, o de mi locura. Nunca pude escribir dos renglones consecutivos, pero allí estaba. No era un mal cuento.

El cuento de Derleth, que había parodiado al menos, me dio una extraña certeza y presa de un presentimiento, ¡NO!, de una seguridad inexplicable, viajé a Buenos Aires.

Estaba sin trabajo y con magros ahorros, pero no sentía que eso fuera algo de lo que debía preocuparme.

Tenía la sensación horrible de no estar vivo, o peor, la sensación de no tener mucho tiempo. Por momentos me tranquilizaba más allá de lo que era posible o a veces, simplemente, me reducía a una depresión alienante que me postraba física e intelectualmente.

Buenos Aires es una ciudad enorme, una de las diez capitales del mundo.

Los uruguayos la miramos con deleite y algo de desdén. No es tan grande, nos decimos, pero lo es.

Hay mucho de arte y literatura en su biblioteca.

Me acompañaban mi equipaje y la lámpara.

Esa noche recorrí los alrededores de la Biblioteca Nacional y comencé a gestar un plan; porque estaba seguro de algo, de existir el libro que iba a pedir, no iba a estar a disposición del público, de no existir me iba a volver loco.

Dije que no soy un hombre joven pero también es cierto que puedo trepar por una cuerda y que conozco de protocolos de seguridad por mi trabajo.

Entré por el techo y luego de varias horas de paciente espera y revisión de alarmas y cámaras y serenos llegué al depósito del tercer subsuelo.

Era 9 de diciembre de 2013.

¡Qué espantosa y terrible revelación!

Encontré el viejo libro en la cripta de humedad controlada.

Solo y aparte de otros miles de tomos, como si sobre él pesara una maldición o si simplemente los demás libros se hubieran apartado horrorizados y asqueados.

Kitab Al—Azif (en árabe: "el rumor de los insectos por la noche").

Era el Necronomicón, la edición que se creía perdida, original en árabe.

Aún con el terror oprimiendo mi pecho no pude evitar una sonrisa. Yo podía entender algo de árabe. Una vez una mujer había querido seriamente convertirme al Islam.

Fotografié página tras página pero me esmeré en el cuarto libro, el libro del destino que inicia en el capítulo 99.

En el hotel, y mirando todo el tiempo por encima del hombro, como si no estuviera solo escarbaba en la laptop como si fuera un pocillo de comida para perros.

Tuve que poner La Lámpara al lado de la pantalla porque si estaba fuera de mi vista sentía la terrible sensación de ser acechado.

Aunque los giros idiomáticos antiguos me confundían, con ayuda de mi tablet pude traducir y penetrar algunas cosas.

"La lámpara negra es el instrumento de llamada para las criaturas allende el umbral. Posee una facultad ordenadora que no permite las mezclas entre hechos y entes de este y otro universo. La lámpara existió en la tierra en el principio de los tiempos, cuando nada había sino venenosos aires, roca y agua.

El pueblo de Ubó 'Sathala, venido de las estrellas más distantes que las más distantes, la usaba para trasladarse entre las telas de los universos y llamar a los Primigenios.

La lámpara negra desapareció con ellos antes de que nada vivo vagara por las escarpadas superficies de la Tierra primigenia."

Esta información estuvo a punto de hacerme enloquecer de puro terror.

Encontrar el peor libro de todos al lado de Die Unnausprechlichen Kulten no lo había logrado, pero esta lectura del libro del destino fue más de lo que pude soportar, y quedé reducido a un feto babeante e idiota en el suelo del hotel durante casi 36 horas. Los golpes en la puerta me hicieron volver a la realidad bajo la mirada vigilante de la lámpara. Tranquilité al empleado del hotel con una propina y comencé a hacer mi equipaje para volver a Montevideo.

La vista del Río de la Plata hacia el sur me ponía cada vez más nervioso y hubo momentos en que sentía que el bolso con la lámpara quería terminar bajo el agua, sentía que el barco escoraba hacia mi lado donde la lámpara parecía querer quebrarme las piernas.

Todavía agradezco no haber encontrado el mecanismo que activa la lámpara.

La lámpara pertenece a algún universo donde Cthulhu y su cohorte son seres espantosamente reales. Pero hay algo más.

Ese universo donde Lovecraft haya soñado sus horrores está a salvo, son sólo relatos, que, fantásticos tienen la espantosa posibilidad de ser verídicos en este universo.

Al aparecer la lámpara en este universo, todo el sinuoso horror de los relatos de H.P. Lovecraft es parte de nuestra realidad. El peso de ese conocimiento me estaba reduciendo cada vez más a la locura. Una cosa es leer historias de ello y otra terriblemente distinta es el golpe de esa realidad bajo los pies.

Una verdad que nadie debe descubrir, o que nadie puede negar porque nadie sabe nada.

Porque los Mitos no existen, porque H.P. Lovecraft, de Providence, el H.P.L. escritor, no existió jamás.

Al estar la lámpara anclada en nuestro universo, (esa periodista la encontró en algún lugar, la accionó y pasó casi al azar a este universo), ésta llevó a cabo su misión ordenadora y borró de la memoria del mundo pasado y presente toda conexión sobre sus amos.

Pero si se encendiera en este universo ya no sólo serían los libros que han empezado a aparecer, sino que Arkham e Innsmouth comenzarían a aparecer en las noticias o en Google Earth.

Todo el mundo ha olvidado, pero yo he quedado al margen por ser su poseedor y porque, probablemente, sea yo la fuente de su energía.

Dije que no era un hombre joven cuando encontré la lámpara hace unos meses, pero ahora parecen pasar los años a medida que pasan los días.

Mi pelo ha encanecido y va desapareciendo a un ritmo cada vez más acelerado.

No sé cómo funciona la lámpara, no hay ningún dato acerca de cómo ponerla en funcionamiento y es intolerablemente arriesgado tratar de pasarla a otro universo.

No sé cómo debe ser dirigida y temo que simplemente abriría un cauce de entrada para las entidades siseantes que se retuercen entre dimensiones enroscadas.

Quizás Lovecraft haya existido, como existe Juan Pérez o yo; y, a casi un siglo de su muerte, nadie lo recuerde, no como escritor al menos.

Lo único que me resta es perder la lámpara en un lugar seguro y olvidar yo también todo, esperando que jamás se encienda o los primigenios no la encuentren en su peregrinaje por el Multiverso.

Voy a dejar este manuscrito enterrado con ella.

Quizás no se borre y así, si llegara a existir un futuro poseedor de la lámpara, lograr que esté sobre aviso del caos que puede caer sobre el mundo si la lámpara...





La muñeca

Por Hernán Paredes

Ilustrado por Alex Escobar Pavón (España) / S.t.



a amé desde el primer momento en que la vi. En esa época yo era un niño en los albores de la pubertad, vivía con mi madre y unos pocos empleados en un caserón enorme y silencioso. No tenía padre ni amigos, mi única diversión se centraba en recorrer la amplia biblioteca de mi difunto abuelo, hasta que ella apareció en mi vida.

Aquel día estaba jugando solo, como siempre, emulando alguna de esas historias que tanto me gustaban leer —quizá una de vaqueros e indios, o tal vez de caballeros en la corte del Rey Arturo—, cuando me encontré por casualidad en el desván. Mi madre no me dejaba subir, de hecho no fue mi intención hacerlo (seguramente me había dejado llevar por el fragor de alguna batalla imaginaria), pero una vez allí arriba, mi curiosidad innata me empujó a investigar cada rincón de ese lugar oscuro y abandonado. Era una habitación bastante grande para mi sorpresa, en la cual las telarañas y el polvo denotaban que hacía mucho tiempo que nadie entraba. Busqué en vano el interruptor para encender la luz, así que finalmente tuve que conformarme con la claridad gris y cansina que filtraban las pequeñas claraboyas alineadas en la pared, lo cual daba un aspecto lúgubre al lugar. Mi corazón comenzó a bombear más rápido, me encontraba excitado con la promesa de una nueva aventura, amaba las historias de fantasmas y ese escenario

me convertía en el protagonista de una. Comencé a investigar, en mi mente me veía con una pipa colgando de la boca y un sombrero de caza, como los detectives de mis cómics favoritos. Se escuchaban ruidos por aquí y por allá, que mi imaginación insistía en explicar cómo pasos acechantes de duendes salidos del inframundo. Me senté sobre un piano vetusto, al cual le faltaban unas cuantas teclas, y por un instante me sentí el Fantasma de la Ópera, inundando la habitación con una música cautivadora surgida de las entrañas del infierno. Continué mi recorrido, pasé por muchas estatuillas que quién sabe qué poderes mágicos tendrían, hasta que mis ojos se posaron en una cuna de terciopelo. Acostada sobre la tela agujereada, rodeada de barrotes de madera en estado de podredumbre, dormía un ángel celestial. Durante un tiempo prolongado fui incapaz de apartar mi vista de ella. Descansaba con una paz fuera de este mundo, sus bucles rubios parecían caer en un movimiento perpetuo y lleno de vida a cada lado de su cabeza pequeña y frágil. Llevaba un vestido azul con lunares blancos y unos zapatitos rojos de charol. Tuve el impulso de besarla pero me contuve, ¿qué iba a pensar de mí?, un extraño que llegaba para perturbar su sueño aprovechándose de su estado de indefensión. En vez de eso pasé el dorso de mi mano por su rostro, hablándole con la voz más suave y dulce de la que fuera capaz. Le conté que mi nombre era Vladimir y quería ser su amigo, que nunca había conocido una criatura más bella y que cuando despertara me buscara para jugar, yo la esperaría con ansias.

Pasé el resto del día pensando en ella. Durante las clases, mi mente viajaba fantaseando en cómo sería nuestro encuentro, después de toda una vida de haberla esperado. La institutriz tuvo que castigarme varias veces por mi falta de atención, pero no hubo manera de sacarme de mi ensimismamiento.

A la noche no pude probar bocado, la cocinera había preparado faisán asado con manzana, mi comida favorita, pero solo pude permanecer observando el

plato, absorbo en mis pensamientos, creyendo que quizá ella nunca vendría y yo tendría que pasar toda mi existencia en esa soledad inconmensurable.

Al otro día me levanté al alba, me sentía desalentado pero tenía la firme intención de volver furtivamente al desván para visitarla. Salté de la cama y me vestí. Iba ya saliendo de la habitación cuando pude ver que en el suelo, justo debajo de la puerta, había una nota:

“Querido Vladimir:

Me siento afortunada de haber recibido tu visita ayer, ven a verme cuando quieras, tenemos muchas cosas de qué hablar”.

Alexandra

Mi corazón dio un salto, ¡ella quería verme! Corrí a toda velocidad al jardín a buscar el ramo de flores más bello que pudiera encontrar. El jardinero me miró con desdén cuando tomé las rosas del cantero junto a la fuente de piedra, pero no me importó, solo pensaba en ella, en todo lo que teníamos para decirnos. Subí con cautela al desván, por suerte no había nadie alrededor y pude llegar sin complicaciones. Entré despacio, la adrenalina corría por mis venas y sentía que la sangre estaba a punto de entrar en ebullición pero me contuve, no quería perturbarla en caso de encontrarla dormida. Cuando me acerqué lo suficiente, pude ver que efectivamente sus ojos estaban cerrados. La contemplé por unos momentos sin saber qué hacer, hasta que en un raptó de locura la tomé de los hombros y la senté frente a mí. Sus ojos se abrieron instantáneamente, eran azules como el mar en una mañana clara. Pensé que se enojaría por haberla despertado de forma tan intempestiva pero solo se quedó observándome, sin pestañear. No

pude contener el impulso de mi corazón y la abracé con todas mis fuerzas, fue ahí que escuché su voz por primera vez:

—¡Hola! —me dijo.

Casi lloro de alegría, la saludé y le entregué las flores que con tanto amor había cortado para ella. Ella no las tomó, imaginé que quería que las dejara a su lado adornando su cuna, así que eso hice. Nos quedamos frente a frente en silencio durante un tiempo, yo no sabía muy bien sobre qué tema le gustaría conversar y poco a poco fui sintiéndome incómodo. Comencé a pensar que quizá no le caía tan bien y ella era digna de una compañía más entretenida. Luego de un rato decidí irme, me sentía fracasado y avergonzado, la despedí con un abrazo, dispuesto a marcharme para siempre, pero en el momento en que estreché su cuerpo contra el mío ella me preguntó:

—¿Quieres ser mi amigo?

—¡Claro! —respondí saltando de la emoción— Voy a venir todos los días a verte, podremos leer juntos, conversar y jugar a lo que tú quieras, seremos amigos por siempre. —Y salí corriendo sintiéndome el niño más afortunado del planeta.

Otra vez recibí los castigos de la institutriz por no prestar atención en clases, me encontraba en las nubes, nunca había existido nadie más feliz que yo en toda la Tierra. A la hora de la cena mi madre quiso saber qué estaba sucediendo, había recibido las quejas de la institutriz.

—Nada madre, solamente he estado un poco distraído últimamente, eso es todo.

—Espero que tomes responsabilidad en cambiar esa actitud sin demoras, sino me veré obligada a buscar el origen de tu distracción y suprimirlo.

Esas palabras me cayeron como un balde de agua fría, ¿qué pasaría si la encontraba? Tenía que solucionar ese tema de alguna manera, no podía permitir que nos separaran, no lo soportaría.

A la mañana siguiente recibí otra nota:

“Querido Vladimir:

Disculpa si no fui muy locuaz en nuestro encuentro de ayer, debo confesarte que soy muy tímida y me cuesta hablar cuando te tengo frente a mí. Me encantaría que siguieras visitándome, aunque quisiera proponerte una nueva forma de comunicación. Me sentiría mucho más comfortable si habláramos a través de nuestros pensamientos, sé que quizá suene extraño, pero es la manera en que aprendí a lidiar con mi timidez, cuando vengas te enseñaré, es muy fácil”.

Tuya,

Alexandra

Realmente era muy fácil, solo necesitaba permitir que los pensamientos de mi mente fluyeran sin interferencias, como en una meditación, de esa manera podría estar receptivo a sus mensajes, los cuales yo podría responder hablando normalmente. Todos los días nos sentábamos frente a frente: conversábamos, leíamos, jugábamos, éramos felices, aunque siempre, de una u otra manera, estaba presente el miedo de que nos atraparan. Hasta que un día sucedió lo que más temíamos.

Estábamos hablando sobre piratas, yo le contaba que algún día me uniría a un barco para vivir aventuras por los siete mares. Lo había decidido antes de conocerla, por eso le pregunté si ella estaría dispuesta a venir conmigo y me contestó que sí, aunque le daba un poco de miedo. La conforté, le dije que la

protegería por siempre, que nunca le sucedería nada malo mientras yo estuviera a su lado. Tan enfrascados estábamos en la conversación que no nos dimos cuenta de que atrás de nosotros se encontraba la criada, observándonos con rostro suspicaz.

—¿Con quién estás hablando? —me preguntó con un graznido.

Me paré valientemente y le respondí, cansado de ocultarme:

—Con mi novia Alexandra.

—¿Esa es tu novia? ¡Ja, ja, ja, pero si es una muñeca! —se burló— Tu madre se enterará de esto y te devolverá a la realidad jovencito, vas a ver. —Y salió por la puerta.

Me quedé parado en donde estaba, hecho una furia: ¡¿Cómo se atrevía a faltarle el respeto a mi novia de esa manera?! Una mera criada. En ese momento Alexandra me habló: *“Vladimir tienes que hacer algo, va a contarle a tu madre y nos separarán, ¡prometiste que siempre me protegerías!”*. Su llanto me partió el alma. Decidí entrar en acción antes de que fuera demasiado tarde, así que corrí hasta la puerta y la vi bajando las escaleras. Ni me oyó cuando me aproximé por detrás y la empujé con todas mis fuerzas, viéndola rodar y rebotar por los peldaños como una pelota de trapo. Al llegar al suelo se quedó yaciendo inmóvil, su cuello se doblaba en ángulo recto y sus ojos todavía permanecían abiertos, mirando a la nada. Me despedí de Alexandra y corrí de vuelta a mi habitación para ocultarme, en caso de que alguien hubiera escuchado el alboroto y decidiera acercarse a investigar su origen.

Al llegar a mi cuarto tenía una gran excitación por dentro, ¡me sentía un héroe! Sabía que me convertiría en un gran pirata, en el momento en que mi amada había necesitado de mi ayuda yo no había hesitado en hacer lo necesario para protegerla.

Esa noche el jardinero encontró el cuerpo, por suerte todos pensaron que había sido un accidente así que, luego de las exequias y llantos pertinentes al caso, mi madre se abocó a la tarea de encontrar una nueva criada.

Mis encuentros con Alexandra fueron en aumento de la misma manera en que mis notas descendían. Finalmente la institutriz me amenazó:

—Tu desempeño es un verdadero desastre Vladimir, esta tarde voy a recomendar a tu madre que te encierre en la habitación para que solo te aboques a estudiar y no pierdas el tiempo en tonterías.

Sentí un vacío en el estómago: ¡Ya no vería a Alexandra! Otra vez pude escucharla, su voz me llegó clara desde el desván: “*No me abandones Vladimir, no permitas que nos separen*”. Su pedido desesperado hizo surgir nuevamente esa fuerza interior, ese coraje que solo un pirata que defiende a una damisela en peligro tendría. Cogí el atizador de la chimenea y lo hundí en su cráneo. Bastó un solo golpe para que ella cayera, boqueando como un pez fuera del agua, mientras la sangre manaba a borbotones de su cuerpo. Instintivamente la envolví en la alfombra que cubría el piso de madera y la escondí en uno de los armarios de la sala de estudios, sabía que allí nadie la encontraría hasta que llegara la noche y pudiera enterrarla en el jardín.

Mis planes dieron resultado, pude limpiar la sangre que había caído en el piso sin problemas y a la noche la enterré en el cantero de rosas al lado de la fuente de piedra. Quedé exhausto, pero a la vez orgulloso por un trabajo perfecto.

Luego de algunos días la policía vino a nuestra mansión, desde mi cuarto pude verlos conversando con mi madre, cuya cara se iba deformando en una mueca de horror. Llamaron al jardinero y lo esposaron, llevándoselo en la patrulla, según pude oír, para cuestionarlo por la desaparición de la institutriz. Mi madre quedó desolada, entró a la sala y se sentó en el sofá con las manos cubriendo su

rostro. Salí de mi cuarto para confortarla, me partía el corazón verla de esa manera, sabía que si supiera lo que verdaderamente había sucedido entendería mis razones y se sentiría mejor, así que decidí contarle todo con lujo de detalles. Extrañamente su cara empalideció aún más, me miró con lágrimas en los ojos y, justo antes de romper en llanto, me dijo:

—Te amo hijo, voy a ayudarte en todo lo que esté a mi alcance.

Nunca me había hablado de esa manera, era un mujer severa y distante y esa fue la primera vez que me daba una muestra de amor. Pensé que mis planes habían funcionado nuevamente, así que me encontraba exultante. Esa noche fui a ver a Alexandra para contarle todo, sin saber que sería la última. Al otro día la policía volvió con un grupo de personas vestidas con batas blancas, me llevaron a un edificio lejano y me alojaron en una habitación con paredes acolchadas. Hace años que me tienen aquí, ahora soy un adulto y ellos dicen que he hecho un gran progreso y pronto me liberarán. Lo que no saben es que todavía escucho su voz en las noches, torturándome: *“¿Por qué me abandonaste? Dijiste que me amarías por siempre”*. Solo pienso en salir para cumplir con mi promesa de llevarla a navegar los siete mares en un barco pirata, pero primero tengo que arreglar otro asunto, todavía tengo una cuenta pendiente que saldar con mi madre.





Por Mónica Marchesky

Ilustrado por Donato Giancola (EE.UU.) / *Do Androids Dream of Electric Sheep: Lovers*



Un líquido gelatinoso se deslizó por su garganta, sabía a wasabi siliconado. Lo tragó lentamente y sin respirar. Atrás habían quedado los códigos de barra e identificadores personales, aplicados en todas las combinaciones posibles en nuestro mundo de tres dimensiones. Se había vuelto al sistema decimal.

668 había sido atrapado por los brazos metálicos entre la multitud que se apiñaba en los sótanos de la ciudad amurallada. Sabía que los científicos estaban haciendo pruebas con un nuevo producto que tal vez fuera la panacea milagrosa para la raza humana.

Una vez que la máquina seleccionaba, no había lugar donde esconderse. Habían sido testigos de las infructuosas rebeldías de los apiñados y sabía que resistirse no conducía más que al cansancio. Se dejó trasladar hacia el laboratorio de la parte superior.

Luego de un baño con un elemento blancuzco que parecía desinfectante, le fue rapada la cabeza y llevado desnudo ante una tarima donde se le había presentado el

⁶ Publicado en Ruido Blanco 1, Cuentos de Ciencia Ficción uruguayana (2013)

recipiente con el líquido gelatinoso que parecía un caldo cuántico, creyó ver, cómo interactuaban partículas brillantes cuando lo llevó a la boca.

Se separó al instante una ranura a sus pies y la base se deslizó como por un tubo hacia abajo. Pasó dos estancias y fue escupido hacia el exterior, desnudo, sin protección, sin armas, sin transmisores. Comenzó a caminar. Desde las múltiples pantallas del laboratorio, seguían sus pasos como en un juego.

Los apiñados pertenecían a la raza de humanos y no estaban agrupados socialmente, se comportaban como animales que copulaban, nacían y morían. 668 Había nacido en los sótanos y no en los laboratorios, su vida se había desarrollado en ese ámbito hasta la edad adulta. Podía entender algunas cosas, pero sabía que su destino estaba jugado, solo restaba esperar el día que la máquina lo seleccionara.

Los nacidos en el laboratorio dedicaban su vida a estudiar, aprender y desarrollar un arma para defenderse de la amenaza que se cernía fuera de las murallas.

Se hizo un silencio cuando las pantallas comenzaron a transmitir en el laboratorio. Allá abajo los apiñados, ajenos a los sucesos, continuaban apareándose y reproduciéndose.

Se tenía una vaga idea, por restos que habían sido encontrados, del avance tecnológico que había alcanzado la raza anterior. Pero un buen día, sin explicación aparente toda la sociedad se había derrumbado, sin dejar más rastros que evidencias de un desarrollo, el cual los científicos habían retomado.

Los humanos ya no tenían la supremacía sobre la tierra. En principio se habían reproducido los insectos, luego las plantas carnívoras habían diezmado a los mismos, colonizando el territorio.

El líquido que le habían hecho ingerir al explorador 668 era un producto químico que se pegaba a las paredes del estómago, el cual era reconocido por las plantas como clorofila.

—En cinco minutos comenzará a buscar el agua —resonó en el laboratorio una voz electrónica.

Efectivamente, 668 comenzó a sentir una sed que le carcomía las entrañas. Se deslizó por entre las plantas como un insecto, sin ser detectado por las mismas y comenzó a escarbar la tierra, sentía la humedad en sus pies y en las palmas de las manos.

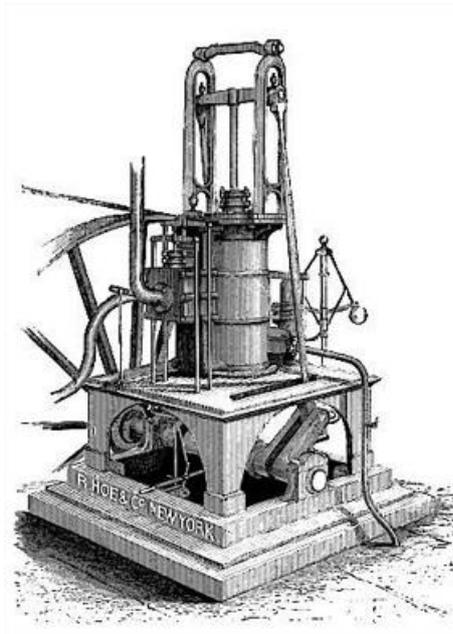
Bebió el agua lodosa con avidez hasta saciarse. Ante él se extendía un campo de girasoles que reflejaban una tenue luminosidad. 668 no supo nunca el peligro que corría entre esas plantas carnívoras.

—El proceso ha comenzado, ¡Todos a sus puestos! —gritó en voz de alerta el transmisor.

Sintió que su estómago se calentaba, un torrente de partículas subió por su esófago y las vomitó. No pudo contener las otras, las que pasaron a través de su piel desgarrándola, dejándolo expuesto. Las partículas se adherieron a los tallos de los girasoles, colonizándolos, hasta dejarlos vencidos, sin reacción.

Desde los salones del laboratorio una algarabía explotó. Risas y abrazos se prolongaron a lo largo de las pantallas. Los restos de 668 fueron absorbidos por musgo terrestre y raíces rastreras.

Se realizó el registro del experimento: “Proyecto caballo de Troya” nanoclorofila : POSITIVO.





Mark B
2012

Los predicadores⁷

Por Rodolfo Santullo

Ilustrado por Matías Bergara (Uruguay) / Quakeros



El local de Gladis no tiene nombre. Nunca lo ha tenido. Desde el exterior, poco se puede adivinar sobre las intenciones u objetivo del lugar. Una casa baja, de un solo piso, con una puerta delgada de compensado brasileiro y un ventanuco con los cristales anegados por la grasa. No se descubre su verdadera naturaleza sino hasta que el olor a frito —que se sostiene en el aire— invade las fosas nasales de los escasos transeúntes que recorren las calles de Punta del Diablo en invierno. Las mismas calles, callejones, pasajes, atajos, construidas sin ton ni son a raíz de las exigencias del crecimiento del pueblo de pescadores —como si no hiciera mucho tiempo que los pescadores dejaron de ser los verdaderos dueños del pueblo—, no permiten de pescadores, no permiten que uno descubra este lugar fácilmente. Sin embargo, se sabe que la cocina de Gladis es de lo mejor que uno puede encontrar aquí, sobre todo en esta época del año. Al contrario de todos los locales de comida, bares o restaurantes, que abren presurosos sus puertas promediando la primavera, el local de Gladis abre radicalmente sólo los tres meses de invierno. Se dice que la dueña se pasa el resto del año en Montevideo, donde tiene al menos tres lugares de similares características. Se dice que su marido era dueño de varias cabañas en todo Rocha y que ella vive de los alquileres. Se dice que Gladis tiene mucho dinero. En realidad, todas son meras suposiciones, pues la dueña no es dada a confidencias.

⁷ Cuadernos de Ficción: Sobrenatural (Editorial Estuario, 2012, Montevideo, Uruguay).

Era una noche muy fría de julio y eso en Punta del Diablo es mucho decir. En la gigantesca olla, traída por su marido —que descansa en paz— de sus regulares viajes al Chuy, flotaban varios pedazos de cordero. No era olor a frito lo que invadía el local esa noche, sino los cálidos aromas del laurel y el orégano sumados a la dominante fragancia de la carne. Pese a esta mejor elección del menú sólo un comensal solitario ocupaba una mesa, ubicada de frente a la puerta, de espaldas a la cocina, y pegada rigurosamente contra la pared de los percheros, donde había colgado un ajado camperón de marinero. Afuera comenzaba a llover con gotas regulares, finas y persistentes —llueve de frío pensó Gladis— que se meten en la carne y taladran los huesos.

El hombre tragaba su guiso de cordero despacio, dedicando largas miradas a la puerta. Espera a alguien, concluyó Gladis que —como no tenía mucho qué hacer— observaba al desconocido con poco disimulo acodada en su propia mesa, la más cercana a la cocina. Este era un hombre corpulento, que superaba ampliamente los cuarenta años de edad. Gladis nunca lo había visto en su vida, y lo descartaba fácilmente como lugareño, hecho que el mismo hombre corroboró al comentar de pasada que había desembarcado esa misma mañana en La Paloma. No era un hombre feo, si se cuidara un poco más a la hora de afeitarse e hiciera algo al respecto de esas bolsas cargadas que le colgaban bajo los ojos, brutalmente inyectados en sangre. El cabello, negro y brillante, se veía también grasoso y necesitado de un corte. Las manos, callosas y curtidas, parecían dotadas de vida propia, ya que sus actos automáticos, cortar un pedazo de pan, sorber el caldo del guiso, llevar una cucharada con cordero a la boca, eran ajenos a la atención del hombre, fija en la entrada.

El examen minucioso que Gladis hacía del marinero se vio bruscamente interrumpido al abrirse la puerta de calle. El vendaval que dio paso era tal, que la dueña del local se preguntó vagamente como una fina chapa de compensado se las

había arreglado para mantenerlo fuera hasta ese momento. El golpe de viento se cortó tan abruptamente como había empezado, ya que el hombre que había entrado se apresuró a cerrar la puerta a sus espaldas.

—¡Néstor!— el de la mesa amagó a ponerse de pie. Los ojos le brillaban febriles. Gladis no pudo saber si era alegría o ansiedad lo que demostraba ante la llegada de aquel al que tan impacientemente había esperado —¡Néstor!

El tal Néstor se sacudió la lluvia que traía encima. Era casi un facsímile del otro. Un largo guardapolvo gastado, empapado por el agua, una gorra de tela negra y altas botas de goma azules con una insolente bandita amarilla en su final, que le apretaban los bajos de unos mugrientos vaqueros. Se sacó la gorra y se pasó una mano por la cara, allí donde la barba le crecía con el mismo desorden que tienen los matorrales luego de un incendio. Su mirada se posó casualmente en Gladis por un momento y esta sintió que la recorría un escalofrío. Nunca había visto unos ojos tan carentes de vida.

—¡Néstor!— el de la mesa insistía – Arrimate, ponete cómodo. Hay cordero.

Gladis interpretó la cordialidad del otro como un pedido indirecto y no se demoró más. De reojo, mientras se metía en la trastienda que hacía las veces de cocina, vio cómo Néstor caminaba hasta la mesa de su anfitrión con desgano, arrastrando los pies. Se sacó el guardapolvo y lo colgó, chorreando agua, al lado del camperón del otro.

Mientras subía la temperatura de la hornalla, Gladis revolvió el guiso con cariño, para evitar que se pegara. Había calculado mal la cantidad de comida en referencia a la posible clientela, pero sabía que mañana sería otro día y el cordero no sólo se conservaría sin problema, sino que estaría mucho más sabroso. Ella misma, conciente de su propia efectividad como cocinera, ya se relamía ante la perspectiva de la cena.

Si sus comensales conversaban lo hacían en un tono tan discreto que las palabras no llegaban a la cocina. El burbujear del guiso se hizo constante y parejo, a lo que Gladis tomó un ancho cucharón gastado y sirvió una abundante porción en un plato hondo de lata. Resolvió de repente almorzar ella misma luego de llevar el plato, por lo que no apagó el fuego. Empujando la cortina que separaba el comedor de la cocina, salió sosteniendo el plato con un repasador.

Néstor no estaba. La puerta de compensado se golpeaba rítmicamente, entreabierta, por el empuje del viento. Había quedado el guardapolvo olvidado, pero en cambio faltaba el camperón. El otro comensal estaba sentado en el mismo sitio. Una de sus manos todavía sostenía un trozo de pan, apoyada en la mesa, mientras la otra descansaba al lado de la cuchara, salpicada por gotas de guiso.

Tenía un ancho cuchillo clavado en el pecho, de mango negro con remaches brillantes de aluminio. Un cuchillo de marinero. La mirada del hombre estaba perdida y ya sin vida. El rostro deformado por una expresión de pánico, doblemente horrible por transformar su rudo rostro.

Gladis volvió sobre sus pasos, devolvió el guiso a la olla y bajó el fuego. Recién entonces buscó el teléfono.

—¿Néstor, dice?— el teniente de la Prefectura Naval Jonás Guerrero trataba de anotar los datos en una empapada libretita, que había sacado de la campera azul anegada por la lluvia —¿No mencionó ningún apellido?

Gladis negó con la cabeza, sin sacarle los ojos de encima al cabo Faustino Méndez, quien sentado en una mesa contigua contemplaba indiferente el tétrico espectáculo del hombre acuchillado. El cabo era el claro perfil de hombre que le gustaba a Gladis. Rondaba la cincuentena, pelo canoso, anchas espaldas. Aunque se había afeitado en la mañana, ya se rascaba la sombra de barba, también cana, y el

sonido le recordaba a la mujer el acto de raspar mejillones. En cambio, el teniente Guerrero, era su antítesis. De menos de 30 años, era un montevideano que no llevaba un año en Punta del Diablo, de cuerpo delgado, rostro cetrino, ojos pequeños y algo miopes. Se había integrado bien en la escasa comunidad del lugar y había hecho buenas migas con Méndez. El destacamento de Prefectura se complementaba con el joven alférez Emiliano Ibarburu, a quien Guerrero había mandado custodiar la puerta y mantener alejados a los curiosos. La lluvia había arreciado y los curiosos eran nulos, pero Ibarburu permanecía estoico en la puerta, con el riguroso uniforme blanco cada vez más empapado, encogido dentro de su largo piloto impermeable.

Guerrero mordisqueó el canuto de la lapicera. Ya había renunciado a esperar la llegada de la policía, al parecer esta vuelta le tocaba a Prefectura. Ya se había acostumbrado a la cero formalidad en cuestiones de jurisdicción que las autoridades de la costa tenían en esta época del año. Con la llegada del verano y los ojos de la superioridad puestos sobre todo, allí la buena letra era cosa obligada. Pero ahora, con menos de trescientos residentes fijos, en su mayoría pescadores casi analfabetos, a nadie le importaba nada.

—Se dejó el guardapolvo— le informó Gladis a Méndez y el veterano asintió con la cabeza.

—¿Qué piensa?— le preguntó el teniente a su subordinado.

—Algo común.— se encogió de hombros el cabo —Plata, mujeres, que sé yo. Se juntan, discuten y uno le clava un cuchillo al otro. No es la primera vez ni será la última.

—Discutir no discutieron— aportó Gladis— o lo hicieron muy calladitos.

—¿Usted estaba en la cocina, no?— inquirió Guerrero y la mujer asintió—
¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—Unos quince minutos.

—¿Conocía a alguno de ellos?

—No. El finado me dijo que desembarcó hoy en La Paloma. El otro no dijo nada, pero no era del pueblo.

—No, ninguno lo era.— terció Méndez. Se había levantado y revisaba los bolsillos del guardapolvo. Fue sacando y dejando sobre una mesa en prolijo orden: un relicario, un rosario de madera, una pequeña Biblia prácticamente des encuadernada, unas monedas sueltas de las que ninguno reconoció su procedencia y una ajada foto, donde Néstor, identificado rápidamente por Gladis, posaba hombro con hombro con alguien que podría ser el muerto, ambos luciendo una mirada gris y apagada, que no encontraba la cámara.

—Un hombre devoto— observó el teniente.

—No quiere decir nada tanta quincalla— respondió Méndez— las cosas que termina uno llevando en los bolsillos sin saber.

Los tres asintieron gravemente, como si se hubiera revelado una verdad absoluta. El cabo guardó las cosas del tal Néstor en una bolsa. Con cierto reparo, el teniente examinaba ahora al cadáver.

—Sin ser forense, está claro que esta puñalada alcanzó y sobró para matarlo.— el cuchillo brillaba implacable, todo lo que no estaba enganchado en la carne— Le partió el corazón.— agregó.

Se miraron los tres un momento, como si de repente cobraran conciencia de que allí entre ellos había un muerto. Alguien que nunca más volvería a mojarse con la lluvia, a comer guiso de cordero, a llegar a un lugar desconocido proveniente de otras tierras. El cadáver parecía coincidir con esta actitud discretamente. El rigor mortis comenzaba a marcarle la cara en una mueca burlona, grotesca.

—¡Alférez!— el grito de Guerrero hizo a los otros pegar un respingo. Ibarburu se asomó desde la puerta— Vaya hasta Prefectura y llame a quien corresponda. Asegúrese que nos manden algún equipo forense. ¿En Castillos hay?— le preguntó a Méndez, quien negó con la cabeza— De Montevideo entonces. Apúrese.

El joven salió a la carrera bajo la lluvia. Los dos marineros y la mujer quedaron congelados en un silencio incómodo.

—¿Guiso de cordero dijo, Gladis?— preguntó Méndez de repente.

Lo comieron amontonados en la cocina, esquivando con culpabilidad la mirada del muerto que no había podido terminar su plato.

Al final vino a buscarlo una ambulancia de Castillos. Guerrero le ordenó al alférez que acompañara al cuerpo y que con todos los cuidados de caso mandara el cuchillo a Montevideo a examinar una vez fuera retirado. También le pidió que tomara y mandara las huellas digitales del finado. Sin embargo, cuando los enfermeros, con particular incomodidad en sus rostros, levantaron el cadáver, Faustino Méndez descubrió la billetera que asomaba de uno de los bolsillos traseros de su pantalón.

—Pedro Bordagaray— leyó el cabo una cédula, mientras el teniente miraba la ambulancia perderse en la lluvia y pensaba vagamente en que Ibarburu no había almorzado— oriental, nacido en Montevideo en 1962.

Registró los demás compartimientos del portadocumentos. Había algunas tarjetas sueltas: un herrero de Mar del Plata, una panadería de Costa Azul, un abogado de nombre Pablo Miccolo sin lugar de residencia determinado, pero por el número de teléfono probablemente argentino; 150 pesos uruguayos, y una fotografía donde el muerto y un hombre extremadamente parecido a él sonreían luminosamente en el puerto de Montevideo vestidos ambos con overoles de trabajo.

—Que amable esta gente, que nos brinda tantas fotos para identificación.—
sonrió Méndez.

—Entonces en la otra foto puede estar él o este que parece el hermano, con el asesino.— concluyó Guerrero a lo que su subordinado asintió.

—Hay una nota de recomendación acá— agregó Méndez, que acababa de encontrarla entre el dinero.— “Recomiendo sin ningún tipo de dudas a Pedro Bordagaray, marinero de primera, en todo tipo de tareas en alta mar, ya que se ha destacado en mi barco de pesca ‘Salto’ durante los pasados tres meses. Firma: Capitán Aquiles Morales.” Con fecha de ayer... no, hoy.— constató la fecha en su reloj de pulsera.

—Seguramente de ese barco desembarcó en La Paloma— intervino Gladis, que había escuchado todo muy atenta.

—Seguramente— convino el cabo.

Guerrero había examinado minuciosamente el lugar, comprobando que no quedaba nada de interés y que sin la presencia del muerto, nada más tenían por hacer allí.

—Podemos estar en La Paloma antes que atardezca— el cabo parecía leerle los pensamientos.

—Sí. Pero antes preguntemos a los vecinos a ver si alguien vio al asesino. Si se está quedando por acá, en algún lado lo tienen que haber visto.

—Eso seguro— el cabo se sacaba un olvidado pedacito de cordero de entre los dientes.

Salieron a la calle y a la lluvia, luego de demorarse unos segundos Méndez en un breve intercambio de palabras con Gladis, que el teniente se cuidó mucho de no escuchar. Fueron hacia lados contrarios, llamando puerta por puerta. Nadie había visto al desconocido y los que pudieron verlo en la foto, que llevaba Guerrero, no lo

reconocieron. Todos dedicaron miradas de compasión a esos hombres cada vez más mojados por la permanente lluvia.

Eran casi las cinco de la tarde cuando se reunieron en la Prefectura, tomaron la camioneta y salieron para La Paloma.

—Sí, es él.— el Capitán Aquiles Morales miró la foto con atención concentrada. Era un hombre viejo, con la cara enrojecida por el alcohol y una cabeza cana donde comenzaba a escasear el cabello. Un segundo después, se calzó unos lentes de grueso aumento y volvió a mirar la fotografía— Es él.— repitió.

Guerrero asintió con la cabeza y se guardó la foto. Estaban los tres dentro de la camioneta, refugiados de la lluvia que también caía inmisericorde en La Paloma, mientras pocos pasos más allá terminaba el muelle. El “Salto”, un barco de tan escaso calado que llevó a Guerrero a dudar sobre su capacidad como pesquero, bogaba a algunos metros. Morales no había dudado en hablar de su Salto querido y lo lejos que lo sentía. Un poco de mi tierra en el mar, había dicho mirando al cascarón de nuez, emocionado.

—Lamento oír que haya muerto— comentó el Capitán ante el silencio de sus interrogadores— Era un buen hombre.

—¿Sabía usted a qué viajó a Punta del Diablo?— inquirió el teniente— ¿Si iba a encontrarse con alguien?

—Si— Morales se guardó de nuevo sus lentes en el bolsillo— Iba a hablar con un amigo de su hermano... su hermano Carlos se suicidó hará un par de meses. Y Pedro quería entenderlo. Entender por qué. Yo le dije que nunca se entiende porqué alguien hace algo así, terminar con la propia vida. Pero de todas formas, Pedro insistió.

Los marineros guardaron silencio, procesando la información y cruzando alguna mirada.

—Me pidió la nota de recomendación porque sabía que yo vuelvo a salir enseguida... no puedo perder la zafra...— continuaba Morales.

—¿Sabe algo de este amigo con el que iba a hablar?— lo interrumpió Méndez.

—¡Bah! Amigo no sé si era. El hermano de Pedro también era marino, pero de barcos de más calado. Cargueros mercantes, por decir alguno. Y este hombre era su compañero de litera. Parece que Carlos se quitó la vida a bordo ¿entienden? Y si este hombre estaba con él...— dejó morir la frase con el gesto que hace quien revela lo evidente.

—¿El nombre de este amigo o compañero?

—Nunca me lo dijo.

—¿El nombre del barco donde se quitó la vida el hermano?

—Tampoco.

Se contemplaron brevemente, mirándose y mirando el desierto muelle, ofensivamente gris y vacío, engañoso ante la realidad que significaba albergar tanta luz, calor y alegría en meses más felices, y finalmente Guerrero le agradeció a Morales y le indicó con un gesto que el interrogatorio había terminado. Morales asintió con la cabeza y segundos después corría bajo la lluvia hasta su “Salto” querido.

—Con el nombre capaz que encontramos que barco era... en la ANP guardan registro de las tripulaciones. Dándoles el nombre de Carlos Bordagaray... se puede probar.— reflexionó el teniente.

—Siempre y cuando el barco fuera uruguayo... y tuviera todos los papeles en regla.— Méndez sonrió ladino— Mucha suerte tendríamos que tener.

—Yo pruebo de todas formas.— insistió Guerrero con algo de terquedad infantil.

Y así lo hizo efectivamente, desde un ANTEL de La Paloma mismo, dejó todos los datos en la ANP donde le prometieron comunicarse a la brevedad, de haber suerte.

Y la hubo. Carlos Bordagaray había zarpado en diciembre del año pasado a bordo del “Ulises”, barco de mediano calado, de bandera uruguaya, dedicado al transporte de mercancías variadas. Constaba en los registros de ANP su muerte inclusive, catalogada efectivamente como suicidio, acontecida en marzo de este mismo año. Y a la ANP sólo le había costado poco más de una semana en dar y comunicar todos estos datos.

El capitán del “Ulises” se llamaba Mauricio Sensinni. Un teléfono de Montevideo venía con los datos de la ANP y con este se comunicó Guerrero.

—¿Carlos Bordagaray, dice?— la voz de Sensinni se perdía en el mar de cables cruzados que significaban más de trescientos kilómetros de telecomunicaciones— Claro que lo recuerdo.

—¿Se suicidó a bordo?

—Se ahorcó en su camarote. Con su cinturón.

—¿Recuerda el nombre de su compañero?

—¿Qué compañero?

—Su compañero de litera. Néstor algo...

—¿Néstor? Carlos tenía un camarote para él sólo... ¡Ah! ¡Usted dice el naufrago!

—¿El naufrago?

—Sí, el naufrago. Algo de novela fue... lo encontramos en alta mar, bogando sobre unos restos. Nos dijo que la caldera de su barco había estallado y que llevaba más de 48 horas en el agua. Recorrimos un poco la zona pero no encontramos más supervivientes.

—¿Dijo el nombre del barco?

—Si... era... espere, déjeme recordar. “Lontananza”, eso es. “Lontananza”.

—¿Qué más dijo?

—Poca cosa, era un hombre muy callado. Recuerde además por la impresión que seguramente había pasado. Podía estar en shock.

—¿Y compartió camarote con Bordagaray?

—El “Ulises” no es de mucho calado. Y Carlos tenía espacio.

—¿Por qué se mató Carlos?

—Esas cosas sólo las sabe Dios.

—¿Néstor dijo algo?

—No, bueno... en realidad encontramos a Carlos ya cuando estábamos en tierra. En Montevideo mismo. Nos extrañó que no desembarcara.

—¿Y Néstor?

—Ya había bajado.

—¿Se denunció el hundimiento del “Lontananza”? ¿Néstor brindó declaraciones?

—Lo denuncié personalmente en la ANP. De Néstor no supe más nada. Desembarcó sin despedirse.

Guerrero se despidió del Capitán Sensinni y se comunicó con la ANP. Del “Lontananza” sólo pudo recoger que efectivamente se lo daba por perdido,

catalogada su desaparición como “accidente” y no se recogían datos sobre sobrevivientes.

—Llegó el parte de Montevideo.— anunció Ibarburu, que venía vigilando el fax desde un rato atrás.

—¿Los datos de la autopsia?

—Y de las huellas del muerto.

—¿Mandó las huellas igual? Lo identificamos por la billetera.

El alférez enrojeció un punto, consiente de su error. Méndez, testigo silencioso de toda la escena, sonrió mientras negaba con la cabeza y le sacó el parte de las manos al joven marinero. Lo ojeó por encima, hasta que algo le llamó la atención.

—Bien botija, así sea de rebote, la pegaste— le sonrió ampliamente a Ibarburu, con una dentadura que había visto mejores épocas.

—¿Qué tiene, Méndez?— quiso saber el teniente.

—Nos comunican desde la capital que las huellas encontradas en el cuchillo, coinciden con las de Pedro Bordagaray.

Se miraron los tres marineros en silencio durante unos instantes, hasta que Guerrero reaccionó.

—¿Se clavó el cuchillo él mismo?

Méndez asintió con la cabeza, la mirada fija en el parte.

—Ta que lo parió... como atrae suicidios este cristiano.— musitó el cabo con un dejo de preocupación.

La investigación había llegado a un punto muerto. Diez días después de encontrar el cadáver de Pedro Bordagaray, que además ahora estaba catalogado como suicidio, y ninguna respuesta en las pesquisas por toda la zona con la foto de

Néstor, a quien nadie había visto ni en Punta del Diablo, Castillos, La Paloma, El Chuy, Aguas Dulces, Valizas, Cabo Polonio, Costa Azul de Rocha o La Aguada, Guerrero no podía más que cerrar el caso. La propia vida del poblado de pescadores se fue imponiendo: Méndez pasó a buscar un bote desaparecido, el cabo del ancla se había cortado o se trataba efectivamente de un robo propiamente dicho, mientras que Ibarburu se fue a Castillos a tomar un curso de especialización en cabotaje y rescate, curiosamente realizado tierra adentro. El invierno transcurría lentamente y con él, Guerrero sentía el paso de las horas muertas, como solo saben pasar en los pueblos costeros en invierno. Sin embargo, frecuentemente sacaba la foto de Pedro y Néstor de su bolsillo —la llevaba siempre encima sin saber por qué— y los observaba. Había sido tomada a bordo del “Ulises” evidentemente, por manos anónimas. Los dos hombres no tenían mucho tiempo de conocerse, apenas si Néstor había estado a bordo unos pocos días, pero compartían la misma postura física. Compartían algo. El teniente no tenía manera de descifrar qué era, pero en la foto algo le decía que esos dos hombres cargaban el mismo peso sobre sus espaldas. Eso era. Se veían agobiados, aplastados. Como si ambos guardaran un oscuro secreto o un pasado turbio.

El teléfono lo sobresaltó. Era Méndez.

—Se me ha ocurrido una idea genial.— saludó el Cabo.

—Diga.

—No, no. Si estoy equivocado, mejor no decirlo. Pero si acierto, es genial completamente.

—Oiga hombre, no hable en acertijos ¿quiere?

— Tengo la respuesta de por qué no encontramos a nuestro hombre por ningún lado. Usted espérese nomás, mi teniente, que con viento a favor le traigo al tal Néstor atado de pies y manos hoy mismo.

Y colgó.

Guerrero sacudió la cabeza, preocupado.

Esto no le gustaba, no señor.

—¿Todavía acá, teniente?

La pregunta de Ibarburu lo despertó. Afuera de la Prefectura ya había anochecido y Guerrero descubrió que se había dormido sentado frente a su escritorio, acechando el teléfono.

—Alférez, ¿Tiene novedades del cabo Méndez?

—No señor— Ibarburu lo miró extrañado— Acabo de regresar de Castillos yo. ¿Pasó algo?

—Nada— el teniente le restó importancia al asunto con un gesto— Me voy para casa.

—Muy bien, señor.

Dejó al joven marinero de guardia, instalándose en el mismo escritorio que él dejaba atrás con sus libros teóricos sobre cabotaje y rescate en alta mar, para salir a la gélida noche. El cielo estaba claro y en la casi ausencia total de alumbrado público pudo disfrutar de la bóveda estrellada como sólo se puede hacer en la costa de Rocha. Tragó aire ruidosamente y sintió que se le condensaba en la boca, congelándole el paladar. Un poco mareado, no sabía por qué —exceso de oxígeno quizá— caminó las escasas cuadras, una cortada llena de barro en realidad, hasta las cabañas donde tenía su hogar. En la entrada de las cabañas, que eran casi cuarenta y en temporada un hormiguero de gente, se detuvo. Pensaba en todas las malas películas y libros que había visto y leído y lo que le pasaba a los personajes que, como Méndez, anunciaban una idea genial y no la transmitían. La realidad no puede ser un cliché así, reflexionó. De todas maneras, no se convenció, así que volvió sobre

sus pasos y enfiló hacia el pequeño edificio donde el cabo Méndez tenía su apartamento.

Este era un caserón de tres pisos de alto, que alguna mano codiciosa había reciclado en pequeños departamentos de un solo ambiente. Guerrero había compartido alguna cerveza con Méndez en su hogar, luego de la jornada laboral. El cabo era un hombre puntilloso, que tenía su apartamento impecable. Ni una mota de polvo, nada fuera del lugar.

La puerta de entrada estaba sin cerrojo, por lo que momentos después Guerrero llamaba al departamento del cabo. La puerta se abrió al primer golpe, estaba apenas entornada.

—Me cago en la gran puta...— el teniente empujó sin entusiasmo la puerta, convencido de que nada bueno lo esperaba.

El cabo Faustino Méndez colgaba desde una viga del techo, que cruzaba el apartamento. Se había ahorcado como Carlos Bordagaray, con su cinturón. El cuerpo todavía se mecía.

Mientras el teniente corría hasta él, atrapando a la pasada un cuchillo de la cocina, arrastraba una silla para treparse y cortar la prenda, pensaba como la realidad imita tan malamente a la ficción más veces que las que uno pudiera querer.

En la policlínica de Punta del Diablo lo tranquilizaron, asegurándole que el cabo ya no corría peligro. Se había dañado, eso sí, las cervicales con el tirón y corría peligro de no volver a caminar. Lo trasladarían a primera hora de la mañana a Castillos o a Montevideo, en caso de que el Clínicas aceptara el pase, para someterlo a diversos estudios.

Guerrero escuchaba todo lo que la enfermera le decía con la mirada petrificada en el vaso de plástico con café que Ibarburu le había alcanzado antes de volver a

Prefectura. La imagen del cuerpo de Méndez meciéndose no salía de sus retinas. Estaba pasando algo terrible. El cabo no era un hombre dado a depresiones ni malestares. La última persona que uno pudiera creer que atentaría contra su propia vida. La misma llamada telefónica más temprano en el día lo mostraba tan jovial como siempre. La imagen del ahorcado se mezcló con la foto a bordo del “Ulises”. De repente, no podía sacar esa imagen de su mente. La buscó en su bolsillo y descubrió porqué. La misma expresión en el rostro. Méndez, Bordagaray y Néstor. Todos tenían la misma expresión en el rostro.

—¡Teniente! ¡Me acabo de enterar!— Gladis cruzaba el sucio estar de la policlínica, generando miradas molestas de los demás ocupantes que trataban de pegar una cabezada en plena madrugada. La enfermera había desaparecido, sin que Guerrero lo notara. La mujer se dejó caer pesadamente en una silla contigua al oficial de Prefectura. Se miraron un segundo, algo incomodados. La presencia allí de Gladis confirmaba el secreto de su relación con el cabo, secreto a voces pero secreto al fin.

—No puedo creerlo... ¿Usted lo cree?— preguntó la mujer finalmente.

Guerrero negó con la cabeza, concentrado en el joven médico que salía de la unidad de cuidados intensivos y se acercaba con paso cansino.

—Me dijo hoy que salía a pescar. Que esperaba traer algo gordo.— agregó Gladis.

—¿A pescar?— inquirió Guerrero, pero la mujer no pudo contestar porque el doctor ya estaba encima.

—¿Teniente Guerrero? Puede verlo ahora si quiere.

Guerrero caminó por el pasillo, con Gladis pisándole los talones. A pescar. ¿Qué quería decir eso? Méndez no podía haberle mentado tan descaradamente y haber pasado toda la tarde pescando en vez de buscar a Néstor. Además no tenía ni

porqué mentir. Él les daba libertad total a sus subordinados. Ninguno tenía que reportar nunca sus movimientos, con tal de que el trabajo se cumpliera.

Abstraído en sus pensamientos, no se fijó en que Gladis le ganaba la delantera y entraba primera en el cuarto. Guerrero vaciló un segundo, dudando si brindarles un momento de privacidad. El grito casi inmediato de la mujer lo sobrecogió y le hizo temblar las rodillas del sobresalto. Con las sienes latiendo fuertemente entró de un salto a la habitación.

Gladis estaba arrodillada al pie de la cama, pero en lo único que el teniente podía fijarse era en la sangre. Sangre que cubría la cama blanca, sangre en el suelo, sangre que corría abundante por la boca entreabierta de Méndez. Con un gesto indiferente, el cabo escupió el pedazo de lengua que todavía tenía en su boca y lo miró sin expresión alguna.

La lancha de la prefectura tenía su propia dársena en la única parte edificada de todo el puerto de Punta del Diablo. Guerrero caminaba por la playa, esquivando los botes de los pescadores que descansaban sobre la arena, a varios metros de la orilla. Llovía otra vez. Acababa de dejar a Agustín Sosa, el pescador que había denunciado su barca, la “Santa Rita II”, como robada. Sosa, un hombre de mirada triste y al que los pómulos se le confundían con las colgantes mejillas, de aspecto algo perruno, había repetido palabra más palabra menos lo dicho al cabo. Guerrero no tardó en darse cuenta el motivo del entusiasmo de Méndez. La barca de Sosa había desaparecido el mismo día de la muerte de Pedro Bordagaray. Había desaparecido el mismo día que Néstor.

En la dársena de prefectura, constató que el registro escrito —guardado bajo candado en un armarito metálico— indicaba que Méndez había tomado la lancha ayer. No había marcado su regreso, evidente ya que la lancha se mecía allí mismo frente a sus ojos, pero sí había llenado de combustible el tanque. Guerrero echó un

vistazo a los indicadores. Por la cantidad gastada no había hecho más de cinco kilómetros para ir y otro tanto para volver. Revisó las cartas náuticas, concluyendo, estaba seguro, lo mismo que el cabo. En la bahía Ostuni. Allí debía estar Néstor, escondido a bordo de la “Santa Rita II”.

Miró el teléfono que se comunicaba solamente con Prefectura, escondido en el mismo armario. La idea de revelar sus indagaciones a Ibarburu, inclusive ordenarle que lo acompañara, cruzó por su mente. Nunca supo porque no lo hizo. No podía explicarlo, pero estaba convencido que allí en el mar lo esperaba un horror. La idea se había vuelto en su mente una certeza, sin que supiera a ciencia cierta a que tipo de razones respondía esa idea. Sea lo que fuera que iba a encontrar haciéndose a la mar, no quería arrastrar al joven alférez con él.

No esperó más. Saltó con algo de torpeza sobre la lancha y esta se meció bajo sus pies. La llovizna le heló la cara y le lloraron los ojos. Se ajustó la campera mientras ponía el motor en marcha. Con un ronroneo, abandonó la dársena, con el vuelo de algunas solitarias gaviotas como toda despedida.

La “Santa Rita II” había visto mejores épocas. Era un lanchón de unos ocho metros de largo, con un pequeñísimo castillo en popa. De su cubierta colgaban aparejos de pesca, y, aún a bordo de su propia lancha, Guerrero pudo apreciar cómo Néstor había ordenado baldes y latas para aprovechar el agua dulce de la lluvia. El escondite del prófugo se mecía suavemente en la calma de la bahía Ostuni. Guerrero había tenido que internarse varios centenares de metros en la cala, para descubrir la lancha, a la que ahora vigilaba con el motor apagado, acercándose irremisiblemente por el empuje anterior. Buscó en la lancha la 9MM reglamentaria que sabía que siempre estaba allí. No la encontró. Sin tiempo ya para preguntarse nada más, tomó una pistola de bengalas como el mejor sustituto y —cuando estuvo a distancia de hacerlo— saltó a bordo de la “Santa Rita II” con un cabo de cuerda en las manos.

Sin hacer el menor ruido, ató una lancha a la otra. De dentro del castillito se escuchaba el entrecocar de unas ollas y el inequívoco ruido del agua puesta para hervir.

Néstor no se sorprendió al verlo. Lo miró entrar en el habitáculo, apuntándole con la pistola de bengalas, sin hacer el menor gesto. Tenía en sus manos un mate, que estaba vaciando de yerba por un ojo de buey, y el termo descansaba junto a la caldera que se calentaba. Guerrero descubrió, no sin cierta sorpresa, la 9MM abandonada sobre un mueble. Rápidamente cambió de mano, le apuntó con la pistola y guardó la símil de bengalas en la cintura. Méndez había estado allí, concluyó el teniente ya sin asomo de duda alguna.

—Sabía...— murmuró Néstor, sin mirar al oficial de Prefectura.

—Las manos quietas.— ordenó el teniente, sin dejar de apuntarle.

—Hágase un favor— Néstor no lo miraba— Dispáreme.

—No me dé motivos y todo andará bien.

—Dispáreme.

—No se haga el loco.

Néstor dejó el mate al borde del ojo de buey y al fin lo miró. Guerrero se estremeció de la cabeza a los pies. La mirada de la foto, la mirada de Méndez, pero multiplicada por mil. Los ojos eran prácticamente inhumanos por su carencia absoluta de vida. Como si se hubiera engrampado las retinas de mármol de una estatua griega. Guerrero ocupó todo el margen de la puerta, ante la improbable idea de un escape.

—Hable. ¿Qué está pasando? ¿Qué le hizo a Méndez?

Néstor lo miró y por una vez, el teniente creyó ver una mínima expresión en esos ojos de plomo. Lentamente, negó con la cabeza. Guerrero amartilló el arma y le apuntó a la cabeza.

—Si no habla, no me sirve. Nadie sabe que estoy acá... y no vengo a detenerlo. ¿Entendió?

Evidentemente sí lo entendía, porque empezó a hablar.

—El Capitán fue el primero que los vio. Parecían salidos de la Biblia. Una balsa, hecha con troncos, troncos de árbol como si se hubieran escapado de una isla, flotando en medio del mar. Era algo increíble. Parecía como de esas novelas de naufragos. En la balsa venía toda una familia. No eran menos de nueve. Y todos vestidos como esos religiosos que no usan electricidad ni cosas tecnológicas. De negro y blanco, un blanco impecable a pesar de estar quien sabe cuánto flotando allí, barbas largas negras. Las mujeres parecían casi sirvientas. No miraban a nadie a la cara.

Guerrero sintió un mínimo vahído. Le pareció que la “Santa Rita II” se mecía más ahora. El mar afuera se debía de haber encrespado. Se tomó del marco de la puerta y mantuvo amartillada la 9MM apuntándole a Néstor. No podía distraerse.

—El “Lontananza” era un barco bastante amplio, así que yo casi ni me los crucé en un principio. Pero a los pocos días de que estaban a bordo, me empecé a dar cuenta que pasaba algo raro. El más viejo de los hombres había estado hablando con algunos de nuestros marineros. Estos lo empezaban a seguir como corderos. Pero casi enseguida el capitán descubrió que faltaban dos hombres. Se habían arrojado al mar durante la noche.

El mareo aumentaba. Guerrero encontró difícil seguir atento al discurso de Néstor. Nauseas, de repente sentía nauseas.

—El capitán se dio cuenta. Todos los que hablaban con los naufragos, cambiaban. Empezaban a hablar con tono muerto o quedaban como monigotes sin vida, ni expresión. Y para cuando desapareció el quinto de los nuestros, el capitán los enfrentó.

Guerrero sentía que le temblaban las rodillas. Comprendió que algo terrible estaba pasando, pero no podía dejar de escuchar.

—Dijeron que eran el fin del mundo. El Apocalipsis. Que ellos eran la palabra de Dios. Sus predicadores en este mundo del pecado. La era del libre albedrío había terminado, había fallado y Dios no podía seguir aceptando que los mortales no lo eligiéramos a él, y todos ahora debíamos obedecer sus palabras. Y a medida de que hablaban, nos dimos cuenta. Ya no podíamos pensar con claridad. Ya no nos respondía el cerebro. Empezábamos a dejar de ser nosotros mismos, para ser predicadores igual que ellos.

Guerrero tragó saliva con muchísima dificultad, bajó por su garganta raspándolo. El cuerpo pareció pesarle y ser arrastrado por una corriente que parecía ordenarle que dejara de pensar. Que dejara de pensar.

—¿Cuál... cual era el mensaje? ¿Qué decían?— preguntó con un hilo de voz.

Néstor lo miró inexpresivo totalmente.

—¿No lo siente? No hay mensaje. No hay discurso. Solo hay que escuchar el tiempo suficiente a un predicador para transformarse uno mismo en uno. Usted ya está tan perdido como yo.

Una llamada de alarma, la última, en su cerebro le ordenó a Guerrero que saliera de allí. Que corriera. Las piernas no le respondieron. Ya no era él. Ya no podía hacer nada.

—Hubo algo que los predicadores no nos dijeron— continuaba Néstor— pero que nos fuimos dando cuenta. Todavía nos quedaba en ese primer momento, un resto de voluntad, de decisión. Así fue que algunos de mis compañeros se arrojaron al mar, en vez de ser portadores de esta terrible palabra de Dios. El capitán logró llegar más lejos e hizo explotar la caldera del “Lontananza”.

Guerrero sólo podía permanecer inmóvil, escuchando.

—Pero yo quería vivir. No quiero morir. Es de lo único que estoy seguro. Y floté, me agarré a todo lo que encontré hasta que me descubrieron en el mar. De los predicadores, de mis compañeros, no supe más nada. Quizá el capitán lo logró y los eliminó para siempre. Pero me di cuenta que de ser así ahora soy el único portavoz de la verdad de Dios. Al menos por ahora, usted es otro. Su oficial, otro más. Todos los otros a los que les transmití la palabra, prefirieron morir antes de ser predicadores del fin del mundo. Pero es solo cuestión de tiempo. La palabra va de unos a otros, ahora usted volverá y la comunicará. No tiene opción. Yo traté de alejarme de todo para...

La caldera hirvió con un chillido y sonó un estampido. Un surco de sangre apareció en la frente de Néstor, que cayó muerto inmediatamente, arrastrando la caldera con agua en su caída. Recién entonces Guerrero descubrió que había seguido apuntándole todo el tiempo con la 9MM y ni siquiera pudo entender cómo había apretado el gatillo. Néstor estaba inmóvil en el suelo, la mirada tan carente de luz como cuando estaba vivo.

El arma cayó de las manos del teniente. Este miró a su alrededor pero las ideas no se desarrollaban en su cerebro. Después de mucho tratar, logró concentrarse brevemente. Consideró si valía la pena tratar de sobrevivir alejado de todo y de todos, para no llevar a nadie la palabra de la destrucción. Supo que no podría. Tarde o temprano, la palabra misma lo obligaría a trasmitirla, lo obligaría a volver.

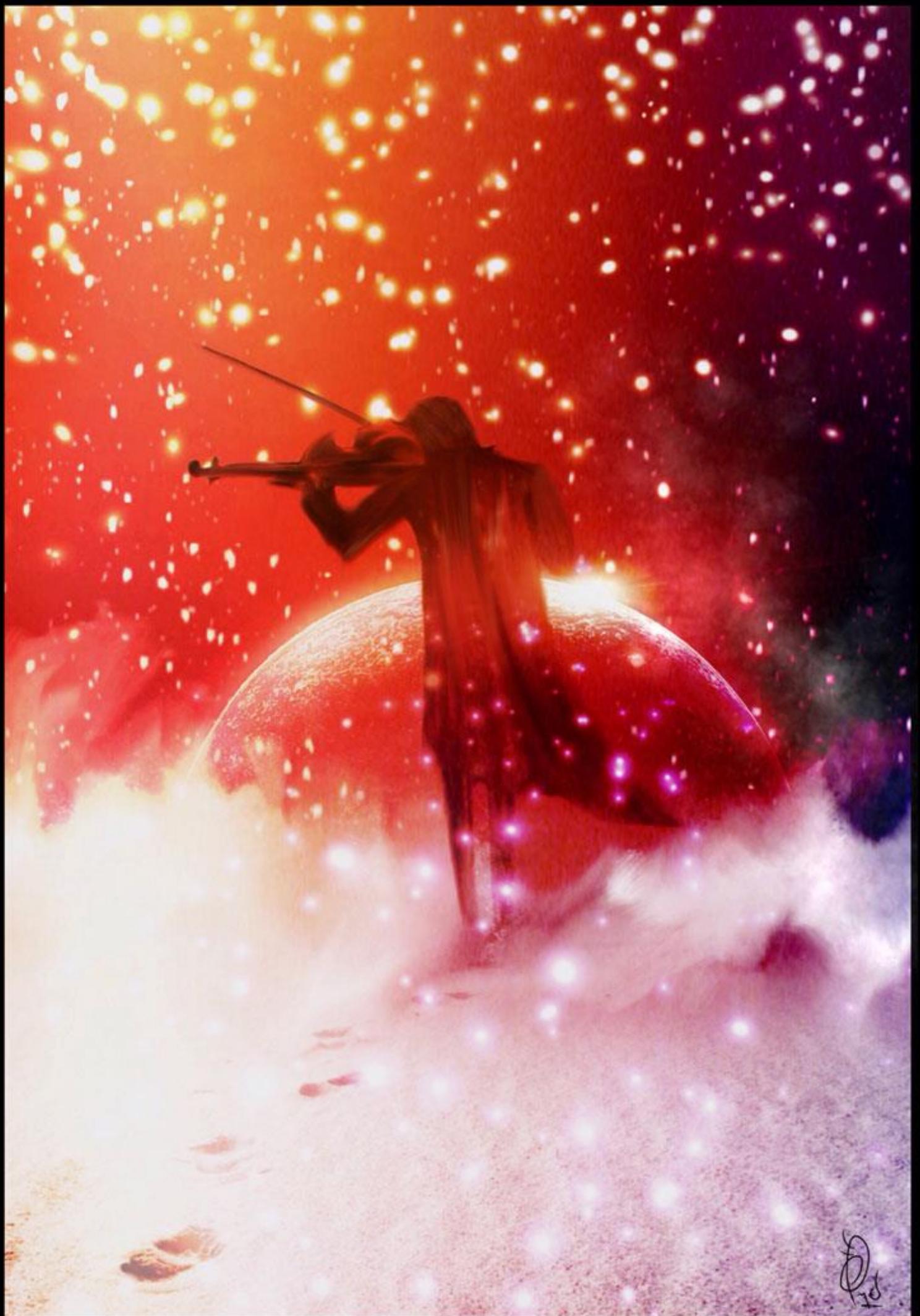
Con cuidado, las piernas no le respondían precisamente, volvió a su lancha. Encendió el motor fuera de borda y dejó atrás la “Santa Rita II” hasta que fue apenas un punto en el horizonte. Momentos después, tampoco pudo ver la costa. Cuando estuvo seguro de estar lejos de todos y de todo, apago el motor y dejó bogar la lancha —sin rumbo— a la deriva.

Lentamente, con calma, comenzó a atarse el ancla a los tobillos. En el último momento, le pareció escuchar una voz que lo urgía a volver a la otra lancha y regresar a la costa, alguien que decía ser su creador, pero no la escuchó.

Saltó al mar.

Montevideo, marzo de 2009





Bodas de sangre⁸

Por *Álvaro Bonanata*

Ilustrado por Ángel Legna (España) / El violinista



principios de abril me llegó la invitación para participar de una audición. La Comedia Nacional iba a presentar *Bodas de Sangre* en los doscientos años del nacimiento de Federico García Lorca. El estreno estaba fijado para el 5 de junio –el día de su cumpleaños–, en el Teatro Solís. Habían contratado a un importante director español y un elenco representativo del teatro nacional.

En la audición me encontré con muchos conocidos. Éramos casi cincuenta. Después de los abrazos y saludos, nos sentamos en la platea del teatro. El telón se abrió y apareció el director.

–Yo soy Nacho Peña. En Madrid ejerzo la docencia de Dramaturgia en la Real Escuela y he sido invitado por el gobierno uruguayo a poner en escena *Bodas de Sangre*. Mi intención es darle todo el sabor y aroma de la Andalucía rural de antes de la Guerra Civil. Como actores profesionales que sois, voy a exigirlos lo máximo. No acepto sólo buenas actuaciones. Me vais a dar personajes que nazcan desde vuestros cojones y vuestros coños. Si no, veréis lo cabronazo que me pongo.

⁸ Publicado en RUIDO BLANCO 2, Cuentos de Ciencia Ficción uruguayo (2014)

Por el costado derecho del escenario apareció un hombre anciano en silla de ruedas. Llevaba suero y máscara de oxígeno. Tenía poco pelo en la cabeza y el rostro demacrado. Todo su aspecto era senil, excepto sus ojos negros y vivaces.

La silla de ruedas se detuvo junto al director.

—Gualberto Candor es un tío cojonudo. Va a ser nuestro Leonardo y va a huir con la novia. Va a dar un Leonardo de puta madre.

Nos paramos a aplaudir. Gualberto Candor era una leyenda. Tenía casi noventa años y llevaba más de cinco retirado. Había comenzado a actuar en la época heroica del teatro, en la que para vivir se tenía que tener otro trabajo.

Nacho dijo que pretendía un Leonardo vigoroso y pasional, diestro con el cuchillo, acostumbrado a trabajar la tierra, capaz de exigirle a un caballo hasta reventarlo. En la obra, el día de la boda, Leonardo y la Novia descubren que la pasión de su antiguo noviazgo sigue viva; durante la fiesta se fugan en el caballo de él. El Novio los persigue y los encuentra en medio del bosque y, en un duelo a cuchillo con Leonardo, el Novio, buscando vengar su honor y a sus muertos a manos de familiares de Leonardo, lo mata y muere a manos de él.

También presentó al reemplazante.

—Gualberto va a participar sólo de la función del estreno. Necesitamos un sustituto para el resto de las funciones. Debemos ser realistas y tener en mente su precaria salud; nos guste o no, existe la posibilidad de que Gualberto no pueda participar del estreno.

Ahí nos enteramos de que el corazón de Candor pendía de un hilo. Su salud iba a marcar el ritmo de los ensayos. En uno de los camerinos montaron un centro médico para atenderlo.

La audición duró unas tres horas. Casi no hubo cambios en los roles. Rosita Montiel, con sus sesenta y ocho años era la Novia y el Padre de la Novia era Laura

Wong Mei, una joven actriz que era capaz de interpretar de igual modo papeles masculinos y femeninos.

Hechas las asignaciones, subimos a visitar la sala de comando. Una habitación amplia, con vista espectacular a la rambla Sur, equipada con cómodos sillones reclinables, heladeras, cafetería, mesas de masaje. Junto a cada sillón, descansaba, sobre una mesita, un casco amarillo fluorescente con una etiqueta en rojo: Molière. En el salón podían trabajar cincuenta actores con sus respectivos ayudantes.

Para el proyecto, el Ministerio de Educación y Cultura había importado la última versión de Molière, el sistema de teatro holográfico desarrollado por la Comédie—Française y la Universidad de París IV París—Sorbonne. Molière era una aplicación teatral de vanguardia que permitía la interconexión de hasta sesenta y cinco actores en forma simultánea y generaba múltiples escenarios realísticos; incluso se podían simular escenas exteriores. Ya estaba funcionando desde diciembre del año pasado en el Solís y lo íbamos a estrenar con Bodas de Sangre.

Estaba instalado en la sala contigua.

El entrenamiento en Molière duró un mes. Los primeros hologramas los proyectamos enseguida, pero manejar nuestro aspecto físico, las expresiones faciales, el timbre de la voz y el movimiento corporal llevó bastante tiempo.

Para montar la obra, Nacho se basó en los hechos reales que inspiraron a García Lorca a escribir Bodas de Sangre. En 1928 en Cortijo del Fraile, una localidad en Almería, una mujer huyó con su primo el día de su boda. En la huida fueron emboscados y el primo murió de tres tiros. La noticia fue publicada en los diarios de la época. Algunos de los personajes tenían nombre y rostro reales, se los podía revivir en hologramas. La Novia era Francisca Cañadas, tenía veinte años, conocida como Paca la Coja. Había quedado renga por una paliza que le dio el padre, cuando

ella tenía tres años; era alta y delgada, de dientes grandes y algo salidos. Leonardo se llamaba Francisco Montes Cañadas y el novio Casimiro Pérez Pino. El matador era hermano del novio. Todo el lío por la herencia: tres mil quinientas pesetas, un cortijo y unas tierras de labranza.

Y empezaron los ensayos.

Cada escena tenía su día. Los viernes nos juntábamos para las reuniones técnicas y, a veces, para los ensayos generales. A Gualberto Candor casi no lo veíamos. Hubo días en los que su estado de salud era preocupante. Los ensayos terminaban antes de tiempo. Las más de las veces trabajábamos con su reemplazante.

Solíamos terminar pasadas las once de la noche y a la salida nos íbamos a Tasende a comer pizza al tacho y a tomar cerveza. A veces a Fun Fun.

Entre salidas y esperas para actuar, pronto se fueron formando parejitas, dos de las muchachas se hicieron novias, la Luna y la que hacía de Mendiga.

A medida que se iba acercando el estreno iba subiendo la tensión. Nacho expulsó a una de las muchachas del coro por reiteradas faltas.

Pero también hubo situaciones divertidas. Por ejemplo, cuando en un momento de alto dramatismo, Laura dijo un parlamento del Padre de la Novia con su voz de mujer joven y no como un veterano labrador curtido por soles y lluvias, el resultado fue tan ridículo que hasta Nacho tuvo que reírse.

Hubo varios que se divirtieron montando escenas de sexo holográficas.

Un día fuimos invitados a presenciar la escena del bosque. Estaba pronta. Con Gualberto Candor sentado en su sillón de Molière.

El escenario era un bosque húmedo, lleno de árboles grandes y oscuros. En uno de ellos una lechuza. Se oían las ranas y los grillos. Del suelo cubierto de hojas se desprendía una niebla tenue.

Aparecen tres leñadores. A su paso crujen las ramas. Las ranas y los grillos callan. Los leñadores dialogan entre ellos. Se preguntan si los habrán encontrado.

–Hay que seguir el camino de la sangre.

–Pero sangre que ve la luz se la bebe la tierra.

–¿Y qué? Vale más ser muerto desangrado que vivo con ella podrida.

Los leñadores se van y aparece la Luna. Desnuda. Descalza. Pintada de blanco. Caminando despacio. Tiene frío.

–¡Dejadme entrar! ¡Vengo helada por paredes y cristales!

Dice que esa noche va a tener sangre en las mejillas.

–Dejadme entrar, ¡ay, dejadme!

La Luna se esconde entre las ramas. El escenario se oscurece. Aparecen la Mendiga y la Muerte. Dialogan.

La Luna se va.

Viene el Novio y un mozo. El Novio dice que los va a encontrar.

–¿Ves este brazo? Pues no es mi brazo. Es el brazo de mi hermano y el de mi padre y el de toda mi familia que está muerta.

El mozo se va y el Novio se topa con la Mendiga. Ella le dice dónde están Leonardo y la Novia.

Aparecen los leñadores.

–¡Ay muerte que sales! Muerte de las hojas grandes.

Se van y aparecen Leonardo y la Novia. Ella quiere que se separen, él seguir. Se miran. Se hablan. Se tocan. Se rozan. Se huelen. Ella se resiste. Se le traslucen los pechos, las nalgas. Ruega. Que no. Suplica. Que no. Los pezones. Que sí. Él la abraza.

–Que yo no tengo la culpa, que la culpa es de la tierra y de ese olor que te sale de los pechos y las trenzas.

Aparece el Novio. Tiene un cuchillo en la mano. Ella se aleja. Leonardo saca su navaja. Los dos hombres se miran. Se miden. Giran uno alrededor del otro. Se sopesan. Se detienen un instante eterno. Leonardo lanza una estocada. El Novio la esquiva. Ahora es el turno de él. Leonardo le desvía el brazo y entra. Su navaja se clava en el vientre del Novio. Corta. De abajo hacia arriba. Un lamento de dolor. La sangre brota. Los ojos que se desorbitan. El Novio se muere. Pero antes encuentra el vientre de Leonardo. Las carnes asombradas. La oscura raíz del grito. El Novio se desploma. Leonardo también. La Novia grita y llora, gime, los abraza.

La víspera del estreno estuvimos de fiesta hasta el amanecer. Nacho se despidió de nosotros.

–Hasta aquí llegué yo. Ahora el espectáculo es vuestro.

Y llegó el momento. El Teatro Solís desbordaba de gente. Estábamos en los camerinos desde temprano. Yo había llevado mi botella de grappamiel. Estaba todo pronto.

Nos sentamos en nuestros sillones, los casi cincuenta, Gualberto Candor incluido.

Antes de ponernos los cascos de Molière nos deseamos “¡Merdel!”.

Al finalizar la obra, durante los aplausos, Gualberto Candor se desvaneció. Los enfermeros lo llevaron de forma urgente a la ambulancia que lo estaba esperando. Sabíamos que esto podía pasar. Es más, estábamos seguros de que iba a pasar.

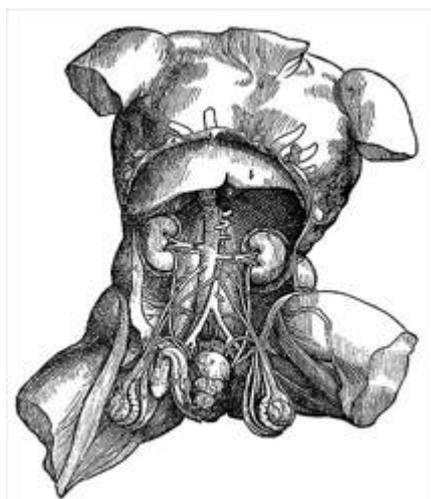
Gualberto Candor falleció a las once de la noche en el CTI del Hospital Británico. Su cuerpo simplemente se había apagado.

Después nos enteramos de que el médico le había prohibido actuar en Bodas de Sangre, porque era casi seguro que no iba a sobrevivir.

El sepelio se realizó dos días después. El Cementerio Central estaba atestado.

Allí Gualberto Candor nos deparó una última sorpresa. Apareció su imagen holográfica, con el aspecto de cuando tenía cuarenta años, y nos saludó.

–Gente: no estén tristes. ¿Qué mejor para un actor que morir en las tablas?





Todos los pasados

Por Renzo Rossello

Ilustrado por Alex Escobar Pavón (España) / S.t.



entado en la silla giratoria junto a la ventana de su despacho y de espaldas al escritorio, Guido Fantoni esperaba paciente que el reloj marcara las diez. Era la hora acordada con la cliente que lo llamó el día anterior, casi cuando estaba por irse después de una jornada bastante inactiva. Un caso de desaparición, por lo que la mujer había dejado traslucir. Eran las consultas más comunes, la gente acudía con la idea de que él podía ver qué derroteros había tomado esa persona en su enigmática deriva. A veces lo conseguía. Pero, en rigor, no era esa su especialidad. El “método” de Fantoni, por llamarlo de algún modo, respondía mejor a otro tipo de consultas. De hecho, tenía un mayor índice de fracasos en el primer tipo de asuntos. Últimamente había optado por derivar esos casos a un detective privado que había conocido tiempo atrás. Su poder de visualización, en cambio, podía conseguir resultados sorprendentes en otro campo.

Estaba, por ejemplo, el caso del “amante perpetuo”, como lo había nombrado para el archivo. El consultante había sido un hombre bastante mayor que ya contaba con hijos y nietos, llevaba cumplidos cuarenta y cuatro años de casado. Pero durante todos esos años, y algunos más si contamos su soltería, había sentido en forma constante el remoto latido de una herida adolescente. Y no era otra que la mujer —la

joven que tendría 17 años para siempre— que había conocido antes que a su actual esposa y que había amado tanto. Él tenía la misma edad y Sonia no sólo era su primer e intenso amor, sino también la primera mujer con la que tuvo sexo con pasión y sin miedos. Pero las pasiones adolescentes son tan fuertes como confusas, y hay fuego en todos los caminos, en las noches de juerga y en las tardes de césped y sol. Así que algo de eso lo apartó de Sonia hasta que algunos meses después advirtió el tamaño del hueco que había sido esa pérdida. Y fue a buscarla.

Cuando la hermana menor le abrió la puerta entrevió la escena familiar. Todos en el living, frente al televisor encendido, y aquél chico que parecía algo mayor que él junto a Sonia. Ella vino a saludarlo, sonreía y parecía muy segura, pero después de darle un beso en la mejilla se lo quedó mirando unos segundos y detrás de sus ojos castaños parecía un día nublado. Él se despidió rápido y confuso, ni siquiera llegó a terminar la frase con la que intentaba excusarse. Y eso fue todo. Al caminar unos metros encontró la cadenita con la medalla que pensaba devolverle y que había tomado con esa promesa. La misma que aquel día entregó a Fantoni con los ojos húmedos.

Fantoni cerró sus manos en torno a la cadenita y la minúscula medalla, sintió cómo se iba llenando de calor y cerró los ojos. Las imágenes comenzaron a pasar con sorprendente nitidez. Eso, explicó luego Fantoni a su cliente, se debía a que seguramente los dos debieron desear con intensidad aquel destino guardado. En otras circunstancias, las más comunes por otra parte, los posibles pasados aparecían en tropel o superpuestos, lo que dificultaba hallar el verdadero.

Así que los vio abrazarse en la puerta de la casa. Se besaron y se prometieron felicidad ante el estupor de los padres de Sonia y aun mayor del nuevo novio. Luego la vio armando un minúsculo equipaje mientras la madre la seguía intentando reunir las palabras, que la chica ni siquiera escuchaba. Los vio abrazados de vuelta y riéndose por una calle del barrio. Un poco después lo vio a él mientras hablaba con

el padre de su mejor amigo, vio cómo el hombre los conducía por un estrecho corredor descubierto hasta el fondo de la propiedad y allí subían por una escalera hasta una habitación minúscula pero independiente, la que sería su primer hogar. Vio cómo convirtieron el cuarto en un hogar, los vio pintando las paredes, colocando una cama y los primeros enceres. Los vio aprendiendo a cocinar, las más de las veces con resultados terribles. Los vio crecer y parecer adultos, vio cómo el chico comenzó a parecer más serio y también más cansado al cabo de larguísimas jornadas de trabajo, primero como peón de obra y después como electricista. La vio a ella embarazada, feliz y también asustada, a veces sola y angustiada en aquel altillo. Y él, más tarde, serio y con los nervios tensos mientras esperaba el alumbramiento en el pasillo del hospital. Luego el niño recién nacido en sus brazos, las lágrimas, la expresión sombría del obstetra y de la enfermera que había traído al bebé. Las noches de llanto ahogado, mientras el niño crecía sin madre pero al cuidado de la suya. Era un niño bastante extraño, que crecía sonriendo y tranquilo, que siempre parecía saber cosas por anticipado y que lo sorprendía de manera constante. Como pasaba muchas veces, las imágenes se disolvieron y ya no pudo volver a encontrarlas. Cuando abrió los ojos se topó con el rostro del hombre empapado en lágrimas.

Fantoni tuvo la impresión de que el hombre vaciaba sus bolsillos sobre el escritorio antes de salir del despacho. Intentó decirle que él sólo aceptaba el dinero previamente convenido, pero fue inútil, el hombre parecía desesperado por una bocanada de aire fresco.

Algunos casos en apariencia simples resultaban así de dolorosos. Quizá por ello Fantoni los recordaba más. De todos modos, fuera cual fuera el resultado de sus visiones siempre llegaba a la misma conclusión: las decisiones más nimias influían en el resto de nuestras vidas. Nada novedoso, es cierto, si se lo hubiera dicho a cualquiera de sus clientes antes de empezar la sesión tampoco hubieran desistido de echar una mirada al camino que había quedado atrás sin recorrer.

Abundaban los casos de ese tipo y puesto a recordar apareció aquel de la mujer que fue a verlo cuando comenzaba a bajar las persianas del ventanal que daba a la calle, y más atrás a la bahía. Era una mujer de mediana edad, aunque envejecida y opaca a tal punto que Fantoni tuvo la impresión de que con otro vestuario, otro corte de pelo y algo de maquillaje habría sido una mujer bastante más atractiva. Era soltera y vivía sola en un apartamento lleno de plantas, según le contó ella misma mientras hablaban del des poblado pretil del ventanal que Fantoni tenía en la exigua oficina. Debió aguardar paciente los mil rodeos de la mujer antes de llegar al núcleo de su consulta: nunca se había repuesto de la muerte de su padre. Lo encontró ella pendiendo del cinturón ajustado al cuello y sujeto a la viga del viejo galpón a los fondos de su casa. Quedó congelada ante la imagen de aquel cuerpo largo y fuerte que apenas oscilaba ya. Tenía 15 años y era testigo de algo que había superado por mucho sus temores.

La mujer le entregó un viejo reloj pulsera que había pertenecido a su padre, un Tissot dorado fabricado en 1948. Fantoni sentía una animadversión muy fuerte por los relojes, nunca había conseguido usar uno en la muñeca. Tal vez porque combatía a menudo la monótona secuencia del tiempo y temía caer en sus trampas. Las imágenes comenzaron a desfilarse. Vio a la familia en el gran comedor de la casa, estaban cenando en silencio el padre, la madre, la niña que ahora tenía frente a sí y el niño más pequeño. Vio al hombre larguirucho jugando con los niños sobre una alfombra, fingiendo ser emboscado, atacado y cabalgado alternativamente por los hermanos. También lo vio al hombre a solas con su esposa, discutían de manera cada vez más áspera y también vio a la niña con el oído atento, la boca semiabierta y el movimiento de su mano suspendido, siguiendo la escena desde su cuarto mientras su hermano dormía. Del modo que sabía las cosas siempre, supo que el hombre era un agrónomo de mediano éxito, que debía viajar al interior bastante a menudo. Lo vio cargar el bolso hasta el viejo Opel mientras el sol aún no asomaba.

Era aquel el momento más complicado para Fantoni, su pulso se aceleraba y entraba en una subida adrenalínica mientras se aislaba por completo del entorno. La niña había crecido y había adquirido una seriedad que la superaba en varios años. Estaba convencida de que su padre los iba a abandonar tarde o temprano, lo sabía porque lo había adivinado sondeando sutilmente a su madre que estaba convencida de lo mismo. Vio el momento en que la niña recibía la carta de manos del cartero, estaba dirigida a su padre con una letra cursiva elegante. El remitente en el reverso del sobre era un nombre femenino que desconocía. Y entonces se le iluminó esa idea: aquella era la mujer, la que ella y su madre temían y sospechaban. Sin pensarlo más se dirigió al patio del fondo y prendió fuego los papeles en el parrillero. Los vigiló y atizó hasta que fueron cenizas y luego polvillo gris. Y vio, por fin, el incipiente hilo dorado mientras las imágenes del papel quemándose en el fuego iban disolviéndose. Regresó al instante en que la niña recibía la carta y advirtió que tras un instante de vacilación la dejaba sobre la mesa del teléfono y se olvidaba mientras subía a toda velocidad al cuarto. Por la noche, cuando llegaba el padre, lo vio tomar el sobre y arquear una ceja. Su expresión fue cambiando y con la carta en la mano se volvió hacia su esposa para decirle que, por fin luego de tantos meses, le llegaba un contrato por una buena suma. La niña los vio abrazarse y buscó su hueco en el abrazo. Fantoni siguió el hilo de ese pasado donde se respiraban días felices, aunque el contrato suponía que el padre debía viajar al interior y permanecer en el campo a veces por semanas enteras. Las cosas mejoraron, ya no fueron frecuentes las discusiones, el mal humor de su madre se aplacó aunque en el fondo, como le dijo mucho después a su hija, continuaba sospechando que su padre se veía con otra mujer. Fantoni vio a su clienta en escenas más recientes, por su apariencia parecía tener la misma edad que ahora. La vio en una sala de sanatorio junto a su padre en la cama. Estaban solos y el hombre parecía haber despertado recién, con un hilo de voz la llamó a su hija y le dijo que tenía que contarle algo. “Cuando eras chica las cosas iban bastante mal en casa”, le dijo, “pero después todo se encarriló. Tu madre creía

que yo veía a otra mujer, y tenía razón. Pero cuando empecé a trabajar en el interior las cosas cambiaron”. Le contó que antes de que saliera aquel contrato la situación iba de mal en peor, al punto que había pensado en suicidarse. “Es raro cómo pasan las cosas”, le dijo luego de una pausa. Y le contó que una tarde en la que volvía manejando por la carretera de pronto tuvo la sensación de estar cerca de la muerte. No cerca porque estuviera la imagen de la Parca con la capucha y la hoz en el asiento del acompañante, no. Era raro, como si una nube negra lo envolviera y lo llenara de frío. Viajó algunos kilómetros sintiendo aquello y de pronto se esfumó. “Nunca se lo conté a nadie, pero antes de irme quería decírselo a la persona que más amo”, le dijo.

Cuando terminó de relatarle lo que había visto, Fantoni notó que la mujer demoraba en reaccionar, la vista perdida en algún ángulo de la pared lateral. Ni siquiera parecía muy triste cuando por fin se volvió hacia él y luego de abrir la cartera le pagó la suma convenida. Estuvo por decirle que ya había visto antes situaciones como las que había visto en la última parte. Pero antes de que pudiera decir la primera palabra la mujer ya estaba saliendo.

Le habría explicado que, a veces, en esos pasados alternativos volvía a producirse un inesperado cruce en el que el pasado alternativo y el que se había forjado como realidad dejaba una huella fantasma. De todos modos, la mayoría de sus clientes no habrían entendido semejantes explicaciones. De hecho, había reacciones diversas. Muchos se iban felices, otros se enfurecían y en algún caso hasta lo hacía blanco de su ira. Para esas ocasiones tenía una pistola de dardos cargada con cápsulas de ketamina en el cajón del escritorio. Afortunadamente sólo había llegado a utilizarla una vez, cuando el iracundo cliente recobró la conciencia y pudo ponerse en pie y orientarse, logró salir por sus pies luego de recibir una advertencia de Fantoni: la próxima, si es que hay una próxima, lo hago meter preso. Pero claro, nunca había regresado.

Miró la pantalla de su celular y advirtió que aún faltaba menos de un minuto para las diez. Y de pronto sintió que todo se detenía, una sensación que Fantoni había experimentado ya antes, como de agua que se va por un resumidero mientras él permanece con el corazón paralizado, sin respirar. El horrible presagio de que comenzaría a caer, a ser dividido y esparcido en el espacio. Tal vez fuera toda la energía que había puesto a funcionar mientras se dejaba llenar por lo que acababa de recordar. Su extraño poder era una incógnita siempre, nunca terminaría de conocerlo. Afortunadamente sonó el timbre, puntual, una, dos veces. Pero sólo a la tercera fue capaz de pronunciar el “adelante” en voz lo suficientemente alta.

Inhaló con fuerza mientras veía entrar a su cliente. Una mujer mayor, estimó que muy cerca de los setenta, la piel muy blanca con un ligero rubor en las mejillas apenas surcadas por arrugas finas que le triplicaban la sonrisa de cortesía. Los ojos azules muy intensos parecían preservar una edad anterior y resaltaban en el marco de un cabello gris corto y peinado con elegancia. Vestía un traje gris jaspeado de chaqueta y pollera que hizo pensar a Fantoni en lejanas modelos de revistas cuando los coches Impala largos y con discretos alerones eran el epítome del reino vintage. Mientras se ponía en pie para tenderle la mano a través del escritorio, Fantoni sintió el leve y exquisito perfume que la rodeaba. Tuvo la cosquilleante sensación de haber conocido a la dama, sin que lograra precisar dónde.

La mujer que se presentó como Eudora Sanz se sentó en el borde de la cómoda silla de invitados mientras echaba una discreta mirada alrededor.

Usted y yo somos muy parecidos, no quiero alarmarlo, me refiero a las habilidades, comentó la mujer.

¿Por qué cree eso, señora?

Me hablaron mucho de usted, de su capacidad para “ver” cosas. Hace tiempo que quería venir a verlo, pero no me decidía. Después de unos años, las cosas que uno cree querer saber pueden haber perdido fuerza, la fuerza de la necesidad. Pero

en este caso hablo de mi hijo pequeño, lo que lo hace distinto. He probado tantas cosas a lo largo de mi vida que, ahora que estoy más cerca de irme de este mundo, pensé que no estaría de más hacer un último intento.

¿Su hijo, entendí bien?

Sí. Hace más de cuatro décadas que lo busco, era un bebé cuando lo perdí.

¿Y qué cree que ocurrió, se lo robaron? He oído de casos...

No, no lo creo, fue mi imprudencia, estoy segura y jamás me lo perdonaré.

Puedo intentar visualizarlo, pero tal vez usted prefiera contarme qué ocurrió entonces y luego intentaremos encontrar el otro camino, el alternativo.

Era una tarde de verano y yo estaba con él en el jardín a la sombra, estábamos solos. Él dormía plácidamente, como sólo pueden dormir los bebés. Y de pronto cerré los ojos y empecé a soñarlo, lo vi crecer, seguí cada etapa de su juventud, lo vi hacerse hombre y tener una sonrisa tan seductora como la de su padre. Me había dejado llevar por el ensueño, pero yo sabía que se trataba de aquello, de la posibilidad de ver el futuro, de espiarlo y ver sin atenuantes. Era algo que me causaba espanto, a diferencia de lo que le ocurre a usted, por eso trataba de controlarme para no caer en esa ensoñación, entre otras cosas porque mientras duraba yo me quedaba totalmente desconectada del mundo. Las imágenes pasaban sin cesar y de pronto el flujo se cortó, como el destello potente de una explosión sin sonido. Cuando abrí los ojos el bebé ya no estaba, aunque el jardín lucía exactamente igual que antes, no parecía haberse movido ni la más minúscula partícula de polvo. Me levanté de un salto con la mano en el pecho, porque creía que el corazón se me iba a salir. Corrí por toda la casa, rezaba porque mi marido hubiera regresado y tuviera al niño en brazos, planeaba reprochárselo toda la vida, pero la casa totalmente abierta estaba vacía. Empecé a gritar, lloraba a mares, no podía hacer otra cosa que gritar, ni se me ocurrió llamarlo a Armando o a la policía o a quien fuera.

No sé cuánto tiempo pasó, cuando llegó mi esposo me encontró inconsciente en el piso de la cocina. Ni siquiera podía contarle qué había ocurrido, lloraba y gritaba como si estuviera en llaga viva, sentí que Armando hacía una llamada y a los pocos minutos llegó una médica de la emergencia que me aplicó un inyectable y volví a caer en inconsciencia. Me desperté en una habitación blanca, en una cama blanca, el cuerpo flácido y una vía en el brazo derecho por donde goteaba el suero. No podía moverme porque tenía las muñecas y los tobillos sujetos por correas, así que empecé a gritar. Entraron dos enfermeros corriendo y Armando detrás de ellos con cara de susto. ¡Mi bebé, mi bebé!, gritaba sin parar. Volvieron a dormirme y pareció que lo hice por mucho tiempo, hay todo un tramo de mi vida que fue borrado. Mucho tiempo después supe que me habían aplicado terapia de choques.

¿Y el niño, qué ocurrió con él?

Después me dijeron que había pasado tres años medicada, continuó Eudora Sanz como si no hubiera escuchado la pregunta. Miraba hacia un lado como si contemplara el incógnito pasado desde una ventanilla.

Durante lo que supongo fue el primer año de internación, tal vez un poco más, Armando iba a verme casi todos los días, solícito y amoroso como siempre. Él era así, desde que nos conocimos, y fue un esposo ejemplar. Pero en determinado momento dejó de venir, por entonces yo me sentía más recuperada y estaba lúcida como para darme cuenta. Al principio no quise preguntar nada, pero pasaron dos, tres, tal vez cuatro meses y él no había vuelto. Poco antes de que me dieran el alta me dijeron que había muerto en un accidente carretero, venía a mucha velocidad, unos 190 kilómetros por hora según supe luego. Yo ni siquiera sabía que el auto de casa podía desarrollar esas velocidades. Nunca me interrogaron acerca de mi hijo pequeño, por lo que sé nunca hubo conclusiones tampoco. Un niño de ocho meses que ni siquiera gateaba, nadie supo cómo salió de mi lado.

La mujer calló y dejó reposar la vista por un momento en su regazo, como si allí continuara la criatura. Fantoni carraspeó suavemente y acomodó el cuerpo en el asiento, pero cuando se disponía a hablar la mujer abrió su cartera y tomó un pequeño escaquin de pálido color amarillo. Lo retuvo entre sus dedos por unos segundos y se lo tendió a Fantoni a través de la mesa. Antes de tomarlo la miró a los ojos de intenso y húmedo azul.

No me dijo qué ocurrió con su habilidad, esa capacidad de ver el futuro, lo que nos hacía parecidos según sus comentarios, dijo Fantoni sin moverse, como si temiera la respuesta o ya la supiera.

Desapareció por completo, se esfumó como si hubiera sido un sueño de esos que uno quiere capturar a la mañana siguiente. A veces tengo la impresión de que puedo ver algo al mirar a una persona, como me pasaba antes, pero se disuelve enseguida. Tengo la impresión de que se trata de algo parecido a los dolores fantasma que sienten las personas amputadas.

Fantoni sintió cómo el estremecimiento le recorría la espina dorsal mientras alargaba la mano para tomar el minúsculo calcetín. Sintió la textura suave entre sus dedos y luego una descarga que lo removió hasta los huesos, se sintió sacudido por una arcada profunda, terminal, antes de perder contacto con todo detrás de una luz blanca.

Abrió los ojos y sintió una punzada que le atravesaba la cabeza de lado a lado. Estaba solo y sobre el escritorio nada parecía en su lugar, como si hubiera arrasado con todo de una brazada. Y oyó el timbre que atizaba el dolor de acero. Se incorporó y trató de recoger las cosas que habían caído al suelo. Apoyó las manos sobre la superficie del escritorio e inspiró con fuerza para exhalar con suavidad. Sólo entonces pudo gritar “un momento” hacia la puerta. El timbre calló y Fantoni apretó los párpados con fuerza. En los siete segundos que le tomó llegar a la puerta trató de rellenar desesperadamente el hueco que había en su memoria reciente. Abrió la

puerta y se quedó unos segundos congelados ante la mujer que aguardaba con una sonrisa paciente. Fue la recién llegada quien rompió el silencio por fin.

Creí que no lo iba a encontrar, odio ser impuntual y habíamos quedado a las diez, por eso insistí con el timbre.

Fantoni asintió mientras la invitaba a entrar y la miraba de reojo, con una inquietante sensación. La mujer que se presentó como Eudora Sanz tomó asiento en la silla de los invitados con recatada elegancia. Fantoni volvió a su lugar, mientras sentía que el dolor punzante iba disolviéndose.

Me dicen que usted puede ver rutas alternativas del pasado, comenzó la mujer, o por decirlo de otro modo, lo que habría ocurrido si se hubiera tomado el camino B en vez del A.

Sí, es una buena definición. Pero le advierto que no todas las alternativas son necesariamente mejores, ni terminan bien en muchos casos.

Siempre pensé que si había algún tipo de vida alternativa, debería ser por fuerza exactamente opuesta a la de este lado de la valla, si de este lado es malo, del otro es bueno. Tal vez no sea más que una burda simplificación de cosas que no conocemos.

Muchas personas creen que funciona así. Digamos que, para formularlo con la mayor sencillez, de un lado y de otro operan las mismas leyes de causalidad, lo cual implica que si algo es malo de este lado continuará siéndolo del otro. Ser atropellado por un auto es tan malo de un lado como del otro, sucede lo mismo al contraer una enfermedad, sus efectos serán iguales. Las variables están en otro lado, en el encadenamiento de causas, en insignificantes bifurcaciones de las circunstancias.

Sospechaba que algo así ocurría, por eso demoré en resolverme a venir. Después de todo, ¿qué utilidad puede tener el conocer un pasado que no fue?

Tal vez ninguna, aunque para muchos es un consuelo. Puede aprender cosas de sí mismo, ver las diferencias, porque los eslabones se ensamblan con ligeras diferencias que, a veces, provocan resultados totalmente opuestos. El camino A hará que usted conozca a la persona con la que terminará casándose. En tanto que el camino B puede hacer que se tope con él en algún momento y continúe con total indiferencia y termine eligiendo a otra persona, con resultados inevitablemente distintos.

Interesante, más aún porque ese último ejemplo tiene que ver con el motivo de mi consulta. Pero antes déjeme preguntarle algo más, me picó la curiosidad. ¿Cómo percibe usted el derrotero alternativo, hay alguna señal, cómo se da cuenta?

Al bifurcarse los caminos a veces empiezo a ver las secuencias abandonadas. Siempre creí que si hay otras personas con esta misma capacidad lo percibirían de manera distinta, yo lo veo bajo la forma de un hilo dorado que simplemente tengo que seguir hasta donde me lleve.

¿Eso quiere decir que puede ver ese camino hasta el final?

Este hilo se comporta como todos los demás hilos materiales, a veces se corta, otras se pierde, en fin, muy pocas veces puedo llegar hasta el final. Lo cierto es que casi nadie quiere ver su propio final, por más que sea uno alternativo así que espero que ése no sea el caso con usted.

Reconozco que para alguien de cierta edad esa posibilidad tiene sus atractivos, estamos tan cerca que ya empezamos a respirar el aire de la puerta abierta al final.

Si me disculpa, tengo que decirle algo, me resulta muy familiar su rostro. Tal vez haya venido antes a consultarme, créame recibo a tantas personas en este despacho.

Le confieso que también me resulta conocido, aunque es raro porque esta es la primera vez que vengo por más que haya estado devanándome los sesos durante tanto tiempo para decidirme a venir.

A veces ocurre, sobre todo a mí. Mi habilidad como detective psíquico tiene estos inconvenientes, afortunadamente uno aprende que la realidad no es algo lineal. Bien, no perdamos más tiempo, dígame en qué puedo ayudarla.

Mi marido perdió la vida en un accidente carretero, hace ya algunos años. He vivido convencida de que no fue un accidente, sino que fue un suicidio. Hay algunos indicios en este sentido, pero en la investigación policial nunca probaron nada, más allá de los 195 kilómetros por hora que marcaba el tacómetro en el momento final. Mi esposo rara vez conducía por encima de los 90 kilómetros.

¿Y usted cree que tenía motivos para tomar semejante resolución?

Tal vez. Hace muchos años atrás perdimos a nuestro primer y único hijo, tenía tan sólo ocho meses. Nunca supimos qué pasó, fue algo realmente extraño, se lo llevaron mientras yo dormitaba en mi casa. No recibimos jamás una llamada o un pedido de rescate, ni nada que se le pareciera. En ese momento yo perdí el juicio, literalmente, estuve internada un poco más de tres años en una clínica privada. Armando, mi esposo, venía verme cada día sin faltar uno solo. Cuando por fin me dieron el alta cuidó de mí con absoluta dedicación y amor.

¿Volvieron a hablar del niño en algún momento, cómo se sentía él con respecto a lo que había ocurrido tres años antes?

Los dos sentíamos el hueco de la pérdida, pero jamás lo hablamos. Creo que hice el intento un par de veces, pero Armando lo eludía sistemáticamente. Así pasaron los meses, pasó un año, dos, nuestras vidas parecían seguir el curso tranquilo de un arroyito, siempre lo recuerdo de esa manera. Para mí fue lo más parecido a unos años felices, ni la mitad de lo que fue el momento del nacimiento de nuestro

hijo, pero lo más cercano que pudimos llegar. Un día Armando tuvo que salir al interior, se encargaba de negocios rurales y además administraba un campo en Tupambaé junto a un socio que vivía allí. Dos o tres veces al año tenía que viajar, yo sabía que en esos casos se quedaba al menos por el día, así que no me inquieté hasta el final del día siguiente. Al anochecer me llamaron para avisarme del accidente.

Fantoni y la mujer se quedaron en silencio durante un momento. El dolor había remitido por completo, sin embargo Fantoni sentía una ligera pulsación como una lejana señal de alarma escuchada a lo lejos, en otra parte. Tenía que hacer su trabajo, pero vacilaba en dar el paso siguiente.

Bien, señora Sanz, para hacer mi tarea necesito una prenda que haya utilizado su esposo en algún momento.

Traje esta pañoleta de seda que él solía utilizar como golilla, sobre todo cuando visitaba el campo, por alguna razón se la olvidó aquel día.

Fantoni tomó el pañuelo de color tabaco con minúsculos lunares de un tono más oscuro y lo tuvo entre sus manos un momento. Cuando cerró los ojos las imágenes no tardaron en llegar, enseguida supo dónde encontraría el hilo dorado. Se detuvo ante aquella imagen, lo veía a Armando solo en el campo, parado ante una portera, las manos en los bolsillos del amplio pantalón bolsudo y ceñido por las botas altas plantadas en el pastizal, la mirada perdida en el horizonte verde y ondulado. Esperó paciente en aquel silencio inescrutable, ajeno a lo que ocurría en la mente de aquel hombre, ya que como testigo intangible sólo podía percibir hechos. Cuando Armando comenzó a girar lentamente, como si le costara abandonar el paisaje interior, pudo ver el destello leve, el inicio dorado de la bifurcación, la señal.

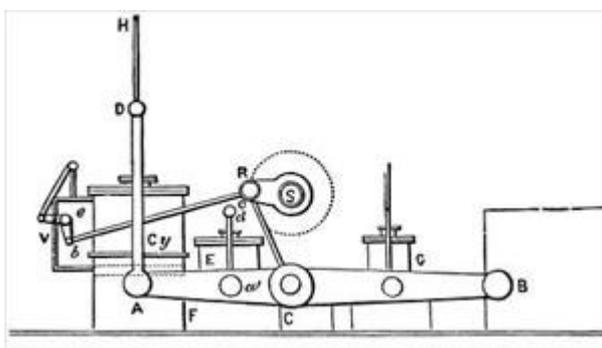
Lo vio caminar hacia el casco añoso de la estancia con el paso derrotado. Luego de unos pasos lo vio alzar la vista y toparla con el hombre que corría a su encuentro, su socio. Vestía ropa de trabajo y había dejado una vieja camioneta Ford con el motor en marcha y la cabina abierta. Sonreía y blandía algo en el aire. “Casi

me olvido, mirá lo que te conseguí para el viaje”, le dice al tiempo que le entrega un casete de audio y agrega “es la séptima sinfonía, ¿te acordás que te quedaste con ganas de escucharla entera? Se la pedí al profesor de las gurisas, que vive cerca”. Armando toma el pequeño estuche mientras una sonrisa le va ganando la curva todavía hosca de los labios. El socio larga la carcajada sonora y lo estrecha en un abrazo antes de dar la vuelta y volver a la carrera hasta la camioneta. Toca bocina y enfila por el camino de salida para ir al pueblo. Armando todavía sonríe cuando carga el bolso con la ropa y sube al auto. Después de recorrer el par de kilómetros hasta la ruta, pulsa la tecla del casetero y la música llena toda la cabina como una nueva, vívida y transparente atmósfera. Cuando llega a la casa en la capital, le da a Eudora un abrazo fuerte, como si volviera de una triste y larga enfermedad.

Ve la curva larga de una vida sin grandes sobresaltos, los ve a los dos aprendiendo a dominar sus silencios, ve cómo la vejez va tomando sin estragos sus rostros antes de que las imágenes se disolvieran por fin. Fantoni tomó aire y reunió fuerzas para contarle a la mujer aquellos retazos de vida alternativa. Eudora Sanz escuchó sin decir palabra y cuando Fantoni concluyó abrió la cartera y tomó un sobre que dejó en el escritorio, al tiempo que volvía a guardar la golilla de su esposo. Al incorporarse se quedó mirando algo en un rincón del escritorio.

Parece que alguien olvidó ese escaipín, comentó la mujer antes de despedirse.

Fantoni miró con sorpresa la minúscula prenda de color desvaído como si la viera por primera vez. Cuando levantó la vista la mujer ya se había ido.





Fredalis

Por Daniel Benítez Martínez

Ilustrado por Alejandro Mirabal (Cuba) / Anti—hunter



Los Fredalis, eran una familia medieval de peculiarísimas características. Conectada a todos los libros en el tiempo, habían hecho de la literatura una ciencia capaz de espantar a cualquiera, que afecta lo físico hacia transformaciones que aterran, y llevan a la carne humana hasta las últimas etapas de la metamorfosis del verso orgánico y la novela química.

Todas las voces de esta historia, buscan sus tripas y su sangre más allá de lo conocido, algo que es del hombre que ha enriquecido el universo, la meta horrenda de ese experimento que desemboca en los poderosos y libres resultados de la felicidad.

Klox y Klix eran, además de los hijos y los nietos del grupo familiar, siameses que para la medicina del futuro, serían el resultado maravilloso de unos genes que, habían sido besados por una combinación radiactiva que habitaba el final oscuro de uno de los millones y millones de paseos del amor. Para la medicina del pasado, serían el engendro mítico de una bruja con un poema que ella misma había quemado después de haber copulado con él.

Klox tenía una cabellera larga, lacia y azabache, unas cejas y unas pestañas renegridas que enmarcaban una mirada castaña de fuerza dulce, en un rostro de desvanecidos rasgos pálidos. Klix, era una réplica exacta de Klox, pero albina. Nacieron unidos por una verruga azul en sus dedos meñiques, que la madre extirpó

apenas nacieron, con sus propios dientes. Aún la conservaba en su garganta, engarzada en una fina cadena de plata, como un misterio seco con un pasado de odisea espacial grabada en la luz de lejanas estrellas.

Los padres, Rublin y Alciana, a su manera medieval, eran científicos dedicados al estudio del espejo, que sin más herramientas que la intuición y la inteligencia de la fantasía, habían hecho de esa cosa otra cosa. Avanzaron pacientemente hacia el sueño de H.G.Wells, por un plateado atajo espiritual, dejando mil cristales luz atrás la tierra donde había respirado Alicia. Navegaron los delgados universos del segundo profundo, con pulidos químicos que eran mezclas casi líquidas de elementos extraídos de un bosque habitado por extrañas rocas que, aparecían, desaparecían y volvían a aparecer a lo largo de los años. Al fin dieron con los oscuros pasillos del tiempo más allá del Impalpable Espejo Negro.

Los abuelos, Gervius y Galis, eran un par de celtas cuyas almas eran dos océanos de emociones oscuras, y sus cabezas el lugar adecuado para que la fantasía tuviera su infinita cría. En los atardeceres, en los alrededores del pequeño castillo gris, no sólo veían ciervos y caballos, cuervos y búhos, sino que se topaban con animales que ellos conocían desde hacía muchos años en sus sueños nocturnos. O la locura cristalizaba aquella fauna, o los abuelos habían alcanzado alejadas zonas de una religión protohistórica, expandiendo la realidad en sus mentes.

Y no quiero olvidarme de Trueno, el perro de Gervius, misteriosa bestia de pelaje nevado, tal vez un experimento de Dios, un sueño de la oscuridad, o acaso un verso del tiempo.

El castillo de los Fredalis, se hallaba en un punto europeo donde la guerra bárbara, descabezadora y desmembradora, parecía tan sólo rozar sus límites como un nubarrón de sangre que pasaba cada tanto.

Cuando los siameses cumplieron 21 años de edad, el abuelo Gervius a los 99 años cruzó los mares de la muerte. Antes de emprender ese viaje, en su cama de

hierro donde el estático dragón de oro moraba en la cabecera, le susurró al oído una llave ronca a Klox.

"Dijo una sombra anciana en mi pared:

La vida es el pasado de la ceniza.

Todo lo que te ocurra es la historia de

Tu muerte, ese punto negro que es

Un feto de estrella"

Luego hizo que se acercara Klix y le murmuró otra llave.

"Dijo una canción sinfónica en mi espada:

Cuando la rima está en infinito, hacia

Allí hay que ir, con el verso a través de

Las tormentas de la literatura, como Ulises

Antes de llegar a Homero, como surcar

La tiniebla explotando una y otra vez"

Luego dejó de respirar, todos le dieron un beso en la frente, y un pozo deforme y negro se llevó al abuelo con la cama y sus dragones de oro. Sólo Klix se atrevió a asomar su cabeza a los cielos más negros de Dios. Minutos más tarde la madera lustrosa del piso comenzó a regenerar sus tablas rotas, y el hermoso caoba cicatrizó ante el asombro de los Fredalis que aún habitaban el oxígeno. Los aullidos de Trueno se escucharon durante tres días, congelando el castillo y torturando sus almas. Luego fue un silencio y desapareció del castillo. La abuela Galis dijo que se

había ido a morder la garganta de Dios por uno de aquellos impalpables espejos negros.

Meses más tarde, la abuela Galis siguió a su amado Gervius, y antes de pasar por el mismo fantástico proceso de retirarse a las tinieblas en su cama de hierro en cuya cabecera habitaba el estático unicornio de plata, susurró al oído de Klox una cadena que olía a órganos que se pudrían dolorosamente.

"Una fantasía atestada de horrores curativos
E inventos peligrosos. El verso se siente
Monstruosamente vigilado, en algún mundo
La arena mueve el párpado de su ojo oceánico.
Hay algo horrendo e infinito en mí,
El viaje espacial de una sonrisa"

Luego hizo que se acercara Klix, y le murmuró otra cadena que olía a bestias del ensueño.

"La subterránea telaraña de los caminos del
Símbolo. La enseñanza albina de los albinos.
Cada cueva una nave que navega al infinito.
Cuando la inteligencia es falsa, se nota por los
Resultados que cosecha quien la ejerce.
Lautrémont es un espacio científico; aquí la
Razón es un profundo mecanismo que camina
Como una araña de oro por los archivos
Maravillosos del vacío. Cuando la inteligencia
Es verdadera, quien la posee jamás puede

Quedar atrapado en una idea o un sueño, o en
Cualquier figura geométrica que no tienda a
Estallar en los viajes mentales que han de
Completarle"

Cuando vino el pozo negro por la abuela y su cama con sus unicornios de plata, esta vez el que asomó la cabeza a los cielos más negros de Dios, fue Klox.

En cada habitación había un ovalado e impalpable espejo negro, y los Fredalis venían usándolos hacía quince años, ávidos de enciclopedias y diccionarios, literatura infinita e idiomas, filosofías e Historia, religiones y ciencias, ávidos de un universo de libros en los oscuros pasillos del tiempo.

Alciana debía regresar al castillo antes de que ciertas hojitas fosforescentes se vencieran, y no perderse tal vez para siempre en el laberinto de túneles hechos con libros, haciendo que la mente y el cuerpo se sintieran envueltos en un monstruoso código de sabiduría.

La búsqueda de un tal Walt Whitman le había hecho dar unas cuantas curvas hacia una zona aún no explorada. Llevaba una antorcha, un reloj de arena y una pesada capa blanca para protegerse de un frío que parecía ser el aliento inmóvil de Dios. ¡Cuánto interminable conocimiento virgen jamás pisarían sus pies, tocarían sus manos, jamás espiarían sus ojos, ni asaltarían sus ciegas arañas mentales hambrientas de luz y gordas de ignorancia!

En algún salón del castillo, sentados a una enorme mesa caoba, Klox y Klix, que habían hecho juntos por la loca biblioteca del tiempo largas exploraciones que duraban semanas humanas, habían abordado raramente el tema Hitler.

—En un futuro aterrador, Hitler busca un poeta que cante su demencia. La Gestapo encuentra unos cuantos, se niegan al deseo sublime de Adolf, y mueren retorcidos por el odio nazi, sin dejar una sola huella literaria.

—¿Te propones algo Klox?

—Sí, despertar las voces apagadas de esos poetas, escribiendo una o dos páginas como respuesta a ese suceso perdido en la tenebrosidad de la Historia, y ponerlas dentro de un libro de Conrad, aunque sólo Dios las lea. Escribamos juntos algo reflexivo con un toque de magia agresiva Klix, y luego enterrémoslo como una espada de poesía en *El Corazón De Las Tinieblas*.

La idea era tan fantástica como la existencia de los siameses, un ser doble donde la melanina sólo alcanzaba para una unidad, aunque la parte incolora bien podía ser un prisma donde la luz se descomponía en profundos arcoiris espirituales, y la parte pigmentada el último punto de interés que la entropía se comería.

Klox mojó una pluma de ganso en un tintero que tenía la forma de una cabeza de gárgola, y comenzó a escribir en una hoja gruesa y blanca. Tituló la composición como propia de una burla ácida de Carrol.

EL HERROR ITLER HA INDIGADO AL NOBLE ORROR

Tara feliz parida por la negrura,

Segundo cósmico perfumado de muerte

Desprendido de la enredada cuerda del Tiempo,

Persiguiéndome y no precisamente por judío,

Si no más bien para empotrarse en la carne de mi verso,

Como un huevo negro que pretende

Su Biblia universal a costa de los materiales alimenticios

De mi música.

Cuando Klix mojó la pluma, sintió la carga romántica, peligrosa y anarquista de cien poetas sin nombre, desaparecidos en las zonas más desamparadas de la libertad.

Las delicias del crimen y las cimas del sexo hindú,
Me las alcanzan los tentáculos del sueño y la pesadilla;
Escribir estas cosas es algo más peligroso que tú.
No es que pueda cantarte, eres más débil que yo,
No eres apto para los espacios fantásticos,
Te derrumbas como una cordillera de visibles

Gritos idiotas.

De pronto, las vetas de la mesa caoba, comenzaron a girar en círculos, unos hacia la izquierda, otros hacia la derecha. Algo venía desde las regiones de lo informe, formándose a medida que escalaba a lo largo de las retorcidas circunferencias de los caóticos círculos. Era un feto humano, ágil y veloz. Cuando llegó al borde del remolino de madera cargada de dimensiones despiertas, tenía 99 años. Era el abuelo Gervius, desnudo y sonriente, lleno de pecas y con su desordenada cabellera abundante en bucles blancos, y con su barba de plata peluda.

—No van a dejarme fuera de esto, extraños nietos, pienso rematar ese engendro literario, y voy a terminar el extremo de esa aguja envenenada de luz.

Klox y Klix aún no se habían acostumbrado a estas aterradoras apariciones del abuelo, siéndoles ya familiar el congelante asombro. Klix le alcanzó la pluma y Klox le acercó el tintero.

—Como tú digas abuelo— dijeron al unísono.
La inteligencia dejó atrás tu tumba en la nada
Y se perdió en las nieblas de este mundo, con sus
Alas que son el infrarrojo y el ultravioleta de la belleza.
Lo que me persigue es el fétido hedor de un
Error gamado; todas las cruces son tarántulas en los
Cielos de la mente.
Soy una flecha preñada de números sinfónicos,
Decidida a cruzar la tormenta.

KLOX, KLIX Y GERVIUS, TRES COSAS DEL TIEMPO

—¿Y vuestro padre, mi hijo Rublin?

—En su habitación, seguramente con sus amados libros de física y química.

—¿Y vuestra madre, la hermosa Alciana?

—En los pasillos oscuros, hace tres días que entró en ellos y aún no ha vuelto.
En cualquier momento nuestro padre irá a buscarla, su ausencia le tiene nervioso.

—Sé que la encontrará. ¿Y Trueno, mi amado perrito?

—A los tres días de tu ida al abismo, no le hemos vuelto a ver, suponemos que retornó al laberinto del conocimiento. ¡Que Rimbaud le guíe en su dolor! Él nos amaba a todos, pero era tu perro Gervius. ¿Cómo está la abuela Galis?

—Rodeada de veloces unicornios y escribiendo y escribiendo una novela de carne, sangre y huesos de un millón de páginas. Volveré otro día muchachos, tengo que atender ciertos asuntos en el fondo de la Noche.

Se bajó de la mesa y se dirigió hacia el puente del castillo, desvaneciéndose gradualmente. Cuando pasó bajo una lejana arcada ya era invisible.

Klox miró a Klix, ese rubio al infinito como solía llamarlo a veces humorísticamente.

—Antes de llevar este escrito a las lejanías de la oscuridad, vamos por nuestros caballos rumbo a nuestro ilimitado secreto del bosque.

A Klix le invadió una alegría que su albinidad rozó la invisibilidad.

Alciana, ya había dado vuelta el reloj de arena unas ocho veces, las hojitas fosforescentes que fue derramando a medida que andaba, ya se habrían vencido, y no tenía más provisión de ellas hacía ya tres vueltas al reloj de arena. Ni siquiera había traído El Mapa de la Oscuridad, que muchas incursiones en la demencial biblioteca del tiempo habían ido enriqueciendo con complejos hilos de tinta blanca, un fondo negro que aún tenía mucho de inexplorado. Hasta el momento sólo mostraba una telaraña tejida por cincuenta viajes, un pequeño derrame en el ojo de la tiniebla. Alciana no lo llevaba consigo, y su antorcha de brea iría menguando a lo largo de tres días más. Ya se consideraba extraviada, pero su alma había venido por Walt Whitman, y no regresaría sin él, aunque tuviera que recurrir a un intuitivo regreso ciego hasta el castillo. A la luz de su antorcha, era un fantasma marmóreo arrastrando una tormenta de rizos negros y una capa plateada.

Tuvo que saltar y esquivar en su culebreante camino, varios de aquellos sorprendidos huecos en el suelo, donde parecían haber sido extraídos varios libros juntos por garras en vez de manos. Por algunos títulos que iba leyendo al pasar, supo que era una zona a la que a menudo acudía Rublin a buscar fórmulas y ecuaciones que metía en la insondable y oscura bolsa de su obsesión. Los pasillos eran cruzados por otros que a su vez eran cruzados por otros, unos eran rectos, en otros anidaba la cría de la curva, pero todos parecían tener algo en común, tal vez el infinito. Tenían

tres metros de ancho y unos cinco de altura, eran fríos tubos de cartón multicolor y cuero petrificado.

Dos horas más adelante, bebió un poco de agua de una botellita verdosa, y más adelante luego del delicioso trago, la antorcha le mostró un obstáculo horrendo, un tapón de mármol al borde de la vida, trabajado por un Dalí griego. Era una enorme cabeza con los abultados párpados cerrados, blanca y perfecta, pero con una monstruosidad latente, como si aquella piedra del arte tuviera un cerebro, y más allá de ella un oculto e inimaginable organismo. Su boca cerrada eran unos labios gruesos casi vivos. Aquel rostro parecía dormido, y Alciana se lo imaginó soñando el interminable laberinto del libro más allá de los relojes de arena.

Comenzó a retroceder, y luego echó a correr perdiéndose más y más. Lejanos truenos comenzaron a llegar a sus oídos, más adelante ya era un océano de golpes sordos. Recordó El Mapa de la Oscuridad, y supo que era La Zona de los Derrumbes, que las antorchas de Klox y Klix habían iluminado parcialmente, y traído a sus ojos la horrible visión de un maelstrom de pasillos cayendo hacia gravitatorios giros de destrucción, interminables miles de libros deshaciéndose unos contra otros hasta ser polvo.

Se alejó hasta que el infernal ruido fue el murmullo de una oración, y sus ojos fueron atraídos por un título dorado casi al ras del suelo. Había ido por Whitman y se topaba con aquel rubí de poesía que la abuela Galis siempre le insistía en que debía leerlo. Se agachó acercando la luz del fuego, y extrajo el hipnótico y delgado libro.

Una forma de vida llegó con las rocas del espacio, al contacto con el agua y el aire, activó su evolución a partir de unos hongos microscópicos. En un mes, eran treinta centímetros eróticos nadando en el lago, devorando pequeños peces y trepando árboles para montar pájaros y recorrer el bosque. Klox y Klix regresaban al

castillo a caballo, con sus mallas escamadas en plata y oro, sus pacíficas espadas, con sus ropas negras llenas de símbolos que sugerían oscuros sucesos en la niebla, telas que se extendían a sus caballos, envueltos en signos esmeralda y rubí que parecían arañas soñadas por herméticos códigos.

—No sé qué hay más allá de sus vaginas Klix, sólo sé que nos permiten deliciosas penetraciones hacia orgasmos atómicos. Sus anos despiden un frío lubricante y se dilatan para que llevemos a cabo victoriosos empalamientos sin dolorosas dificultades. Sus bocas tienen lenguas negras que van a 180 revoluciones por minuto en torno a nuestros glandes. Si, nuestras niñas violetas, mudas y calvas son buenas con nosotros. ¡Tenemos sexo en el bosque! Pero en sus negras miradas hay continuaciones cósmicas de nosotros mismos, un amor que nos expande en el espacio, un abrazo a las estrellas.

—Si Klox, sus besos son verdades jugosas. ¿Harán algo con nuestro esperma? ¿Qué cosas futuras traerán las orgías con las niñas violetas del lago? ¿Acaso nuestros millones de espermatozoides se los devora un cero biológico?

Gervius había visto muchas cosas en los pasillos oscuros del tiempo. Dio con Las Escaleras hechas con Biblias de tapas negras, anchos y altos escalones que se leen con sólo pisarlos, sueños asiáticos que enloquecen y se olvidan al retirar nuestro paso de ellos, el último escalón está desconectado de ese velocísimo mecanismo telepático, pero el que completa una de esas escaleras acumula olvido no borrado, que sólo se activa en situaciones peligrosas de la vida como una información de ayuda que se manifiesta en perdidos datos genéticos que asaltan el cuerpo.

Desde la cima de una de esas escaleras, hacia abajo y atrás, Gervius vio a la luz de su antorcha pasar por un penumbroso pasillo, a las Treinta Momias que recorren por siempre la totalidad del laberinto, antiguos vagabundos que han leído todos los libros, momificados y envueltos en alquímicas vendas grises tal vez por un Fulcanelli

de mil dimensiones, recibiendo el soplo del Guardián Feliz, y puestos en La Negra Odisea de una misión noble y sin nombre.

Y desde la cima inactiva de otra escalera, hacia abajo y adelante, enfrentó El Lago Espiritual, encerrado en una cúpula inmensa de libros que comunican su sabiduría a las azules y tranquilas aguas. La antorcha de Gervius, misteriosamente alcanzó a iluminar toda aquella extensión hipnótica, tal vez el líquido sabio de la muerte, el ojo del alma de toda una raza cuya Historia está fuera de la memoria humana. Cuando Gervius enfrentó esa mirada, cada célula de su cuerpo fue un sabio Lord Dunsany retirado de las torpezas fisiológicas del irreflexivo azar.

Gervius en sus veinte exploraciones al tiempo, había enriquecido El Mapa de la Oscuridad, acumulando en su mente cosas raras que le expandían hacia zonas donde el pensamiento es un lenguaje de imágenes donde tal vez Jung y Lovecraft dejaron sus huellas psíquicas en sus interminables viajes de curiosidad. Vio maravillado en tres oportunidades, Las Grietas Móviles, como si unas raíces violetas del espacio extrajeran y volvieran a colocar al mismo tiempo, una y otra vez, miles de libros, hasta que las grietas desaparecían, quedando sólo el hueco correspondiente al libro tan enloquecidamente buscado, el cual se perdía flotando hacia la oscuridad.

Una sola vez, la confusión lo llevo a Las Cuevas de los Murciélagos. Aquella fue una de sus experiencias más extrañas, tal vez lo que más le aterró. Cada una de aquellas ratas aladas, colgadas cabeza abajo, aferradas de inalcanzables volúmenes, o volando ciegas y enloquecidas, le despertaron la certeza de que eran los millones de secretos de su lado oscuro. Pensamientos monstruosos para los que todos los libros que les rodeaban, no eran más que cajas llenas de sangre, cargadas de información espantosa, larvas que soñaban destinos hambrientos, insectos encarcelados que iban muriendo a través del deforme crimen ecológico, arañas gordas que se comían a sus hijos.

Pero el mayor regalo que le hizo la loca biblioteca del tiempo, fue en un pasillo perdido en los pasillos. La luz de su antorcha cayó sagrada sobre un peludo y albino cachorro de lobo venido de la prehistoria del Ensueño

—Si eres el perro de Dios, lo tomaré como un presente divino hacia mi persona, y si no, tan sólo acogeré en mi alma a un perrito perdido para amarlo y utilizarlo como extraordinario guía en la negra geometría del tiempo. Porque sospecho que estás menos perdido que yo, más aún, no tienes principio ni fin, y estás dotado de un estado de observación superior.

La empatía entre ambos fue espontánea, y regresaron juntos al castillo.

La mayoría de los libros eran devueltos a los pasillos del tiempo. En el castillo, en un salón convertido en biblioteca, se quedaban los que querían releerse o enamoraban a sus lectores, y aquellos que requerían ser consultados para ablandar y disolver dificultades en todo tipo de estudios. Los Fredalis, veían en los libros, la transformación humana que llevaba a lejanos horizontes de cambios inciertos en la noche de lo desconocido, pero intuían el peso virgen de un objetivo cósmico.

Klox y Klix siempre habían compartido sus incursiones en la locura interminable hecha de libros, y algunas veces rogándole al abuelo Gervius que les ofreciera al guía excelente de Trueno, algo a lo que Gervius accedía raras veces a regañadientes. Se sentía ilimitadamente responsable de aquel lobo bondadoso y fiel, que había crecido hermoso y fuerte, como una bestia elegida para ser el centro poderoso de una nevosa leyenda.

Una de esas exploraciones les había llevado a descubrir una extensa zona de pasillos, donde los libros mostraban títulos escritos en un idioma desconocido. Revolvieron hasta el agotamiento hasta dar con unos supuestos diccionarios que semanas más tarde en el castillo revelaron el origen del idioma. Habían dado con La Zona de los Libros Marcianos. Aquellos libros parecían estar escritos con letras magnéticas que actuaban sobre la psiquis. Por primera vez, la luz de las antorchas

obstaculizaba la visión. Las apagaron, y vieron a Trueno rabioso, con sus colmillos en el delgadísimo cogote de una criatura hecha con cuerdas azul venenoso que envolvían al animal tratando de reventarlo. Sacaron sus espadas y liberaron al perro cortando una cabeza que era un deforme ovillo de hilo con los rasgos del vacío, pero que envolvían millones de moscas brillantes que deshicieron la cabeza del absurdo, metiéndose en sus propias cabezas sin provocarles una sola herida en la piel ni una sola astilladura en los huesos de sus cráneos. Se sintieron dos agujeros negros siameses tragándose una galaxia de diamantes hacia perdidos espacios de sus mentes. No se sentían diferentes, pero Trueno les miraba como seres cargados de memoria inalcanzable, de horrendo recuerdo navegando el olvido.

Las cuerdas azules, habían obstaculizado el pasillo en una compleja telaraña. Las espadas y los colmillos afilados de Trueno, la vencieron, y quedó inmóvil y destrozada en un charco azul y burbujeante que se desaguó entre los libros del piso.

Decenas de oscuros pedazos cuadriculados les hizo desembocar en un pasillo incompleto, como si fuera un defecto de la tiniebla, el cáncer escondido comiéndose la arquitectura tenebrosa de la infinita casa de las letras. Sus antorchas, distinguieron a Trueno al borde de los cielos. La Zona Estelar era incruzable, o tal vez aún debían encontrar el conocimiento para cruzarla.

—¿Puedes concebir más allá de estos billones de estrellas, inhumanos límites hechos con libros, encerrando millones de galaxias?

—No lo sé Klix, si es así, siento que no he leído nada, o en todo caso, tan sólo un verso idiota que hace de nuestro Mapa de la Oscuridad, el estúpido atlas de un microbio ciego.

Rublin, siempre había explorado solo, llevándose consigo El Mapa de la Oscuridad. Llegó a los pasillos que atesoraban los libros de física y química, que le llamaban una y otra vez con las mudas melodías de su propia y extraña sed. Un día

alcanzó las fronteras de esas trabajosas investigaciones, y asomó a un sombrío pasillo su roja cabeza que parecía el formado gemelo del fuego deforme de su antorcha.

El pasillo del sonido, era largo y no interrumpido por ningún otro, pues había hecho una prueba de diez minutos hacia la izquierda, y luego se lanzó una hora hacia la derecha. Los libros contenían al sacarlos al azar, pentagramas atestados de una escritura arácnida, tal vez la explicación impenetrable de aquel sonido suave y caótico que flotaba en el pasillo, como una mezcla de composiciones avanzadas para lejanos instrumentos musicales del futuro o del pasado.

Llegó un momento, que sintió que su cuerpo iba perdiendo millones de células por el camino. Cuando sólo le quedó la cabeza, y su antorcha y su espada sostenidas por brazos invisibles tal vez suyos, giró hacia atrás buscando el resto de su cuerpo. Sólo oscuridad más allá de la luz de la llama. Siguió adelante, sin saber si su cabeza aún era visible, como un espíritu dentro de un cuerpo invisible. Apareció un pasillo que apagó la nebulosa musical y le devolvió su carne, su malla de escamas lilas y su capa negra. Su visible persona estaba en orden, su alma era un desorden paradisiaco, una experiencia más en el rico y laberíntico camino dibujado por Dios en la física de la oscuridad.

Intentó otro camino para su regreso, cada tanto se detenía para marcarlo con la tinta blanca de un frasquito incoloro, apoyando El Mapa de la Oscuridad sobre dos libros de física y química que creyó extraviarlos para siempre en La Zona de la Música.

Y comenzaron los pasillos más negros que había visto, pues todos los libros eran negros y no tenían dorados o plateados títulos, más bien la indicación había cerrado sus ojos hermosos dejando al explorador en una cegada búsqueda. Tardó en darse cuenta, había penetrado en La Zona Carbonizada.

A veces, al final de largos pasillos que hedían a cuero, papel y cartón quemados, donde el oxígeno estaba siendo asesinado por tóxicos duendes químicos

y venenosas hadas gaseosas, creía vislumbrar en la oscuridad, huidizas lenguas rojas de negras y veloces serpientes que miraban hacia atrás. Sabía que si continuaba por La Zona Carbonizada, si apresuraba el paso, llegaría a ver al vagabundo incendio que la había engendrado, al infierno peregrino que marchaba hacia cielos de cenizas.

Desanimado, regresó en busca de pasillos más saludables. Los años le acercarán el sueño reiterado que le mostraba a un gusano gordo y eléctrico, atestado de rojos carbones que activaban miles de grados de temperatura mortal, que derretía puertas químicas hacia regiones atómicas del horror.

La abuela Galis, de quien Klox había heredado su negra y lacia cabellera, sólo había hecho una incursión en el tiempo estudioso, con la única compañía y guía de Trueno, y su capa púrpura contra el frío a la que consideraba un ser habitado por miles de hadas que protegían al espíritu de la atrofia de no visualizar el espectro completo de la realidad.

—Vamos ya Trueno.— Y el impalpable espejo negro les ofreció la oscura red del tiempo. La antorcha hacía que la cabellera de Galis pareciera una flotante medusa blanca detrás de un lobo albino.

—Vamos Trueno, soplo fantástico de Dios, has nacido en este nido de la inteligencia, muéstrame algo interesante que combata mi cabeza ávida de misterios que me pongan en duda, necesito una guerra para probar la fortaleza de mis sueños, quiero que mi alma sea asaltada por un problema monstruoso que se alce ante mí con sus patas de infinitas operaciones matemáticas, y ver en su cabeza el ojo de su insondable solución. ¿Te pido demasiado lindo perrito del tiempo?

Incontables pasillos quedaron atrás, apagados y en silencio. Trueno parecía dirigirse fuera de la gruesa hoja negra del Mapa de la Oscuridad, llevándose a Galis hacia los perfumados dioses del olfato. Se detuvieron ante una deformada entrada en una pared de libros, tal vez la cueva donde soñaban las tripas de la negrura. Trueno

se metió en ella y Galis le siguió con su antorcha, con terrores que eran mudos truenos en su alma.

Si, era una accidentada cueva no muy grande, forrada de libros que formaban un universo de ángulos locos. En el fondo había un podrido montón de libros con la forma de un Buda creada por el gusano. Trueno se adelantó y se echó junto al regazo de aquella momia obesa que había detenido la descomposición a unos años de la ceniza y el delicado derrumbe.

—¿Acaso mora en ti un espíritu mole podrida?

Un tejido de larvas se rompió con el temblor de unos finos labios, y el príncipe del Nirvana dejó libre la boca de su sabiduría.

—Te esperaba Galis, tu camino empedrado de sueños pasa por aquí, pero no termina aquí. He abandonado un momento la nada para saludarte Reina de la Fantasía. Trueno es un viejo amigo, que se procura su alimento en La Zona de los Murciélagos, y su agua en El Lago Espiritual, su camino pasa por aquí, pero tampoco termina aquí.

—Noble Buda, hijo preferido del tiempo por tu paciencia que ve pasar la infinita manada de las dificultades. ¿Por qué has querido ser el héroe de la Nada?

—En la nada soy la momia mental envuelta en las vendas del arcoiris. Los hombres van y vienen atrapados en el ovillo de los destinos, la reencarnación me ha agotado hasta la insensible tortura, he pasado sin problemas, naturalmente, como el murciélago que regresa a su cueva en alas de su delicada y natural matemática, hacia la superioridad de la nada, que no es la muerte, ni la vida ni el más allá, es el descanso sano del intelecto y el espíritu, una sabiduría dormida que sólo puede ser activada por criaturas especiales como vosotros. Más allá de las larvas que sellan mis ojos, les veo y les amo, y les deseo destinos felices.

Alciana en su habitación del castillo, vio asombrada que algo invisible tejía con tinta blanca hacia el negro ángulo derecho del Mapa de la Oscuridad, un complejo periplo, terminándolo en una equis coronada con la palabra BUDA. Supo que Trueno y Galis habían llegado lejos en la tiniebla del tiempo habitada por el libro.

Rublin, apartó sus libros, y decidió ir en busca de Alciana. Se llevó El Mapa de la Oscuridad, su espada y su capa negra. El impalpable espejo negro, lo lanzó a los corredores de la Invisible Momia Borges, donde la escritura enloqueció a las tinieblas, y donde el tiempo sufre esa consecuencia de maravillas inestables.

Cuatro horas de andar como un engendro enloquecido del dédalo cruel del abismo, cuatro pesadillas de arena de su colgante y bamboleante reloj en los miedos intuitivos de la futura soledad, le detuvieron a ver El Mapa de la Oscuridad a la luz de su antorcha. La burla fantástica de su imaginativa madre estaba demasiado alejada de sus creencias, su humor y sus doloridos músculos. Pero la otra atrevida broma no estaba en el mapa antes de entrar en el tiempo, y no creía que Klox ni Klix se hubieran entretenido en semejante juego mortal que podía costarle la vida a su propio padre. No, sabía que ellos eran muy responsables con respecto al Mapa de la Oscuridad, y que practicar una broma en él era un crimen o un desvarío peligroso.

La fina red de tinta blanca estaba más allá de La Zona de los Derrumbes, no estaba muy lejos de su curiosidad, y mucho menos de un presentimiento místico que lo animó como si su cuerpo hubiera recibido una poderosa célula de Dios. ¿Qué significaba aquella equis final coronada con dos horrendas palabras? LA CABEZA.

Mucho antes de llegar a la equis, Rublin tropezó con lo más horrible de la vida. Bajo un montón de enormes y pesados libros, casi totalmente enterrada, yacía muerta Alciana. En su mano aferraba un pequeño libro que al extraerlo había provocado el mortal alud, como si hubiese quitado de su lugar el incomprensible centro de un orden complejo que perdió su divino equilibrio. Su pálida y huesuda mano, aferraba Los Poemas de Edgar Allan Poe.

En el gran salón del castillo, el candelabro de bronce reinaba por doquier cargado de aceite encendido. Empotrado en una pared, el hogar convertía el aire en un suave confort para la red venosa del hombre. Doradas y plateadas armaduras de cálidos latidos de luz, eran guardianes mágicos de veinte pinturas salidas del inconsciente dunsaniano de Galis.

En torno a la gran mesa de caoba vetado, Rublin, Klox y Klix, velaban el cuerpo de Alciana, extendido sobre ella como una mezcla de momia y hada envuelta en gasa de plata translúcida. Las espadas de su esposo y sus hijos, estaban sobre la mesa apuntando hacia la hermosa cabeza, como una preciosa corona de dolor.

Y allí yacía, la que había extendido el conocimiento geográfico del Mapa de la Oscuridad, aún sin llevarlo consigo, yéndose a buscar un libro de un tal Walt Whitman. Su aporte al casi inexplorado atlas de la infinita oscuridad, le había costado la vida; ¿había sido la llamada extraña de un poeta peligroso la causa utópica de que ahora yaciera sin aliento? Pero no, la siniestra ironía tenía voz, la voz de Galis insistiéndole mil veces a que leyera los poemas de Poe y que por razones del alma aún no los había leído tranquila y a salvo junto al fuego. El libro que Alciana aferraba en su mano sin vida, no era la misma edición que Gervius le había dado a Galis al cumplir ochenta años, y que esta decidió luego de releerla cien veces que la volviera a injertar en su sagrado punto de la oscuridad. De lo contrario, Gervius hubiera sido el que cayera en aquella trampa mortal y matemática de lo desconocido.

La cadena de oro donde la verrugita azul había llegado a cristalizarse en una piedra preciosa de la química, se había extraviado en la última aventura de Alciana, o la mano de la luz se la había quitado para devolvérsela del lado del universo donde los cielos se extendían al revés.

La noche pasó como una dorada nube de dolor, y temprano a la mañana, Alciana fue enterrada en uno de los jardines del castillo Fredalis. Nadie rezó, todos lloraron, dios hacía lo que quería, y lo que no quería también, cometer errores en sus

ilimitadas regiones maravillosas, donde los átomos de la tragedia son mucho más abundantes que los átomos de la felicidad.

A la semana de la muerte de Alciana, Rublin dejó el castillo para siempre, sin despedidas, decidido a transformarse en un vagabundo de los pasillos rosacruces del tiempo, buscando la religión perdida que justificara el suicidio, tal vez la Biblia Muda de los primeros y tal vez los últimos chinos, que buscaron y buscarán la no existencia en la caótica e infinita guerra. Y al mismo tiempo, buscaba una señal de Alciana en las tinieblas.

Dio con La Cabeza, bellissimo espanto soñante, que no le dio ni un tenue tic en respuesta a sus rimbaudianas preguntas. Se enfrentó a Buda al final de aquel imposible viaje de su misteriosa madre. No se movió ni una larva ante su locura defectuosa. Regresó a La Zona de los Derrumbes que los siameses habían descubierto, y en un perdido pasillo se topó con Trueno, a quien espantó arrojándole su idiota reloj de arena.

Al borde del gravitante remolino que comía interminablemente libros de tamaños que iban de lo microscópico a lo ciclópeo, se arrojó a ser la ceniza dormida de su demencia.

Una mano blanca de venas azules sostenía la antorcha. Dos manos blancas de venas blancas, doblaban por la mitad con firme y delicada exactitud, El Horror Itler Ha Indignado Al Noble Orror. Lo metió entre la primera y segunda página de El Corazón de las Tinieblas de Conrad, y volvió a colocar el libro en su lugar.

Siguieron caminando hasta dar con La Cabeza, y a la luz de sus antorchas sintieron el terror que había sentido su madre. Un pedazo de arte abismal de inimaginables continuaciones, tal vez oculto e infinito resto, habría provocado desorganizaciones implacables en las arquitecturas inocentes de su alma.

De pronto, escucharon cientos de pasos como si el mismo Caos se acercara con el desordenado andar de sus pesadas patas de trapo. Klox se echó hacia una pared y Klix hacia la otra. Ya divisaban unos seres inflados en las penumbras. Cuando entraron más en la luz de las llamas, vieron asombrados y helados, a sus mujercitas violetas, embarazadas por ellos mismos.

Pasaron entre ellos, mudas y aparentemente ciegas, en una fila alienígena hacia La Cabeza que, sin levantar los párpados, si abrió desmesuradamente su boca negra sin dientes y sin lengua. Una a una, entraron en aquella boca irreal sus cincuenta niñas violetas cargadas con la semilla Fredalis. La boca se cerró lentamente hacia la inmovilidad, y La Cabeza siguió soñando cosas que harían explotar la cabeza humana.

La piedrita azul despertó de su letargo de treinta años, se desencadenó de la fina cadena de oro con unas pequeñas patitas metálicas que no eran más que las raíces móviles y andantes de una anciana ciencia del universo. Se metió en zonas vírgenes del Mapa de la Oscuridad, y en ellas multiplicó su tamaño con el número 99.000, el adecuado para transitar ciertos pasillos del tiempo hacia el borde de La Zona Estelar. Su oscuro e infatigable trabajo manipulando una tecnología para la que el año luz era algo familiar, le dio luz eléctrica, impulso atómico y un infinito cerebro electrónico habitado por incontables programas inteligentes y memoriosos. Como una lata maravillosa, navegó miles de corredores en la tiniebla, y se posó suavemente extendiendo cuatro largas patas de acero vivo, a perfeccionarse aún más en el pasillo cuyos libros recibían el beso eterno de las estrellas.

Los asteroides del bosque, un día dejaron de desaparecer, como si hubieran sido abandonados por una vida de lenta intermitencia, condenados al destino de las rocas, esos rostros locos de la paciencia que parecen esperar inútilmente la atención y el respeto de los hombres, tan distraídos con lo que se mueve.

En un sótano del castillo, Klox estaba al final de su secreto proyecto Momia Despierta, su más íntimo sueño de metamorfosis. La raíz del proyecto era un poema que él mismo había escrito diez años atrás, La Luz Peluda, y sobre el cual había trabajado mezclando extrañas drogas del bosque, dirigiendo el poema hacia una zona de la mente que al hombre se le había dormido hacía un millón de años. Sólo faltaba beber la última fórmula del experimento que traduciría el poema en un éxito biológico de inmunes resultados estelares.

Se reunieron en mi cabeza
Unas cuantas danzas filosóficas,
Bailaron la danza de las estrellas,
Las rocas, Buda y las cebollas.
Cuando terminó la fiesta
Se retiraron en carruajes de inteligencia;
Se quedaron las sombras de sus ideas
Esperando las metamorfosis de mi poema.
Cuando terminé aquel último verso
Todo lo leído huyó despavorido;
El poema se irguió con las patas del cielo
Y mi cerebro por la música del horror
Fue comido.

Klox bebió del pequeño frasco la última etapa líquida de su oculta ilusión, y al borde de la ficción, el fruto monstruoso de su ciencia se lo comió y de un salto se lo llevó a través de la materia conocida.

A principios de un invierno, Klix abandonó el castillo, la soledad lo estaba maltratando sin sobresaltos, llevándolo a una pacífica demencia de aburridos relojes de arena. Por lo menos en la biblioteca del tiempo, la soledad jugaba con el saber y el horror, lo extraño y lo incomprensible le daban la salud de la aventura, los libros partículas de iluminación, y el espanto la curación de esa enfermedad que arruina y que es extrañar sin pausa seres queridos.

Atravesó el impalpable espejo negro, e inmediatamente sintió el abrazo ilimitado y restaurador de las tinieblas. Con una antorcha en su mano y tres de repuesto en su cinto, con su espada en su vaina de plata, El Mapa de la Oscuridad en sus ropas y su pesada capa negra, se internó a buscar su futuro en los tenebrosos alrededores de Dios.

En un pasillo de la ciencia paradójica del laberinto, escucho que unas tenues pisaditas no abandonaban sus oídos. Se detuvo, y Trueno entró en la luz de la antorcha como un sueño ancestral, y la albina alegría manifestó su abrazo y su calor, su beso y su lengüetazo, la palabra y el ladrido.

Trueno tomó la delantera, y se adentró seguro y altivo, como una fantasía automática, activada por una tecla mental, como si Dios atrajera hacia sí con extraordinario control remoto a su criatura más bella. Llegó a la rampa que ofrecía la gigantesca araña metálica, cosa azul adaptada al espacio. Dio vuelta su cabeza hacia Klix, y sin terror comenzó a andar hacia la nave.

La rampa se deslizó hacia atrás desapareciendo. Una compuerta se cerró y otra se abrió y se cerró cuando se abrió otra. Klix se sintió tragado hacia el estómago incomprensible de una máquina. Estaba allí, y la nave sería su Maestra de voz electrónica, tal vez hasta los lejanos y últimos días de su vida.

Trueno se alzó hasta una consola con cientos de ojos de colores, y con su pata derecha apretó uno rubí. La Verruga contrajo sus patas largas de acero vivo, y

suavemente se deslizó hacia lejanas paredes de libros que encerraban mil millones de galaxias.

El punto geográfico que ocupaba el castillo, fue inundado por la tormenta roja de la desbordante ambición feudal. Y pasaron hordas de enlatadas bestias rubias, en las que el cabello negro era considerado como una superioridad genética que las nieblas del tiempo injertaban como coronas divinas en cabezas dotadas de sistemas nerviosos mágicos y violentos.

Cuando las hordas tatuadas pasaban por allí, ignoraban al retirarse con cientos de guerreros menos, la causa misteriosa de esas bajas, y veían en solitarios caballos sin jinete, un síntoma incomprensible de las tinieblas.

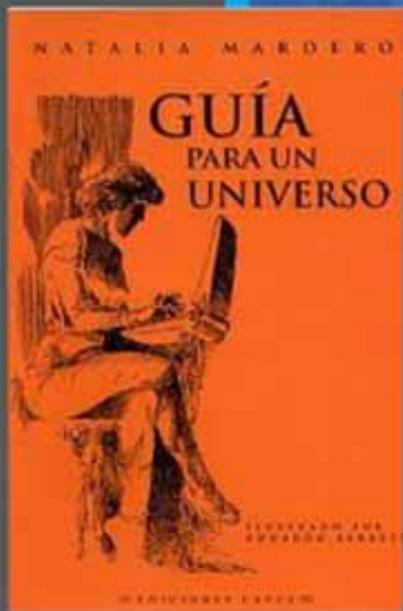
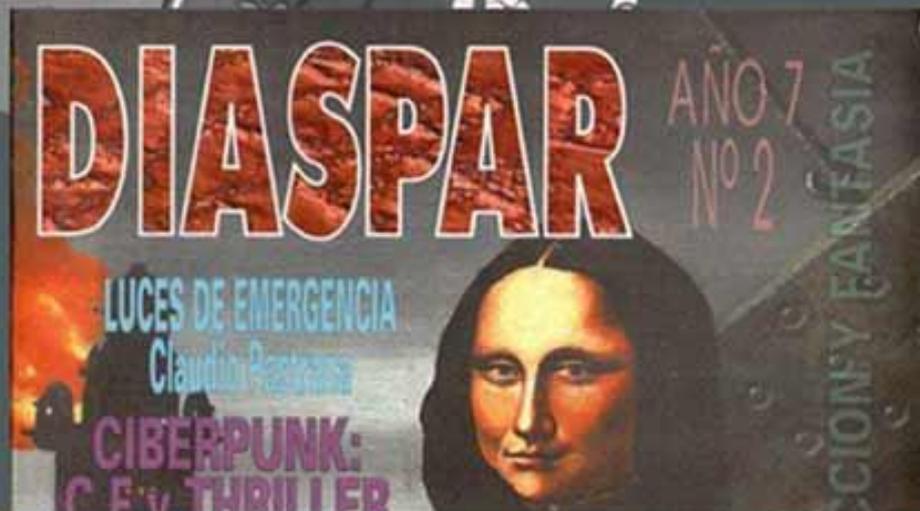
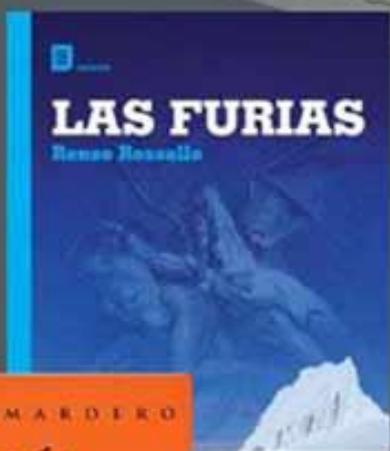
Y se alejaban, con sus desorganizadas legiones envueltas en símbolos y signos de guerra y religión, hacia las matanzas inocentes de la luz, hacia el genocidio natural de la expansión orgánica y la mezcla salvaje de las sangres. Pasaban como un mecanismo matemático de la ceguera, programado por la lucidez oculta del Caos.

El castillo fue arrasado por la rapiña y el fuego. Los impalpables espejos negros murieron. La tumba de Alciana fue destripada y jamás llegaron a tocar sus huesos, pues allí no estaban, tal vez algo cultivaba en ellos su hermosa carne a millones años luz de nuestras protozoarias creencias.





deliprosos



La fundación de una ciencia ficción uruguaya (y todo lo que pasó después)

URUGUAY SU 25 ARGENTINA... MEXICO US\$ 5 ESPAÑA US\$ 5

Por Ramiro Sanchiz

Ilustrado por Carmen Rosa Signes Urrea (España) S.t.



El tema de la definición del arte dio y da mucho que escribir y pensar. Ciertos aportes vinculados a la filosofía analítica ven en la noción de arte un concepto "abierto", es decir imposible de definir porque siempre habrá alguna práctica u obra que pueda ser considerada "arte" o sea de hecho considerada "arte" y que a la vez elude las definiciones propuestas. Es evidente además

la necesidad de historizar el concepto de arte, relativo siempre a la época en cuestión, o, si se quiere, cabe también —cada uno sabe con qué se arriesga— proponerlo inherente a las prácticas culturales de la humanidad, es decir explicable en términos de una suerte de fondo esencial que hace que *siempre* ciertas actividades son “arte”.

En cualquier caso, la posibilidad de armar una "historia del arte" basada en alguna forma de definición (es decir que tengamos un criterio para incluir determinadas prácticas como arte y para excluir otras de nuestra línea cronológica) fue negada por teóricos como Arthur Danto, que incorporó la noción de "fin del arte" a la reflexión sobre el tema. Otras corrientes intentan retomarla y construir definiciones de diverso tipo y alcance; más allá de su posible éxito o de que pensemos que la indefinibilidad del arte es indudable, podemos transportar este problema al de ciertos géneros literarios o, quizá, al concepto

mismo de géneros literarios. Al menos como discusión de la que esperamos surja algo interesante, en oposición a la idea tan difundida de que los géneros existen como “etiquetas” limitadoras o porque los libreros tienen que ordenar su mercancía.

Tomemos como ejemplo la ciencia ficción, género que ha sobrevivido a incontables intentos de definición. Quizá el único momento en que un proyecto de definición de la CF alcanzó cierto éxito –en cuanto a riqueza y abundancia de la producción– fue la década de 1940 y 1950, la llamada –por cierta historiografía flechada, por cierto– “edad de oro” del género. Allí operó ante todo la actividad editora de John Campbell y el grupo de autores descubierto por él, entre ellos Heinlein, Asimov y vanVogt. Se trataba de una ciencia ficción que pretendía una escritura digamos *correcta*, atenta a ciertas normas estandarizadas de lo narrativo (la idea de una narración clara, de una narratividad visible por cualquiera, una “historia clara y bien contada”) y anclada en cuanto a verosimilitud a cierto horizonte de expectativa basado en el estado presente de la ciencia. Si había naves capaces de moverse a velocidades translumínicas, *había que explicarlo*, así fuese apelando a un lugar común del género como el hiperespacio. De hecho, en este período, cabe pensar, se consolidó precisamente eso: el conjunto de recursos, herramientas, temas o incluso tropos que harían al género. No es que antes no se escribiera sobre guerras en las estrellas o paradojas temporales: es que a partir de Campbell eso pasó a integrar una red más compleja, una estructura, digamos, que permitía decir que determinado texto *era ciencia ficción*. Y la ciencia ficción, entonces, podía entenderse más o menos como *relatos literarios de especulación basados en extrapolaciones plausibles del conocimiento científico y que movilizan uno o varios temas o imágenes tomados del acervo reconocido como propio del género*.

Pero, claro está, esa definición, endeble como era (¿podían ingresar temas “nuevos” a ese acervo? ¿hasta qué punto un tratamiento de esos temas era

“plausible”?, etc) entró en crisis en años posteriores, convirtiéndose lo que antes había sido entendido como “la ciencia ficción” en apenas una variante más (la CF “clásica” o incluso, si se cargaban las tintas en el lado científico del asunto, la CF “dura”) de un campo ampliado que con el paso de las décadas pasó a ser descrito más cómodamente como un gran número de subgéneros (steampunk, cyberpunk, space opera, etc) por prácticas y espacios editoriales comunes.

Pasada esa “revolución” (que vista de cerca fue más estruendosa de lo que nos devuelve una mirada retrospectiva) una vía de exploración nos permite preguntarnos si, entonces, se puede hablar de la CF como género en el sentido en que se puede decir que el policial –o el terror o la aventura o la novela epistolar: es decir, todos criterios diferentes pero en última instancia enunciables– es un género. Para empezar, la CF carece de un lenguaje o un “estilo” asociados, como si ocurre a grandes rasgos con el policial (cuya pauta de mutación de estilos es la historia del género), o también de un tema específico, como podría pensarse, grosso modo, de la aventura entendida como género literario. Cabe pensar que la CF siempre fue digamos *inclusiva*, y que esa inclusividad está en su origen editorial (con las revistas de Hugo Gernsback, que podían leerse como aventuras de la aviación en un contexto espacial o como historias de vaqueros e indios en otros planetas). Así, podía escribirse una narración policial con marco de CF o una historia romántica ambientada en otra galaxia y en el futuro lejano, o historias de aventuras, de guerra, de lo que fuese.

Este modo de presentarnos las posibilidades de la CF puede a su vez presentarse como anclado a la noción de géneros *comerciales*: un género depende, entonces, de un mercado que lo consuma, de un conjunto de expectativas de sus consumidores y de una continuidad o comunidad de lectores/escritores que defina líneas a explorar, a declarar agotadas o a renovar. La CF, en ese sentido, es un género en tanto existen revistas, colecciones y convenciones de lectores que la

leen, la reclaman y juzgan qué cosa es mala ciencia ficción, qué cosa es buena y qué cosa no lo es en absoluto: en ese contexto es posible decir que obras tan dispares como *Fundación*, *Crash*, *VALIS*, *El ciclo barroco* y *La ciudad y la ciudad* son ciencia ficción *pese* a las notorias diferencias temáticas que separan estas obras y *porque* todas ellas son leídas por fans de CF, escritas por autores asimilados a la CF y publicadas por editoriales que incluyen en sus catálogos colecciones de CF.

Por tanto, es esencial –a la hora de abordar el “problema” de la ciencia ficción en Uruguay– considerar el mercado, las comunidades de lectores, escritores y editores, el “resto” (la contrafigura, digamos, el “fondo” que recorta la “figura” de la CF) del medio literario, la crítica y las instituciones. De otro modo quien quiera historiar la CF uruguaya sólo terminará con una colección de anécdotas en sus manos, cuyo valor nadie pone en cuestión pero que, convengamos, no puede agotar un planteo más ambicioso del tema, así fuese –que no otra cosa es la crítica literaria– como motor para el diálogo y la interacción entre modos de pensar y leer.

En ese sentido es especialmente destacable el esfuerzo de Pablo Dobrinin, el primer crítico en ocuparse con cierta competencia y exigencia de una historia posible de la ciencia ficción uruguaya. Así, desde su lectura del proceso intelectual de las formas de escritura que –de paso– él mismo cataloga (a veces con mayor riesgo, a veces con muchísimo menor) como ciencia ficción, podemos reconocer como fundadores los esfuerzos de Francisco Piria (*El socialismo triunfante*) y Horacio Quiroga ("El hombre artificial"). Pero está claro que ni Quiroga ni Piria escribieron desde un género o desde una comunidad de lectores/escritores, ni sus libros llevaban el rótulo de género, ante todo porque ni en 1909 ("El hombre artificial") ni en 1898 (*El socialismo triunfante*) existía el término ciencia ficción, creado por Hugo Gernsback, aunque se hablaba en Inglaterra de "scientific

romance" para describir obras como las de H.G.Wells, Edwin Abbott y Julio Verne.

Descartando inevitablemente la posibilidad de escritores ocultos, enterrados, inéditos o lo que fuese, si usamos el rótulo de "escritor de ciencia ficción" exclusivamente con aquellos escritores que trabajaron en relación a una comunidad de escritores/lectores/editores que se vinculara a sí misma explícitamente a la ciencia ficción, los primeros escritores de CF uruguayo serían Wellington Gabriel Mainero y Carlos María Federici, y esa (o esas) comunidades que permitirían esta caracterización son, en lugar de autóctonas, las promovidas en una primera instancia por la revista española Nueva Dimensión en la década de 1970 y 1980 y, como fondo de lecturas más que exclusivamente como terreno de intervención y publicaciones, los distintos experimentos con revistas del género en Argentina (*Más Allá*, la revista y la editorial Minotauro, etc).

Otros creadores contemporáneos de Mainero y Federico, como Tarik Carson y Mario Levrero, escribieron ficciones que podrían ser encasilladas en la CF si así se lo desea y modulando lo necesario –que no es tanto como podría parecer– alguna definición en uso, inclusive las más conservadoras; sin embargo, tanto Carson como Levrero carecieron del impulso de insertarse en una comunidad de caracterizada por la CF, en un "mercado", cabe decir también, en un "género". El caso de Levrero es a la vez claro y complejo: negando siempre la posibilidad de caracterizar su obra narrativa como *ciencia ficción*, publicó en revistas y colecciones de libros que fueron sistemáticamente leídas como justamente *libros y revistas de ciencia ficción*, más allá de la intención revelada a posteriori por algunos de sus editores –como Marcial Souto, por ejemplo, que hasta el día de hoy niega una conexión clara entre la colección Minotauro y la ciencia ficción. A la vez, si recurrimos a las entrevistas que abordan el tema, Levrero ostensiblemente maneja una noción de lo que es la ciencia ficción muy cercana a (por no decir inmersa en)

el molde clásico, campbelliano. Por ejemplo, en el texto "entrevista imaginaria con Mario Levrero por Mario Levrero", el autor de *La novela luminosa* llega a afirmar "me sitúo en el "realismo" cuando intentan ubicarme en la ciencia—ficción o en la fantasía", de modo que la autoexclusión del género aparece como notoriamente deliberada. Sin embargo, al menos dos antologías de importancia surgidas en el seno de comunidades de lectores y editores de ciencia ficción incluyeron cuentos suyos: *Latinoamerica fantástica*, de 1985, y *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, de 1982.

Estas antologías —españolas o, a lo sumo, iberoamericanas—, a la vez, incluyeron relatos de Federici y Mainero, pero ninguno de estos escritores intentó entonces crear un mercado local o una comunidad local de lectores/escritores, si bien Federici era citado como "corresponsal" en Uruguay por la revista *Nueva Dimensión*. Mainero, sin embargo, sí nucleaba fans del género (aunque no mediante publicaciones, salvo, por supuesto, las que él mismo vendía y vende en su librería, la primera en Uruguay dedicada exclusivamente al comic y la ciencia ficción), y a su alrededor —y también en torno a sus disidentes— parecería haberse configurado un caldo de cultivo, en el sentido de potencialidad para hacer emerger editorialmente al género y su comunidad y mercado. Pero, como ya se ha dicho, no existió la voluntad de editar revistas o crear editoriales que garantizaran la continuidad de estos textos en el ámbito de visibilidad de la literatura nacional, de la "cultura" o incluso de la "contracultura".

Es recién a fines de la década de 1980 que ocurre el primer intento de "crear" el género en Uruguay y, por tanto, es por esas fechas que, de acuerdo a los criterios que venimos manejando, cabría hablar del "nacimiento" de la ciencia ficción uruguaya. El grupo liderado por Roberto Bayeto y otros escritores y dibujantes comienza a publicar fanzines (*Trantor*, por ejemplo, del que luego se escinden al menos dos grupos) y revistas (*Diaspar*, *Arrakis*, *Dias extraños*) entre

1987 y 2003, con una reaparición digital de *Diaspar* a cargo casi exclusivamente de Bayeto y ya en la segunda década del siglo XXI.

Los escritores y dibujantes vinculados a este intento de crear un mercado y una comunidad sí se autoproclamaron como “pertenecientes” al género e intentaron, como es lógico, potenciarlo con publicaciones. A la vez, el tono de esas revistas es, en general, el de la contracultura: se ataca la literatura *mainstream* y consagrada (tanto la local –Benedetti, Galeano, Delgado Aparain, Tomás de Mattos, etc– como la más canónica: en algún editorial de *Diaspar* Bayeto escribió que no quería escribir —ni iba a publicar en su revista— “mariconeadas sobre tipos que se convierten en cascarudos”), se cuestionan las líneas fundamentales desde la que la elite cultural construye el modo de ser de la literatura y el arte nacional y se mantiene una línea combativa que incluyó intervenciones del espacio público (grafitis del tipo *Diaspar es cultura*, proyectos de convenciones, etc). También se procede por la lógica combativa de la exclusión: los que no pertenecen al movimiento –por no compartir ciertas líneas, por no “militar” codo a codo– son considerados “enemigos” o, en el mejor de los casos, escritores que no pertenecen al género o que no lo conocen o que lo practican mal. Cierta zona “fantástica” de la producción literaria local es arrojada fuera de esas fronteras y, de alguna manera, ninguneada. Los disidentes son considerados más o menos explícitamente como “traidores” y se confirma su expulsión: algunos generan otras revistas, que se superponen al lanzamiento de *Diaspar* –como es el caso de Smog (que publica a Levrero, por ejemplo, y parece más abierta a esa línea “fantástica” proscripta en el círculo de Bayeto)– o participan, más tarde, en muestras curadas por representantes de la cultura más *mainstream*, como por ejemplo la antología *Más vale nunca que tarde*, publicada por Banda Oriental, en ese momento una editorial que promovía una literatura uruguaya alineada con los proyectos políticos y culturales de la izquierda de los años sesenta, con el rescate

de figuras del realismo y el costumbrismo y, en general, que apostaba por valores notoriamente ajenos a los promovidos desde *Diaspar*.

Algunos de los escritores que publicaron sus trabajos en este volumen ya habían regresado al círculo de Bayeto para 1994, cuando fue publicado el número 2 de *Diaspar*. Cabe proponer por cierto a este número como un hito de la ciencia ficción uruguaya, en tanto insiste y refina la línea de su predecesor de 1989 y se suma a los esfuerzos rioplatenses por asimilar al ciberpunk, corriente que hasta el momento estaba escasamente difundida en Uruguay. El programa de Bayeto pasa por crear de una vez por todas un "movimiento de ciencia ficción uruguaya" –la primer parte de cuyo "manifiesto" es escrita por Claudio Pastrana para la página editorial del número 2 de *Diaspar*– y alinear la producción local con lo que es percibido como “lo último” en el proceso del género, fomentando el diálogo y la retroalimentación con la comunidad de lectores/escritores/editores en Argentina, en particular la representada por el entonces activo CACYF (Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía). Para ello son reseñados revistas y fanzines porteños, y los autores del grupo de *Diaspar* fueron alentados a enviar sus cuentos a otras tantas publicaciones argentinas. La novela *Lavado en seco*, por ejemplo, de Claudio Pastrana, fue publicada en edición digital por la revista *Axxón*, junto a cuentos de Bayeto y otros participantes del grupo en lo que fue conocido como el primer “especial Uruguay” de esa publicación.

Sin embargo, con el paso del tiempo el grupo acometió empresas que terminaron por exceder su capacidad organizativa: el impulso fue atenuándose, la revista no prosperó económicamente y los escritores que integraban el movimiento o bien dejaron de escribir activamente (como es el caso de Héctor Álvarez) o se separaron del proyecto para reconstruir sus caminos en solitario. Este es el caso de Pablo Dobrinin, por ejemplo, en quien operó además un

alejamiento de índole temática, que lo acercó a ese fondo "fantástico" anteriormente proscrito por las normas internas del grupo.

La última acción del movimiento, ya bastante disperso por entonces, fue editar, en 2002—2003, los dos únicos números de la revista *Días Extraños*, dirigida originalmente por Víctor Raggio, genetista, divulgador científico y entusiasta y conocedor de ciencia ficción. La revista tuvo un perfil más político que las anteriores y dio más cabida a la no—ficción, con la excepción de cuentos de Roberto Bayeto y, en el primer número, de Brian Aldiss.

A partir del número dos de *Días Extraños* el grupo se dispersó nuevamente. Bayeto y Dobrinin publicaron en España (en la versión dirigida por Domingo Santos —otrora editor de *Nueva Dimensión*— del *Asimov's*, y también en una antología del material que quedo por fuera de los últimos números de la publicación), el primero fue invitado a una convención en Francia y, además, editó comics del género (*Genética Grunge*) en colaboración con Gonzalo Mendizábal, y ambos continuaron y continúan sus carreras más bien en solitario. Hasta la fecha, del que podríamos considerar el par de escritores más importantes de la ciencia ficción uruguaya, sólo existe un libro editado en papel, *Colores peligrosos*, de Dobrinin, publicado primero en Argentina por la editorial Reina Negra y reeditado después en Uruguay por el sello El Gato de Ulthar. Bayeto llevó a cabo emprendimientos variados (incluyendo una empresa de animación) y dio vida a una encarnación virtual de la revista *Diaspar*, en la que se tradujo al escritor estadounidense Allan Cole. Esa tercera época de la revista fue más bien un esfuerzo personal y, lamentablemente, no logró tampoco la continuidad.

El proyecto de fundación de un género, termina con Bayeto y su movimiento. No ha aparecido hasta la fecha un grupo de escritores que retome, revise o niegue los postulados del movimiento de *Diaspar* y acometa la tarea de

establecer el género en Uruguay en cuanto a una comunidad de lectores/editores/escritores. A la vez, los que habían sido considerados "disidentes" en los años noventa permanecieron en el medio cultural y publicaron con, quizá, mayor visibilidad. Es el caso de Lauro Marauda y Ana Solari, por ejemplo, y otros escritores en principio alejados del género publican novelas que lo tocan abiertamente, como es el caso el escritor de novelas policiales Juan Grompone o, más satisfactoriamente, el de Ercole Lissardi en la distopía *Interludio interlunio*.

El proyecto de Bayeto, Pastrana, Álvarez, Dobrinin y Mendizábal no tuvo descendencia, entonces: no influyó a una generación posterior que lo leyera y lo continuara o negara explícitamente. De hecho, los dos aportes más visibles en la década del 2000 a la escritura de CF local, los libros *Guía para un universo*, de Natalia Mardero, y *Eldor*, de Pedro Peña, no sostienen relación alguna con la tradición del género en Uruguay comenzada desde *Diaspar*—o, si vamos al caso, tampoco remiten a Federici, Carson o Mainero—; es decir, provienen no de la lectura específica de CF —la opción “militante de género”, digamos— sino de una opción más integradora con otras tradiciones literarias. Es por ello, quizá, que la crítica especializada de *Eldor* (no así la "meramente literaria"), resalta (en la revista argentina *Cuasar*, por ejemplo) su poca conexión a la corriente contemporánea del género y, por tanto, su escaso valor en tanto ciencia ficción.

Además, cabe señalar que en *Guía para un universo* la actitud ante la CF es claramente opuesta a la promovida por el proyecto de Roberto Bayeto. Leyendo desde el primer libro de su autora, la compilación de cuentos *Posmonauta*, aparece la posibilidad de entender *Guía...* como un ejercicio de CF irónico o distanciado, deliberadamente retro, que se instala en el imaginario estético de la década de 1950 para construir su universo ficcional. Esto está, además, vuelto todavía más visible por la incorporación al libro de ilustraciones de Eduardo Barreto, dibujadas

con un deliberado aire *vintage*. Sobre la ficción eminentemente "moderna" de la generación de los años 80 —es decir la que asumía un "progreso" del género, una búsqueda de lo "actual", de cierta originalidad o forma de lo todavía—no—dicho, apostando a la importación a la literatura local de subgéneros o prácticas recientes, como el steampunk o el cyberpunk—, el gesto de Mardero (y a su manera también el de Peña, que mira ante todo a Tolkien y Bradbury, es decir formas de CF y fantasía que fueron centrales entre 1940 y 1960, digamos) resulta un camino claramente divergente; pero no se trata por ello —salvo retrospectivamente y desde una lectura meramente posible— de una negación de la propuesta anterior, que permanece desconocida, sino quizá un aprovechamiento de otras formas de CF, especialmente el cine y la TV.

Algo similar ocurre con un libro más reciente, *Cuentos de tripas corazón*, de Leandro Delgado, que invoca la CF en su nota de contraportada ("...la ciencia ficción y la literatura fantástica son aspectos importantes de la obra...") y alude a lecturas críticas que privilegian estos aspectos ("hay aliens, hay mitos...") aportando además a una resignificación de lo local ("...bienvenidos a Montevideo", dice la misma cita crítica que alude a los aliens) realizada ante todo con dos frentes: primero, una lectura personal (signada por lo rioplatense) de la tradición de la CF en el relato "Al lector peninsular", suerte de historia personal de un lector de ciencia ficción.

Entre 2010 y la actualidad han aparecido dos libros que tocan el género de diferentes maneras: uno es el ya mencionado *Colores peligrosos*, de Pablo Dobrinin, donde cabe leer un acercamiento al *slipstream*, y el otro es *Las furias*, de Renzo Rossello, que fue leído por cierta crítica como una incursión en territorios del cyberpunk y que consiste, en líneas generales, en una serie de relatos que se sirven de diversos tópicos de la ciencia ficción, incluyendo, efectivamente, algunos del arsenal cyberpunk. *Las furias* fue publicado por Casa Editorial HUM en su sello

Estuario, y se trata de la misma editorial que lanzó *Cuentos de tripas corazón*, para nada signada por una militancia de género sino más bien abierta a una narrativa *mainstream* presentada como una suerte de oposición al molde de la década de 1980 (el de Banda Oriental y la crítica asociada) y al de la década de 1990 (el de la editorial Trilce y la crítica asociada), algo así como una “nueva narrativa uruguaya”, basada en la promoción de figuras jóvenes/nuevas y, paralelamente, en el relanzamiento de escritores ninguneados por los dos moldes anteriores ya mencionados.

La única que ha acometido la tarea de presentarse como una *editorial de ciencia ficción* es MM Ediciones, que en los últimos cuatro años viene proponiendo a los lectores la serie *Ruido Blanco*, que oscila como propuesta entre lo que cabría esperar de una muestra o antología de narrativa y una revista con periodicidad anual. Su propuesta es más integradora que contracultural, y en ese sentido –así como también en cuanto a los objetivos a nivel estético, por supuesto– se trata de un proyecto marcadamente diferente al de Bayeto y *Diaspar* en la década de 1990. No es, en última instancia, un proyecto *fundador*, o no pretende serlo, sino más bien retrospectivo y archivista, como si en sus libros pudiera leerse la intención de “rescatar” obras que de otro modo pasarían (todavía más) desapercibidas. Sin duda que las maneras en que se condujo el movimiento en los noventas no podrían ser exportadas fácilmente a estos años del 2010, pero ello no implica que el propósito fundador de *Diaspar* reaparezca en *Ruido Blanco* bajo otra máscara. En cierto sentido, entonces, la ciencia ficción uruguaya en tanto género existió entre el número 1 y el 3 de *Diaspar*, con una sobrevida que roza el 2003 y parece convocar un espejismo (esperanzador, pero espejismo al final) con la reaparición digital de la revista. Rodeando a esa burbuja tenemos –seguimos teniendo– escritores que *practican* la CF, que *se animan* a la CF, que *incorporan* la CF o, en algunos casos, que declaradamente *escriben ciencia ficción*. Pero ante la ausencia de

editoriales que trabajen el género y de revistas o portales online que lo hagan comparecer, esos escritores trabajan en relación a contextos más amplios, como la “ciencia ficción rioplatense” o incluso la “ciencia ficción de lengua castellana”; y ambas, por qué no decirlo, están pasando por un momento especialmente interesante, en particular a la hora de considerar libros como *Iris*, del boliviano Edmundo Paz Soldán, *Las redes invisibles*, del argentino Sebastián Robles y *Las constelaciones oscuras*, de la argentina Pola Oloixarac. Quizá simplemente debamos dejar de pensar en “géneros nacionales”; no hay que cargar las tintas en relación a la caída del estado—nación y a las escrituras transterritoriales para reformatear la “ciencia ficción uruguaya” bajo conceptos diferentes a los movilizados en este artículo.

Quizá esa sea, ahora, la tarea más fértil.





Luz mala:

Una luz fantasmal que flota a escasos centímetros del suelo era considerada indudablemente como un alma en pena. Se creía que el difunto no había sido correctamente enterrado y ahora su alma vagaba por campaña. Entonces el aterrado observador debía recitar una oración y morder la vaina de su facón, atacarla si se animaba. En el noreste argentino, donde se las llamaba "farol de Mandinga (nombre del Diablo)", se decía que por los cerros que moraban habían enterrados tesoros, pero sus codiciosos dueños no querían abandonarlos, por eso después de muertos, sus almas continuaron vigilando sus pertenencias. Se decía que brillaban más los 24 de agosto, fecha en la que Mandinga se libera de los ángeles que lo retienen y utiliza estas luces como "faroles" para atraer a los codiciosos viajeros. El escritor Hipólito Marcial contaba que la luz blanca era la buena y la señal de tesoros, mientras que la roja era la emitida por el Diablo. Los colombianos le llamaban "candileja" y contaban que era el alma en pena de una mujer que asesinó a su marido para convertirse en amante de su hijastro. La candileja era una bola de fuego que atacaba a los viajeros, y lo curioso de este

personaje es que a diferencia de otros seres oscuros, ella se sentía atraída por los rezos.

Kurupí:

Espíritu lujurioso de los montes, vendría a ser el sátiro criollo. Lleva su pene enrollado en su cuerpo y lo utiliza como lazo para atrapar mujeres desprevenidas, que luego viola. Las viola y mata, las mujeres se enloquecen de terror con solo verlo. Las vírgenes son sus preferidas y no las mata, las deja embarazadas y las deja ir. Los hijos de kurupí con humanas, morirán por causas desconocidas, al séptimo día de nacidos. No posee articulaciones. En algunas versiones presenta pies invertidos, cuyas huellas despistan a los viajeros. Hay dos formas de zafar de él: la primera, trepar a un árbol, el sujeto carece de articulaciones y no podrá hacerlo ni usando su pene—lazo; mientras que la segunda forma es cortándole el pito, se volverá inofensivo, según la leyenda.

Negrito pastor:

En tiempos de la esclavitud, se contaba en Uruguay y el sur de Brasil, la leyenda de un negrito pastor que por perder un caballo (u oveja) fue azotado por su patrón y arrojado a un hormiguero (Brasil) o enviado a buscar al animal extraviado y partido por un rayo (Uruguay). A partir de entonces, el ánima en pena del negrito, cabalga ayudando a encontrar objetos perdidos, a aquel que le pida, y le prenda una vela a la Virgen.

Sacerdote sin cabeza:

Por sus actos de amor carnal dentro de la iglesia, el padre fue condenado y decapitado. Entonces por las noches, su alma en pena deambula buscando su cabeza y causando terror entre la gente. Se dice que por donde merodea hay escondidos tesoros.

La sirena del Río Uruguay:

En los atardeceres de las riberas del río Uruguay habita un extraño ser (o varios de ellos), que sólo ha sido visto fugazmente por pescadores y desprevenidos tripulantes de embarcaciones que navegan por esas aguas: nos referimos a la conocida pero jamás apresada sirena del río Uruguay. Sus



avistamientos datan ya de las lejanas épocas del siglo XIX.

Contrariamente a las sirenas de la mitología clásica, aquéllas que casi causan la perdición de Ulises, bellas y de encantadora voz, la sirena del río Uruguay es una criatura de escaso atractivo, descrita variopintamente como un anfibio gigantesco, mayor al tamaño de un hombre, o un inmenso ajolote, con rasgos humanoides como los ojos y cabello de color verde parduzco. Posee garras en extremidades que utiliza para impulsarse en el agua con las que quizás hurgue en el lecho marino en busca de alimento. No se trata, seguramente, de un ser famoso por su belleza exterior.

Teyú yaguá:

A pesar de su monstruoso aspecto, el Teyú Yaguá (Lagarto Perro) es inofensivo y se alimentaba de frutas y miel. Su andar era pesado y sus ojos de las siete cabezas perrunas, despedían llamaradas. Protector de las frutas y riquezas del suelo.



Biografías:

Directores:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Hueco, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso.



Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

Signes Urrea, Carmen Rosa

(Castellón—España, 1963) ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas



parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co—dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico.

Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Editor:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) *Ver*

Directores.



Asesor:

Federici, Carlos M. (Montevideo, Uruguay, 1941) escritor profesional desde 1961. Publicaciones en revistas nacionales, americanas y europeas.

Traducido a varias lenguas. Participé en antologías internacionales y tengo 13 libros publicados, siendo alguno de estas segundas ediciones de distintas editoriales (9 títulos originales). Se me otorgaron diversos premios en certámenes nacionales e internacionales.



La orilla roja, 1972; *Mi trabajo es el crimen*, 1974; *Avoir du chien et être au parfum*, 1976; *Dos caras para un crimen*, 1982; *Goddeu—\$ — Los ejecutivos de Dios*, 1989; *Umbral de las tinieblas*, 1990; *El asesino no las quiere rubias*, 1991; *Cuentos policiales*, 1993; *El nexos de Maeterlinck*, 1993; *Llegar a Khordoora*, 1994.

Articulista:

Sanchiz, Ramiro (Montevideo, 1978) *Ver Escritores.*

Escritores:

Bayeto Carballo, Roberto (Montevideo, 1964). He escrito los guiones de dos



álbumes de comics en nueve idiomas —Genética Grunge—, los cuales salieron no solo en hard cover, sino también en revistas como Heavy Metal, la mejor publicación de cómics del planeta, según los entendidos —a mí me gustaba más El Víbora, pero es una cuestión personal— en sus especiales Sirenas y Steampunk; me publicaron una novela corta llamada En la Tierra Donde Viven los Dragones en la revista Isaac Asimov

española, dirigida por el Pope de la ciencia ficción hispana y una de las mejores personas que he conocido, Domingo Santos; un relato “Monstruos” y una crónica de mi viaje a Utopiales 2004 en la misma BEM, el relato “Monstruos” como “Mordeurs” en la antología Utopiae 2004, relatos y comics en Axxon, Vórtice, Skorpio, Galileo y NO, Argentina, Ad Astra española, en la antología Fragmentos del Futuro de Espiral, Diaspar, REM, Trantor y artículos en diarios y suplementos uruguayos, uno de ellos sobre mis cuatro años en la Policía uruguaya, en un grupo táctico de asalto urbano... y un largo etc”.

Benítez Martínez, Daniel (Uruguay) autor inédito.

Bonanata, Álvaro (Montevideo, 1962) escritor fantástico y policial, actor e ingeniero en computación.



Recibió menciones en el Concurso de Narrativa de la Asociación de Escritores del Interior de 2011 con el cuento “La partida de cartas” y en el de 2012 con el cuento “Eduardo VIII”. Participó con los cuentos “Alta Cocina” y “Siempre al amanecer” en la antología Escándalos en el Camino de la Aldea, libro publicado en 2012 por Ediciones del Notariado y Ediciones de la Banda Oriental. Es autor de numerosos relatos y de una novela policial aún inédita. Cofundador del Grupo Fantástico de Montevideo, donde se identifica con el seudónimo de “Arcimbardo”. Participó en los años 2013, 2014, 2015 y 2016 de Ruido Blanco, Cuentos de Ciencia Ficción Uruguaya.

Dobrinin, Pablo (Montevideo, 1970) estudió Literatura y Periodismo. Publicó relatos en antologías de Argentina, Uruguay, España, Francia e Italia, así como en numerosas revistas –la mayoría especializadas en ciencia ficción y literatura fantástica– entre las que se destacan: Diaspar, Días Extraños (Uruguay); Axxón, Cuásar, Sensación!, Próxima, Sinergia, Otro Cielo, Kundra, Palp (Argentina); Asimov Ciencia Ficción, Catarsi (España); IF (Italia); Lunatique, Fiction (Francia). Ha sido traducido al italiano, francés, catalán y esloveno. En el 2011 la editorial argentina Reina Negra publicó Colores Peligrosos, un libro de 250 páginas con algunos de sus mejores cuentos. En mayo del 2012, en el número 230, Axxón, la revista en línea más leída de habla hispana, le dedicó un especial que incluye cuentos, artículos, datos biográficos y una extensa entrevista que le realizara Ricardo Germán Giorno. Ha publicado ensayos en la propia Axxón y en Espéculo, la revista de estudios filológicos de la Universidad Complutense de Madrid. Colabora con reseñas para el periódico La Diaria y con artículos para la revista de arte La Pupila. En el 2012 salió una edición uruguaya del

libro Colores Peligrosos, editada por El Gato de Ulthar. También en el 2012 publicó una plaqueta de poesía titulada Artaud, en la editorial argentina Melón. En el 2015 salió una edición en Eslovenia del libro Colores Peligrosos.

Federici, Carlos M. (Montevideo, 1941) *Ver Asesor.*

González Núñez, Gabriel (Uruguay) autor de varios cuentos. Estos han aparecido en las revistas La Marca Hispánica, Ventana Abierta, Círculo, Entre Líneas, Narrativas, etc. Fue galardonado con el Premio Platero 2012 en la categoría cuento. Recibió el segundo accésit del Premio Enrique Labrador Ruiz 2009 y mención de honor en el 36o Concurso Doctor Alberto Manini Ríos. Además fue finalista del X Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro.



Marchesky, Mónica (Salto, 1959) Narradora, Poeta, y ensayista.



Se la vincula al Grupo Surrealista del Río de la Plata. Co— fundadora del Grupo Fantástico de Montevideo. Fundadora de 11/12/13, Grupo Surrealista de Uruguay. Su temática tiene al hombre como eje de mundos imaginarios. En algunos de sus cuentos "los ojos de mi amigo" se acerca a una temática gótica, pocas veces visto en escritoras contemporáneas. Su obra va del surrealismo, al gótico, pasando por la ciencia ficción. Ha recibido varios premios entre los que se cuenta: Primer Premio narrativa: "El hombre musgo" Primer Premio ensayo: "En nombre de los pájaros" sobre el escritor salteño Enrique Amorim. Tercer premio ensayo "las manos de Felisberto Hernández". Su poesía "Fresas" escrita en conmemoración de "El Quijote de la Mancha" es reconocida y publicada en página de la UNESCO. Colaboradora activa en

revista cultural: Internos y aBrace Cultura. Varios de sus artículos e historias se han publicado en sitios digitales: Portal Palavreiros y Bestiario revista de contos de Brasil, Dos islas dos mares (edición especial de cuentos mitológicos de Cuba). Revista de Creación Adamar. Madrid–España. Creadora del ciclo: “Viviendo Cuentos”. Integra la lista “Remes” —Red Mundial de Escritores en español. Un cuento gótico de su autoría "Una bolsa de huesos" fue publicado en: III Premi Literari de Constantí Narrativa Breu Tarragona— España. Participó en el festival de cuento breve del Centro Toluqueño de Escritores “Los mil y un insomnios” Toluca – México. Mención y publicación del cuento “Flores Exóticas” en el Primer Concurso Nacional de Cuentos: Paco Espínola, organizado por la Biblioteca Nacional y Radio Difusión Sodre de Montevideo. Publicación de cuentos en libro de ciencia ficción uruguayo Ruido Blanco dentro del marco de la Primera Feria Tecnológica 2013 de Montevideo; con los siguientes cuentos: "668", "El caminante diurno", "Alienígenas ancestrales", "Un viaje en bus". 2014: Publica cuentos en Ruido Blanco 2— "Blondine", cuento cibersex, "Titanio +". 2015: Publica cuentos en Ruido Blanco 3 — "El Barón de Montfort" cuento Steampunk.

<http://persecucionesdel13.blogspot.com.uy/>

Paredes, Hernán (Rosario, Argentina, 1980). Es profesor de meditación y ha dictado seminarios de esta disciplina en la mayoría de los países de Latinoamérica. Es amante de la música, literatura, cine y ajedrez. Reside desde hace 8 años en Uruguay y está dando sus primeros pasos como escritor.

Pastrana, Claudio (Montevideo) profesor de Astronomía y Física.

Divulgador y conferencista.

Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista,

dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

Vivió en su país natal hasta la edad de 23 años, momento en el cual, luego de matar accidentalmente a su mejor amigo, decidió emigrar a Argentina, país donde vivió 35 años —hasta su muerte—, donde se casó dos veces, tuvo sus tres hijos, y en donde además desarrolló la mayor parte de su obra. Mostró una eterna pasión por el territorio de Misiones y su selva, adonde se asentó en dos oportunidades y cuyo entorno trasladó a la trama de muchos de sus escritos.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

https://es.wikipedia.org/wiki/Horacio_Quiroga

Rodríguez Remedios, Pablo Daniel (Uruguay) escritor

Creo que las cosas más relevantes sobre mí —en mi opinión— es que soy una mezcla de campesino y ciudadano, fan de la ciencia ficción y la fantasía, músico y pues, algo friki... Esas líneas me definen. Cuando comencé a escribir vivía en Montevideo —me fui a estudiar y diez años viví allí—. Luego retorné al campo. Vivo en un pequeño pueblo del interior de mi país realizando sobre todo trabajos relacionados con la forestación. Ahora mismo y supongo que por unos meses más oficio de leñador —con motosierra, hacha y todo lo que debe tener uno—. No descarto encarar más seriamente la guitarra o el oficio de escribir, pero tengo desafíos que superar para ello —productividad y autocrítica sobre todo—. Leo mucho, lo más que puedo y también toco la guitarra... Y por supuesto sigo escribiendo. Tengo un blog en donde muestro

mis relatos —allí hay una mezcla a veces indefinible de géneros y sub—géneros— y tengo que reconocer que no es un blog necesariamente para especialistas, pues me gusta que me lea gente que se acerca por casualidad al género. Siempre estoy trabajando en nuevos cuentos y avanzando en la primera novela, que lamento decir no será estrictamente de ciencia ficción. Tengo pendiente escribir más en el sub—género que sin duda más me atrae, el tecno—fantasy... pero creo que a medida que siga escribiendo y madurando en el proceso —eso espero— podré encarar desafíos como ese, en cuentos y novelas. El relato que verán aquí es un cuento de esa época en que un puñado de personas, luego amigos —escritores, dibujantes, guionistas, críticos— comenzamos a forjar la nueva ciencia ficción y fantasía uruguaya... casi treinta años atrás.

Rossello, Renzo (Montevideo, 1960). Periodista, escritor.

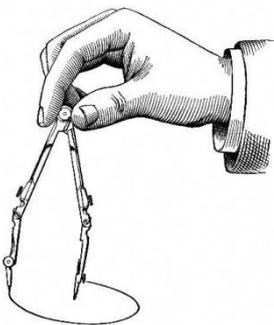
Como habitante de las redacciones de casi todos los periódicos editados en el país, se precia de integrar la “infantería del periodismo”. También es autor de las novelas Valores y dobles (premio Biblioteca de Marcha 1989); Trampa para ángeles de barro (premio Graffiti 1992); la compilación de crónicas Relatos criminales. Crónica negra de Montevideo (en coautoría con Néstor Curbelo, editorial Arca, 1994). La antología de relatos históricos Contando historia (Cal y Canto, 1995, varios autores) recogió el improbable western criollo Lejos para siempre de Wyoming. Más reciente, una nouvelle y algunos cuentos reunidos en Blues del raje y otros relatos (Banda Oriental, 2008). En 2014 publicó El Combatiente (Estuario editora). Ese mismo año obtuvo el Premio Nacional de Literatura, en tercer lugar con Las Furias (Estuario editora).

Sanchiz, Ramiro (Montevideo, 1978). Escritor y crítico.

Ha publicado, entre otras, las novelas "El orden del mundo" y "El gato y la entropía #12 & 35".



Santullo, Rodolfo (México D.F., 1979) es periodista, escritor, guionista y editor de historietas al frente de Grupo Belerofonte. Como escritor ha publicado "Perro come perro" (cuentos, Artefato 2006, Uruguay; Llanto de mudo 2012, Argentina), "Las otras caras del verano" (novela junto a Martín Bentancor, Amuleto 2008, Uruguay), "Cementerio Norte" (novela, Trilce 2009, Uruguay), "Sobres Papel Manila" (novela, Estuario 2010, Uruguay), "Aquel viejo tango" (novela junto a Martín Bentancor, Estuario 2011, Uruguay), "El último adiós" (novela, Banda Oriental 2013, Uruguay; Llanto de Mudo 2014, Argentina) y "Matufia" (novela, Estuario 2014, Uruguay; Lapsus Calami 2015, España). Ha publicado cuentos en antologías de Uruguay, Argentina, Ecuador, México, Alemania y Cuba.



Ilustradores:

Barticevich, Gastón (San José de la esquina, Santa fe) ilustrador y dibujante de arte fantástico, ciencia ficción, terror, fantasía, etc.

Comenzó a dibujar más o menos a los 6 años cuando terminó el secundario fue a rosario a estudiar arte, donde cursó con Fernando Otter. Luego fue a la escuela de Carlos Barocelli donde aprendió muchísimo con el gran dibujante y amigo Barocelli a perfeccionar la parte del dibujo. También aprendió mucho y sigue aprendiendo con un gran amigo Alejandro Aragón.

Tuvo la suerte y el honor de hacer un seminario con sus referentes más grandes, el rey de los dragones ciruelo Cabral.

Es docente de la municipalidad de Rosario distrito oeste e ilustrador freelancer en juegos de cartas de roll, portadas libros, discos de bandas y comic y hago ilustraciones a encargo.

<http://barticevich.blogspot.com.ar/>

<https://www.facebook.com/gaston.barticevic>

Bergara, Matías (Montevideo, 1984) ilustrador.

<http://matiasberg.tumblr.com/>

Colucci, Alejandro (Uruguay, 1966) Nacido en una familia de inmigrantes italianos, Alejandro Colucci ha trabajado desde 1990 en el mercado publicitario y editorial como ilustrador y diseñador gráfico.

En 2000 triunfa en la categoría ilustración en el Primer concurso de comics de Argentina.

En 2002 abandona la publicidad y se traslada a Barcelona con su familia, donde reside actualmente. Sus ilustraciones para el Ayuntamiento de Barcelona en 2007 resultan galardonadas con el Grand Laus, premio a la calidad del diseño gráfico. En 2009 es seleccionado por la editorial Taschen para formar parte de su prestigiosa publicación *Illustration Now!* y recientemente ha obtenido el premio Scifiworld a la mejor ilustración de 2011.

Sus ilustraciones y portadas de libros han sido utilizadas por grupos editoriales en más de 15 países. En 2011 Dolmen Books ha publicado el libro *El arte de Alejandro Colucci* que recopila muchos de sus mejores trabajos.

Alejandro trabaja con técnicas tradicionales y digitales, según los requerimientos de la obra a representar.

Desde 2009 su empresa Epica Prima es la representante de su obra:

www.epicaprima.com

Escobar Pavón, Alex (España), ilustrador.

Fajardo, Maykel (Cuba), ilustrador.

Ha colaborado con el fanzine cubano de ciencia ficción y fantasía Korad entre otros proyectos..

Figueroa, Alejandro (Uruguay) ilustrador.

<http://alejanfigueroa.deviantart.com/>

Garcés Clotet, Antoni (Barcelona, Cataluña, 1950) historietista, ilustrador y diseñador español, firma como Garcés

Inició su trayectoria como autor de cómic en el fanzine Zero Comics (fue también su editor), junto a otros reputados autores de su generación, como José Maria Beroy, Eduard Bosch, Rafa Estrada, Pascual Ferry, Miquel Fernández, Das Pastoras, Godoy, Pedro Espinosa, Kaffa, Losilla, Toni Mena, Miguelanxo Prado o Mike Ratera.

Al final ya del boom del cómic adulto, empezó a colaborar en la revista Cimoc, con algunas historias cortas (publicadas anteriormente en Zero Comics) y varias de nuevas, hasta que en 1985, con guion de Enrique Sánchez Abulí publicó "Demasiado Humano", al año siguiente y con guion propio realizó su primera obra a color *Ú La grieta móvil* (1986).

Es a partir de 1989, que empezó a publicar en el suplemento semanal de "Diari de Barcelona" el cómic (Lavínia 2092 o la guerra de les essències) con textos en catalán de Emili Teixidor, desde 1991 a 1997 y en el El Jueves las series "MixTurmix" (guionizada por Nieto) y "Bobot" (con Abulí) y posteriormente también ilustró textos de Onliyú y de Andreu Martín para la revista Makoki.

En los últimos años, ha trabajado fundamentalmente como dissenyador e ilustrador, ha realizado multitud de portadas para varias colecciones (en su mayoría de ciencia ficción), para Ultramar editores, Júcar, Fénix, Alcodre, etc. En el verano de 2000, publicó la tira Veranitas, con guion de Eloi (José María Casanovas Baile) en el Diario de Ibiza.¹ Ha participado en varios álbumes colectivos, como "24 horas", "Pop Español", "10 Visions de Barcelona", Salgariana, "Tipos Ilustrados", Lanza en astillero y Tapa Roja.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Garc%C3%A9s_\(dibujante\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Garc%C3%A9s_(dibujante))

<http://624c35.blogspot.com.es/>

Giancola, Donato (Colchester, Burlington, EE.UU., 1967) ilustrador.

Comenzó sus estudios como ingeniero eléctrico en la universidad de Vermont, pero lo dejó por la universidad de Syracuse University donde se dedicó a la pintura 1989. Se graduó en BFA, 1992.

Se describe a sí mismo como un clásico/realista/ abstracto con toque de fantasía y ciencia ficción e inspirado por Hans Memling, Jan van Eyck, Velázquez, Caravaggio, Vermeer, Piet Mondrian, Rembrandt, Rubens and Titian.

Ha ilustrado cartas para The Magic: The Gathering juego de cartas coleccionables y es considerado por la Bennington Banner como: El más exitos y popular artista de ciencia ficción y fantasía actual.

Actualmente reside en Brooklyn con su esposa y dos hijas.

https://en.wikipedia.org/wiki/Donato_Giancola

www.donatoart.com/

Ilyasa, Reza (Yakarta, Indonesia) Ilustrador digital.

<http://ahbiasaja.cghub.com/>

<http://reza—ilyasa.deviantart.com/>

Legna, Ángel (España) mi curriculum artístico es pequeño porque me gano la vida en la construcción y no me deja mucho tiempo para realizarme como artista a tiempo completo, estude bellas artes en Barcelona y en la escuela de comic Joso y ahora coloreo comics para Carmona en Viñetas y Universo comics, también he sido destacado en la galería online Procreate tres veces como artista lo cual no es fácil, soy un artista Ipad actualmente es una herramienta muy potente y muy profesional.

Mirabal, Alejandro (Cuba) se ha dedicado al dibujo durante toda su vida.

De joven se dedicó a la arqueología submarina y a la preservación del patrimonio cultural subacuático. Buceo en África buscando artefactos arqueológicos.

Sin abandonar su afición por el dibujo y recibiendo profesionales online. Hasta alcanzar el nivel actual.

Es también el fundador de la Bali Illustration Workshop. El primer taller internacional de ilustraciones en Indonesia.

Actualmente disfruta de su vida de freelance, buceando y entre videojuegos en Isla de Dios (Bali) con su esposa y dos perros.

<http://alejandromirabal.com/>

Montero, Edison (Barahona, República Dominicana) Ilustrador, historietista y escritor, egresado de la Escuela de Artes de la Universidad Autónoma de Santo Domingo [UASD], presidente de la compañía de cómics e ilustración MORO STUDIO y miembro del COLECTIVO [Movimiento de Artistas Multidisciplinarios].

Ha trabajado como ilustrador para diferentes productoras cinematográficas, publicitarias y casas editoriales nacionales e internacionales.

En el ámbito editorial, ha ilustrado los libros «Caperucita de Ida y Vuelta» (2008); «El Diario de Ana Frank» [2009]; «Hamlet» [2009]; etc. Ha colaborado en cómics y revistas como «Dos Amigos» (2009); «Súper Brush» [2012]; «Distorsión X» [2012]; entre otras. Como escritor e ilustrador publicó «El manual del coleccionista», junto a Leorián Ricardo y Welinthon Nommo, [2010].

Ha participado en diversas exposiciones colectivas como: Manga y Cómic en Dominicana [2007—2011, UASD]; Pabellón del Cómic [XII Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009]; Equipaje Compartido [Galería Guatíbiri, Puerto Rico y Galería de Bellas Artes, Rep. Dom. 2012]; y Moebius Infinitum, homenaje al gran maestro de la novela gráfica francesa «Moebius» [Alianza Francesa de Santo Domingo 2013], etc.

Ha sido galardonado con los premios: mejor diseño de Pabellón [Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009] y el 2do lugar en el V Concurso de Creatividad Universitaria [Campanas y Agencias de Forcadell 2011].

Actualmente se encuentra desarrollando varios proyectos, entre los que están:

«Historias de Papá Tingó», nacido en su tesis: «El uso de mitos y leyendas dominicanas para la realización de historietas como suplemento periodístico»; y la adaptación e ilustración del cuento corto «Los Gatos de Ulthar» de H.P. Lovecraft.

<http://www.moebiusinfinitum.wordpress.com/>

<http://www.morostudio.net/>

Pastrana, Giorgina (Uruguay) ilustradora.

<http://megafriki.deviantart.com/art/new—avatar—490242927>

Pedroni, Paolo (Brescia, Italia, 1983) artista digital. Graduado en la Escuela de Arte de Brescia y Diseño de Interiores en Milán.

Jamás ha abandonado su amor por el dibujo y la pintura.

Exposiciones:

Images from Outer Space, Cineteca Bologna, Bolonia, Italia (2011); Rock'N Dolls, MondoPOP International Gallery, Roma, Italia (2011); Oniric, MondoPOP International gallery, Roma, Italia (2012); This is so Contemporary, Ayden Gallery, Vancouver, Canadá (2012); One Year Anniversary Art Show, Flower and Pepper Gallery. Pasadena, California, USA (2013).

<http://www.paolopedroni.com>

Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellón—España, 1963) *Ver Directores.*

Sobre el copyright de las imágenes:

Pág. 01 Threshold of Darkness / *Alejandro Colucci (Uruguay)*

Pág. 10 Destino fatal / *Maykel Fajardo (Cuba)*

Pág. 23 Nau poliforme / *Antoni Garcés Clotet (España)*

Pág. 87 Boo / *Paolo Pedroni (Italia)*

Pág. 104 El recital poético del fuego / *Edison Montero (República Dominicana)*

Pág. 114 S.t. / *Gastón Barticevich (Argentina)*

Pág. 130 S.t. / *Alejandro Figueroa (Uruguay)*

Pág. 162 S.t. / *Alex Escobar Pavón (España)*

Pág. 184 S.t. / *Giorgina Pastrana (Uruguay)*

Pág. 196 S.t. / *Alex Escobar Pavón (España)*

Pág. 205 Do Androids Dream of Electric Sheep: Lovers / *Donato Giancola (EE.UU.)*

Pág. 209 Quakeros / *Matías Bergara (Uruguay)*

Pág. 234 El violinista / *Ángel Legna (España)*

Pág. 242 S.t. / *Alex Escobar Pavón (España)*

Pág. 317 Anti-hunter / *Alejandro Mirabal (Cuba)*

Pág. 283 S.t. / *Carmen Rosa Signes Urrea (España)*

Pág. 318 Dune Boogie / *Reza Ihyasa (Indonesia)*

